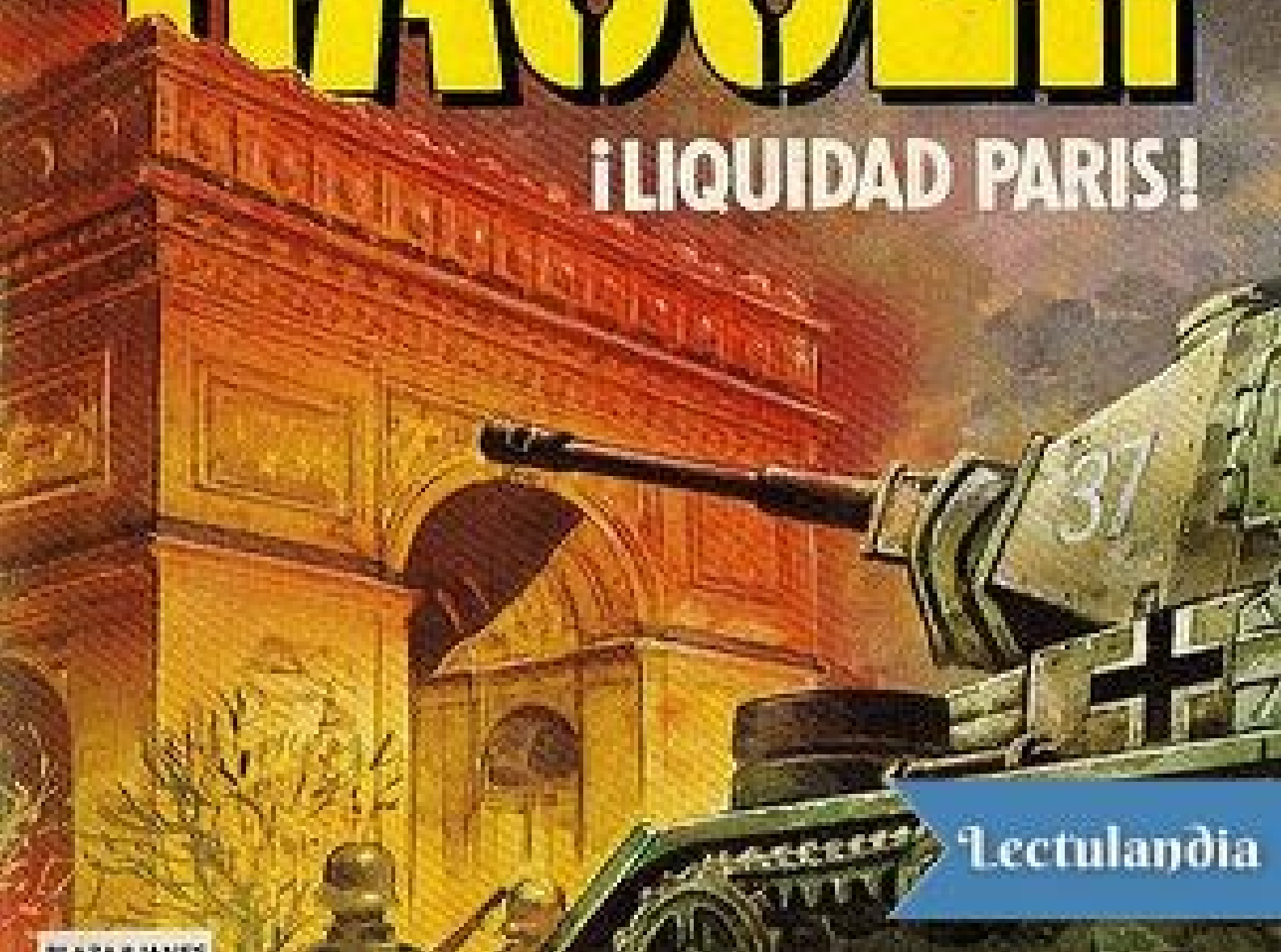




SVEN HASSEL.

¡LIQUIDAD PARIS!



Lectulandia

En el Stalingrado en que se ha convertido Normandía, cincuenta mil hombres han caído prisioneros y cuarenta mil han muerto. Del 27° Regimiento Panzer, el 80 por ciento de los efectivos ha desaparecido; lo que queda es enviado a París por motivo desconocido. Con un placer apenas disimulado, el Generalfeldmarschall Herr Von Rundstedt informa al Gran Cuartel General que han desembarcado ya un millón ochocientos mil anglosajones, que luchan contra doscientos mil alemanes. Cada división blindada ya sólo posee entre cinco y diez tanques; los regimientos se han derretido hasta convertirse en compañías. La situación es desesperada.

Lectulandia

Sven Hassel

¡Liquidad París!

ePUB v1.1

Volao 16.11.11

más libros en lectulandia.com

*Ese susurro del trigo es la cosecha de los
campos de batalla en los tiempos de la
locura de los hombres.*

1

-¿No se podría llegar a Inglaterra a nado? – preguntó Hermanito, cuya mirada vagaba por el horizonte.

-Quizá -contestó el legionario-, pero sería difícil.

-¿Se ha hecho alguna vez?

-Sí, pero no saliendo de aquí.

-Escucha -insistió Hermanito-, *sí atravieso esa condenada zona de Rommel y nado derecho ante mí, ¿adonde llego?*

El Viejo se frotó la nariz:

-Es posible que a Dover.

-¿Qué distancia puede haber?

-De treinta a ochenta kilómetros.

-¿Hay partidarios? – preguntó Porta- Eso puede hacerse.

-Yo -dijo Gregor, riendo-. Los otros morirán por la victoria sin nosotros.

-Y vosotros moriréis de cansancio -dijo *el Viejo*, sonriendo.

-De todos modos, está lejos -rezongó Barcelona-, *condenadamente lejos, y si uno no se orienta bien, todavía queda mucho camino hasta llegar a Islandia. Y si se falla Islandia ya sólo queda Groenlandia, a menos que se tenga la chiripa de aterrizar en los bancos de hielo por el Estrecho de Behring.*

-¡Qué serios parecen! – se mofó *el Viejo*.

Empezó el entrenamiento; nos pusimos a nadar hasta muy lejos, tanto que, un día, me paralizó un calambre y estuve a punto de no contarlo. Debí la vida a Gregor. Pero, una tarde, todos creyeron de veras que se habían marchado a la aventura, hasta medianoche, en que les vimos regresar derrengados. Todos afirmaron haber vislumbrado la costa inglesa en el horizonte. Por desgracia, la noticia se difundió y se doblaron los centinelas a lo largo de la playa. Siempre los había habido, pero ahora se dedicaban a vigilarnos a nosotros.

EN LA SECCIÓN 91 NO SE CONCEDE CUARTEL

Las granadas machacan todos los sentimientos. El fortín queda dislocado; uno de sus lados está casi hundido en la arena, mientras que el otro se yergue como un muñón gris.

Las granadas son mucho peores que las bombas; se puede calcular la caída de una bomba, y, además, el ruido de la granada es infernal en comparación con el de la bomba. *Hermanito* juega con una granada de mano cuya anilla cuelga peligrosamente fuera del mango. Él y yo somos los mejores lanzadores de granadas de la Sección; él las lanza a ciento dieciocho metros, yo a ciento diez. Nadie consigue imitarnos.

Una explosión monstruosa... El fortín se tambalea. Todo se extingue. Está negro como la pez. El comandante Hinka asoma la cabeza; lleva el uniforme hecho jirones y el muñón asoma por una desgarradura de la manga. Hace cerca de dos años que perdió el brazo, pero la herida nunca se ha cicatrizado del todo.

Una horda de ratas se precipita, dando chillidos, y nos sumerge. Una de ellas se aferra al pecho de Hinka y muestra sus dientes amarillos; de un manotazo, *Hermanito* la lanza al otro lado del refugio, donde es desgarrada por sus congéneres; son las comedoras de cadáveres, y desde hace algún tiempo abundan como nunca.

La artillería de Marina dispara desaforadamente sobre los muros de hormigón. La infantería desembarcada se lanza hacia nosotros; la rechazamos con las granadas de mano. Nos parece estar en medio de un tambor gigantesco sobre el que golpean alternativamente miles de dementes, y eso dura desde hace horas...

Porta propone una partida de 421, pero nadie presta atención al juego. Aguzamos el oído... ¿Cuándo van a atacar? ¡Con tal que no utilicen lanzallamas! En este caso, estaríamos perdidos, y sabemos que ellos no dan cuartel. Las octavillas nos han advertido: «Rendios; todos los combatientes serán liquidados.» Propaganda tan estúpida como la nuestra: lucharemos como ratas, de espaldas a la pared.

El Viejo se balancea suavemente mientras contempla su casco, sin darse cuenta de que le estoy observando. Unas lágrimas resbalan por sus mejillas; es un hombre que ya no puede más.

¡Un estruendo! El techo del refugio se hunde sobre nuestras cabezas y hemos convertidos en cariátides vivientes. Corremos de un lado a otro, levantamos postes a martillazos... Con las piernas separadas, sostengo una pesada viga junto con *Hermanito*, que no chista. Me crujen todos los huesos. Porta y el comandante Hinka van a derrumbarse... La viga nos aplasta, pero por fortuna acude Gregor. El techo resiste. Todavía no estamos enterrados vivos. Alivio y ronda de «Calvados» [\[1\]](#).

Porta vuelve a coger su paño verde, sobre el que el pequeño legionario arroja los dados. Nos jugamos dos paquetes de *giras* (cigarrillos hilarantes), un recluta aúlla de dolor. El cañón le ha caído encima y tiene las dos piernas aplastadas. El enfermero le

da una inyección de morfina, pero el hombre no volverá a andar nunca más.

Miedo... Empezamos a sentir miedo, de modo que la locura no está lejos. Por una nimiedad empezaríamos a matarnos mutuamente. Una nueva bandada de ratas sería bienvenida.

El paño verde es rearchivado. Espera... Transcurren las horas. En el Ejército se aprende a tener paciencia. *Hermanito* toca la armónica llevando el compás con todo su corpachón, del que cuelga el uniforme de camuflaje. ¿Es de día? ¿Es de noche? Fuera, no debe de quedar nada vivo. Una espesa humareda nos oculta hasta el sol. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido? ¿Horas? ¿Semanas? Nadie lo sabe.

Porta arroja el casco, dice algo que no entendemos y distribuye una vez más los naipes; pero también hay que renunciar a eso; ni siquiera se distinguen los colores, y, además, ganar o perder, ¿qué importancia tiene? Ni siquiera tenemos ganas de hacer trampas. ¿Qué es lo que cuenta bajo un martilleo artillero? Hace mucho que lo sabemos. La espera...

Porta abre la «ración de hierro» y le vemos comer con indiferencia; el propio comandante guarda silencio, pese a que está especialmente prohibido. Las «raciones de hierro» sólo deben ser abiertas por orden explícita del comandante. Porta empieza a comer utilizando una bayoneta como cuchara; después, bebe el agua que sirve para la refrigeración de la ametralladora. Nadie rechista tampoco. ¿Qué es lo que cuenta bajo un martilleo artillero? Pero, ¿se habrá vuelto loco? Empieza a limpiarse las uñas; después, empieza a frotar su único diente con el trapo que sirve para limpiar los fusiles y en el que guarda también su dentadura postiza. Todo sin dejar de sonreír. Ni siquiera un ataque de artillería es capaz de desconcentrar a Porta.

El bombardeo parece amainar. Inmediatamente, empuñamos las armas y apartamos las placas blindadas, Gregor instala la ametralladora. Que puedan quedar hombres en el infierno que se desencadena, constituye un enigma. Las estacas y las alambradas cuidadosamente instaladas por Rommel han desaparecido por completo; todo ha desaparecido por completo; todo ha desaparecido, es otro universo. Hinka maneja con desesperación la manivela del teléfono:

—¡El punto de apoyo 509 solicita una barrera! – vocifera-. ¿Me oís? Aquí el 509. ¡Barrera!

Pero ya no hay teléfono, ya no hay artillería. Las posiciones, los hombres, todo ha desaparecido, pulverizado bajo el bombardeo más espantoso de la Historia.

¡Allí vienen! ¡Desembarcan en la playa! Un hormigueo de hombres de caqui que no piensan en encontrar resistencia. El martilleo artillero ha debido de destruirlo todo. Pero, de pronto, los morteros del 12 escupen granadas en una lluvia interrumpida... La infantería caqui vacila.

—¡Adelante, adelante! – gritan los oficiales.

Las ametralladoras siegan filas enteras. Los hombres arden frente al lanzallamas

de Porta. ¡Que revienten! Ha terminado la espera espantosa. ¡Ahora, matamos nosotros! Caen los unos sobre los otros; un soldado queda colgado de las alambradas y grita. Es horrible morir en las alambradas; un camarada se precipita, pero una salva de ametralladora lo parte por la mitad, y el cuerpo se balancea caído en el alambre. Atroz.

–¡Adelante! ¡Seguidme! – grita el comandante Hinka.

Nos precipitamos por la estrecha escalera, *Hermanito* y el legionario en cabeza. Yo llevo la ametralladora, con el soporte alrededor del cuello; con la mano libre, lanzo las granadas que he podido meterme en el cinto. Precisamente ante mí, una silueta... Casco llano, un inglés. Culatazo. Gritos, aullidos, cuerpos que se precipitan por los acantilados. Salto unas alambradas, con la ametralladora en el hombro. Un soldado de caqui levanta los brazos; ha perdido el casco. Un puntapié en el vientre, un culatazo en pleno rostro... Aparecen unas cabezas. *Barcelona* y yo nos precipitamos al mismo tiempo. Golpes sordos, damos traspiés sobre cuerpos ensangrentados, desgarrados... El enemigo retrocede. Primero, con lentitud, tironeando; después, arroja los cascos, las armas, las máscaras de gas y se precipita hacia el mar, donde se ahogan los heridos.

¿Por qué luchamos de este modo?

¿Por la Patria? ¿Por el Führer? ¿Por el honor, las condecoraciones, el ascenso? En absoluto. Por insitnto. Por miedo a perder una vida preciosa. Cada minuto es un infierno. Se deja un momento a un camarada, te vuelves hacia él y ya no es más que una masa de carne en un charco de sangre. Con desesperación, uno se golpea la cabeza contra una pared de acero, uno se convierte en un bloque de cinismo, uno se precipita detrás de la ametralladora, uno mata por matar.

En cuanto a Porta, él piensa inmediatamente en la jamancia y trae un saco lleno de conservas. *Hermanito* se interesa mas por los dientes de oro y hurga en la boca de los cadáveres, pese a las recriminaciones de *el Viejo*, que habla de Consejo de Guerra. Agotados, nos dejamos caer en el suelo grasiento del refugio. Porta se apresura a abrir varias latas. ¡Son de grasa de fusil! Otras cuatro latas; sigue siendo grasa de fusil. Porta ha saqueado un depósito de armas, pero el legionario tiene una idea: atamos cuatro latas; a una granada de mano y el conjunto se fija a un bastón de fósforo.

–¡Estupendo! – exclama Gregor, riendo-. Mañana, los diarios proclamarán que disponemos de una nueva arma.

Se reanuda el ataque... Las ametralladoras se calientan hasta el rojo vivo. *Barcelona*, con sus guantes de acero hechos jirones, maneja el mortero grande. No hay casi ninguna pausa entre los disparos. El enemigo chapotea en la sangre, y bajo el sol la arena blanca adquiere un color pardo rojizo, como si fuese tierra ferruginosa.

A lo lejos, en el mar, más barcos, un bosque de mástiles. Son lanzados unos

vehículos anfibios, y en el agua pasan junto a pedazos de cuerpos, mientras el acero hace crepitar las olas. ¡Ah, creían haber destruido toda la resistencia! Pero el ataque prosigue... Las oleadas de asalto se suceden. Un ejército entero se abalanza hacia la costa normanda, y, si fracasa, harán falta años para reemprender una operación semejante.

Atosigados por la sed, bebemos el agua que sirve para refrigerar las ametralladoras. ¡Apesta! El sudor

Nos quema la piel... Con indiferencia, observamos cómo arde un soldado con llama clara y azul. Se trata de un nuevo tipo de granada que utiliza el enemigo y que contiene fósforo; se inflama en contacto con el aire.

Unos silbatos... ¡Adelante! Los moribundos se aferran a los soldados que corren e imploran ayuda. Los pisoteamos con rabia. Es la contraofensiva. Las granadas vuelan por el aire, estallan y matan. ¡Adelante, adelante! Los hombres corren como autómatas mientras la artillería de Marina machaca sin tregua a amigos y enemigos.

Más barcos, siempre más barcos. Descienden los pontones, la infantería se precipita hacia la playa, pero ha aprendido esto del terreno de maniobras y, para la mayoría de los soldados, es el bautismo de fuego. Esos jóvenes sin experiencia corren al encuentro de las ametralladoras. Retrocedemos con lentitud... Unos ingleses jadeantes se nos echan encima, precisamente delante de nuestros lanzallamas, y caen en la brusca pendiente arenosa. El fuego de la artillería los sigue como una escalera mecánica; el fortín está destruido y nos deslizamos por entre las grietas del hormigón.

La playa se ha vaciado. Ahora, es el reino de las granadas. Nos aplastamos contra la tierra despanzurrada, que acepta nuestros cuerpos, los protege contra el látigo de acero que restalla y silba. ¿Aún estamos vivos? No, somos unos muertos que se mueven, que corren y que matan. Es inútil querer saber más. ¡Ah, tendrían que vernos los del Partido, esos guerreros de Nuremberg tan brillantes en los desfiles, esos burgueses satisfechos: instrumentos de metal y trompetas, banderas al viento...! Henos aquí, fieras con jirones ensangrentados, expertos en el asesinato. Un sollozo me sacude y hace tambalear todo mi cuerpo; muerdo la culata de mi fusil, chillo, llamo a mi madre, a mi amiga. Los hombres llaman siempre a las mujeres cuando les fallan los nervios. ¡Huir! ¡Marcharme! Me importa un pepino el Consejo de Guerra, Torgau y toda la mierda... ¡Huir, huir!

Una rodilla se clava brutalmente en mi espalda; una mano brusca me acaricia el cabello. He perdido el casco. Una barbilla se frota contra mi mejilla. Ese bendito de *Hermanito* me dice palabras apaciguadoras.

—Respira hondo, respira; todo pasará. No es una cosa tan terrible. Un poco de guerra, nada más. ¡Todavía no tenemos el trasero al aire!

Pero yo no puedo dominarme, me fallan los nervios. Y sin embargo, he resistido mucho tiempo, pero es algo que nos ocurre a todos. Un día, le tocará el turno a Porta,

a *Hermanito*, y también al legionario, que ya ha experimentado esto una o dos veces; pero él pronto hará catorce años que se dedica a la guerra. *Hermanito* me limpia el rostro con un trapo de fusil; me mete un cigarrillo entre los labios. Pega una patada rabiosa a la ametralladora... Veo a *el Viejo* que se arrastra hacia nosotros.

—¿No va bien la cosa? Respira hondo y permanece en la grieta. El nuevo ataque aún tardará.

Y un trozo de esparadrapo me cubre un largo arañazo que tengo en la frente. Me dan el casco de un muerto; aunque no sea muy útil, por lo menos protege los ojos. Sigo sollozando, pero el cigarrillo empieza a obrar: no estoy solo; tengo lo más precioso que puede tener un animal en el frente: varios auténticos camaradas. Me arrancarían de un infierno de fuego sin siquiera pensar en ellos, compartirían conmigo su último pedazo de pan mohoso. La única gracia que dispensa la guerra es esa sana camaradería que sólo conoce el que, durante días enteros, ha permanecido dentro de un apestoso cráter de obús.

Poco a poco, me voy tranquilizando. Por esta vez, ha pasado, pero puede volver, y, además, sin previo aviso. *El Viejo* propone una partida de naipes. De espaldas al muro de hormigón, iniciamos una partida que me dejan ganar, y, de pronto, nos echamos a reír. Sin motivo. En el fondo, no existe ni la menor causa para ello.

Día D + 1 = un día «más». El contacto con el enemigo está roto, y las pérdidas son espantosas. Ni un solo pueblo que no haya sido arrasado. Porta, naturalmente, sólo piensa en comer, y podría jalarsé una vaca sin que se le notara. Alto, delgado, huesudo, come; alto, delgado, huesudo, se incorpora, eructa vigorosamente, levanta una pierna, lanza un pedo sonoro y sólo de vernos comer tiene la impresión de que tiene hambre. Siempre está hambriento y nadie comprende por qué. Esta vez, ha tenido más suerte con un hurto de conservas. Ya no es grasa de fusil, sino carne enlatada en la Argentina. ¡Un verdadero festín! Preparamos la comida en los cascos de acero, sobre unas tabletas de alcohol reunidas por *Hermanito*. Ese fuegucito bajo un casco de acero resulta tan agradable que ni siquiera oímos ya las granadas.

Ahí esta el comandante Hinka. Comemos con él en el mismo casco y llegamos hasta a lamer la cuchara. Porta remueve el guisote con una bayoneta y lo sazona con su saquito de sal. En cuanto a *Hermanito*, ha encontrado una cantimplora de ron, con el que rociamos la carne enlatada. ¡Una comida regia! Estoy de guardia junto a la ametralladora, pero la neblina que parece surgir de los cráteres recubre como con un sudario el devastado paisaje. Mis camaradas duermen, hechos un ovillo, como perros. Estoy solo, me hielo, llovizna, empieza a soplar el viento... Me envuelvo en mi capote, subo el ancho cuello ruso y meto las orejas bajo el borde del casco, pero a pesar de todo, el agua se desliza hasta mi espalda. Veamos el cargador. ¿Corre bien la cinta? ¿Están las balas en el orden requerido? Nuestra vida depende de que, el arma no se encasquille. Desde el otro lado, llega un tintineo de acero... ¿Estarán

preparando algo? Trato de reaccionar, pero la cabeza me da vueltas... ¡Oh! ¡Un diente de león amarillo! Sin duda, la única flor que existe en kilómetros a la redonda. Ya lo veis, incluso una flor consigue sobrevivir. ¿Cómo sería esta región antes de la guerra? Sin duda, una pradera inmensa y hermosa, salpicada de vacas. Pero ya nada es hermoso ahora. Y los habitantes, ¿volverán alguna vez? ¡Pobre Francia!

Al Norte, retumba la artillería. El cielo cobra un color rojo de sangre. Es hacia la playa de Omaha, allí donde desembarcan los americanos, y se lucha ferozmente. Hacia el Sur, hay unas baterías DO. Sigo con la mirada la trayectoria llameante de los terribles cohetes; allí donde caen no queda señal de vida. Porta habla durmiendo y, por supuesto, sueña con la comida. El legionario se levanta y se aísla en un rincón del refugio derruido. Ruido de agua. Tras de lo cual, vuelve a acostarse bien calentito, entre Gregor y *Hermanito*, que se enoja sin despertarse del todo. Gregor ronca.

Yo sueño. Estoy cerca de la caldera de un remolcador y tengo quince años. He aquí las húmedas calles de Copenhague. Durante una noche como ésta se apoderaron de Alex. Aquellos cuatro granujas nos habían atacado de repente; eran especialistas de la caza a los jóvenes sin trabajo que buscaban indebidamente un poco de calor junto a los remolcadores. Yo pegué una patada en la ingle a uno de los tipos, y después nos dirigimos alegremente hacia la Havnegade, diciéndonos que detestábamos a la Policía.

Pero a la noche siguiente esperé inútilmente a mi amigo frente a las cocinas del restaurante «Wivel», cerca de la estación. Un cocinero altivo distribuía a los pordioseros los restos de las bien abastecidas mesas. Alex no acudió. No he vuelto a verle. Lo habían atrapado durante una redada, al mismo tiempo que a una bestia de sueco (¿qué venía él a hacer a Copenhague?), y le enviaron a Jutlandia, a un correccional. Huyó varias veces y después, un día su fotografía apareció en el periódico, con una hermosa camisa blanca de cuello abierto. Podía percibirse el brillo de su cabello rubio. Fue el día en que se ahogó en el remolcador *Odin*, que se fue a pique, y creo que aquel día lloré. Alex era mi amigo de siempre; habíamos hecho juntos todos los estudios, desde que íbamos de pantalón corto en la escuela de Nyboder.

Acaricio la ametralladora que está ahí, amenazadora; palpo la larga cinta de las balas. No hay más que echar el seguro hacia atrás y escupirá la muerte. ¡Cuánto llego a odiar su repugnante democracia, con sus mentiras y sus parrafadas políticas...! Es fácil dar consejos cuando se vive bien. ¡Doscientos setenta y cinco mil parados sólo en Copenhague! ¿Por qué no matarlos a todos? En la última Navidad, en Copenhague, andábamos por las calles chapoteando en la nieve fundida. El árbol de Navidad, en el centro de la Radhuspladsen, balanceaba sus luces deslumbradoras.

Allí fue donde encontré a otro imbécil y ambos nos orinamos en aquel árbol de Navidad, tan orgulloso de sí mismo. El imbécil me cuchicheó que había un golpe que

dar, pero rehusé; uno puede encontrarse en el arroyo, pero no es motivo para hundirse en la cloaca.

Bajé solo por la Vesterbrogade Todas las ventanas iluminadas brillaban. ¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad! Todo el mundo cantaba: «¡Feliz Navidad!» Pero id a pedir a alguien un pedacito de oca y no tardaréis en volver a bajar la escalera. A pesar de esto, se sentían en paz consigo mismos. ¿Acaso no era la Nochebuena? Dentro de poco se irán de *reveillon*, y mañana, atiborrados con la comida de Navidad, estarán de un humor de perros. Pero, ¡viva de todos modos!, todo esta en orden y la luz brota de todas las ventanas.

Al día siguiente de Navidad, ya avanzada la tarde, encontré a Paul. La gente se apresuraba hacia los cines, porque era el día del cambio de programas. Muchas películas de guerra y otras sobre la muerte de Al Capone. Una buena película, con sangre en abundancia y que era un magnífico broche para esta larga jornada de Navidad.

Paul y yo nos instalamos en un bar próximo al mercado del Vesterbro, ante una taza de café y un *croissant* para dos. Estaba tan cerca de la comisaría que uno no podía dejar de sentirse en seguridad.

—¿Qué te parecería un trabajo? — me dijo Paul—. ¿Un trabajo pagado todos los viernes?

—No te burles de mí.

—Nunca me burlo de esas cosas. Es una dirección en Alemania, donde, según parece, hay trabajo. Carecen de mano de obra y se encargan de enseñarte. Se trata de un fábrica de herramientas, y el salario no está mal. Al cabo de un año, uno casi es rico.

¡Trabajo, trabajo! Ya conocía este cuento, pero hubiese hecho cualquier cosa por tener un poco de dinero. A fin de cuentas, nos echaron del café; era una conversación demasiado larga para un *croissant* entre dos

—¡Cerdo! — gritamos al camarero.

Un gordo sargento de Policía, reluciente de pies a cabeza, se detuvo.

—¿Queréis que os trinque? ¡Vamos, circular!

Le pegué una patada en la espinilla y huimos riendo mientras él saltaba de dolor. Probablemente, fue aquel paquete de comida entregado a otro cuando yo hacía cola ante las cocinas del «Wivel» lo que me hizo adoptar la resolución fatal. Quince días más tarde, Paul y yo tras viajar clandestinamente en un tren de mercancía, llegamos a Berlín. Poco después, Paul resultó muerto al caerle un montón de escoria que sacábamos de un alto horno, y yo me alisté en el Ejército.

Por primera vez después de muchos años, tuve una cama limpia para dormir y tres comidas al día. En comparación con el alto horno, el servicio militar me pareció un juego. Se me curaron las manos quemadas, volvieron a crecer las uñas arrancadas, la

tez morena me hizo casi guapo bajo el sol de Silesia; por primera vez en mi vida, tenía mi peso normal, mis dientes estropeados fueron recompuestos por el Ejército sin que me costara ni un céntimo; me dieron un hermoso uniforme y ropa interior limpia una vez a la semana. De pronto, me sentí un ser humano; era feliz, lo que se manifestaba en la firmeza de mi paso. Tenía una amiguita que me amaba. El 7.º regimiento de Caballería se convirtió en mi hogar, en mi primer hogar auténtico. ¡Por fin existía para algo!

Estalló la guerra. Dejamos el cuartel y todo se disgregó. Breslau se quedó atrás, sustituida por los maltrechos caminos de Polonia. La democracia volvía a burlarse de nosotros, ¡y seguía creyendo en ella, cretinos! Desde aquel momento, ya no fuimos hombres. Mientras podíamos andar, luchar, aún éramos útiles, pero nadie nos daba ropa interior limpia. Sucios y piojosos, los uniformes gris verde se volvieron incoloros. El regimiento era anónimo. ¡Avanzad, avanzad! ¡Bajo la lluvia, bajo el sol bajo la nieve, en el polvo! Fosos embarrados para saciar la sed que nos devoraba, zapatos rotos recompuestos con trapos, permisos en casas de personas que no podían vernos ni en pintura. Se terminó la amiguita: había demasiados soldados y los paisanos cortaban el bacalao. ¿Que nos quedaba? Tres cosas seguras: una tumba solitaria junto al camino, con un casco oxidado para señalarla, la invalidez, o la muerte lenta en los campos de prisioneros, esos calvarios donde el animal humano vale mucho menos que un cerdo.

La luz cegadora de un cohete interrumpió mis pensamientos. Me oculté tras un muro y los demás despertaron instintivamente, preparados ya para el combate. ¿Qué hay en la tierra de nadie? Quito el seguro de la ametralladora; *el Viejo* coge su pistola de señales y el terreno se inunda con una luz cruda. Escuchamos... Roncan unos potentes motores. Aquí y allá, el ladrido de una ametralladora...

—¡Tanques! —cuchichea Gregor Martín.

—Se acercan —murmura Porta.

La manga vacía del comandante Hinka flota al viento. Atornillamos en los fusiles los cubiletes de las granadas. *El Viejo* lanza otro cohete... Nada. Nuestro instinto nos engaña. Percibimos la presencia del enemigo. Cada hombre está en guardia. Silencio. Acechamos...

Rechinar de cadenas. Se acercan... *El Viejo* se guarda los cohetes en el bolsillo y preparamos las granadas antitanque.

¡Tanques! ¡Un ejército de tanques! El aire tiembla con el ruido de los motores, y las cadenas chirrían con ruido infernal. ¡Allí están! Parecen una columna de saurios dispuestos a devorar una buena presa. Se les ve perfilarse en la cresta de los acantilados.

Ametralladoras pesadas de tiro rápido... Una interminable carcajada. Bajo la cortina de su fuego cruzado, nos arrastramos por la tierra de nadie para instalar el

cañón «Pak», y los cazadores de carros se afanan junto a un largo «7,5». Un estampido asesino, una lengua de fuego de color rojo vivo... La rápida granada, alcanza al «Churchill» debajo de la tortea, y lo que hace un segundo era un monstruo de acero erizado de ametralladoras se convierte en una cárcel de amianto. ¡Más tanques! Un «Cromwell» se acerca hasta cincuenta metros. *Hermanito* se echa al hombro su disparador de cohetes y apunta tranquilamente; escupe la colilla, aprieta el gatillo, cierra el ojo contrario, como hace siempre, y se muerde la lengua. La llamarada sale del tubo... ¡Alcanzado! La tripulación arde. A por otro. El legionario le alarga el cohete y ambos meten una carga doble. Está terminante prohibido: es un suicidio, pero se ríen de las ordenanzas. Los cerdos que están al frente mejoran las armas sin que nadie se lo agradezca.

Idéntica escena: *Hermanito* cierra el ojo, dispara... Tiro en el blanco. Los tanques se detienen, las llamas ascienden al cielo, pero detrás llegan más tanques. ¿Cuántos? El cañón «Pak» es aplastado, la artillería enemiga enloquece, la muerte se agazapa detrás de cada piedra, restos humanos salen proyectados por los aires, el soplido de las explosiones asfixia a los hombres... Me aplasto contra el suelo, lo arañeo con las uñas. ¡Maravillosa tierra sucia, nuestra única amiga! ¡Qué bien comprendo que se la llame madre tierra!

A pocos metros, un soldado inglés se pega al suelo, lo mismo que yo. ¡Mátalo! Rápido como el rayo, éste es el pensamiento que acude a mi cerebro. ¿Hemos rebasado los dos los veinte años? ¿Hemos tratado de vivir? No. No sabemos más que una cosa: ¡matar para no ser muertos!

Tengo una granada en la mano; conozco la dura ley de la guerra. Sé que el individuo del casco tiene la misma idea que yo: tirar el primero para salvar el pellejo... Arranco la anilla con los dientes. Cuento: Veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro... La granada silba. Él ha lanzado la suya al mismo tiempo. Dos detonaciones en el mismo segundo. Tenemos igual experiencia y también sabemos alejarnos rodando del lugar de la explosión.

Entonces me precipito sobre la ametralladora y le suelto toda una carga. Vuela una nueva su dispara granada, un relámpago golpea mi casco, mi cabeza parece estallar y una especie de furia se apodera de mí. ¡No! ¡No quiero morir en un prado fangoso de Francia! ¡A por el inglés! Lo ataco a culatazos y él me lanza patadas desesperadas. Lo alcanzo con mi pala, se le cae el casco, un hilillo de sangre brota de su boca, y en el lugar de la frente hay una herida abierta.

Cae agotado. Lanza un estertor. Mi rabia se ha transformado en miedo... ¿Por que no muere? Me sangra la pierna y, mientras vigilo al moribundo, me cuido la herida lo mejor que puedo. ¿Tendrá todavía fuerzas para matarme? Me observa y respira con dificultad. Si sus compañeros me encuentran aquí, estoy perdido. Sin embargo, hemos luchado. Todo está en orden. Sangre y espuma manchan su boca. Le arrojo mi

cantimplora.

-*Drink, it is for you* [\[2\]](#).

¿Por qué no bebe? ¿Espera que le meta el gollete entre los dientes y me arriesgue a recibir una cuchillada? Se mueve... Salgo de mí agujero sin pensar en la granada y me precipito hacia la ametralladora, pero el inglés ha vuelto a quedarse inmóvil. Bajo un «Churchill» que arde, el pequeño legionario, tumbado, dispara cortas ráfagas mortales con su «L.M.G.». Mientras, apoyado en el ángulo de un «Cromwell» llameante, *Hermanito*, Grotescamente iluminado por el acero ardiente, parece Satanás en persona.

El ataque enemigo queda detenido... por el momento, y el sol calienta con suavidad. Porta devora cuidadosamente su quinta lata de carne. *Barcelona* hace circular una botella de ginebra, *el Viejo* baraja los naipes y, detrás de nosotros Formigny arde. Los pesados bombarderos «Wellington» zumban por encima de Caen y la humareda de los incendios se eleva muy alta en el cielo. La tierra tiembla bajo nuestros pies.

En un jeep abandonado, Porta ha encontrado un viejo tocadiscos portátil y unos discos. Es una música endiablada que resuena cuando, ya de noche, comparece un grupo de soldados que parecen no llevar armas. Enarbolan una bandera con una cruz roja y sus cascos muestran las mismas cruces rojas. *El Viejo* se precipita sobre *Hermanito* pronto ya para disparar.

—¿No ves que recogen a sus heridos y dejan a los nuestros? — grita el gigante, furioso.

—Al primero que dispare, me lo cargo. ¿Entendido? Dejad vuestras armas -gruñe *el Viejo*.

—Ve a alistarte en el Ejército de Salvación -dice Porta, riendo mientras escupe hacia *el Viejo*-. ¡Llegarás a general!

Casi todos los camilleros han desaparecido ya con su bandera y sus heridos, pero, de repente, un teniente de granaderos lanza un grito y cae sobre el barro de la trinchera. Una bala de francotirador (esos asesinos odiados por los combatientes) le ha alcanzado entre los ojos. En un santiamén tres ametralladoras ladran. Los últimos camilleros se derrumban.

—¡Ellos han comenzado! — grita *Hermanito*, loco de rabia-. ¡Hubiésemos tenido que matarlos en seguida!

Un largo y salvaje grito de guerra:

—¡Alá el Akbar! ¡Adelante, adelante!

Y el legionario se lanza, con nosotros en pos de él, como tan a menudo en las estepas heladas de Rusia o en las laderas de Montecassino. ¡Llenos de odio, matamos, matamos! Los camilleros, los heridos que han venido a salvar, todos liquidados, todo es destrozado. El enemigo no tiene refugios, ocupa posiciones de fortuna. Todo queda

destruido. Pero al ataque sigue el contraataque. Más muertos, muertos por todas partes.

En la Sección 91 nunca se da cuartel al enemigo.

2

Porta manoseaba la radio tratando de captar la BBC de Londres, pero había muchas interferencias.

-¿Te das cuenta de que te juegas la cabeza si te pescan? – preguntó Heide-. Por lo demás, no entiendo en absoluto por qué escucháis esas tonterías. Los ingleses mienten tanto como los de Adolfo.

Golpes de gong sordos y amenazadores, destinados a difundir el terror: «Aquí, Londres... Aquí Londres. BBC para Francia...»

Ignoramos que la Resistencia francesa escucha con toda atención, lo mismo que el oficial-radio de guardia, el Oberleutnant Meyer, en el puesto de mando del XV Ejército.

«Solicitamos toda vuestra atención. He aquí unos mensajes personales: Los largos sollozos de los violines del otoño...» Es el primer verso de la Canción de otoño, de Verlaine, el mensaje que se espera desde hace semanas. Se avisa apresuradamente al gobernador militar en Francia, a los comandantes en jefe de Holanda y Bélgica. ¿Se puede tomar en serio una poesía sobre el otoño? Es ridículo. «¡Idiotas!», vocifera Hitler.

El Estado Mayor del XV Ejército escucha, indeciso, las misteriosas palabras.

«Aquí, Londres... Aquí Londres. Seguimos con los mensajes personales: Las flores tienen un color rojo oscuro. Repito: Las flores tienen un color rojo oscuro.

Es la consigna para las células de Normandía.

»Continúo: Helena se casa con Joe. Helena se casa con Joe.

Consigna para toda la región de Caen. Instantáneamente, los puentes vuelan; también las líneas férreas y las telefónicas son saboteadas. En el XV Ejército no se duda ni por un instante de que trata de algo grave.

-¿Entiende usted algo, Meyer? – pregunta con inquietud el general Von Salmuth.

Desde hacía tres días, la Radio de Londres guardaba silencio, y, de pronto, el locutor ha empezado a hablar sin descanso:

»Proseguimos nuestros mensajes: Los dados están lanzados. Repito: Los dados están lanzados.

Confiados centinela alemanes son apuñalados; los cadáveres desaparecen sin dejar huellas en los pantanos y en los pozos.

Jean piensa en Rita. Repito: Jean piensa en Rita. El locutor habla lentamente, con una pausa entre cada palabra.

-¿Oís a ese cretino? – gruñe Porta, de mal humor-. Jean piensa en Rita. Ese del micrófono es un imbécil más. Jean piensa en Rita. ¿Conocéis a esos dos?

-Es una clave -explica Heide, que siempre lo sabe todo-. Yo también he trabajado en la Radio. Lanzábamos camelos semejantes.

»El domingo, los niños se impacientan. *Repito:* El domingo, los niños se impacientan.

Es para los de la Resistencia, que esperan a los paracaidistas en Normandía.

»Aquí, Londres. Enviaremos nuevos mensajes dentro de una hora.»

LA ULTIMA HORA

Envolvemos a los muertos en una lona antes de enterrarlos, y colocamos junto a cada cadáver un botellín de cerveza vacío que contiene los documentos personales del hombre. Tarde o temprano, se necesitarán cementerios de héroes adornados con grandes monumentos de granito, y largas filas de cruces con plaquitas donde aparezca el nombre de esos héroes. De modo que más vale saber a quién se exhuma de un foso o de un campo de patatas. De ahí el botellín.

Los cementerios de héroes son necesarios. ¿Qué se podría enseñar mañana a los jóvenes reclutas? ¡Mirad! He aquí nuestros héroes. Bajo esta cruz reposa el soldado Paul Schultze, un valiente a quien una granada arrancó las dos piernas, pero que siguió luchando contra el enemigo que amenazaba con aniquilar la avanzadilla. El soldado Schultze salvó al regimiento, y después murió en brazos de su comandante, con el himno nacional en los labios.

Es preciso que cada nombre inscrito en cada cruz sea correcto, pues de lo contrario, ¿qué actos heroicos se tendrían a mano cuando se haya olvidado la derrota? Sin embargo, hay muertos privados del famoso botellín, porque han caído más hombres que el número de botellines de que disponíamos. Y, no obstante, ¡Dios sabe lo que llegamos a beber! Por la tarde, media hora de descanso después de los entierros. Luego, operación de levantamiento de minas.

Es el trabajo que más detestamos, porque la vida es endiabladamente corta para un detectado de minas. El progreso ha intervenido en ello: son las minas magnéticas que estallan a la proximidad del más pequeño trozo de metal. De modo que nos hemos despojado de todo lo metálico, hasta de los botones, sustituidos por unos pedacitos de madera. Como no hay botas de caucho, hay que contentarse con envolver los zapatos con tiras de ropa, pero nuestro grupo ha tenido suerte. Porta se ha apoderado de un par de botas americanas de caucho amarillo claro: un tesoro inapreciable sobre el que velamos como si se tratase de oro puro; y es mucho más que oro, es nuestra salvación.

Resulta imposible confiar en el detector de minas, que zumba incesantemente. Se dispara con el más pequeño trozo de metal, lo que nos exaspera y nos hace mostrarnos descuidados. Es lo peor de todo. Cuando se trabaja con las minas, tres cosas son primordiales: prudencia, desconfianza y cuidado. Allí donde uno menos se espera, acecha la trampa. Fue Rommel quien inauguró ese estilo, y es satánico. Se abre una puerta y estalla en pleno rostro. Una cuerda de tender la ropa con una fila de pinzas que parecen una hilera de golondrinas. ¡Inocente del todo! La cuerda te cierra el paso, la arrancas y la tierra se abre en una erupción volcánica. La puerta de un horno cierra mal, lo que irrita a las personas ordenadas; se la empuja y todo el mundo desaparece. Atravesados en el camino, unos restos de carretilla que empujas a un

lado: es el último acto de tu existencia. Un cuadro que cuelga torcido oculta el detonador de media tonelada de explosivos. Se pisa un hilo invisible, y diez granadas estallan a cincuenta metros en un árbol, pulverizando a toda la Compañía. Hay minas aparejadas: las minas «P2», cuyas explosiones tienen lugar en cadena. Otras deben ser destruidas de un disparo; y después están las que hay que desmontar pieza por pieza, pues sus detonadores están hechos del cristal más delgado... El trabajo de limpieza de minas enloquece.

Se avanza paso a paso, rascando la tierra con desconfianza, lentamente... Cada diez minutos se cambia al hombre que va en cabeza: de este modo, sólo uno corre el riesgo de ser despedazado. Los demás siguen precavidamente las huellas del primero, a una distancia razonable, y en el momento en que todo parece ir mejor, el hombre que va al frente se volatiliza con un aullido, en medio de un resplandor fulgurante.

El detector de minas zumba... Nos detenemos. El hombre en cabeza balancea el aparato hacia delante, hacia atrás, localiza lo que se oculta bajo tierra, se tumba en el suelo, hurga con prudencia de serpiente. No es más que un pedazo de metal, una esquirla de granada. Siempre sucede lo mismo. Uno acaba lleno de ira y cree que no hay minas en absoluto y que el prisionero que ha dado la información es un mentiroso. Entonces se avanza más aprisa, maldiciendo a todos los oficiales de Información. Explosión monstruosa. El hombre que va en cabeza ha volado. Así, pues, el prisionero no había mentido y los Servicios de Información son estupendos. ¡Estupendos tipos! Era una mina «T» para tanques; cuando estalla una mina de éstas, del individuo no queda nada. con una mina «S», uno sólo deja las dos piernas; lo que no está tan mal, porque se hacen buenas prótesis y si no se es demasiado estúpido se puede entrar en la escuela de suboficiales. Muchos suboficiales con prótesis instruyen a los reclutas. Te alistás para treinta y seis años y, con algo de suerte, llegas hasta *Feldwebel* de Estado Mayor en quince o dieciocho años. Después te retiras a los sesenta y cinco años con una buena pensión. Por lo tanto, una mina no es de las cosas peores, y no da miedo a un bicho del frente. ¡Terminada la guerra! Por amarga experiencia, sabemos que todo se paga, y la «carne de cañón» daría con gusto dos piernas para no estar en primera línea. Un brazo no vale nada. El comandante Hinka lleva tres años en el frente sin el brazo izquierdo; las piernas están mejor, pero hacen falta las dos. En los tanques, hay muchos individuos una sola pierna.

En este momento, voy en cabeza. Unas hierbas suscitan mi desconfianza... Las palpo y están sueltas; meto la mano y toco metal. Porta y el legionario, que van detrás de mí se detienen... Los que hay a la izquierda, de pronto silenciosos, no apartan la mirada de mí. Dentro de un minuto puedo estar pulverizado. Me tumbo, pego la oreja al suelo... ¿Se oye un tictac? ¿Es una mina magnética o una mina de explosión retardada? El sudor me empapa y, al mismo tiempo, tiemblo. La mina calla, pero no está muerta... Solapada como el infierno. En comparación, una cobra resulta un

animalillo doméstico. En la punta de los dedos tengo antenas invisibles... Observo la cúpula redonda, el delgado, delgadísimo tubo de vidrio. Es una mina «T» normal. Amiguita, no te deseo ningún daño; sé buena, no te enojés. ¡Cuidado, Sven! Nada de brutalidades. La muy bruja es astuta. Acuérdate de lo que has aprendido. Ninguna brusquedad. Vamos a ver... Dos dedos bajo la cúpula, dos vueltas a la izquierda... Lentamente, lentamente... Si rompes el tubito de vidrio, estás listo. Esperemos que no haya un hilo, y los tiradores que la unan con otras minas, porque los colocadores de minas tienen imaginación. Dos vueltas, está hecho... Dos milímetros hacia arriba, tres vueltas a la derecha... Eso no se mueve. ¿Qué quiere decir? ¿Un nuevo modelo? Siento deseos de huir. Entonces, Consejo de Guerra, cobardía ante el enemigo, condena a muerte, pero quizá la guerra haya acabado antes de que el Consejo haya tenido tiempo de dictar sentencia.

¿He de tratar de levantarla sin haber desmontado el tubo? Es peligroso, horriblemente peligroso... ¿Qué hacer? El terrible objeto permanece pegado al suelo. Un solo movimiento en falso y el tubo se rompe, el ácido se esparce, ¡y adiós, Sven! Olfateo, receloso... ¿Estará caliente? ¿Será una mina de batería? Deslizo por debajo la mano izquierda, mientras la derecha sostiene la cápsula, y arranco la hierba con los dientes. En esos momentos, uno envidia a los monos que pueden utilizar las patas. ¿Por qué no enseñarles a desarmar minas? ¡Con lo listos que son! ¡Es curioso que a nadie se le haya ocurrido aún! El Ejército utiliza palomas, perros, cerdos, caballos. Los cerdos los utilizábamos en Polonia: los soltábamos en los campos de minas y todo volaba, pero no seguimos haciéndolo, pues los cerdos son muy valiosos; y los perros también. Ahora se prefiere a los hombres; el material es el menos caro que existe; unos traseros de saldo, como dice Porta.

Lentamente, lentamente, la atraigo hacia mí... ¡Señor, qué pesada es! He sido un tonto en utilizar la mano izquierda, con la poca fuerza que tiene. ¡Aquí está! La mina me mira, amenazadora, con su contera: es su ojo, su oreja, su cerebro. ¡Si me atreviera a arrearle un puntapié, a enviarla al diablo! Pero ni siquiera oso insultarla, le hablo suavemente... Cuando haya desprendido la contera, le propinaré una buena paliza y nunca más tendrá aspecto de mina.

Llamo a los otros. Porta y el legionario se acercan. Porta, aunque carezca de estudios, es un genio de la mecánica, pues le gusta esto para lo bueno y para lo malo.

—¡Imbécil! Has dado vueltas en sentido contrario. ¿No has visto que tiene paso de rosca francés? —Palpa la contera-. ¡Trae una llave inglesa! —grita a *Hermanito*.

La llave llega como por arte de magia. Examina con atención el horrible objeto.

—Toma, cierra la contera, o de lo contrario tendrás una buena ración en el culo cuando comparezcamos ante san Pedro.

El legionario silba con nerviosismo y se seca las manos en el fondillo del pantalón.

–¡Ya lo tengo!

Porta coge la llave:

–¡Cuidado con vuestras orejas! ¡Es posible que nuestra amiga se lleve un pedazo!

Canta en voz baja:

Querida, ¿qué será de nosotros dos?

¿Seremos infelices o dichosos?

Triunfalmente me enseña el tubo de cristal y lo rompe con los dedos. Después, sonriente, se vuelve hacia los otros con la mina bajo un brazo.

–¡No puedo sacar el tubo! ¡Pruébalo tu! – grita, tirando la mina hacía Gregor, que lanza un aullido de terror.

Porta se aprieta los costados:

–¿Acaso el caballero tiene miedo?

–¡Cretino, granuja, cerdo! – chilla Gregor dando un puntapié a la mina.

–¡Basta de tonterías! – gruñe *el Viejo*-. Hemos tenido ya seis muertos.

–¿Y qué? – replica Porta-. ¿Hay que ponerse corbata negra?

Es él quien se pone en *cabeza*:

–¡Trae los preservativos de pie!

Y le entrego las botas americanas de caucho.

Apenas ha andado unos metros, se inclina y nos hace una señal. El legionario y yo nos miramos. ¿Cuál de los dos? Porta ha encontrado una mina con hilos y hay que desarmarla entre dos. El legionario se encoge de hombros y se adelanta; si todo va bien, la próxima vez me tocará a mí. Él y Porta se arrastran siguiendo el hilo. Tiempo atrás era posible cortar ese maldito hilo, pero ahora han tenido la idea de duplicarlo con un delgado alambre de cobre. Si se le toca con un objeto metálico pasa la corriente y, ¡adiós la Sección! Esa mina está colgada en un árbol y conectada con tres granadas del 105. ¡Una verdadera trampa gigante! Antes de haber descubierto ese asunto del alambre de cobre, perdimos mucha gente. Habían olvidado de incluir el modo de empleo.

–¡Muévete, imbécil! – me grita Porta- ¿Crees que estás en un salón?

Tengo que llevar las herramientas y desmontar el detonador. Parece que es fácil, pese a que varios han volado al hacerlo. Nunca se sabe. Quizás hayan inventado algo inédito.

Porta, encaramado en el árbol, acaricia los cuatro hilos del diablo. Bajamos primero la mina «T». Es una de lápiz. El detonador no es mayor que un paquete de cigarrillos, pero os juro que basta. En una de las granadas, un bromista ha escrito: *Go to hell damned Krauts!* ^[3]. Firmado: Isaac. Muy comprensible. Ningún Isaac tiene motivos para querernos.

Un breve descanso.

Nos sentamos y fumamos un cigarrillo, lo que está severamente prohibido, pero

¡qué importa! A todo el mundo le hace mucha falta.

–Me gustaría tener a Adolf aquí para hacer este trabajo -dice Porta, sonriendo con expresión sádica-. Aunque sólo fuese media hora escasa.

Esta broma estúpida nos encanta. Pero los demás se reúnen con nosotros bajo el mando del teniente Brandt, nuestro nuevo comandante de compañía. Brandt está con nosotros desde el principio; sólo nos ha dejado durante breves períodos de formación en diversas escuelas. Nosotros, los veteranos, le consideramos como un compañero al que tuteamos y llamamos por su nombre. Se llama Claus. Un verdadero oficial del frente, sin galones, sin condecoraciones; sólo la gorra descolorida con su cinta plateada indica su graduación.

–¡Si por lo menos hubiese terminado...! – rezonga Claus-. Es un juego que enloquece.

–Un juego al que no volveremos a jugar cuando hayamos vuelto a casa -dice Porta.

Porta dice siempre «cuando» y nunca «si»; un estado de espíritu muy curioso en el soldado del frente: nunca cree que puede llegarle su hora. Muy a menudo, hemos excavado una fosa común antes de pasar al ataque, la recubrimos de heno, preparamos las cruces de madera, pero nunca hemos pensado que podemos ir a parar allí dentro, el ruido sordo del aterrizaje... Nos volvemos; el camarada más próximo ha desaparecido. Un tanque enemigo aparece rugiendo, lanzando llamaradas por su largo cañón. Una explosión capaz de destrozar el tímpano. La mitad de la Sección es volatilizada. Experiencia cotidiana, pero nunca pensamos que podemos ser las víctimas. Nuestra fe en la vida es invencible, incluso cuando damos el brazo a la muerte.

Porta, que ha encontrado tres latas de ananás en un tanque americano, se hincha.

–Yo, muchachos, cuando vuelva a Bornholmstrasse, compraré toneladas de ananás. ¡Me encantan y pienso ponerme hasta aquí!

Y empezamos a soñar en la posguerra. Hablamos mucho de lo que ocurrirá después de la guerra, pero entre nosotros sólo hay uno que sabe lo que quiere: el suboficial Julius Heide. Está decidido a estudiar para llegar a ser oficial, y cada día aprende diez páginas del manual militar de campaña, de memoria, obstinadamente, dondequiera que esté. Nos burlamos de él, pero le comprendemos. Hemos sido soldados demasiado tiempo para poder volver a la vida civil, pero nadie se atreve a confesárselo. *El Viejo* opina que sólo los agricultores podrán reanudar una existencia normal, y quizá no ande equivocado. Son muy distintos de nosotros los ciudadanos; un manzano en flor les encanta; muchos han desertado a causa de un árbol en primavera. Un día, en el momento de pasar la lista matutina, nos leen una proclamación; los perros de guardia han descubierto al desertor y el Consejo de Guerra no quiere saber nada de manzanos en flor. Una madrugada gris, doce disparos

han resonado en el patio de la prisión.

Hace diez horas que estamos retirando minas, con una tensión nerviosa que nadie puede imaginarse. Diez horas entre los brazos de la muerte, sin un momento de descanso. Quizás hemos terminado; acabamos de finalizar la colocación de cintas blancas que permitirán el paso a los tanques y a los granaderos. Estoy a punto de clavar una estaca, pero, de pronto, algo me llama la atención. Levanto la mirada; mis compañeros están inmóviles... Todos los ojos se fijan en el teniente Brandt, que está en pie, algo más lejos, las piernas separadas, los brazos colgando a lo largo del cuerpo... Siento un escalofrío. Claus está sobre una mina. Al menor movimiento, estallará. Sabe que va a sonar su última hora.

Los más cercanos retroceden paso a paso. La mina debe de estar conectada con otras. Se ve por los hilos. Sólo uno quiere adelantarse. Es *Hermanito*, pero le retenemos a la fuerza; también *Barcelona* sufre un ataque de locura y empieza a arrastrarse hacia Claus. Hay que dejarlo sin sentido. Basta con un muerto.

—¡Ponte de rodillas, trata de esquivarla! — grita Porta.

—¿Cómo?

—Saltando. Es tu única probabilidad.

El teniente está lívido. Preparamos ya una ampolla de morfina y los paquetes de vendajes. Pero el legionario empuña su revólver; de todos modos, Claus no sufrirá mucho rato. Llamadlo asesinato, si os parece. Desde hace seis años no nos hemos separado de él. ¡Seis años! Es mucho para un soldado del frente, sobre todo en un regimiento de tanques donde el promedio de vida es de noventa días... Y, además, ¡una cosa tan estúpida como una mina! ¡Y una mina con hilo! Hasta un niño la hubiese visto, pero siempre ocurre así: a fuerza de que los nervios se desquicien con estas porquerías, se tiene un segundo de descuido, y éste es el peligro supremo cuando se trata de minas.

¿Cuánto tiempo llevamos aquí? ¿Segundos, minutos, horas, años? El tiempo se ha detenido. Esperamos la muerte, que ha su vez espera, con no menos paciencia una presa segura. El teniente levanta una mano y saluda; después, lentamente, muy lentamente dobla las rodillas, se prepara para saltar... Ha decidido probar suerte, tratar de esquivar la mina.

Me tapo los oídos con las manos para no oír ese terrible y fúnebre redoble. Claus se queda agarrado, sin fuerzas para decidirse. Mientras permanece en pie sobre la mina, se siente vivir, pero si salta... ¡Una probabilidad entre mil!

Le miramos, hipnotizados. Apoya las palmas en el suelo, vuelve a incorporarse...

—Echadme chaquetas.

Diez chaquetas vuelan hacia él, pero sólo tres le alcanzan. *Hermanito* intenta lanzarse otra vez, y Porta lo derriba con un golpe de pala. Basta con un muerto. Pero Claus se ha dado cuenta.

—¡Gracias, *Hermanito*! -grita el teniente.

—¡Bandidos, cerdos, cobardes! – vocifera *Hermanito* cuando vuelve en sí.

Hacen falta cuatro hombres para retenerlo; el legionario apoya su revólver en la frente del gigante, quien le muerde la mano con tal fuerza que el hombre del desierto grita de dolor. Vemos al teniente envolver las chaquetas a su alrededor; si unas esquivaras lo hirieran en el vientre, estaría listo. Después, vuelve a saludar... Va a decidirse.

—¡Salta!

De pronto, a lo lejos, suenan unas campanas, alegres campanas que festejan la liberación de Francia. El viento nos trae el sonido de los alegres carillones. Todo está olvidado: las ruinas, el infierno del desembarco; en las calles los soldados americanos bailan con las muchachas francesas. «¡Viva Francia! ¡Vivan los americanos! ¡Mueran los alemanes! ¡Mueran!»

El teniente Brandt salta. Una llamarada cegadora, un ruido que asorda... Nos precipitamos. Sus dos piernas están arrancadas una ha caído cerca de él, la otra ha desaparecido, y todo su Cuerpo está gravemente quemado, pero Claus no ha perdido el conocimiento.

Hundimos una aguja en el cuerpo palpitante; Porta y yo colocamos sendos torniquetes en los muslos. El uniforme está hecho tiras; se desprende un olor extraño, una mezcla de carne y de ropa quemada. Claus grita, empiezan los dolores. También esto lo conocemos.

—¡Morfina! – ruge *Hermanito*, pegando un empujón al enfermero-. ¿Para qué sirves, cretino?

—¡No me queda!

—¡Entonces, es que la vendes en el mercado negro! – grita el gigante lanzándose sobre el desdichado, que se defiende furiosamente.

Pero el otro le derriba, le registra, destroza el macuto de la Cruz Roja, pisotea las agujas, las jeringas. Está loco furioso. Es un peligro. Nadie se atreve a acercarse. ¡No hay morfina! Entonces, empuña el revólver, lo sopesa, y, de pronto, lo tira al suelo.

El enfermero sugiere una transfusión. Veinte brazos se ofrecen, pero hay que comprobar los grupos sanguíneos y *Hermanito* enloquece de nuevo cuando rehúsan su sangre. Es imposible hacerle comprender que no pertenece al grupo requerido.

—¡Idos al cuerno! ¡La sangre es sangre! Tengo cien litros, y soy el más fuerte de todos.

Lentamente, el teniente se debilita.

—¡No irá a morir! – gime *Hermanito*, desesperado-. Es el final de la guerra. Toma, Claus, un cigarrillo, ¡te ayudará!

Y aprieta un cigarrillo entre los labios, que van tornándose azulados.

Por doquier, las campanas contestan a las campanas. Tocan por la liberación de

Normandía tocan por la muerte del teniente cuyo cadáver llevamos a hombros. Mudo de pesar, *Hermanito* va el primero y, detrás de él, *Porta* toca con su armónica *El viaje de los cisnes salvajes*, esa música que tanto le gustaba a Claus.

Fue así como, sin mirar a nadie, con la cabeza erguida, atravesamos Tourqueville, llevando a hombros el cuerpo de nuestro camarada, de nuestro teniente muerto.

3

El teniente ruso Koranin, del 439° batallón del Este, hizo un día, con su compañía de tártaros, un descubrimiento sorprendente. En una lancha de desembarco encontró, junto a los cadáveres de tres oficiales americanos, unas carteras llenas de documentos. El ruso se apresuró a llevar las carteras a su comandante, y ambos fueron a ver al general Marcks, comandante del 84° Cuerpo de Ejército.

El general se dio cuenta en seguida de la importancia inestimable del hallazgo y llamó inmediatamente al VII Ejército. ¡Se le rieron en las narices! ¿Qué estaba contando? Marcks, furioso, se instaló en un sillón y volvió a examinar los documentos; tampoco su ayudante de campo tuvo la menor vacilación: todo era perfectamente auténtico. Los dos oficiales dieron aviso al Servicio de Seguridad, que creyó estar soñando mientras examinaba los documentos.

El comandante del 84° Cuerpo de Ejército se puso entonces en contacto con el generalfeldmarschall Von Rundstedt y le comunicó que poseía los planes secretos de los aliados relativos a la invasión de Normandía. Era la prueba de que el desembarco reciente constituía el preludio de esa invasión que se estaba esperando desde hacia cuatro años.

-¡Qué tontería! – exclamó Von Rundstedt.

Y colgó el aparato.

El Alto Mando permaneció inabordable. Los planes no eran más que una trampa grosera. Lo mismo que aquel desembarco. ¡Una sencilla finta!

-Releve del mando al general Marcks -ordeno Von Rundstedt a su jefe de Estado Mayor-. Es un soñador y no me atrevo a dejarle el mando de un ejército.

LA COLINA DEL GÓLGOTA

Es de noche. Nos dirigimos a la posición de la cota 112 siguiendo el camino en tres columnas. La niebla baja se desplaza en largas franjas algodonosas, una verdadera niebla del mar del Norte, una niebla helada. La cabeza de la compañía desaparece, envuelta por esa niebla; mientras, Porta cuenta una de sus interminables historias de chicas.

El Viejo camina a la cola de la columna, con las piernas arqueadas, la espalda curvada, su vieja pipa en la boca, su casco colgado del gancho de su fusil, y la gorra negra de los tanquistas plantada sobre su cráneo. *El Viejo*, el jefe de nuestra Sección, *Feldwebel* Willy Beier, con botas de soldado demasiado grandes para él. No se parece en absoluto a un militar, pero es el mejor jefe de Sección que existe; hace varios días que no se afeita y la niebla le platea la barba.

Andamos por entre algo que la semana pasada debía de ser un bosque. Ahora, son unos troncos desmenuzados, unos vehículos quemados, unos restos humanos.

–¡La cosa ha debido ser seria! – exclama *Hermanito*.

–Morteros pesados -contesta Porta.

–Nuevas granadas de mortero -explica Heide, enterado de todo, como de costumbre-. Te volatilizan el uniforme, y después te queman.

Por todas partes, cuerpos carbonizados. En un tronco de árbol, un cuerpo desnudo sin piernas. *Hermanito* pega una patada a una cabeza todavía con casco; el legionario se estremece.

–¡Bien mirado, da no sé qué ver una cabeza que se ríe en el camino!

–El inventor de esos chismes debía de ser cocinero -opina Martin Gregor-. Primero, te pela, y después te asa. ¡Fijaos en aquél!

–¡Callaos! – grita *el Viejo*.

Un zumbido seguido de una explosión... Instintivamente, nos arrodillamos.

–Distanciaos. Apagad los cigarrillos. ¡Compañía, alerta! ¡Corred!

Uij... Uij... Una sabana de fuego se eleva hacia el cielo. Baterías DO. Baterías de cohetes de doce cañones. Corremos en columna junto a uno de los pequeños muros de piedras sueltas. Los del DO cambian de posición después de cada salva, pues sus tractores se desplazan a toda velocidad arrastrando detrás de ellos los aparatos lanzadores.

–¡Más aprisa, más aprisa! – grita *el Viejo*-. ¡Dentro de un instante caerán sobre nosotros!

Tiene razón; se oyen ya los silbidos. Un muro de fuego se eleva hasta el cielo. Gritos, muertos, heridos. De un agujero surge un teniente de Artillería, observador de primera línea; está cubierto de barro y sangra de un rasguño en el rostro.

–¿Quién manda esta pandilla de cretinos?

El *Oberleutnant Löwe*, nuestro nuevo jefe de compañía, se estremece.

—¿A quiénes llama cretinos?

—¡A su compañía! ¡Lárguense de una vez! ¿No ve que atraen el fuego enemigo? Protegidos tras un muro, observamos, interesados, la discusión.

—¡Todo lo que él se merece es una patada en el culo! — grita Porta.

—¡Sus hombres insultan a un oficial! — rugen el artillero-. ¿No ve que soy teniente?

—¡Un cretino completo!, — le grita Löwe, aplaudido a coro por toda la compañía.

—¡Tendrán noticias mías!

La batería DO está en posición a unos centenares de metros, más allá del camino. Uij... Aullido de los cohetes. El paraguas de fuego vuelve la noche más clara que el día.

Aterrados, nos apretujamos los unos contra los otros, pegados al muro. Nadie habla ya ante el mar de fuego que surge por todas partes.

—¡Menuda faena hacen esos americanos! — rezonga *Hermanito*.

—En columna de a uno detrás de mí -ordena Löwe-. ¡Adelante, adelante!

A nuestra espalda se desencadena el infierno. Un estallido destroza al oficial de Artillería. Todo es cuestión de suerte... Si no hubiese discutido con nosotros, hubiera salvado la vida. Recuerdo que un día coincidimos bajo unos árboles con un grupo de zapadores; llovía, las ramas goteaban y Porta, de pronto, se cansó de aquella ducha. Seguido por nuestro grupo, se levantó y se marchó. No estábamos ni a cincuenta metros cuando resonó una explosión. El árbol, los zapadores, todo había desaparecido. Otro día, entramos en una casa abandonada para jugar una partida de naipes con la sección de cazadores de carros. De pronto, Porta descubrió dos hilos tendidos sobre el camino; tiró las cartas y empezó a seguir los hilos. Fuimos en pos de Porta. Apenas habíamos recorrido cien metros cuando la casa voló. ¡Pura suerte! Unos instantes más en el lugar marcado por el destino, y es el final.

En este momento relevamos a una compañía de SS perteneciente a la División Hitler-Jugend, 12ª División de *Panzergranadiere*. Ninguno de ellos ha cumplido los dieciocho años, pero, en tres días, esos chiquillos silenciosos, introvertidos, se han convertido en viejos. La mitad de su compañía ha sucumbido.

Sin una palabra, empaquetan sus pertenencias y se llevan todo, incluso los frascos vacíos. Les miramos sacudiendo la cabeza.

—¡Qué disciplina! — exclama Heide con admiración-. ¡Qué soldados! ¿Habéis visto? Todos los oficiales tenían la cruz de hierro de primera clase. ¡A qué llegaría yo como jefe de grupo de ellos!

—A morir como un héroe -contesta lacónicamente Porta.

Pero Heide, fascinado, sigue con la mirada a los infelices chiquillos que se alejan en columna de a dos por la colina sembrada de granadas. Cada parte del equipo es reglamentaria; los cuellos verde oscuro con las SS bordadas asoman de las chaquetas

de camuflaje a fin de que nadie tenga la menor duda sobre su identidad.

–Ve a reunirte con ellos -propone Porta-. No te lo impedimos, fanático de la guerra.

Heide no se enfada, sueña. Se ve ya oficial y palpa su cuello, donde le parece sentir la cruz de caballero; ni siquiera se enoja cuando *Hermanito* le alarga una cruz de madera.

–¡Toma, por lo menos ésta puedes tener la seguridad de recibirla!

Empieza a llover; el agua resbala por el casco y se nos mete por la espalda. ¡Qué clima en esta colina! Niebla, lluvia, viento, barro por doquier. Parecemos estatuas de barro; la arcilla roja se pega a todo, a las armas y hasta a las vituallas.

Poco antes del amanecer se desencadena el ataque, pero los otros no saben que los SS han sido relevados y les dejamos acercarse mucho. Una disciplina del fuego que ellos no conocen y que hemos aprendido en el frente ruso. Los liquidamos a pocos metros de la posición. Son canadienses, según parece, esos crueles canadienses a los que detestamos. Unos verdaderos sádicos: atan a los prisioneros a los tanques con alambre de espino, y la bala en la nuca es moneda corriente; no hay que esperar piedad de los canadienses.

Y después vienen los Gordon Highlanders, pero contra éstos no tenemos nada. Porta busca una pipa mientras vamos a recoger a tres de sus heridos en las primeras alambradas; esos infelices piensan que vamos a liquidarlos y tiemblan de miedo. ¡Siempre esa maldita propagan falsa! ¡A quienes habría que fusilar es a unos cuantos periodistas! Todo el día discurre bajo un bombardeo incesante. Es el *Warspite*, que cañonea Caen, y se diría unas locomotoras lanzadas por los aires.

–Espero que no tendremos que ir por allí -dice Porta, señalando hacia Caen-. ¿Os acordáis de aquel día, en Kiev, cuando saltábamos de agujero en agujero con Iván [\[4\]](#) pisándonos los talones? Desde entonces, no puedo sufrir las ciudades.

–Nada de eso -replica *Hermanito*-. En Roma nos divertimos mucho. ¡Y pensar que no me nombraron cardenal!

Crepita una ametralladora enemiga; una rociada de balas trazadoras se abate sobre la posición y el casco de *Barcelona*, limpiamente agujereado, cae al fondo de la trinchera.

–¡Asesinos, cerdos! ¡Venid, si os atrevéis, asquerosos escoceses!

Extendemos los impermeables sobre el fondo cubierto de barro; unos sacos de pan a manera de mesa y *el Viejo* baraja los naipes. De golpe, lo olvidamos todo; los ojillos porcinos de Porta brillan, astutos, bajo sus cejas; empuja hacia la frente su sombrero de copa amarillo, ese viejo sombrero abollado y con tres agujeros, de los que uno fue producido en Rumania. Heide, siempre desconfiado, oculta sus naipes con la otra mano, porque los ojos de Porta son unos auténticos rayos X. Por, la expresión de Gregor se ve que está a punto de anunciar veintiuno; en cuanto a

Hermanito, coloca sus pies desnudos sobre un estuche de máscara antigás y los mueve con deleite. Apestan. ¿Cuánto tiempo hará que no conocen el agua ni el jabón) El gigante cuenta trabajosamente con los dedos ¿Veintiuno o diecisiete?

—¿Tienes catorce? — pregunta, riendo, Porta, que ha seguido con mirada penetrante el movimiento de los dedos.

—¡Hombre! -exclama *Barcelona*, que no puede abrir la boca sin hablar en español.

Su bolsillo derecho se hincha con una naranja seca (una mascota), y siempre sueña con las naranjas de Valencia, que se han convertido en una idea fija para él. Entretanto, el legionario se lo lleva todo, y la cicatriz que marca su rostro cobra un tono violáceo. Es muy raro ver reír a ese sempiterno soldado.

Furioso, *el Viejo* tira los naipes y lanza un escupitajo de tabaco a la trinchera. *El Viejo*, el *Feláwebel* Willy Beier, carpintero berlinés, se parece al *Kat* de Erich María Remarque. Es *el Viejo* quien nos ha enseñado a reconocer las granadas por sus sonidos, lo mismo que hacía *Kat* con su Sección; enseñaba cómo protegerse tras un montículo, cómo ocultarse en un campo llano, sin mostrar los hombros. Si no hubiese habido gentes como *el Viejo* (o como *Kat*), sabe Dios cuántas habrían sido las pérdidas. Individuos como ellos valen tanto como generales. Allí donde un *Feldmarschall* se hubiese largado mucho rato antes con todo su Estado Mayor, *el Viejo* apretaba un poco más los dientes sobre el cañón de la pipa, y en diez minutos la Sección era liberada. Incluso enseñaba muchas cosas a los oficiales recién salidos de la escuela de guerra de Potsdam y que llegaban al frente sin la menor experiencia del fuego. Jamás olvidaremos al *Oberstürmführer* de las SS a quien enviaron con nosotros como castigo. No necesitó más de media hora para perder toda una compañía que Iván había rodeado en silencio. El *Oberstürmführer* se libró, pero podía dar las gracias al comandante Hinka por no haber sido sometido a un Consejo de Guerra; posteriormente, se convirtió en un buen alumno de *el Viejo*. Y también estuvo el matasanos de Estado Mayor, que afirmaba que ganaríamos la guerra porque éramos los mejores.

—Señor doctor -dijo *el Viejo*-, no siempre vencen los mejores.

Chupaba su pipa como siempre que algo le obsesionaba.

—Y, en tu opinión, ¿cuándo tendremos las nuevas armas?

El Viejo se rascó una oreja:

—Hace mucho que tenemos armas sorprendentes. — Nos señaló con un dedo-, Fíjese, mire al *Obergefreiter* Porta con su cuello de cigüeña y sus piernas huesudas. *Hermanito*, cubierto de músculos y con un cerebro en miniatura. Sven, con sus ojos estropeados, *Barcelona* y sus pies planos, Gregor, a quien sólo le queda la mitad de la nariz, y nuestro jefe, el comandante Hinka, que es manco. Son esos soldados los que impiden que el enemigo penetre en nuestro país, no las armas.

Dos días después, el médico de Estado Mayor se disparaba una bala en la cabeza;

la cabeza había resultado excesiva para él.

¡Cuidado! ¡Ahí vienen! En masa, vestidos de caqui, con sus cascos llanos. Saltan por encima de las alambradas, nos lanzan granadas, disparan desde la cadera; las bayonetas brillan en el extremo de los fusiles, un fuego incesante lo aplasta todo ante ellos. Hay que conquistar la cota 112. Orden del general Montgomery, que está furioso, que quiere Caen, y, en seguida, aunque deba costar toda la División escocesa. Hay que tomar la cota 112, la colina del Gólgota.

En cabeza, los escoceses; detrás y por los flancos, tanques. Gregor Martin está junto a su mortero de 81 milímetros, que trabaja como una ametralladora. Gregor ha perdido el casco, y el sudor resbala por su rostro, ennegrecido por el humo, trazando surcos más claros. El comandante Hinka, cuya manga vacía flota al viento, ha cogido una ametralladora pesada y lanza andanadas mortíferas contra las oleadas de soldados. El comandante no dice ni una palabra; su boca forma una línea recta, su abrigo de cuero gris perla se ha vuelto rojo de barro; un *Feldwebel* enfermero le asiste. *Hermanito* prepara dos granadas a la vez y cada una de ellas estalla en el momento en que toca al suelo. No hay posibilidad de fracaso. *Hermanito* es un experto en granadas de mano. En cuanto a mí, mi ametralladora se encasquilla; una bala traidora se ha atravesado en el cargador. ¡Ese maldito modelo 34! Siempre tiene pegas. Arranco de la funda mi bayoneta y golpeo como un loco la bala.

—¡No! — exclama Porta-. ¡De esta manera, no!

Y en un santiamén, gracias a él, la ametralladora queda reparada. Pero en este breve período el enemigo se ha acercado. ¡Es agradable a la vista! Malva, amarillo, verde, rojo... ¡Pero muy peligroso! Vociferan frases incomprensibles, como para desgarrarse las cuerdas vocales, y se enganchan en las alambradas como crucificados. Más caquis todavía: Montgomery quiere conquistar Caen. Los tripulantes de los tanques arden con sus máquinas; una pestilencia insoportable de carne asada rodea la colina del Gólgota, pero Montgomery no oye los gritos de los moribundos. Hay que tomar Caen. ¿A qué esperan?

Aniquilan la Sección vecina, luchan con el cuchillo, la bayoneta, la culata del fusil, en el estrecho intestino de la trinchera, donde apenas si se puede pasar de dos en frente. Una carnicería. Si la Sección flaquea, nos tocará a nosotros.

—¡Liquidad! — ordena Hinka.

Barcelona lo rocía todo sin distinguir amigos o enemigos, y los soldados de gris o de caqui caen bajo las balas alemanas. ¿Queda sitio para el sentimiento? Se trata de la colina del Gólgota. En un refugio izan una bandera blanca: una camisa de lana en el extremo de un fusil. Vemos penetrar en el mismo a un grupo de canadienses y expulsar a los soldados de gris. Los alinean hasta el refugio, con las manos en la nuca; una orden breve, un sargento levanta su metralleta y derriba toda la fila. Le vemos pegar patadas a los cuerpos caídos.

–¡Cerdo! – grita el legionario-. ¡Le enseñaremos lo que es la guerra!

Con un ademán llama a Porta y a *Hermanito*. Breve conciliábulo. Porta arranca la camisa de un muerto, la sujeta al extremo de un fusil y se arrastra hacia la tierra de nadie, cerca de los canadienses que se ocultan en un cráter de obús. El legionario y *Hermanito* le siguen con el lanzallamas. Porta agita la camisa.

-Yes comrades!

El canadiense se yergue, con una sonrisa triunfal en los labios.

-Come on, come on, nos ocuparemos de vosotros.

Y acaricia su «Thomson MPI».

La sangre fría de Porta impresiona mientras prepara una granada en el bolsillo; avanza lentamente y, a pocos metros del cráter, se echa al suelo y arroja la granada a los pies del canadiense. En el mismo momento, el lanzallamas de *Hermanito* lanza una rociada contra el aturdido grupo. El sargento grita, los fusiles ametralladores crepitan. Todo el grupo es liquidado.

–Buen trabajo -murmura el legionario mientras regresa a la posición.

Pero he aquí los tanques... En formación cerrada. Los «Churchill» y los «Cromwell» aplastan nuestras primeras líneas. Se acercan... La «Pak» dispara, pero algunos soldados nuestros salen la desbandada y huyen a todo correr ante la rechifla de los ingleses, que avanzan agachados detrás de los ingenios blindados.

–¡«Goliath»! – grita el comandante Hinka.

Son unos minitanques teleguiados por radio, cada uno de los cuales contiene cien kilos de explosivos. Ciento cuarenta de esos pequeños aparatos son lanzados apresuradamente en el terreno removido. ¡Estupor de los risueños soldados ingleses! ¡Nunca habían visto aquello!

–¡Es el arma secreta nazi! – gritan los hombres, riendo.

¡Explosiones! Los primeros «Cromwell» vuelan por el aire, pero el enemigo sigue pensando en los cañones anticarro y no comprende el peligro de aquellos chismes ridículos. Dos «Goliath» de aspecto inocente se detienen ante una compañía; uno de ellos está un poco inclinado, el otro torcido del todo; parecen no poder seguir avanzando por aquel terreno difícil. Se ve cómo los granaderos se arrastran hacia aquellos objetos extraños, los fotografían, se envalentonan, los tocan riendo. Alguien les pega una patada, lo que provoca el grito de un oficial que se precipita a un refugio. ¡Él debe saber lo que es aquello! Un cabo se sienta triunfalmente sobre la peligrosa bomba radioguiada, hace el payaso, canta *Tipperary*... *Barcelona* aprieta el gatillo. Un surtidor de fuego sube hacia el cielo, proyectando jirones humanos.

–¡Cretinos! – gruñe el legionario-. Todavía no saben que hay que escabullirse cuando se ve algo desconocido.

Setenta tanques arden desprendiendo una humareda negra y grasienta, y cuerpos carbonizados cuelgan de las escotillas, pero el ataque prosigue con nuevas reservas.

Una marea. Se hace avanzar a dos baterías del 88 y una compañía de lanzallamas de la 12ª División SS. Es un infierno en el que desaparece, vociferando, la infantería enemiga. Los tanques son bolas de metal en fusión, y eso dura dieciocho horas, con pérdidas por ambas partes.

Sin fuerzas nos dejamos caer en el suelo, pero Heide ha encontrado whisky, y aunque sepa algo de aluminio, ¡qué bueno es! En cuanto al legionario, para el que suena la hora de la oración, se prosterna vuelto hacia La Meca.

Muchos franceses desconocidos, miembros de la Resistencia, ayudaron a las fuerzas de invasión, y nunca se sabrá el número de ellos que cayeron ante los pelotones alemanes.

Un día, Londres cometió la imprudencia de pedir al jefe de la Resistencia de Caen, el ingeniero Meslin, informes sobre las fortificaciones alemanas, sin sospechar un momento lo que representaba esta misión. Meslin se sujetó la cabeza con ambas manos: ¿Cómo hacerlo? Cada sendero que conducía hacia la costa estaba estrechamente vigilado, y todo hombre que se aventuraba sin permiso por el sector era fusilado inmediatamente. La misión parecía imposible. Incluso solicitando trabajo en la Organización Todt, sólo se vería una parte infinitesimal de la costa, y serían precisos miles de agentes para confeccionar el mapa de los ciento sesenta kilómetros de playa. Fue aquí donde intervino la suerte.

Uno de los miembros del grupo, René Duchez, empresario pintor a quien habían apodado Sangre fría, paseaba un día por las calles de Caen mientras soñaba en aquella labor irrealizable. Ante la Prefectura, un cartel le detuvo: La Organización Todt buscaba un pintor calificado. Duchez se dirigió hacia el edificio de la OT, donde el centinela lo rechazó groseramente; Duchez insistía cuando llegó un suboficial que hablaba algo de francés. El pintor solicitó ver a un oficial.

-Es muy importante -aseguró.

Le hicieron entrar en el despacho del controlador de los edificios civiles, y se le contestó que su ofrecimiento de servicio recibiría contestación al cabo de ocho días. Duchez sabía perfectamente para qué eran aquellos ocho días: para que la Gestapo pudiese investigar sobre él.

Ocho días después, a la hora fijada, se presentó en la sede de la OT, y mientras enseñaba su muestrario a un Oberbauführer, de pronto entró un ingeniero de la Organización.

-Heil Hitler! – dijo el hombre, mientras, echaba un rollo de planos sobre la mesa.

-¿No ve que estoy ocupado? – gruñó el Oberbauführer.

El ingeniero desapareció y el alemán empezó a examinar los planos bajo la mirada fingidamente impasible de Duchez, que no podía creer lo que veía. Eran los planos de la Muralla del Atlántico, a lo largo de la costa entre Honfleur y Cherburgo. Inútil decir que su corazón latía desacompañadamente.

El Oberbauführer, nervioso, rechazó el rollo y volvió a dedicarse al muestrario de pintura y de papeles pintados, pero sus reflexiones fueron otra vez interrumpidas por un arrogante oficial que le rogó le siguiera a un despacho contiguo. Duchez, temblándole el cuerpo, permaneció solo ante los documentos; había que obrar aprisa. Su mirada buscó desesperadamente un escondrijo y se fijó en un gran retrato

de Hitler que colgaba de la pared, detrás del escritorio. ¡No buscarían nada por allí! Febrilmente, cogió los planos y los colocó detrás del marco. En el mismo momento volvía el alemán.

-¡Hatajo de idiotas! Todo depende de mí. Hay unos granujas que han metido azúcar en el cemento. ¿Qué puedo hacer yo? Que cada palo aguante su vela. Bien, veamos su muestrario.

Llegaron a un acuerdo sobre la decoración de los despachos: el lunes por la mañana, a las ocho. El pintor se retiró con un vigoroso saludo brazo alto y un «¡Viva Hitler!» que hizo sonreír de satisfacción al cabo Oberbauführer. Era un viernes por la tarde.

El fin de semana fue un infierno. A cada segundo, el pintor creía ver comparecer a la Gestapo; habían debido de buscar los planos y sospechar ante todo del francés. ¡No podía ocurrir de otro modo! Por lo tanto, era imposible dormir. Mientras su mujer, que ignoraba por completo sus actividades, descansaba tranquilamente, la angustia oprimía a Duchez. El miedo casi le enloquecía. Maldecía su impulso y a los ingleses, a aquellos ingleses bien tranquilos en sus casas y sin saber nada de la Gestapo. Unos pasos pesados... Una patrulla de gendarmes armados con metralletas... Una linterna ilumina la casa... Pero la patrulla continúa. Duchez bebió hasta emborracharse, roto, enfermo de terror. ¿Sería mejor desaparecer? La Gestapo iba a venir, era seguro.

Pero la Gestapo no se presentó. El lunes por la mañana, Duchez tomó un buen reconfortante y se marchó a trabajar con sus botes de pintura y sus papeles pintados bajo el brazo. Entró silbando en el edificio de la OT, se hizo registrar por el centinela y se dispuso a trabajar ante las miradas sorprendidas de los ocupantes. Nadie sabía nada sobre la restauración de las oficinas y el Oberbauführer había cambiado de servicio.

Acabó por localizar a un Stabsbauführer que recordaba vagamente el proyecto.

-¡Haga lo que le parezca! – gritó con irritación-. ¡Y dejadme tranquilo! ¡Yo me ocupo de artillería pesada y de refugios! ¡Terminemos de una vez!

Los dos primeros días, Duchez trabajó cantando como un jilguero, pero hasta la tarde del tercer día no se atrevió a levantar con cuidado el retrato de Hitler. Estuvo a punto de lanzar un grito de miedo. Los planos seguían allí y significaban la tortura y la muerte. En el momento de salir, los deslizó entre sus rollos de papel pintado y colocó el conjunto entre dos botes de cola, pero al salir del edificio estaba pálido. El centinela le detuvo, le palpó los bolsillos, registró su cartera.

-Está bien -gruñó el alemán.

Apenas había recorrido Duchez unos pasos, cuando oyó que el otro volvía a llamarle.

-¿Y en esos cubos?

-Cola, sargento, para el papel pintado.

El SS removió la sustancia lechosa y la olfateó, receloso.

-¡Con vosotros nunca se sabe!

Duchez montó en su bicicleta y se dirigió al «Café de los Turistas» (el puesto de mando de la Resistencia), donde entregó los planos al capitán Girará. Éste se los llevó a París y los dio al comandante Touny, cuyo Cuartel General era vecino del de los alemanes, en el núm. 72 de la Avenida de los Campos Elíseos. Touny estuvo a punto de caerse al ver lo que le traía su camarada, y al enterarse del heroísmo de Duchez.

-Es el golpe más estupendo de toda la guerra y pondrá furiosa a la Gestapo. ¡Que Dios nos proteja! ¡Habrá problemas, pero valía la pena!

ACANTONAMIENTO

El pequeño «Wolkswagen», anfibio y achaparrado, traquetea ante las primeras casas del villorrio. Gregor frena con un gran chirrido de neumáticos. Empuñadas las metralletas, examinamos detenidamente con la mirada los edificios tristes y grises; a la menor sospecha, disparamos; somos bestias de rapiña que cazan. Todo el mundo nos acecha. El opresivo silencio parece un grueso terciopelo negro.

Porta es el primero en saltar del vehículo, seguido por *el Viejo* y por mí. Gregor permanece al volante, con la metralleta apoyada en el parabrisas y un dedo en el gatillo. Si a alguien se le ocurre abrir una ventana, Gregor Martin dispara.

El camino serpentea entre los devastados jardincillos, atraviesa el poblado y desaparece en los prados. Es un villorrio que no aparece en los planos de Estado Mayor; a treinta kilómetros, nadie conoce su existencia. Empuñadas las armas, nos dirigimos hacia las casas más próximas, sabedores por experiencia de que los habitantes protestan siempre ante esas incesantes órdenes de alojamiento. ¡Qué más da! Estamos encargados del acantonamiento, y si todo no está preparado antes de la llegada de las compañías, los oficiales nos lo harán sentir.

Solapadamente, la vida reaparece, las puertas se entreabren. Unos ojos curiosos nos miran. Vamos de puerta en puerta decidiendo el número de hombres que han de alojarse aquí o allí. ¡Afortunado pueblecito! Ni una sola bomba ha caído en él. De pronto una niña se precipita y rodea con sus brazos el cuello de *el Viejo*.

—¡Papá! ¡Has vuelto! — Las lágrimas resbalando por las mejillas de la criatura-. Sabía que volverías.

Se aprieta contra *el Viejo*, sin darse cuenta de que golpea con su frente el borde cortante del casco.

—¡Elena! — llama desde el interior una hosca voz femenina-. ¿Qué sucede?

—¡Es papá! ¡Ha vuelto! ¡Corre, abuela!

Una mujerona sombría, con el cabello lacio sobre un rostro huesudo asoma por la puerta abierta.

—No, vuelve a entrar. No es tu padre.

—¡Sí, abuela, sí; esta vez, es él!

Con una brusquedad inútil, la mujer coge la niña y la empuja hacia el interior. El modesto vestido de luto con el cuello alto, hace destacar todavía más la palidez del rostro.

—Perdone, señor, a esa niña. Su padre cayó ante Lieja el año cuarenta, pero ella sigue creyendo que vive. Su madre fue muerta en la carretera por un «Stuka».

—Tengo que ocuparme del acantonamiento -murmura tímidamente *el Viejo*-. Primera Sección, tercer grupo. Lo anoto con tiza en la puerta.

En la casa contigua, un matrimonio nos ofrece vino.

La mujer lleva un vestido de seda gris pasado de moda y nos mira a través de unos impertinentes. Las habitaciones huelen a naftalina. Nuestros anfitriones nos llenan servilmente los vasos, deseándonos la bienvenida y miran con interés nuestros uniformes negros de los regimientos de tanques, con una calavera en el cuello.

–Ah! ¿Son ustedes de la Gestapo? – pregunta el hombre con tono de respeto-. Bueno, puedo decirles que aquí ocurren cosas extrañas. Esto está lleno de *maquis* comunistas que nos causan muchas preocupaciones. – Señala por la ventana una casa muy próxima-. Mire, allí, en la valla azul, cinco de los suyos fueron asesinados.

Un hombre con indumento de obrero llega en el mismo momento en su vieja bicicleta; del manillar cuelga una gallina muerta.

–Es Jacques, hermano de uno de los gendarmes. Milita en la Resistencia, desde luego, y además es un bandido que interviene en todos los crímenes de la región. Lleven cuidado también con Serré, el brigadier; les dirá cosas interesantes si saben cómo sacárselas.

La mujer asiente y sus ojillos brillan vengativamente. Escribo en la puerta: «Primera Sección, cuarto grupo.»

–Sucios soplones -murmura Porta-, ¡aquí deben de ocurrir cosas gordas!

–No es asunto nuestro -rezonga *el Viejo*-. Debemos ocuparnos del acantonamiento y nada más.

Más lejos, en el poblado, tropezamos con el brigadier en blusa, con su quepis descolorido en lo alto de la cabeza.

-Heil Hitler! -grita, pálido de miedo.

Y se cuadra, en zuecos, con una garrafa de «Calvados» bajo el brazo. Es evidente que nos esperan. Nueva ronda. El brigadier bebe a la salud de Alemania, enseña fotos de familia habla, habla, en un torrente ininterrumpido de palabras, ríe sin motivo sus propias palabras, nos da palmadas en los hombros y se muere de miedo.

–¡Los soldados alemanes son los mejores del mundo! Ganaréis la guerra. La guerra es cosa de los judíos -añade después de una breve pausa. Saca una lista del bolsillo-. Aquí tengo a los que he detenido. Ya iba siendo hora de que se limpiase de judíos este país. Sólo han servido para causar problemas, empezando por el Capitán Dreyfus.

–Él era inocente -insinúa *el Viejo*-. Fue un error judicial.

–Tanto peor -replica el hombre, obstinado-. De todos modos, era un cochino judío.

Porta manosea su metralleta con aire horrorizado.

–Oye, por ahí se dice que formas parte de la Resistencia y que aquí ocurren cosas muy raras ¿Es verdad eso?

–¿Quién es el cerdo que ha podido decir esto? – grita el hombre, sobresaltándose-. Siempre he obedecido a las autoridades alemanas, y soy amigo del comandante.

—Él se ha marchado -susurra Porta, sonriendo-, pero camarada, cuando nos hayamos ido de aquí, deberías decir unas palabras a los de aquella casa. No parecen quererte mucho.

—¡La mujer es mi prima!

—¡Razón de más!

«Segunda Sección, primer grupo.» Escribo con tiza en el postigo de la puerta. Éste querrá todavía más a los alemanes cuando haya conocido a *Hermanito*. Jovial, el hombre nos palmotea los hombros y nos promete lo bueno y lo mejor. Así que dejamos la casa, se le ve beber su «Calvados» directamente de la botella.

—Está a punto de ensuciarse de miedo -afirma Porta-. Un héroe de cartón. Todos esos cerdos se me atragantan.

—Bueno, ya basta -dice *el Viejo*-. Que se las arreglen entre ellos. El vencedor siempre tiene la razón.

En la casa siguiente, frío recibimiento de un viejo campesino. En su pecho, la cruz de guerra. Registramos la casa, y sus ojos nos observan llenos de odio. ¡Milagro! ¡Una bañera! Hay que llenarla a cubos, pero, de todos modos, es una bañera.

—Hay que poner aquí a un mandamás -aconseja Porta-. Esos tipos se lavan el trasero.

Asentimiento de *el Viejo*, que instala al comandante. La puerta golpea a nuestra espalda. El alcalde, hombrecillo de hirsuto bigote, nos acoge demasiado bien y no deja de informarnos de que es miembro del partido.

—Dale el *Hauptfeldwebel* Hoffmann -dice Porta, riendo-. ¡Así dejará el partido!

En lo alto, cerca del recodo de la carretera, se percibe una casa algo apartada que parece desierta. Por más que lo intentamos, no nos abren. Renunciamos y buscamos en otras partes alojamiento para la tropa. Ya avanzada la tarde, el batallón llega con gran estrépito; claro está, todo el mundo se queja de su lugar de destino, exceptuando *Hermanito*, satisfecho porque ha encontrado una bodega bien provista.

—Voy a ayudarlo -dice Porta riendo.

Y desaparece por una empinada escalera.

Me marchó solo hacia la casa aislada, la que queda casi junto al recodo, y salto un seto; aquí todo respira paz, el jardín está lleno de flores, y un cubo oxidado se balancea sobre un viejo pozo semioculto bajo las plantas trepadoras.

—¿Qué desea usted?

Empuño el revólver; es un reflejo habitual. Pero la voz procede de una espesura, y entre dos árboles descubro una hamaca en la que descansa una joven de unos veinticinco años. A lo lejos resuenan roncas voces de mando. Un par de ojos almendrados me contemplan con curiosidad.

—¿Qué busca usted, señor?

—Creía que la casa estaba abandonada. Nos alojamos en el pueblo.

La joven salta de la hamaca; su vestido recuerda a una túnica china con aberturas laterales por las que asoman unas largas piernas. Había olvidado que una mujer puede mostrar buen aspecto sin recordar un hospital.

—Iba a tomar café. ¿Le apetece una taza?

—¿Vive usted aquí?

Una pregunta estúpida, pero es la única que se me ocurre.

—Sí, pero también vivo en París. ¿Conoce París?

—Todavía no, pero supongo que ya llegará la ocasión. ¿Está usted casada?

Ella se ríe con amargura.

—Mi marido está en Indochina o en un campo japonés. Hace tres años que no tengo noticias suyas. Estar detrás de una ametralladora o de una alambrada, ¿qué otra alternativa puede haber para un hombre en una época como ésta?

Tiene razón. Es una época maldita. Cada día, las familias de ambos bandos reciben cartas devueltas y marcadas con un tampón: «Desaparecido.» No queda más que esperar. Algunos esperan toda su vida. Otros no tienen tanta paciencia.

—¿Cree usted que la guerra terminará pronto?

Me encojo de hombros. Claro está que lo creo. Hace años que lo creo. Desde el principio.

—Aquí es maravilloso; se puede olvidar la guerra, pero tengo miedo. Mañana me vuelvo a París; allí me siento más segura. En medio de la multitud uno se vuelve anónimo. ¿Cree usted que París será declarada ciudad abierta lo mismo que Roma?

No lo sé; no sabía que Roma fuese ciudad abierta, nunca nos dicen nada. Un soldado se limita a obedecer. Las manos de ella son bonitas y están cuidadas, y tocan la mía mientras sus ojos me sonríen. Después, me quita las gafas negras, pero la luz me daña tanto los ojos que!a joven, confusa, me las devuelve.

—Perdón, había pensado que eran gafas de sol para hacerse el interesante.

Rió despectivamente.

—Durante tres meses estuve ciego, y sentí la tentación de suicidarme. Fue una granada de fósforo, un día en que escapé de un tanque incendiado. La luz siempre me hace daño. En Alemania hay un millón de ciegos de guerra, pero yo no tengo derecho al bastón blanco porque, en realidad, no estoy ciego.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse aquí?

—Lo ignoro. Varias horas o varios días. Un soldado nunca sabe nada.

—¿Dónde vive en Alemania?

—En un cuartel de Paderborn, pero, en principio vivo en Dinamarca.

—¿No es alemán?

—Sí, ahora lo soy; de lo contrario, no me hubiesen aceptado en el Ejército. Los extranjeros sirven en las Waffen SS, su legión extranjera.

—¿Cómo ingresó en el Ejército?

–Como voluntario. Quería vivir. El libro de Remarque *Sin novedad en el frente* fue mi libro de cabecera mientras fui niño. Me hizo querer al soldado alemán.

–Creía que era una obra antimilitarista.

–Es posible, pero causó un efecto contrario en millares de jóvenes. Describía el compañerismo, la solidaridad, todo lo que nosotros buscábamos. En Dinamarca, el Ejército es minúsculo. Yo no conocía a nadie y a los soldados se les desprecia. Se escupía abiertamente contra los oficiales, a quienes la Policía ni siquiera defendía contra los ataques del pueblo.

–¿Por eso los daneses se rindieron en seguida en 1940?

–¿Qué podían hacer los daneses contra la más poderosa fuerza militar de Europa? Ni el Ejército francés pudo resistir.

–¡Pero Francia no ha dejado de luchar! ¡Proseguimos la guerra con los ingleses! ¡Los ingleses no nos abandonan!

Me entraron una ganas locas de reír.

–¿He de explicarle por quién lucha Inglaterra? En 1940 les abandonaron a ustedes. En Dunkerque, su Gamelin sacrificó a los ingleses por ellos. Inglaterra lucha por sí misma y por nadie más. Ninguna nación combate por otra, no sea usted tan ingenua.

–¿Por qué no deserta? Combate por una causa perdida. Pásese al *maquis*; aquí le ayudarán.

–No, soy un soldado. Si deserto, abandono a los camaradas que confían en mí lo mismo que yo en ellos. Sólo se deserta en un ataque de locura. Somos cinco compañeros en un tanque, el quinteto de la muerte. Sabemos que la guerra está perdida; lo sabemos desde hace mucho tiempo, antes de que los políticos se dieran cuenta, pero la camaradería nos obliga a proseguir. Relea el libro de Remarque. Aquéllos también sabían que la guerra imperial estaba perdida, pero guardaron fidelidad a la camaradería, lo único que nos queda, porque tememos más la paz que la guerra, es decir, el regreso a la soledad. Eso es difícil comprenderlo cuando no se está solo.

–Yo lo estoy -dice, acariciándose una mano.

Me atrevo a besarla. La tierra tiembla, un lagarto huye; es una columna de tanques pesados que pasa y el calor de los tubos de escape llega hasta nosotros. Cogidos de la mano entramos en la casa para preparar el café, un café maravilloso. ¿Dónde diablos se encuentra eso en este momento?

–En el fondo, ¿qué es usted?

–Nada más que un soldado.

Me abraza. Nuestra ropa yace en el suelo y río con cansancio señalando mi chaqueta manchada de grasa.

–Ya lo ves, una máquina de matar o de destruir. Esto es lo que he aprendido, y

nada más.

–Si pudieses escoger, ¿qué serías?

–Es difícil de decir. Hace demasiado tiempo que soy soldado y estoy acostumbrado a recibir órdenes; sólo sé vivir con órdenes y una disciplina. Nos han acogotado durante tanto tiempo que nos hemos convertido en esclavos.

El tiempo desaparece para nosotros; el café derramado resbala sobre la mesa; café brasileño, tan escaso... Pero lo olvidamos todo, y especialmente el mundo que nos rodea.

De pronto, se oyen unos pasos rápidos; los motores zumban, las ventanas vibran. Golpean furiosamente a la puerta. Saltamos del crujiente diván y ella se tira una bata. Es Porta, que entra como un huracán.

–¡Vamos! Te hemos buscado por todas partes ¿Qué diantres haces, imbécil? ¡Están llegando los americanos! ¡Nos largamos a toda velocidad! Señora, a sus ordenes. – Con amplio ademán, se quita el sombrero de copa amarillo, y su único diente asoma cuando sonríe-. ¿El señor se ha portado bien? ¡*Hermanito* esta borracho como una cuba! – Sacude la cafetera volcada-. ¡Lástima está vacía! – Lame el fondo de las tazas-. Mercado negro -dice con tono tajante-. Si la señora quisiera darme la dirección... -Su mirada penetrante examina la habitación- ¿Hay algo utilizable? Vístete de prisa; somos los últimos y *el Tuerto* ha llegado hecho una furia. Ha sacado de su cama al teniente Schmidt, prohibiéndole que esté herido. El *Feldwebel* Mann, de la 2.^a Sección, se ha ahorcado, y el *Obergefreter* Gert ha huido. Un cretino. Los gendarmes le pescarán antes dos horas. Pensaba que tu también habrías salido de estampía. Hay veinte tipos con metralletas que te andan buscando.

Este torrente de palabras parece inagotable, pero la joven se abalanza a mi cuello.

–Quédate -murmura-. Es una locura marcharse ahora. Quédate, Sven, te ocultaré. Se echa a llorar.

Muevo la cabeza; los sueños no se vuelven realidad.

–¿Por qué lloriquea? -pregunta Porta, que se limpia las orejas con una cucharita-. Tiene todo lo que quiere. Una casa, pan, café. ¿Qué más quiere? Vamos, señora, séquese los ojos. Llegan los libertadores. No falta mucho.

–¡Márchense todos! – grita la joven.

Y se va corriendo.

–¡Qué extrañas son las mujeres! – comenta Porta-. Ésa debe de estar a dieta desde hace tiempo; le hacen falta hombres, pero yo, en su lugar, no metería a nadie en mi cama sin oír antes el ruido del oro. Me haría rico en seguida.

La compañía está formada ya en medio de la plaza y me es imposible deslizarme subrepticamente hasta mi puesto.

–¿Cree, tal vez, que la guerra le espera? – me grita *el Tuerto*, trémulo de rabia.

–Estaba pasando un rato con una gachí -susurra Porta con aire satisfecho.

–Tres días de arresto -replica *el Tuerto*-. ¡A su sitio, y que no le vuelva a ver!

–¡Hurra! – se oye gritar de pronto.

Es *Hermanito*, que llega vacilante:

–¡Hurra! ¡Viva *el Tuerto*!

–¡Hatajo de indisciplinados! – gruñe el aludido-. *Oberleutnant* Löwe, adelante a toda prisa.

El corpulento general se mete en su coche y desaparece en medio de una nube de polvo.

Löwe endereza su gorra.

–¡Borracho! – gruñe a *Hermanito*, que hipa y sonríe estúpidamente.

–Doy mi informe con toda humildad: ¡El *Obergefreiter* Wolfgang Ewald Creutzfeldt está borracho como una cuba!

Löwe se encoge de hombros.

–¡Compañía! ¡Derecha, vista al frente!

Por un momento, observa el orden de la compañía; después, ciento ochenta hombres en desorden se precipitan hacia los tanques; abrimos las escotillas, pero nos cuesta horrores meter a *Hermanito*, que, por fin, cae en el piso de acero, da un beso a la culata del cañón y, después, empieza roncar como un bendito. Se da la orden de poner los motores en marcha. Se oye un estrépito. Son los veinticinco motores de los «Tigre» que arrancan, pero en mí surge de pronto la nostalgia de un mundo que nunca he conocido, de una casa civilizada, de una mujer refinada.

–¡Tanques, en marcha! – ordena *el Viejo* -. Dirección: la carretera general. Armad los cañones con granadas explosivas. Comprobad el equipo eléctrico.

Con apatía, aprieto los innumerables botones; el motor eléctrico zumba, el largo cañón tira hacia el enorme parallamas; el 503 que nos precede levanta un torbellino de polvo y arranca el asfalto de la carretera, y las cadenas chirrían, amenazadoras. Aprieto febrilmente un ojo contra el borde de caucho de la mirilla. Con tal de que los otros no se den cuenta de mi turbación... ¡Sería un infierno! ¿Qué he ido a hacer a aquella casa? Miro a mi alrededor este espacio cerrado, que apesta a aceite de motor, a sudor y a metal caliente. Deja de soñar, Sven, o vas a volverte loco. *Hermanito* se inclina confidencialmente hacia mí; huele a alcohol y tiene los ojos inyectados en sangre. La calavera brilla en sus solapas. Eructa.

–¿Ha estado bien, camarada? – pregunta, dándose palmadas en los muslos.

–¡Cállate!

Pero en el recodo de la carretera, Jacqueline, junto al seto, nos saluda con la mano. ¡Olvidemos a Jacqueline!

De pronto, un grito de *el Viejo*:

–¡Torreta a las dos! A setecientos metros, tanque enemigo.

El aparato eléctrico resuena y el largo cañón gira; se trata de una falsa alarma; no

hay más que unos restos incendiados junto a los que se ven dos cadáveres carbonizados.

Llega la noche, una noche iluminada por luna pálida y fantasmal. A nuestro paso, las casas se estremecen hasta lo más hondo de sus cimientos, la gente se despierta, y ojos temerosos se asoman a los cristales. Los «Tigre» ocupan toda la anchura de la calle, y un farol, partido como una cerilla, cae contra una casa, cuyos cristales se rompen. Llamadas de un metro de largo salen por los tubos de escape. Tres batallones de tanques pesados avanzan en la oscuridad hacia las líneas británicas. ¡Qué desagradable sorpresa para los soldados ingleses! Una casa obstruye el camino; el tanque que va en cabeza la aplasta. Se oye chillar a un niño.

–¡Oh, muerte, llega ya! –canturrea el legionario, junto a su periscopio.

–¿No tienes nada un poco fuerte? – pregunta *Hermanito*, con esperanza, a Porta.

Porta le ofrece una botella que birló durante una breve visita a la oficina de un oficial pagador: es alcohol de Haderslev, el mejor *schnaps* del mundo, el único que no rasca. Las botellas habían sido requisadas por un comandante de División, pero, desdichadamente, Porta había llegado primero; afirmaba que olfateó aquel alcohol desde la calle. *Hermanito* bebe un largo trago, eructa, escupe por la escotilla, a contraviento, claro está, y todo le vuelve contra el rostro; blasfema y se limpia con un trapo sucio, mientras los enormes motores roncan en la noche. Las cadenas chirrían con ruido de muerte; una de ellas salta y aplasta la cabeza de un teniente que en el mismo momento se había asomado para mirar. La torreta queda inundada de sangre.

¡Adelante, adelante! Junto a la carretera, camiones incendiados, restos de tanques, cadáveres carbonizados asomando por las escotillas. Toda una columna de Infantería yace allí, segada en un campo.

–Jabos –comenta plácidamente Porta.

–¿Creéis que siguen transmitiendo por la radio la canción de los tanques?

Barcelona canturrea esa canción de 1940, sin preguntarse si el texto sigue estando de actualidad:

Más *allá del Mosa, del Escalda, del Rin*,
los tanques entran en Frankfurt,
los húsares negros del gran Führer
han tomado Francia al asalto,
las cadenas chirrían, los motores roncan,
los tanques avanzan por tierras de Francia...

¡Un inmenso estallido de risa!

–¿Estáis chiflados?

Es la voz ronca de Heide, en la radio que hemos dejado conectada. Risas despectivas surgen de los demás tanques. ¡La orgullosa marcha se ha convertido en una tonadilla irrisoria!

De pronto, ante nosotros, una columna extraña... ¿Se trata de prisioneros? No, se ven unas monjas, cubiertas de polvo, que corren para reunir a una horda de la que se elevan hacia la pálida luna unas risas salvajes. Son los locos a quienes se evacua del hospital de Caen. Uno de ellos sale de la fila y se lanza riendo bajo nuestras cadenas. Los demás palmetean, saltan como fieras, mientras las pobres religiosas levantan los brazos hacia el cielo en ademán de desesperación y de súplica. De pronto, un hombre con ropa de hospital avanza directamente hacia nosotros.

—¡Alto! — grita *el Viejo*, sin pensar que la radio está abierta-. ¡Por amor de Dios, alto!

Tres batallones le oyen y la larga columna de los «Tigre» se detiene; los motores funcionaron a marcha lenta, pero un vehículo llega a toda velocidad, haciendo chirriar la arena de la carretera.

De pie en ella, con el capote flotando al viento, está *el Tuerto*, loco de rabia, enarbolando amenazadoramente un bastón de roble.

—¿Quién ha dado esta orden? ¿Qué cretino digno de un Consejo de Guerra? ¡Tanques, adelante!

Las cadenas chirrían; un «Tigre» pasa en medio de la columna de los locos, pero el conductor pierde por un momento el dominio de su monstruo de setenta y dos toneladas, que se detiene atravesado en la carretera. Una anciana religiosa se precipita contra la puerta de acero y la golpea furiosamente con los puños.

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

El vehículo de *el Tuerto* frena con un chirrido de neumáticos. La venda negra contempla la matanza, sin ver a la religiosa medio loca que golpea la pared de acero.

—Este imbécil no sabe conducir. Enviadlo a las cocinas. Y usted -dice al teniente que, lleno de nerviosismo, asoma por la torreta-, cuando hayamos vuelto preséntese en la Sección de Transportes. ¡Tanques, adelante, y aunque comparezca Satanás del brazo de Jesucristo aplastadlo todo! ¡Adelante, perros! ¡No os figuréis que vais a poder disfrutar de la vida!

En ese instante, una fila de vehículos señalados con la Cruz Roja trata de adelantarnos, pero unos camiones pesados quedan atascados. Pese a los gritos de los conductores, los arrojamamos a la cuneta.

¡Sitio para los «Tigre»! Un teniente de Infantería llega en seguida a la carrera, seguido por un oficial de la *feldgendarmarie*, cuya siniestra placa en forma de media luna brilla en la oscuridad. Saca el revólver.

—¡Sabotaje! ¡Quedan detenidos! ¿Quién es el estúpido que manda aquí?

El hombre muestra un completo aplomo; los de la *feldgendarmarie* son señores de vida y de muerte, partidarios acérrimos de los Consejos de Guerra. A sus ojos, ni siquiera un coronel representa algo.

—¿Quién se permite detener mis «Tigre»? ¿Es usted? — grita *el Tuerto*.

Es el mayor general Mercedes, con su bastón su venda negra, el que se yergue cuan alto es entre los dos hombres. Con la punta del bastón aparta al oficial de la *feldgendarmerie*.

—¿Está loco? Si no desaparece de aquí, le hago colgar en el acto del árbol más próximo. ¿Se figura que la guerra espera? ¡Tanques, adelante!

Poco después, una columna de Infantería nos cierra el paso. Son hombres sin armas, a la desbandada, locos de miedo, que se precipitan contra nuestros tanques. Encuadran (si así puede decirse) a prisioneros ingleses y americanos en andrajos de color caqui. Todos los pueblos de Europa forman esta columna «alemana»: rusos, ucranianos, cosacos, kirguises, bosnianos de la División musulmana, húngaros de las unidades de los Cárpatos, sudetes, sajones, bávaros, alsacianos, polacos, italianos... Toda esa abigarrada gente solamente se preocupa de una cosa: ¡huir!

—¡Bonito ejército! — grita Porta-. ¡Quisiera que Adolf lo viese! — Señala unos paracaidistas-. ¡Y también los chicos de Hermann! ¿Estaremos, tal vez, perdiendo la guerra? ¡En tal caso, pronto, el tranvía de Berlín!

En aquel momento llega a todo galope una unidad de Caballería; los hombres forman un círculo inmenso y empiezan a descargar sablazos sobre los fugitivos. Reconocemos los cuellos rojos: son los cosacos del general Vlasov, los especialistas de la limpieza de calles. ¡Y trabajan a gusto! Erguidos en los estribos, vuelan brida junto a brida, con la espuma en los ollares de sus rechonchos caballitos. Resuenan roncadas órdenes en ruso, los sables brillan, en un plazo cortísimo han detenido la horda, y ríen, llenos de orgullo. Es un trabajo a la medida de esos hombrecillos de las estepas. Los caballos sudan, los jinetes desmontan y enarbolan sus sables, algo curvos. Contemplamos los cuerpos ensangrentados. Cosacos del Ejército alemán, bajo el mando de un general ruso, matan a soldados alemanes con sables rusos. Todo es una locura. ¿Por quién combaten, pues? Ni un atisbo de piedad. Un comandante de la *feldgendarmerie* se frota las manos y palmea un hombro de un capitán ruso. Los caballos se abrevan en el arroyo y los hombres se echan de bruces para beber con sus monturas. En un regimiento de cosacos, el hombre y el caballo son una misma cosa.

Con el sable al costado, se adelantan hacia nosotros y sus ojos negros chispean; al claro de luna, la estrella roja brilla en los pequeños gorros de piel. En el cuello, la cruz con un águila.

—¡Salud, Gospodin! — dice, riendo, un cabo rechoncho que apesta a vodka.

Lleva el sable cruzado sobre el vientre; anchas hombreras rusas adornan su uniforme alemán. Una gruesa trenza blanca sostiene el estuche del revólver; en la muñeca, la nagaika (látigo cosaco), cuya tralla está enrollada. Tiende amistosamente la mano. ¿Qué os parece? Esto recuerda las represiones de Nikolaiev, en 1938. Los mineros de Nikolaiev eran de cuidado y habían vencido a la Policía con estacas de las minas, pero aquello no les salió bien. Vinieron a buscarnos a Zaporotsche, donde

estábamos haciendo ejercicio con el Ejército calmuco.

–*Tovarich!*

Palmotea a Porta en un hombro, y nuestro compañero pone cara hosca.

–¿Nunca te han vaticinado el porvenir, camarada Gospodin? – pregunta Porta con una mirada de través-. Soy un gran mago. Veo el pasado y el porvenir. ¡Dame la pata, *Tovarich!*

Vacilante, el cosaco alarga una mano, mientras con la otra manosea el pequeño látigo enrollado.

–¿Tienes miedo? – dice Porta, riendo.

–¿Miedo? – repite el ruso, receloso-. ¿Qué es eso? Pero no siempre es bueno conocer el destino.

–Veamos. -La expresión de Porta se hace lejana-. Fuiste cabo al servicio del tío José Stalin. Entonces, tenías una visera con una cruz roja y durante un tiempo estuviste en la guarnición de Maikov.

–¡Virgen Santa de Kazan! ¡Eres un gran mago!

Acuden otros cosacos, y el temor se pinta en sus rostros. Un viejo sargento se santigua.

–Tan cierto como que la abuela del diablo era peor que él, este *germanski* es un diablo -murmura.

Porta golpea la mano del ruso.

–Esto no está bien, *tovarich* Gospodin. Veo un camino hundido, polvo, sin machorka, sin agua, una larga columna... ¡Qué larga es! Todos los individuos llevan las insignias Vlasov. Supongo que serás lo bastante fuerte para oír la verdad, *tovarich*. Hay generales americanos y rusos sentados a una gran mesa, bebiendo whisky, vodka y fumando gruesos cigarros. Firman papeles, se estrechan la mano. ¡Ah! También lo veo... Adolf ha caído y el tío Iván se hace entregar todos los cosacos, para que no os larguéis al extranjero. ¡El padrecito quiere tenerlos a todos bajo sus alas! *Tovarich*, ¿conoces Dalstroï? [\[5\]](#). Pues bien, aprenderás a conocerlo, y también la nagaika. ¡Oh! Veo muy lejos una horca, con una soga completamente nueva, pero tienes la suerte de escapar a ella. De todos modos, puedes estar seguro de una cosa, camarada: terminarás tus días como *Woenna ptenny* (prisionero de guerra).

El cosaco apartó la mano y pegó un salto atrás.

–¡Que *el* diablo te traiga la peste y que vayas a asarte en la olla pestilente de Satanás! – gritó.

Hermanito, que escuchaba, cogió al ruso y lo levantó del suelo como si se tratara de un chiquillo.

–¡Maldito ruso, lárgate y procura hablar de otro modo! De lo contrario, cuenta conmigo para encontrar el camino de Dalstroï, Y a golpes de nagaika, *tovarich*.

El cosaco empezó a blasfemar como un templario, y por experiencia sabíamos

que ningún ser humano posee tantas palabras como un ruso para blasfemar y maldecir. En su cólera, olvidó el lugar donde estaba.

–¡Viva la revolución! ¡Viva Stalin! ¡Mueran los bárbaros alemanes! – gritaba con rabia.

–Había que pensarlo antes -replicó Porta, riendo-. Has apostado mal, *tovarich*.

El hombre soltó una obscenidad, subió en el caballo y, al pasar ante nosotros, inició un movimiento amenazador con el sable.

–¡Que los malos sueños y las torturas caigan sobre vosotros! – dijo con rabia.

–¡Morid de sed bajo el sol, sucios calmuco!

El regimiento de cosacos desapareció al trote largo, y el teniente Löwe, que parecía muy irritado, se acercó a nuestro tanque.

–¡Obergefreiter Porta, no admito que se burle de los voluntarios aliados! Uno de sus malditos jefes ha ido a quejarse al comandante.

Porta, sin ni siquiera levantarse, pegó un taconazo.

–Mi teniente, ese sapo de pantano ha venido para que le prediga el porvenir. Le he dicho la verdad, eso es todo; esa basura terminará en el Dalstroï del tío José.

–¡Basta, Porta! Quizás usted termine igual.

–Es muy posible, mi teniente. Cuando termine la guerra, al tío José le harán falta mandos capacitados.

El teniente Löwe se alejó muy descontento, y un denso silencio cayó sobre todos. Una lechuza ululó en un árbol. La noche tocaba a su fin. Al levantarse la niebla del amanecer, preparamos café, y poco nos faltó para que incendiáramos el tanque. Las escudillas de metal nos quemaban los labios, pero Porta había robado a Intendencia un cubo de mermelada de remolacha. ¡Qué buena era sobre el basto pan del Ejército! Nos apretujábamos los unos contra los otros. Nos sentíamos a gusto. Estábamos juntos.

La noche dio paso a un día gris. Ruido de voces. Llegaban los granaderos, sombríos y de muy mal humor, en tanto que una batería antiaérea se situaba en posición. Porta afirmó, irónico, que sería incapaz de alcanzar a una escuadrilla de bombarderos a cinco metros y en el suelo. El teniente Löwe levantó un brazo.

–¡Tanques, adelante!

El pesado «Tigre» vibraba bajo el impulso de sus dos enormes motores, que Porta aceleraba sin motivo. Dos cazas pasan sobre nuestras cabezas, sueltan sus bombas de cincuenta kilos en las cunetas de la carretera y desaparecen sin sufrir ningún daño, pese a los disparos feroces de la batería antiaérea.

¡Nuevo ataque! Los «Tigre» se colocan en formación. Estamos aquí solos, abandonados, convertidos otra vez en asesinos. Detrás de cada piedra, de cada matorral, de cada repliegue del terreno, la muerte acecha en forma de tanques, de *bazookas*, de cañones, de minas magnéticas. El periscopio nos descubre los

escondrijos del enemigo. Para la Infantería, un ataque en masa de los tanques es la más atroz de las experiencias, y los observadores enemigos nos han descubierto desde hace rato; llueven ya las granadas, pero avanzamos a cuarenta kilómetros por hora, y los largos cañones se balancean con la velocidad de la máquina. Todo está a punto.

–Cerrad las escotillas -ordena la voz de *el Viejo*.

Aseguramos las portezuelas, que ya sólo podrían abrirse por medio de explosivos.

–Torreta a las dos. Distancia 700. «Pak» camuflado.

Las líneas, los cuadros, bailan ante mis ojos. *El Viejo* me toca en un hombro.

–¿Tienes el blanco?

No veo más que arbustos y ruinas.

–¡Estúpido! La ruina baja, allí, a la izquierda.

La llamarada de un cañón descubre el emplazamiento de la batería. Una granada nos falla por poco. Con la velocidad de un relámpago, apunto. Las cifras desfilan ante mis ojos: 650... Las puntas se unen, el cuadrante se aclara.

–¡Aprisa! – dice nerviosamente *el Viejo*.

Disparo. La presión del aire nos alcanza como un puñetazo, y el casquillo ardiente cae en el suelo de acero. Un tintineo. El cañón está otra vez listo. Hemos destruido el cañón «Pak»: metal y jirones de carne. Todo salta; los restos son aplastados por las pesadas cadenas.

–Torreta a las dos. Distancia 500. Fuego todo derecho.

El motor ronronea, la torreta gira, y en seguida los reconozco: son «Churchill», fáciles de identificar con su cuerpo largo y su torreta baja. Son seis y van muy juntos... ¡Novatos!

Nos detenemos. Sólo las tripulaciones sin experiencia disparan en marcha, pero hay que actuar con rapidez; un tanque detenido es un blanco fácil. *Hermanito* abre una de las escotillas para ver «cuando eso salte».

–¡Disparad de una vez, gansos! – grita-. ¡Todavía quedan obstáculos antes de llegar a Berlín!

–¡Cierra la escotilla! – grita *el Viejo*, furioso.

–No te preocupes, y recuerda que soy *Obergefreiter*, la espina dorsal del Ejército.

El Viejo se vuelve hacia mí:

–Ante todo, el último. Después, giras y aplastas el primero, pero apresúrate. ¡Dispara!

El largo cañón retrocede. Una lengua de fuego... ¡Tocado! El último tanque se vuelve.

–¡No está mal! – grita *Hermanito*-. Ésos no conocen todavía a los berlineses.

La torreta gira. Incluso antes de que se detengan, disparo: el primer «Churchill» es lanzado fuera del camino.

–Cambiad de posición.

Porta acciona el cambio de marchas, retrocede, se mete en un repliegue del terreno. Sigo por el periscopio a los tres «Churchill» últimos; centro uno en la mira, disparo... La granada vuela como un cometa, pero he tocado el único punto invulnerable de un «Churchill»: la cúpula de la torreta. ¡Menudo susto han debido de llevarse! Pero abren las escotillas, la tripulación se apea... Heide los liquida con la ametralladora en el mismo momento en que nos alcanzan dos granadas; pero el tiro es demasiado corto, sólo nos libramos con un ruido infernal. *Hermanito* se ha dejado caer al fondo de la torreta.

—¡Qué jaleo! ¡Me he creído muerto! ¡Esta clase de guerra es peligrosa!

Se levanta, sudoroso, y coge una nueva granada del armario abierto. Tengo en el visor al próximo «Churchill»: sale la granada, pero el tanque permanece impassible. ¿Lo hemos fallado? No, de él asciende una leve humareda blanca.

Una llamarada vertical que sube hacia el cielo, una explosión ensordecedora y placas de metal de una tonelada vuelan como briznas de paja. El quinto tanque arde; su comandante, antorcha humana apresada en la torreta, aúlla.

—¡Blindados, adelante! — ordena *el Viejo*-. En posición cerca de las ruinas. Torreta a las dos. Alcance 300. ¡Tanque enemigo, fuego!

El cañón retumba y el sexto «Churchill» es alcanzado. *Hermanito* exige que le dejen salir inmediatamente para pintar en nuestra torreta los seis anillos de la victoria. Cólera terrible de *el Viejo* pero *Hermanito* nunca se acostumbrará a la disciplina; Porta y él superan todas las marcas de desobediencia y han dado escalofríos a más de un oficial de Estado Mayor. Precisamente detrás de nosotros las baterías DO entran en acción; estamos bajo una lluvia de fuego, los soldados caen, el enemigo limpia la cota 109, y la infantería *canadiense* lucha con fanatismo. Tiene necesidad de conquistar cada agujero. A falta de otra cosa, un sargento nos tira piedras; la ametralladora lo derriba, alcanzamos un grupo y los aplastamos bajo nuestras cadenas.

Y, después, el silencio. Los tanques se detienen. Ya sólo se oye la crepitación de las llamas. Tosiendo, con los pulmones doloridos, salimos de las prisiones de acero, y Porta, con el rostro ennegrecido por el humo, se lanza hacia una casa destruida de la que sale con los brazos llenos de latas de cerveza. Sin ni siquiera detenerse para respirar, se bebe dos seguidas, y le brillan los ojos como bolas blancas en su rostro de negro.

—¡Hay una bodega llena! Es su cerveza de la victoria, y os juro que sienta la mar de bien.

Hermanito lanza un grito, desaparece entre las ruinas y regresa con diez latas, que abrimos con la punta de las bayonetas, junto al camino, mientras entonamos canciones procaces. Todo se olvida, incluso la guerra, incluso las casas que arden ante nuestros ojos.

Pero, de pronto, crepita una ametralladora y nos vuelve duramente a ¡a realidad.

–¡Cerdos! – grita *Hermanito*.

Heide arranca el seguro de una granada de mano y la lanza hacia donde han surgido los disparos.

Un uniforme caqui se yergue, en llamas, y cae bajo las ráfagas. Apenados, contemplamos la cerveza que fluye de todas las latas agujereadas. Esto es la guerra.

Los resistentes de Caen recibieron un día la orden de eliminar al jefe de la Milicia, Luden Brière, enlace con la Policía alemana y que resultaba ser amigo personal del jefe de la Gestapo, el comisario Helmuth Bernhard. A Luden Brière se debía la ejecución de gran número de franceses.

Se encargó el asunto al hojaletero Arsène. Con tres compañeros, penetró en la casa de Brière, en la calle Fossés-du-Château, en donde lanzó varias granadas de mano, pero el atentado falló. Los conjurados pudieron escapar y, desde entonces, se confió a las Waffen SS la custodia de la casa.

Arsène decidió actuar solo y seguir al comandante Brière un día cuando éste saliera de su domicilio. Llegó ese día, y Arsène se situó en medio de la calzada para matar cara a cara al hombre más odiado de Caen. No quería que pudiesen tomarle por un vulgar asesino.

Brière vio el peligro, pero demasiado tarde; trató de retroceder mientras Arsène, que corría en pos de él, le obligaba a dar media vuelta y con su pistola le descerrajaba dos balas en la cabeza.

Desde todas las ventanas que daban a la calle los habitantes habían contemplado la escena. Con toda calma, Arsène sacó un fotográfico y tomó una instantánea del cadáver porque los señores de Londres se mostraban a veces dudosos de que hubiesen ejecutado sus órdenes. Después, desapareció.

Cuando tres días más tarde tuvieron lugar los funerales en la iglesia de Saint-Jean, la Gestapo se dio cuenta del volcán que era la ciudad. La multitud que llenaba las calles se puso a aplaudirían cuando apareció el ataúd, y a entonar La Marsellesa.

AL ESTILO DE HEMINGWAY

En Normandía no existe un frente continuo. Durante horas, se sale de reconocimiento sin encontrar la sombra de un enemigo; se atraviesan poblados cuyos habitantes apenas sospechan que allí cerca tiene lugar una guerra homicida. En un cruce de carreteras no es raro detenerse para dejar pasar a dos vehículos americanos, también de reconocimiento. Los ocupantes saludan; es evidente que toman nuestro pesado «Puma» con cuatro ruedas motrices por uno de sus carros de combate.

Cuando, con muchas precauciones, entramos en Montaudin, es de noche. Ni un alma. La pequeña población parece muerta.

—¡Caramba, una tasca! — exclama Porta, contento-. Vayamos a ver si tienen sopa. Tengo tanta hambre que parece roerme por dentro.

Aparcamos el pesado coche blindado en la plaza, exactamente como un autobús de turistas en tiempos de paz. Luego, fatigados, polvorientos, de muy mal humor, salimos de nuestro vehículo estirando los brazos hacia el cielo oscuro. Bostezos capaces de desgarrar el alma. Hace ya dos días que estamos de reconocimiento.

—¡Qué cansado estoy! — gime Heide-. Ese «Diesel» te vuelve loco. ¿Dónde diantres estamos? ¿Detrás de las líneas? Y, ¿de qué líneas?

El Viejo se rasca la nuca y se frota la punta de la nariz.

—Escuchad: dejad vuestras gorras en el auto, es nuestro único distintivo. Al fin y al cabo, nuestro camuflaje se parece al de los otros, y nunca se sabe con quién podemos tropezamos.

—Yo me llevo en el bolsillo mi buen *nagan* -decide *Hermanito*. Y empuña el pesado revólver de los comisarios rusos-. Si veo un amigo que no me inspire confianza, le meto en el trasero un pildorazo a la rusa.

Todo el mundo se llena los bolsillos de granadas de mano, grandes como huevos, y se meten los revólveres en los bolsillos del pecho. Luego, empuñando un arma cargada, el legionario abre de un puntapié la puerta de la tasca. El local, iluminado por una débil luz, parece desierto.

—¡Hola, patrón! Hay clientes.

Con aire asustado, Heide señala una gigantesca silueta en uniforme americano, tumbada sobre el bar con los brazos extendidos; una botella de coñac y vasos rotos están esparcidos por el suelo. El hombre debe de estar borracho como una cuba.

—¡Un americano! — cuchichea Heide, muy nervioso-. Larguémonos, estamos detrás de las líneas americanas.

—¡Cretino! — gruñe Porta, chupándose el único diente-. ¿Por qué ese tipo no puede haberse equivocado y haber aterrizado detrás del frente de Adolf? ¡Pero me importa un bledo! Aunque fuese el propio Eisenhower, quiero una bullabesa, y en seguida. *Hermanito*, cuida de limpiar esto; quiero comer en paz.

Hermanito se remanga y saca de sus botas una granada de mano:

–Listo. A quien se asome le envío a las nubes. ¡Patrón! – grita el legionario.

Un hombre de mediana edad, somnoliento y vestido con una bata grasienta, baja pesadamente por la crujiente escalera.

–¡Más americanos! – gruñe-. Parece como si llovieran.

–Patrón, disculpe la molestia -dice cortésmente el legionario-. Pero, ¿podríamos tomar una sopa al estilo bullabesa? Si le falta personal, aquí estamos para echarle una mano.

Estupor del hombre:

–¿Son franceses? Les había tomado por americanos.

–Sí, patrón, somos de la 2ª División blindada en camino hacia París. Mis camaradas son alemanes de la Legión Extranjera.

–¡Hurra! – grita el amo. Y se vuelve hacia las alturas, subiendo de cuatro en cuatro los escalones y tropezando con su bata-. ¡Aquí están los franceses! ¡Viva Francia! ¡Bajad todos!

–Se diría que estamos en Navidad -cuchichea *Hermanito*.

Botellas cubiertas de polvo aparecieron como por encantamiento. El americano ebrio levantó la cabeza y nos observó con mirada vaga; su grueso mostacho parecía la piel de un gato mojado y su uniforme aparecía salpicado de manchas de alcohol.

-Hello boys! -balbució-. ¿Tenéis whisky?

Volvió a caer en un charco de coñac y empezó a lanzar ronquidos ensordecedores.

–Borracho como una cuba -explicó el propietario-. Ha bebido toda la noche con dos compañeros. Llegaron ayer por la mañana y, seguramente, van a París. Los otros se han largado en un jeep hace cosa de dos horas, pero éste ha ido a parar debajo de la mesa.

–¿No habrá otros, por casualidad? – pregunta prudentemente el legionario.

–No, está solo. Han vaciado toda una caja de whisky.

El americano entreabrió un ojo, miró y de pronto se irguió en toda su altura. Tenía casi la talla de *Hermanito*. Vacilando, se dirigió hacia el mostrador, descargó un puñetazo en el mismo y vociferó:

-Whisky damned daggers!

Luego, con paso inseguro, se acercó a *Barcelona*.

–Tu jeta no me gusta, hermano -dijo, empujándole por un hombro-. Me haces pensar en un *Kraut*. ¿Tienes whisky?

Se derrumbó en el suelo, lanzó una risa estúpida y empezó a canturrear *My old Kentucky home*, llevando el compás con una botella vacía. El posadero movió la cabeza.

–Completamente ido. Es un corresponsal de guerra. Ayer, aplastó su máquina de escribir con el pretexto de que no sabía ortografía.

-Have a drink boys! -gritó el gigantesco yanqui, mientras estrellaba botellas vacías contra la pared.

Astutamente, guiñó un ojo a *el Viejo*.

-Soldado, llévame a París. Es evidente que no sabes quién soy. – Emitió un hipo-. Pero, ¿a ti qué te importa? ¿Es difícil morir? – prosiguió incoherentemente. Moviò la cabeza y contestó a su propia pregunta-. No es difícil en absoluto. Incluso es más fácil que vivir. – Se volvió hacia *Hermanito*-. ¡Grande, grande hombre! Casi llegas al cielo; inclínate hacia la tierra y dame algo reconfortante. – Otro hipo-. ¿Te gustaría saber dónde está, grandullón? Es un secreto, alto secreto, pero eres mi amigo y te lo confiaré. Apuesto tres contra uno a que vienes de Alabama. Te pareces a buen viejo comedor de negros. Tercer estante, a la izquierda del espejo, detrás del bar. ¡Chitón!

Hermanito se sobresaltó, se deslizó detrás del bar Y reapareció en seguida con los brazos cargados de botellas.

-¡Un lugar bendito! – exclamó.

El patrón, seguido por las camareras y por Porta, desapareció en la cocina para preparar la famosa sopa. Mostró unas latas de langosta.

-Pertenecen a los americanos, pero da lo mismo. Ellos no vacilan en coger lo que encuentran aquí. Fíjate, camarada, hace cuatro años que les esperamos como al buen Dios, llegan y, ¿sabes lo que han hecho? ¡Se han bebido hasta la última gota del «Calvados» para las bodas!

Un grito salvaje surgió de la habitación contigua, al mismo tiempo que un ruido de cristales rotos.

-¡Mil diablos! – El patrón sacó de un armario una cachiporra de goma-. Esos soldados son todos iguales, pero yo les enseñaré.

Enarbolando su cachiporra, se precipitó hacia la gran sala, seguido por Porta, que había volcado en un plato varias latas de langostinos. Eran *Hermanito* y Heide que peleaban revolcándose por el suelo, ante los aplausos del americano y de *Barcelona*. Dos golpes de cachiporra bastaron para restablecer la paz. Justo entre los ojos. Un buen sistema aprendido en el curso de los años. Porta, como experto que era, asintió con la cabeza.

-Buen trabajo, pero desaparece cuando *Hermanito* despierte. Si descubre que eres tú quien lo ha golpeado, la cosa se pondrá fea.

Se fue a la cocina, se puso un gorro de cocinero y se colocó un enorme delantal sobre su abigarrado uniforme.

-¿Hablas alemán, camarada? No sé muy bien el francés.

-¿Cómo? – exclamó el fondista, sorprendido-. ¿Cuánto tiempo llevas en la Legión?

-No demasiado, y allí se hablan todos los idiomas.

-Ah, bueno -suspiró el patrón con alivio-. Es verdad que se le llama la Legión

Extranjera. ¿Sois muchos los alemanes?

–Muchísimos -afirmó Porta-, Tantos, que no saben dónde meterlos.

–Extraña época.

–Bueno, veamos esa bullabesa. Tomates, zanahorias... ¿Tienes cebollas?

El patrón le alargó un puñado de ellas.

–Tomillo y laurel también, y después perejil y limón -añadió Porta, quien empezó a cantar a voz en grito:

Hazadnak rendületlenül légy hive oh magyar!

Balcsod ez smajdan sirod is, mely apol es eltakar.

–¿Qué algarabía es ésta?

–La canción de la recolecta del trigo magiar, hermano. La bullabesa sólo es buena si el perejil ha sido cogido al claro de luna y cantando esta canción. Allí se pirran por la bullabesa, y al pasar por Hungría, hace algunos años, conseguí esta receta.

El fondista, apoyado en un taburete, no daba crédito a lo que oía.

–¡Dios mío! – murmuraba-. No entiendo nada, ¡pero se ven tantas cosas extrañas en estos tiempos!

Porta cogió un manojo de ajos:

–Basta de charla. Esta clase de sopa es un asunto serio, y sólo los idiotas ahorran el vino blanco. Echaremos dos botellas, ni una gota menos.

El fondista asintió con la cabeza y alargó a Porta un plato de mejillones.

–Una docena más -dijo éste-, y un buen número de latas de langostas. Y también todo el pescado que tengas a mano. Excepto el arenque ahumado -añadió, mientras colocaba la nariz encima de la humeante cazuela-. Nada de pan; ésa es una pobre comida para los libertadores.

El patrón se echó a reír.

–Pero el azafrán y el ranúnculo son indispensables. Y tal vez unas gotitas de ron. Eso no entra en la receta que conseguí, pero una cosa buena sólo puede mejorar otra -dijo, mientras echaba media botella de licor en la olorosa sopa.

Ante las risas de las camareras, el fondista vació el ron que quedaba. Porta lamió el gollete de la botella.

–Calienta y, además, desempolva el hígado. Bueno, ahora vista al reloj: quince minutos, ni uno más ni uno menos.

Cuando Porta y el fondista comparecieron con la inmensa sopera, fueron acogidos con gritos de alegría.

–Es la aventura más hermosa de mi vida -dijo el americano, apretándose los costados-. ¡Os he vigilado bien, muchachos!

Todo el mundo palideció. Heide manipulaba su revólver.

–Estabais a punto de engañarme, pero a mí no me la dan con queso.

Sin sospechar que su vida pendía de un hilo, contemplaba un pedazo de langosta.

Porta, imperturbable, comía incesantemente. Él y el fondista sabían cómo arreglar las situaciones difíciles.

–Todo puede solucionarse con unos cuantos tipos de pelo en pecho y con revólveres, ya sea aquí o en Washington, camarada. Voy a enseñarte cómo.

Empuñó su pesado P38 e inclinó hacia la nuca su amarillo sombrero de copa. El fondista palideció y un silencio de muerte reinó en la sala. Dos balas salieron disparadas hacia el techo.

–¡Imbécil! – chilló el patrón, muerto de miedo-. ¡Quieres matarme!

–No es más que una prueba.

–Os he observado -proseguía el americano con la obstinación de los borrachos.

–Eres negro, yanqui, negro como un estercolero.

–De acuerdo, pero, de todos modos, os he acechado. Tú no eres más que el trasero de un grande hombre -dijo con repentina energía-. ¡Y, además, no sabéis beber whisky, mujercitas!

–¡Nosotros, mujercitas! – rugió *Hermanito* mientras despertaba y agitaba sus puños de gigante.

Se volvía peligroso. Porta cogió una estaca y le asestó un fuerte golpe en la nuca. Mientras lo atábamos, el americano abrazó a Porta.

–Bien hecho, camarada. Sube a buscar mi garrafa -dijo a una criada-. Tenemos sed.

La chica no necesitó más de dos minutos para comparecer con una garrafa de catorce litros. El americano pegó sus labios al gollete, pero no era fácil beber directamente de un recipiente como aquél. El whisky le resbalaba por la barbilla. Hipos ruidosos. Después, la garrafa fue ofrecida a Porta. Todo apestaba a whisky. *El Viejo* se acercó a una ventana para vomitar y volvió a correr cuidadosamente la cortina negra. Pero, ¡al diablo la guerra! Bebíamos, comíamos, nos servíamos directamente de la cazuela humeante, mientras Porta metía una mano bajo la falda de una criada.

–¡Cielos! ¡No lleva pantalones!

–¡A la salud de todos los *Krauts* muertos! – vociferó el yanqui-. *Come on, boys!*

Le interrumpió un aullido bestial; era *Hermanito*, que recuperaba el sentido.

–¡Cobardes, cerdos, asesinos de camaradas! – La cuerda se rompió y *Hermanito* consiguió liberar un brazo-. ¡Esperad a que os pesque!

El gigantesco americano se levantó con dificultad, se secó el whisky que resbalaba de su tupido mostacho e hizo lo único que se podía hacer: llevó su garrafa a los labios de *Hermanito*. Y prosiguió la fiesta.

–¡Voy a liberar París! – hipaba el yanqui-. ¡Bebamos a la salud de esta maldita ciudad!.

Barcelona vomitó en la espalda del fondista, que estaba demasiado ebrio para

notarlo. Sacamos de la cazuela la cabeza de Heide en el preciso momento en que iba a ahogarse. Porta cuidó de hacerlo con unas pinzas. El americano se ahogaba de risa y su rostro adquiría un tono violáceo.

—¿Vais a París, muchachos?

—¿Acaso has oído hablar de un viaje a Francia que no pase por París?

—Llevadme con vosotros -imploró-. Un *sköl* por el bar del «Ritz», y que se preparen esos sucios *Krauts* si lo estropean. ¡Que se carguen Europa, pero no el bar del «Ritz»! Quisiera saber si mi viejo Jean sigue allí.

Vaciló, se derrumbó sobre el mostrador y miró con aire aturrido un jarro roto.

—¡Dios, qué sed tengo!

Se apoderó de una botella de coñac. Porta le alargó ron, whisky, y ambos removieron la mezcla en el jarro roto con ayuda de un atizador. La horrible mezcla nos golpeaba como un puño cerrado.

—¡Ardo! — gimió *Hermanito*, mientras el fondista caía, sollozando, detrás del bar.

—Véndeme tu revólver -pidió Porta al americano.

—No puedo, es regalo de un *spaghetti* que murió. — Rió e hipó-. Y tú, ¿no tendrás, por casualidad, un jeep para vender?

—No, pero tengo un tanque -contestó Porta-. Está aparcado en la plaza.

—¿Te has vuelto loco? El gendarme va a ponerte una multa. Ven, vamos a sacarlo de ahí -dijo el yanqui, cogiendo a Porta por un brazo-. ¡Caramba! — exclamó, después de una prolongada reflexión delante de nuestro vehículo-. ¿Por qué llevas pintada en tu tanque una cruz de *Kraut*?

Porta contempló pensativamente la cruz gamada mientras se abanicaba con su sombrero de copa amarillo.

—Algún cretino -dijo con aire de reproche- que ha querido gastarnos una broma pesada.

—Pro... pro... prohibido -balbució el americano-. Hay que buscar pintura blanca.

El fondista tenía pintura. Los dos beodos consiguieron pintar de blanco las cruces negras, y después se sentaron en la acera para contemplar su obra.

—Bueno, está prometido -dijo el americano con voz nasal-. Me llevas a París en tu autobús. Además, he de enviar mi papel al periódico. ¡Tengo un título estupendo!

Dibujó letras en el aire mientras repetía aplicadamente:

—«Un corresponsal de guerra y un conductor de tanques liberan París. Se rinden un millón de *Krauts*.» ¿Sabes hacer fotografías, hermano?

—¡Ya lo creo! — asintió Porta.

—Entonces, cogeremos a los mariscales *Krauts* y los pondremos en fila ante el bar del «Ritz» para fotografiarlos, y, después, entre vaso y vaso, les daremos de puntapiés en el trasero, ¡Ven, hermano, larguémonos!

Pero apenas estuvo en píe, el corresponsal de guerra volvió a caer como un saco.

Esta vez, la mezcla de alcohol resultaba difícil de asimilar.

Aprovechamos la circunstancia para encaramarnos penosamente en el vehículo. Todo daba vueltas como un tiiovivo; Porta cantaba a pleno pulmón; los baches de la carretera todavía aumentaban nuestro malestar.

De pronto, vimos a Heide doblarse por la mitad y gemir; su rostro adquirió un color plomizo.

–¿Qué ocurre ahora? – preguntó Porta.

–Debe de ser ese maldito alcohol americano -murmuró Heide, volviendo a vomitar sobre la radio y el tablero de instrumentos.

La pestilencia era tal que todo el mundo la aprovechó para recriminarse, pero Heide se retorció en el suelo de acero, oprimiéndose el vientre.

–Quizás esté verdaderamente enfermo -dijo Porta, vacilante.

–Detened el coche -ordenó *el Viejo*-. Vamos a examinarlo.

Nos detuvimos bajo unos frondosos árboles. Resultó difícil extraer a Heide, que aullaba de dolor.

–¡Matadlo! – gritó *Hermanito*-. Es lo más sencillo; siempre me ha retorcido los dedos del pie.

El Viejo lo apartó, desvistió a Heide y le palpó el vientre.

–Es apendicitis -dijo con sequedad-. Hay que operarlo en seguida o morirá, y el único lugar donde se le puede operar es con los americanos, ¿Qué decís vosotros?

–¡Arriesgar un balazo en la nuca por él! – exclamó Porta, horrorizado-. ¡Ah, eso nunca! Al cuerno con su apendicitis.

El legionario movió la cabeza.

–Eres un ingenuo si crees que los compañeros de enfrente tienen tiempo para operar. Le matarán, y a nosotros al mismo tiempo. Es la guerra. Yo opino lo mismo que *Hermanito*.

Porta encendió un cigarrillo narcótico y lo puso entre los labios azulados de Heide; *Hermanito* manoseaba su *nagan*; *el Viejo*, se frotaba la nariz, pensativo, como cuando reflexionaba. Heide deliraba. Oímos la palabra «Dios».

–Un poco tarde para pensar en eso -rezongó Porta. Por fin, *el Viejo* se decidió.

–Sacad la antena -dijo-. Trataremos de establecer contacto con nuestra unidad más próxima, pero, ¿dónde estamos? En este cochino país nunca se sabe.

El legionario se puso el casco y manipuló la radio.

«Hallo, hallo! Aquí Betty Grable.»

–No es eso, busquemos en otro sitio,

«Aquí Helia 27. Necesitamos con urgencia un médico.»

–También ellos, pero no son de los nuestros.

La radio silba y crepita una mezcla incomprensible de inglés y alemán. El legionario prueba una y otra vez, y, de pronto, se escucha una voz alemana.

«Aquí Gato Salvaje 133. Os oímos.»

–Necesitamos un cirujano.

–Conservad el contacto. ¿Dónde estáis?

–¿A ti qué te importa? – gruñó el legionario-. ¿Crees que nos interesa recibir la visita de los de enfrente?

El corresponsal invisible se echó a reír:

–Bueno. Aquí hay un médico. Buena suerte, compañero.

Nueva voz alemana:

–Aquí, el médico del Estado Mayor, Heiken. ¿Cómo sabe que es una apendicitis?

El legionario dio algunos detalles que convencieron al médico.

–Bien, entonces sigan mis instrucciones, y nada de asustarse. Lávense las manos con alcohol, unten con yodo el vientre del paciente y átenlo fuertemente.

Ante la consternación de *Hermanito*, Porta se dedicó a lavar con whisky el vientre de Heide.

–Laven con alcohol los instrumentos de la caja de curas. Tienen que tener. Hay una botella de litro en la caja.

–La hubo -murmuró Barcelona-, pero cuando hay sed se termina.

–Preparen las compresas de algodón para detener la sangre así que se haga la incisión. – La voz explicó detalladamente el lugar donde *el Viejo* debía cortar-. Al bies, hacia abajo, apretando, pero no excesivamente. El escalpelo debe ser sostenido ligeramente. Hiendan aproximadamente diez centímetros.

La sangre brotó bajo el bisturí que sostenía *el Viejo*, pero Heide, a quien no había sido posible insensibilizar, aullaba. Lo habíamos atado firmemente con las correas de las máscaras de gas.

–Sangra mucho, señor doctor -murmuró el legionario, que seguía la operación.

–Naturalmente, pero hagan lo que digo. Mantengan separada la piel con las pinzas. Corten más profundamente, pero no demasiado; hay que proceder con mucho cuidado para no perforar el intestino. Si hay demasiada sangre, séquenla con las compresas de algodón y aspírenla con el aparato de caucho que hay en la caja. ¿Ven el apéndice? No es mayor que el dedo meñique algo encorvado.

–Sí, señor doctor.

El Viejo, sudaba la gota gorda. Heide, que debía de sufrir un martirio, seguía aullando. En cuanto a *Hermanito*, cerraba los ojos asqueado.

–Hacedlo callar -dijo *el Viejo*-. No puedo resistir más.

Hermanito levantó su enorme puño.

–Perdóneme, Julius, es un favor de amigo, esto no tiene nada que ver con una pelea.

Bastaron dos golpes, y Heide calló.

–Hemos insensibilizado al paciente, doctor.

–¿Con qué? – Con un puñetazo.

Se produjo un silencio:

–¿Cómo está el pulso?

–Rápido.

–Que uno de ustedes lo compruebe incesantemente. No se azaren. Ni quieran ir aprisa. ¿Qué aspecto tiene el apéndice?

Llenos de curiosidad, nos inclinamos por encima del hombro de *el Viejo* y contemplamos el vientre abierto de Heide.

–Muy hinchado y rojo.

La voz explicó:

–Coja el instrumento largo y curvado. Sostenga el intestino con dos dedos. Corte No debe salir nada. No esté nervioso Corte el extremo inferior y sostenga bien el intestino. Úntelo con alcohol. Ahora, sostengan el extremo interior con las pinzas; en una caja roja han de tener una pinzas pequeñas. Mantengan cerrada la herida con eso. Enhebre la aguja curva con el hilo que se encuentra en la caja. Así que la aguja haya atravesado, anude los dos extremos del hilo; haga seis puntos iguales. ¿Terminado?

El Viejo, sudando, asintió con la cabeza.

–Bien. Espolvoréelo todo con sulfamidas y vende al paciente, ya sabe cómo. Permanezcan donde están durante las dos primeras horas; es preciso que el enfermo esté tranquilo. Llámenme con la misma longitud de onda si ocurre algo imprevisto. Me quedo aquí, pero cierren la radio para que el enemigo no preste atención. Después, intenten regresar a las líneas alemanas para que el enfermo pueda ser hospitalizado lo antes posible. Buena suerte, pero no vuelvan a insensibilizarlo.

E! legionario cerró la radio y entró la antena. La red de camuflaje fue extendida sobre el vehículo, volviéndolo casi invisible. Las armas estaban preparadas. Heide volvió lentamente en sí, blanco como un muerto, con el pulso apenas perceptible.

–¡Me muero! – gimió.

–¡No, hombre, no! – replicó Porta-. Vivirás para ser ahorcado. ¡Mira, fíjate en tu pedazo de tripa!

–¡Atención! – cuchicheó Barcelona-. Camiones enemigos.

Un jeep seguido por una hilera de camiones pesados llenos de soldados de Infantería americana apareció en la carretera. Los miramos, temblorosos; metimos una granada en el cañón, listos para hacer fuego En el mismo momento, tres «Jabo» pasaron tan próximos a los árboles que vimos con claridad los cohetes que llevaban en la panza.

–Si esos tipos nos ven, ¡buenas noches!

Durante una hora, el destino nos concedió tranquilidad. Después, apareció una nueva columna: en cabeza, dos «Sherman» cuyas estrellas blancas se distinguían de lejos. Sus tripulantes, asomados a medias por la torreta, cantaban y reían sin

sospechar la presencia de un *puma* pesado que, de un solo golpe, podía aplastarlos.

–¿Y si los convirtiéramos en chatarra? – propuso *Hermanito*, mientras se limpiaba los dientes con un palillo-. Seguro que esos tipos tienen en la boca dientes de oro.

–Bien mirado, son demasiados -contestó Porta, rascándose la nuca-. Nos convertirían en picadillo. Ni uno solo de ellos sería razonable y se avendría a entregar el oro de su dentadura.

Hermanito, profundamente decepcionado, contempló cómo la columna se alejaba. Pero ahora se trataba de encontrar un sitio para instalar a Heide. Sacamos y tiramos el asiento delante y, con grandes dificultades, metimos al recién operado por la escotilla. Lanzaba unos gemidos que partían el alma.

–¡Cállate de una vez! – rezongó Porta-. Ahora ya no estás enfermo. Te hemos quitado todo lo que tenías de malo.

Tomamos por los caminos secundarios que los americanos evitaban sistemáticamente en aras de la seguridad, y en el curso de la noche nos presentamos en nuestro regimiento. Heide fue instalado inmediatamente en la ambulancia de campaña, ¿Creen que alguien nos felicitó? Todo lo contrario. Recibimos un buen rapapolvo de un médico de tres a cuatro porque la caja de curas no era reglamentaria. Negligencia en el servicio y, como sanción, cuatro horas de ejercicio de castigo. *Hermanito* nos explicó cómo le hubiera gustado operar al medicucho, y su idea obtuvo el mayor éxito.

6

El miembro de la Resistencia, Robineau, de Port-en-Bessin, habla caído en manos de la feldgendarmerie, que lo sometía al tratamiento especial para los sospechosos. Le rompían un brazo por diversos lugares, le enseñaban a lamer los escupitajos; por fin, confesó que su jefe era el doctor Sustendal, de Luc-sur-Mer.

El doctor, naturalmente, empezó por negar, lo que llenó de alegría al pequeño cojo, secretario de la Policía secreta en campaña. Le entusiasmaba ver negar a las personas que detenía. A fuerza de pegar, de dar puntapiés, de escupir a su víctima, aquellos perros se cansaron también y decidieron carear al médico con el joven Robineau.

-Perdóneme, doctor -dijo, llorando, el joven- No podía más, lo he confesado todo.

El doctor Sustendal confesó también: era agente de enlace del Servicio de Información francés en Londres. Poco después, Robineau se ahorcó en la empuñadura de la puerta de su calabozo.

UNA AMETRALLADORA PERDIDA

Nuestro grupo de combate y el *Oberleutnant* Löwe se instalaron a la entrada del pueblo, en una casa habitada por un anciano matrimonio que aún no había entendido nada de la guerra. Durante la ocupación, habían albergado a un comandante alemán, oficial de la vieja escuela que seguía creyendo que servía a su emperador. Antes de su marcha, el oficial dio una cena de despedida a los notables de la localidad, los cuales tardarían en olvidar al comandante conde Von Holzendorf, aristócrata hasta la raíz de los cabellos, que hablaba de Hitler llamándolo «ese cabo de Bohemia».

Al estar todavía fresca en sus memorias esa imagen perfecta del oficial alemán, los señores Chaumont recibieron con la mayor cortesía al teniente Löwe, y contemplaron con sorpresa apenas disimulada su uniforme polvoriento y sus botas sucias. ¿Aquél era un oficial prusiano? Löwe saludó brevemente llevándose dos dedos a la gorra y declaró que la casa quedaba requisada.

—Señores -protestó el señor Chaumont, horrorizado-, ¿me permiten ver su orden de requisita?

El teniente se quedó boquiabierto, en tanto, que la señora Chaumont contemplaba despectivamente el sombrero de copa amarillo de Porta; pero cuando asomó *Hermanito*, con los cables telefónicos bajo el brazo y su bombín puesto de través, la medida quedó colmada. Heide, de regreso del hospital, desenrollaba ruidosamente los cables; la centralita telefónica fue instalada en la cocina.

—¡No acepto esta intrusión en mi casa! — protestó el dueño del lugar-. El conde nunca habría obrado de este modo, y pienso quejarme ante la superioridad.

—Yo, en su lugar -dijo Löwe, encogiéndose de hombros-, enviaría una carta a Von Rundstedt y otra, anticipadamente, a Eisenhower.

Pero la instalación de la ametralladora en el tejado de la casa casi enloqueció al señor Chaumont.

—Siento deseos de ajustarle las cuentas a ese cretino -rezongó *Hermanito*.

El teniente iba a cantárselas claras cuando vimos aparecer a Gregor Martin, que, sin aliento, se dejó caer en una silla.

—Llegan en grupos grandes columnas de infantería enemiga.

El teniente cogió sus prismáticos.

—Señor; hay que advertir al regimiento. ¿Dónde esta Holzer? ¡Nunca se le encuentra cuando más falta hace!

Hermanito levantó un dedo:

—Yo sé adonde ha ido ese pato cojo, mi teniente. Iré a buscarlo.

Cinco minutos después, regresaba solo, pero Cargado con diez litros de «Calvados».

—Holzer no estaba. Se ha largado un momento antes de llegar yo. Pero la

Mademoiselle estaba furiosa. – Soltó una risotada-. Holzer, el muy cerdo, le ha robado las bragas. He de comunicar a mi teniente que hace colección de esas prendas. Ella quiere hacer una denuncia, lo mismo que nuestro propietario.

–*Feldwebel* Beier -dijo Löwe con tono irritado-, tome el mando de la compañía y mantenga esta posición cueste lo que cueste. *Barcelona* y Sven, vengan conmigo. Hay que avisar al regimiento.

Tras los pasos del *Oberleutnant*, nos deslizamos por el campo, rodeados de balas trazadoras y de granadas que hacían volar la tierra. El Estado Mayor estaba instalado en un castillo, y lo primero que vimos fue al oficial de ordenanza cómodamente recostado en un diván roto y sosteniendo en una mano una botella de champaña medio vacía.

–Bienvenido, teniente Löwe. ¿No trae hielo? Es imposible conseguirlo, y es imprescindible para el champaña; sin embargo, este sitio es encantador -dijo el oficial, que estaba visiblemente ebrio-. ¿Ha visto las cortinas? Esos franceses tienen mucho gusto. Siempre me ha gustado Francia. – Señaló con un dedo mis botas con vueltas-. ¿Desde cuándo los tanquistas se permiten utilizar botas de mariscal del Reich? ¿Cómo autoriza usted esta clase de cosas, teniente? ¿Y la disciplina? Sabe Dios lo que será del gran Ejército alemán. *Fahnenjunker*, preséntese a mí después de la guerra, y cuidaré de que sea castigado.

–¿Dónde está el comandante? – preguntó Löwe con sequedad.

En el mismo momento asomaba en mangas de camisa y en pantalón corto el comandante Hinka. También él empuñaba una botella de champaña.

–¿Alguna novedad, Löwe?

–¡Ya lo creo! – -gruñó éste, furioso. Y sacó un mapa sucio para indicar la posición-. Los ingleses atacan con fuerza. Necesito por lo menos un batallón de reserva; de lo contrario, todo el regimiento está amenazado.

–Todo pasa, todo cansa, todo se rompe -canturreó el oficial de ordenanza, mientras descorchaba una nueva botella de champaña.

–Tiene pachorra ese tipo -dijo Löwe, cada vez mas irritado.

El comandante Hinka se inclinó sobre el mapa, encendió un cigarrillo perfumado y reflexionó.

–Mantenga usted la posición con la compañía. Atrinchérese aquí, frente a la colina. Hemos visto cosas peores que un regimiento de ingleses, y dése por contento de que no se trata de un regimiento de rusos. ¡Entonces sí habría motivos para preocuparse!

El cigarro rehúsa obstinadamente a encenderse, y el oficialillo de ordenanza sonríe tontamente. Löwe se muerde los labios de rabia.

–De todos modos, solicito el apoyo de una Sección de tanques, mi comandante.

Hinka le observó con expresión pensativa

-Oberleutnant, la reputación de su sagacidad ha llegado hasta la División. Me pregunto sino debería tomar el mando del regimiento, me vendría de perilla poder marcharme por fin a gozar de mi retiro en Colonia. – El joven teniente se sonrojo-. Pero hasta nueva orden -prosiguió irónicamente el comandante Hinka- creo que será mejor reservar su ciencia estratégica para cuando vaya a la Escuela de Guerra. Concéntrese en el mando de la quinta compañía y ejecute mis órdenes. Yo me ocuparé de lo demás; será mejor para todo el mundo.

Löwe se cuadró:

–Bien, mi comandante.

–Muy bien, muy bien, Löwe. Prefiero decirle que mis nervios no van mejor que la guerra. Todavía tenemos un buen ejército, pero la realidad es que carecemos de todo. Lo único que permanece intacto es el Alto Mando de la Wehrmacht. Así pues, ocupe posiciones aquí. A las 21.15, el regimiento se despega, o si lo prefiere, nos largamos. No se puede escoger. Volveremos a estabilizarnos quince kilómetros más al Oeste. – Señaló un punto en el mapa-. A las 22.30, despéguese a su vez, cubierto por una Sección, la mejor, la del *Feldwebel* Beier. Haga volar el puente. Si cae intacto en manos del enemigo, se le someterá a un Consejo de Guerra. ¿Entendido?

–Sí, mi comandante -balbucea Löwe, mientras piensa para sí mismo: «Van a sacrificar a los mejores.»

Como si adivinara los pensamientos del teniente, Hinka apoya una mano en los hombros del joven oficial.

–Nada de camaradería mal entendida. Se trata del regimiento, de la División, quizás incluso de todo el sector. No tiene usted derecho a preocuparse de una sola Sección, lo mismo que yo no tengo derecho a preocuparme de una sola compañía.

El pequeño oficial de ordenanzas se echa a reír.

–Siéntase orgulloso, teniente; tiene asegurada la gratitud de la patria, como dice el Führer.

Esta vez, Löwe perdió su sangre fría.

–Mi capitán -dijo fuera de sí-, algún día daré a *Hermanito* la orden de estrangularle.

El oficial lanzó una risotada de indiferencia y tiró la botella vacía por la ventana. El comandante Hinka ajustó su reloj con el de Löwe.

–Buena suerte; haga cuanto pueda, el destino de la División está en sus manos.

Inmediatamente después de nuestra marcha, el pequeño oficial se levantó del diván.

–¡Lástima! La quinta compañía es una buena compañía. ¿Habrás comprendido que se la está sacrificando?

–Su cinismo empieza a exasperarme -gritó el comandante Hinka.

–Es una defensa, mi comandante. Mi familia lo sacrificó todo por la Gran

Alemania: quince personas no está nada mal, ¿no cree? Y yo no sé qué poner sobre nuestra lápida funeraria: si un águila o una cruz de hierro. No soy demasiado creyente, bien que entre los míos haya habido tres sacerdotes. De ellos, un capellán castrense. Y ese *Gott mit uns* ^[6] tampoco me gusta.

—Tengo cosas mejores que hacer que ocuparme de su tumba -gruñó malévolamente Hinka.

Una lluvia fina, deprimente, una espesa llovizna normanda, empezaba a caer. La Sección se atrincheró a las puertas de Noyesr, y pasamos la noche escuchando. Se oía con claridad cómo en el lado opuesto también se atrincheraban.

—Dejadles venir -dijo, riendo, *Hermanito*, quien, como de costumbre, tenía un montón de granadas al alcance de la mano. Acaricia el «MG» y me empuja suavemente con una granada de mano-. Arréglatelas para mantener el punto de mira a la altura de los dientes. Es trigo bien sembrado, como dice el reglamento.

No contesto. Soy el mejor ametrallador de la compañía, y no es *Hermanito* quien puede enseñarme algo. Examino el cargador y el seguro de la ametralladora; una ametralladora se cuida como a un recién nacido. Tres reclutas trabajan en la carga, en el fondo del nido de tiradores. Todavía tenemos mucha munición y ponemos, extremo con extremo, las cintas de balas. Con un cargador como *Hermanito*, es posible permitírsele. Tumbado de espaldas, nuestro héroe observaba con interés en el cielo un combate de aviones de caza.

—¡Sabe Dios la impresión que ha de causar dar vueltas allí arriba! Un trabajo estupendo. Así que han terminado, vuelven a acostarse en una cama de verdad, mientras que nosotros, la chusma, nos quedamos chapoteando por ahí. Si la guerra continúa, pido el traslado a Aviación.

Uno de los aviones cae envuelto en llamas y estalla contra el suelo.

—Ése no llegará hasta su cama -digo con sequedad.

—Bien mirado, debe de ser horrible morir carbonizado; preferiría que me eliminaran la máquina de pensar. ¿Te acuerdas de aquel que quemamos en el centro de la GPU en Kiev? Una idea del general Zepp Dietrich; esos SS las tienen a montones. Si es cierto lo que dicen las octavillas de que serán sometidos a juicio, entonces prefiero no ser SS. — Se golpea el bolsillo de la guerrera-. Nuestro carnet gris irá muy buscado. Habría que imprimirlos a montones; podría ganarse mucho dinero con las retrogradaciones voluntarias. No creáis que van a quedar muchos oficiales cuando la guerra se haya perdido. Es una suerte que no hayas pasado de *Fahnenjunker* ^[7]. Escaparás por poco. Ya verás cómo no queda ni uno que haya oído hablar de Adolf.

Llegaron al amanecer, justo a la hora del café, un café que Porta calentaba en un hornillo camuflado y que perfumaba el aire a un kilómetro a la redonda. *Hermanito* afirmó más tarde que los escoceses habían atacado a causa del aroma de aquel café

brasileño. Avanzaban como en las prácticas, exactamente igual, corriendo diez metros, cayendo de bruces, reincorporándose de un salto, otros diez metros y vuelta a tumbarse. Muy bonito, pero, en la guerra, completamente estúpido.

–¡Reclutas! – comentó, riendo, Gregor Martin, mientras instalaba su ametralladora pesada-. No resulta difícil cazarlos.

–¡Cuidado! – advirtió Heide-. De todos modos, no son tan bobos como para enviar contra nosotros un regimiento de caloyos. Apuesto a que guardan algún truco en la manga.

Con el pulgar derecho, quito el seguro y empuño firmemente la culata; apoyo los pies contra una piedra grande, lo que es necesario con una «42»; la velocidad del tiro es tal, que el arma resulta imposible de sostener si el tirador no está bien apuntalado. Los escoceses se hallan a doscientos metros cuando las minas enterradas durante la noche estallan. Ya no más vítores, sino gritos de los heridos. La primera oleada queda detenida; las minas dan mucho que pensar. Cuando una hilera de ellas estalla, uno se siente incómodo.

–¡Adelante, adelante! – gritan los oficiales.

Hermanito me señala a un oficial con *kilt* que lleva su sable metido en el cinturón. Asiento con la cabeza y rectifico el alza. Ese imbécil será el primero; en seguida se nota que no sabe nada. Espero a que estén a menos de ciento cincuenta metros... Mi dedo se curva sobre el gatillo. Pero he aquí que me ocurre algo que conozco bien: así que toco el duro gatillo, me pongo nervioso, se me paraliza el dedo, se niega a obedecer... El miedo brota de todos mis poros; sé que mi primera ráfaga será demasiado corta. *Hermanito* me pega una furiosa patada.

–¿Vas a disparar, cretino?

Tengo miedo... Un miedo imposible de dominar, que se apodera siempre de mí a la primera salva. Mi índice se ha vuelto de madera. La tierra se levanta dos metros más acá de la oleada de asalto.

–¡Demasiado corto! – vocifera *Hermanito*.

El teniente Löwe se precipita entre nosotros y me pone en la espalda su revólver.

–¿Se ha vuelto loco? ¡Domínesse o le espera el Consejo de Guerra!

Han atravesado el campo de minas. Los primeros están a cien metros... Dentro de un segundo empezarán a llover granadas de mano. Mis ojos enfermos arden... Aprieto la culata contra el hombro; veo piernas que corren; pongo en tensión cada uno de mis músculos. La ametralladora crepita, los cuerpos caen como bolos. ¡Terminado! Vuelvo a ser el tirador de primera, formo un conjunto con la ametralladora a la altura del vientre. Una nueva ráfaga. Löwe me palmetea un hombro. ¡El miedo ha desaparecido! Tac, tac, tac..., es la ametralladora de tiro rápido. Contestan otras ametralladoras. Las oleadas de asalto, segadas, caen.

Hermanito suministra cinta tras cinta; el arma está excesivamente calentada.

Bajar la culata, sacar el tubo que quema, colocar el recambio, y la ametralladora sigue escupiendo. La llovizna refresca el arma y un vapor blanquecino sisea sobre la misma.

Este asalto ha sido rechazado. ¿Es que no saben que hace falta artillería para eliminar un nido de ametralladoras? Disparo, disparo, como en el campo de Munster cuando el gran concurso de ametralladoras. Por el suelo, manchas, manchas, ¿cuántas manchas?

Son más obstinados que los rusos, pero antes de volver a verlos disfrutamos de una hora de tranquilidad. ¿Por qué no envían los «Jabo»? Entonces, de poco íbamos a servir. ¿Acaso estarán persiguiendo condecoraciones?

A la hora H, nos desplegamos en silencio; si nos oyen, los tendremos pisándonos los talones, y la retirada ya es por sí misma bastante desagradable. Uno se encuentra casi sin defensa. En el puente, un grupo de zapadores nos espera con impaciencia: unos viejos zorros acostumbrados a aquellas tareas.

—¿Sois los últimos? — pregunta un *Oberfeldwebel*.

Así que el puente haya volado, puede largarse, su trabajo ha terminado, y nosotros no le importamos. Lo único que cuenta es el puente. Arriba, en el camino hundido, se oculta su vehículo anfibio, cuyo motor funciona a marcha lenta; el conductor, al volante, fuma un grueso cigarro. Ningún soldado puede soportar a los zapadores. Nos camuflamos detrás de los árboles y el *Oberfeldwebel* lanza una mirada inquisitiva a su alrededor.

—Bueno, ¡cerramos!

Silba con los dedos, sus hombres se mueven hacia atrás y él aprieta a fondo la manecilla. Una explosión atronadora. El puente se volatiliza, brota el agua y el vehículo anfibio desaparece a toda velocidad.

—Ahora los compañeros se habrán enterado -dice el legionario-. Dentro de cinco minutos los tenemos ahí enfrente.

No se equivocaba. En la otra orilla, aparecen ya los uniformes caquis; los más valientes se lanzan al agua y atraviesan el río antes de que la ametralladora esté en posición. *Hermanito* arranca con los dientes la anilla de una granada de mano y la envía con gran maestría hacia el grupo que ha puesto pie en nuestra orilla. Se oyen aullidos.

—¡Atrás! — ordena *el Viejo*-. Embalad a toda velocidad.

En el camino hundido esperan dos camiones que arrancan incluso antes de que hayamos podido alcanzarlos.

—¡Los muy cerdos! ¡Nos abandonan!

Pero he aquí los «Jabo» que avanzan rugiendo. Los cohetes silban, los camiones arden en medio del camino, sus ocupantes, convertidos en antorchas, se revuelcan por el suelo, y nosotros nos precipitamos para ponerlos en lugar seguro antes del segundo

ataque aéreo.

—¡Atrás, atrás! — grita Löwe-. ¡Dejad a los heridos! ¡Los *Tommies* se ocuparán de ellos!

Ocupamos posiciones en un pueblo bombardeado. No hay nada tan definitivo como unas ruinas; aquí, ningún muro puede ya caer y enterrar a los defensores en los profundos sótanos, ya nada puede arder, todo lo que se podía quemar está carbonizado pero una pestilencia dulzona se nos aferra a la garganta, y, además, están las moscas..., grandes moscas ahítas de carne podrida, moscas que son el símbolo de la muerte.

De un montón de escombros que nos protegían, Porta sacó el cadáver medio descompuesto de un niño y lo tiró más lejos. Se le desprendió una pierna, sobre la que se lanzó un perro hambriento. Este espectáculo sacó a *el Viejo* de sus casillas, y durante una hora no dirigió la palabra a Porta. *El Viejo* nunca ha podido acostumbrarse al sufrimiento de los niños, y aquél, sin embargo, había cesado de sufrir; había sido precisa aquella disputa para que reparáramos en el pequeño cadáver.

Por la tarde, correo: un sobre grande para *Barcelona*, que recibe los documentos de su divorcio. Se le comunica que su mujer obtiene la custodia de los niños.

—«Infidelidad, alcoholismo» -leía Heide por encima de su hombro.

Porta movió la cabeza:

—No es exactamente lo contrario, pero si eso constituye una causa de divorcio, entonces pueden hacer que se divorcie todo el Ejército.

—«El derecho paterno sobre los niños será confiado a la esposa en vista de que el marido es reconocido como indigno de educar a los hijos» -leía Heide en voz alta.

—¡Oh, esto es demasiado! — gritó Porta-. Has recibido plomo hasta el cerebro, eres *Feldwebel*, has luchado desde el Ebro hasta Stalingrado y no eres digno de educar a los mocosos alemanes.

—Es culpa de los permisos -explicó tristemente Barcelona-. Desembarcas y te crees que quince días son como cien años. Todo el mundo te invita a beber. Uno se vanagloria, fanfarronea, mete el cuchillo de trinchera en la sangre de pollo y dice que es sangre de un coronel ruso. A los de la retaguardia les encanta escuchar cosas así y, además, uno tiene un aire tanto más duro cuanto más cerveza hay. Te acuestas con mujeres casadas -dijo, levantando los brazos hacia el cielo-. Nada que hacer, es otro mundo. Utilizas los puños y, luego, al amanecer, llegas ebrio a casa de la parienta, que te espera con los bigudíes erizados Y, de repente, uno se dice que es una marrana cargante; entonces le arreas un tortazo y la sacudes para que te dé más cerveza. Y luego te quedas harto, harto de los paisanos, y antes de que se termine el permiso vas a ver al comandante regional para que te selle los papeles. ¡Ya sólo tienes una idea: volver a la compañía!

Asentimos con la cabeza. *Barcelona* tiene razón. La guerra ha durado demasiado.

Nadie quiere ya saber nada con nosotros, nadie nos entiende ya.

–Es cierto -murmuró el legionario, pensativo-. Uno sueña con una vida tranquila después de la guerra. Sí, sí... Renuncia inmediatamente. No te queda más que venir conmigo a ver a las gachís de Sidi-Bel-Abbés. La República Francesa es acogedora.

Un prolongado aullido nos crispa los nervios... Todo el mundo desaparece en los refugios. La tierra se eleva como un muro hacia el cielo. Fuego de barrera. Y eso dura dos horas, dos horas de locura; después, cesa tan bruscamente como ha empezado. El cielo está negro de polvo y de humo. ¡Cuidado! Desenroscamos las cápsulas de las granadas de mano, instalamos las ametralladoras...

¡Ahí vienen! Ocho «Churchill» avanzan hacia las ruinas del pueblo, seguidos por la infantería con la bayoneta calada. Las ruinas son aplastadas por los tanques. Veo cómo *Barcelona* y Gregor empuñan sendos tubos de chimenea [\[8\]](#); *Barcelona* se arrodilla, coloca su tubo sobre el hombro, apunta tranquilamente al «Churchill» más próximo, aprieta el gatillo... En el blanco. El tanque queda partido en dos. Gregor alcanza el ángulo de la torreta y la tripulación resulta muerta por la deflagración. Heide se encarama en un «Churchill» detenido y, fríamente, coloca una bomba magnética en la torreta; después se oculta en un cráter de obús, en tanto que nosotros le cubrimos con nuestras ametralladoras.

Una explosión terrible. Todo vuela. Los otros «Churchill» dan media vuelta mientras la infantería se atrinchera, pero la huida de los tanques enfurece a *Hermanito*. Se disponía a volar uno, y lanza un puñado de granadas. Siete galones adornan su manga; un nuevo tanque y obtendría el galón de oro, una distinción que escasea. Nuestro Hércules ha destruido veintinueve tanques con granadas y cócteles Molotov, cuando en la mayoría de los casos no se suele sobrevivir al tercer tanque. Pero *Hermanito* lleva colgado del cuello un amuleto, la piel de un gato con el que hizo un estofado en Varsovia; está convencido de que le vuelve invulnerable.

Nuevo ataque de los ingleses, que están decididos a pasar. En un santiamén, tres ametralladoras nuestras quedan destruidas. Pero *Hermanito* tiene junto a él una montaña de granadas, y nuestra ametralladora está camuflada de tal modo que nadie puede descubrirla.

–Deja que se acerquen -cuchicheó el legionario-. Entonces nos los cargaremos a todos a la vez. – Y, según tenía por costumbre, canturreó la célebre canción de la Legión *Ven, dulce muerte, ven*.

El enemigo avanza... En todas las bocamangas aparece un escudo rojo con una marmota: se trata de uno de los famosos regimientos del general Montgomery, el 9.º de Granaderos de la Guardia.

–Calma, calma -cuchichea el legionario-, deja que se acerquen. Esos meones van a saber lo que es una guerra de verdad.

En el mismo momento se rendía un grupo de nuestros lanzadores de granadas.

–Deberíamos cargárnoslos -gruñe el legionario.

Los ingleses, muy seguros de sí mismos bromean y se pasean por las ruinas. Los acechamos... Silencio total. *Hermanito* ha unido sus granadas de dos en dos. La boca de la ametralladora apenas asoma por la grieta de un muro. Oímos gritos de victoria:

–¡Los malditos *Krauts* se largan!

Aprieto contra el hombro la culata y apoyo el dedo en el gatillo; *Hermanito* sujeta la mecha con los dientes. Distancia, treinta metros.

–¡Fuego! – ordena el legionario.

Un infierno. Las dos «42» disparan al mismo tiempo, las granadas silban. Por décima vez, cambio de pipa. El tiempo parece inmovilizarse. La primera caja de granadas de mano está vacía; nueva cinta de balas. Todo va bien, pero si la ametralladora se encasquilla, estamos perdidos. El enemigo se ha atrincherado y dispara contra nosotros. Allí delante, un montón de cadáveres, los de los novatos; los únicos que escapan de un ataque son los viejos duros de pelar como nosotros. No hay conmiseración.

El retroceso de nuestras armas nos deja doloridos los hombros; me protejo el mío con un gorro, pero no sirve de mucho; los vapores de la pólvora me queman los ojos, la sed me enloquece casi, las municiones desaparecen a gran velocidad. Un momento de respiro, un instante amenazador que se cierne sobre las ruinas. El instante se prolonga. Pausa de una hora. Pero llegan los «Jabo» y rocían los escombros con napalm; después, es la artillería y, luego, de nuevo los tanques. *Hermanito* coge una mina «T» y se lanza sobre un «Churchill», pero falla el golpe. La mina vuelve a caer sin haber causado daño al tanque, que empieza a girar en redondo; balas luminosas caen como una lluvia en torno a *Hermanito*; por lo menos, han aprendido esto de los rusos.

De un salto, el gigante se sitúa en la parte posterior del tanque... ¡Es un suicidio! ¡Está loco!

Apoya un pie en la abertura de la torreta, descarga su fusil ametrallador en el interior del vehículo, salta al sucio y lanza con mano maestra sus granadas por la escotilla. El pesado «Churchill» gira sobre su eje. aplasta a varios ingleses, derriba unos árboles, se encarama por un terraplén y da la voltereta. La gasolina inflamada sale despedida en todas direcciones. Por un momento, el monstruo permanece quieto, con las orugas funcionando a toda velocidad; después, estalla con horrible estrépito.

–¡Atrás! – grita el teniente Löwe, cuyo rostro está cubierto de sangre.

En pequeños grupos, la compañía trata de despegarse. Disparo con el arma apoyada en la cadera, olvidando que esto no se puede hacer con una «42», y por poco mato a *Barcelona* y a *Porta*. El retroceso me derriba. Suelto la ametralladora, que dispara toda la cinta, y tengo que protegerme de mi propia arma. Pero una bala roza un muslo de *Hermanito*, que se pone a aullar. Pega un puntapié a la ametralladora y,

enloquecido, me arroja una granada de mano.

–¡Cerdo! ¡Asesino de camaradas! ¡Traidor!

Es un demente. Saca su *nagan* y dispara contra mí. No se puede bromear con ese Hércules cuando la furia se apodera de él. Pongo pies en polvorosa, pero él coge la ametralladora y me la arroja a la espalda... Caigo. Está junto a mí. Siento ya su aliento, va a matarme. Con esfuerzo sobrehumano me incorporo, doy un traspié en un agujero, descendiendo un terraplén y allí está un gigantesco «Churchill» detenido junto a dos ingleses que yacen heridos. *Hermanito* me sigue. Loco de miedo, empuño el revólver... Mis dos balas silban hacia el cielo. Salto a una zanja cenagosa que quiere tragarme, pero el terror redobla mis fuerzas. Detrás de mí, el gigante se ha enganchado en un seto; yo oigo las órdenes que vocifera el teniente, pero todo me da igual. Ni siquiera un *Feldmarshall* sería capaz de detenerme. Giro sobre mí mismo. Me oculto bajo unos arbustos, me arden los ojos y veo doble... ¡Estoy perdido!

Por el campo llegan los ingleses desplegados en guerrillas, pero comparados con *Hermanito* no son peligrosos. ¿Dónde está ese loco? ¿Me acechará desde detrás de un árbol? Ruego para que una granada lo reduzca a papilla, y recuerdo el día en que le partí la cabeza con un taburete de hierro. Durante cinco días, me buscó por todo Paderborn, vociferando incluso delante de los centinelas del 15º Regimiento de Caballería. Desde entonces, algunos de ellos llevan dentadura postiza.

¡Allí está! Lo veo en el camino, empuñando su pesado lanzallamas. Cuando se cree atacado, ese ser primitivo se convierte en una pantera. Vuelvo a zambullirme en la zanja, salgo medio asfixiado y lo veo desaparecer por el recodo del camino. En ese instante, llegan a la carretera el teniente y mis compañeros.

–¡Os llevaré ante un Consejo de Guerra!

Los demás me dirigen miradas de odio. Estoy solo, rodeado de enemigos.

–¡Mi teniente, *Hermanito* quiere matarme!

–¡Que lo haga! – chilla Löwe.

–¿Dónde está la ametralladora? – pregunta Heide con expresión malévola.

–Sí, ¿dónde está su arma? – repite Löwe, entornando los ojos.

–Se ha caído, mi teniente.

–¿Caído? ¡Pues ya puede buscarla, aunque tenga que hacerlo en la mesa del general Montgomery!

–¡Cretino! – gruñe *Barcelona*, con rabia-. ¡Por poco matas a toda la compañía con tu estúpida manera de disparar!

Porta escupe asqueado en dirección a mí. Y todo vuelve a empezar: silban las granadas, ramas de árbol arrancadas vuelan por el aire, mis compañeros huyen corriendo y me dejan solo. ¡Voces inglesas! Mi terror alcanza el paroxismo. Me arrojo a una cuneta, y pasan tan cerca de mí que puedo oír el olor de sus botas de cuero nuevas. Si me cogen, sé lo que me espera: un balazo en la nuca.

Después de recorrer unos metros a rastras, vuelvo a encontrarme, agotado, junto al «Churchill». Entretanto, uno de los ingleses ha muerto; el otro me mira. Tengo miedo. ¿Qué querrá de mí? Saco mi cuchillo. ¿Tendrá fuerza para dispararme?

—¡Agua! — gime.

Un hilillo de sangre resbala por su barbilla. Le alargo la mano, sin pensar que empuño el cuchillo y él retrocede, aterrado. Tiro el cuchillo, le limpio la sangre de la boca y le enseño un paquete de vendajes para indicarle que deseo ayudarlo. Rasgo su uniforme. Fea herida: un cascote de obús o de granada; en todo caso, nunca más volverá a ser un hombre. Mi paquete de vendajes no basta, de modo que me quito la camisa y la desgarro formando vendas estrechas.

-Water! -vuelve a suplicar.

Le levanto la cabeza y le acerco mi cantimplora a los labios. No debería beber; un herido en el vientre nunca debe hacerlo, todos los soldados lo saben, pero está moribundo, así que, ¿por qué dejarlo sufrir? Todavía me queda media caja de bombones, de chocolate narcótico, y le meto en la boca varios de ellos. Sonríe. ¿Quién se acerca? Es una Sección de ingleses... Apoyo una mano sobre los labios del herido; si grita, estoy listo. Después, una vez han pasado, le pido perdón. Asiente con la cabeza, se ha hecho cargo. Por la nariz le sale un chorro de sangre.

—¡Ambulancia! — gime.

Le doy más agua y me indica que coja su libreta militar: cabo Brown, estibador, casado, tres hijos, veintiséis años.

Tengo miedo, pero le acaricio una mejilla.

—Todo irá bien, camarada. Espera.

Coloco junto a él mi cantimplora, así como el resto de los bombones. Tengo que ir a buscar mi ametralladora, ¿comprendes? La he perdido. Una ametralladora es algo más valioso que un soldado. Le meto bajo la cabeza un estuche de máscara antigás y clavo en el suelo el cañón de su fusil, colocando un casco en la culata; esto ayudará a los enfermeros a encontrarlo. En la libreta militar hay una fotografía de su mujer y de sus hijos, que le coloco en la mano. Así no estará solo cuando muera.

Un aullido estridente... Tres «Jabo» pasan rozando el terreno. En cuanto han desaparecido, escalo el terraplén hasta el fondo del cual había caído, y encuentro la ametralladora en medio de las ruinas, pero en el momento en que me inclino para coger el arma dos ingleses se me echan encima. Me lo han enseñado durante el entrenamiento del cuerpo a cuerpo: me hago un ovillo, pego un puntapié en el bajo vientre de uno, y con el canto de la mano golpeo la garganta del otro. Por fortuna, no son veteranos, sino unos novatos. Con la ametralladora al hombro me escabullo, llego junto al tanque... James Brown ha muerto; tiene la fotografía en una mano, los bombones están a su lado. Una andanada silba en mis oídos y los proyectiles rebotan en el blindaje del tanque. Veo a dos ingleses mandados por un gigantesco sargento

que bajan a la carretera por el terraplén...

-Kill the damned Kraut!

Con viveza, abro el soporte de la ametralladora, consigo desenrollar la cinta de balas, cargo, disparo... El sargento cae, rueda por la pendiente como yo un rato antes y su cuerpo da contra el tanque. Los demás se detienen y desaparecen. En cuanto a mí, corro, agachándome, hacia la zanja chapoteo de nuevo en el agua, llorando de terror... Las balas silban a mi alrededor; una de ellas me rompe una bota, pero me arrojo detrás de un mojón kilométrico e instalo la ametralladora. Si me cogen, me matarán, y apenas me quedan municiones: dos cintas en el bolsillo, tres granadas; con los dientes, quito el seguro de una de ellas.

-¡Venid, demonios!

Lanzo un grito demencial al mismo tiempo que arrojo la granada. Un inglés se apodera de ella, pero antes de haber podido devolvérmela estalla entre sus manos y le arranca un brazo. Le oigo aullar mientras da vueltas sobre sí mismo. Otra granada... Mal lanzada, rueda hacia un hombre y estalla. He liquidado a tres ingleses; los demás han huido.

Corro, llego al recodo del camino... y me detengo, petrificado. Unos ojos enloquecidos por el miedo me contemplan, una mano sostiene una perola medio llena, una barba en la que hay pegados restos de *spaghettis*... Un hombrecillo moreno tocado con un turbante gris: es un gurka, uno de esos que te cortan las orejas.

Instintivamente, lo golpeo en la garganta con el canto de la mano, un golpe en el que uno se adiestra con sacos de arena y troncos de árbol. El hombre cae hacia atrás, pero empuña su gigantesco *kriss*. Se trata de él o de mí. Le pego una patada en el rostro, me lanzo sobre él, le aplasto la mano con mi bota claveteada, le muerdo en la garganta. Somos dos fieras que luchan a muerte, dos especialistas de todas las argucias de los asesinos.

Con el *kriss* en la mano izquierda, golpea en dirección a mi cabeza, y de un puntapié me proyecta hacia atrás. Como un chivo, lo ataco con la cabeza gacha, el *kriss* se le escapa de la mano... Una patada en el bajo vientre, lo cojo por las orejas y le golpeo la nuca contra una piedra; grita palabras que no entiendo, mis manos están rojas de sangre, sus pies se agitan convulsivamente, su rostro es una masa sanguinolenta, y yo, sin fuerzas, me derrumbo a su lado. Su cuerpo moribundo se estremece, pero estoy loco de miedo, lo acecho y le hundo mi cuchillo en el pecho.

Recupero la ametralladora. ¡Hay que huir... huir...! ¡Ruido de cadenas! El rumor se aproxima. ¡Vienen hacia mí! De un salto, desaparezco en un foso lleno de agua, pero siento el calor de los motores en el momento en que pasan a mi lado... Continúo huyendo. Campos, setos, más campos, y ya avanzada la noche tropiezo con una Sección de zapadores alemanes cuyo comandante me insulta.

-¿Y pues, granuja? ¿Sin duda ha perdido su unidad? ¡Nadie va a quererlo, os

conozco bien! ¡Sois unos emboscados merecedores del Consejo de Guerra!

–27° Panzer S.B.V., 5.ª compañía, mi comandante -digo, cuadrándome con la ametralladora al hombro, según el reglamento.

–¡Espero que su compañía le dé la acogida que merece, cobarde! ¡Si vuelvo a verle, le ahorco sin más miramientos! ¡Largo de aquí!

La compañía se halla cuatro kilómetros al Oeste, en un villorrio. Mi regreso se produjo en medio de abucheos. Me presenté al teniente Löwe, que estaba charlando con el *Hauptfeldwebel* Hoffmann.

–Mi teniente, el *Fahnenjunker* Hassel se presenta con la ametralladora «42» perdida. Sin novedad.

Löwe murmuró unas palabras incomprensibles y me dijo con aire indiferente:

–¡Retírese!

–¡Caramba! ¿Quién viene por ahí? – exclamó *Hermanito*, de un humor excelente-. Me alegro de no haberte podido pescar, asesino. Pero ya llegará la ocasión. En este momento estoy ocupado.

–¿A qué te has dedicado durante todo este tiempo? – me preguntó *el Viejo*.

¿Qué decir? Me acribillarán con sus pullas. Me dispongo, pues, a limpiar en silencio mi ametralladora cuando Porta me pega un codazo con una expresión astuta en su rostro:

–¿Cómo estaba la chica? Ya me darás su dirección.

Golpe de silbato.

–¡5.ª compañía, adelante, adelante! ¡Vamos, remolones! – grita el teniente Löwe con impaciencia.

Hace chocar los tacones:

–¡Compañía, derecha! ¡Vista a la izquierda!

El teniente da media vuelta y se lleva la mano al vendaje blanco que le rodea la cabeza.

–Mi comandante, la 5.ª compañía está preparada para la marcha. Pérdidas: un oficial, tres suboficiales y sesenta hombres. Enviados con la ambulancia: un oficial y catorce hombres. Cuatro desaparecidos. Una ametralladora perdida y recuperada.

Hinka, indiferente, saluda, llevándose dos dedos a la gorra.

–Gracias, teniente. – Con lentitud, nos pasa revista, examina a cada hombre y se detiene ante mí, atónito-. ¿A qué se debe ese aspecto? Cuide de poner orden en su uniforme y enséñeme la ametralladora. Ábrala, saque la pipa. – A Dios gracias, el arma está en buenas condiciones-. Löwe, apunta a este hombre: tres horas de ejercicio de castigo en cuanto estemos lejos del frente.

Löwe asiente en silencio y hace un ademán al *Hauptfeldwebel* Hoffmann.

–¡Mal soldado! – gruñe éste, mientras anota mi nombre en su libreta-. Ya me ocuparé de ti.

Con la mirada al frente, yo me decía que no había esperado otra cosa.

–Armas al hombro, columna de marcha a la izquierda.

Las botas golpean rítmicamente el suelo empapado.

–¡Cantad! Una compañía alemana no puede andar sin cantar.

Ocupo el último lugar en la fila de la derecha y me corresponde empezar, pero por dos veces desentono.

Weit ist der Weg zurück ins Heimatland

So weit, so weit!

Die Wolken ziehen dahin daher

Sie ziehen wohl übers Meer

Der Mensch lebt nur einmal

Und dann nicht mehr... [\[9\]](#)

¡Qué cansado me siento! Estoy mortalmente fatigado. Pero canto como los otros.
Una canción de marcha, incluso aunque uno no pueda más, ¿no tiene que ser alegre?

Al Norte, al Sur, al Este, al Oeste, el soldado alemán muere como un héroe, y las madres alemanas se ponen de luto llenas de orgullo, si hay que creer al diario Volkischer Beobachter. La historia se repite: la juventud alemana sigue muriendo mientras grita algo: ¡Viva el emperador! ¡Viva la patria! ¡Heil Hitler! Los hombres caen al redoble de los tambores y al sonido de las trompetas, y ninguna madre, ninguna esposa, ninguna hermana, llora a sus héroes. Eso no es propio de una mujer alemana: se pone de luto con orgullo.

¿Quién ha hablado de quemaduras de fósforo, de piernas aserradas, de sesos destrozados, de vientres abiertos, de ojos arrancados? Un loco, un derrotista, un traidor. Ningún héroe muere de este modo. Es algo que nunca se menciona en los libros de Historia. Uniformes rutilantes, valientes que marchan cantando, pechos cubiertos de condecoraciones, banderas restallantes charangas militares y millares de madres que se visten de negro llenas de orgullo.

Sólo los embusteros hablan de ganado humano retorciéndose en el fango de las trincheras, de moribundos que llaman a sus madres mientras intentan impedir que se les salgan los intestinos de los vientres abiertos, de los hombres que mal dicen a los responsables, a los que les han enviado a enfrentarse con la lluvia de fuego y de acero. Ahora bien, la guerra es esto, yo lo sé. Yo mismo he sido uno de esos soldados grises del frente alemán.

DESCUBRIMIENTO DE UN ALMACÉN AMERICANO

Es una horda desordenada la que se arrastra por los bordes de la carretera durante un kilómetro largo, en tanto que circulan a toda velocidad atestados vehículos.

—¡Hay gente que tiene prisa por regresar! — dice Porta, riendo despectivamente-. ¡Por lo que veo, los héroes están ya hartos!

Tres tanques ligeros precedían a dos grandes «Mercedes» cuyos ocupantes (oficiales con galones rojos y mujeres estúpidamente orgullosas) nos miraban condescendentemente. La *feldgendarmerie* estaba allí con sus pesadas motocicletas.

—¡Manteneos a la derecha! — gritaban aquellos perros, agitando con furia sus discos de circulación.

Evidentemente, no despejábamos la carretera con suficiente rapidez. Dos «Horsch» con gallardetes rutilantes nos cubren de polvo; unas telefonistas asustadas nos hacen ademanes amistosos.

—¡Idos al cuerno! — gruñe Heide-. Los guerreros de retaguardia se largan con sus fulanas.

Ahora vemos lo que se arrastra ante nosotros por las cunetas de la carretera. Heridos, lisiados o ciegos: todo el personal de una ambulancia ha huido, dejando que los heridos graves se las arreglen como puedan. Los infelices ya ni siquiera sienten miedo, tan seguros están de ser liquidados cuando llegue el enemigo. Los ciegos llevan a los amputados; cada uno presta a los camaradas sus piernas o sus ojos.

Durante kilómetros, la miserable columna avanza a duras penas por la carretera; los coches de Estado Mayor los adelantan a toda velocidad mientras sus ocupantes, hombres o mujeres apartan púdicamente la mirada.

El *Oberleutnant* Löwe lanzó una blasfemia y se plantó en medio de la carretera, delante de una larga fila de lujosos automóviles militares. La fila aminora la marcha. Un comandante de Estado Mayor se asomó por la ventanilla amenazando con un Consejo de Guerra, en tanto que un mayor de la *feldgendarmerie*, armado hasta los dientes escupía a los pies del teniente y le apoyaba su metralleta en el vientre.

—¡Una palabra más, bestia del frente y mueres!

El oficial de Estado Mayor se echó a reír y en medio de una nube de polvo, los lujosos automóviles y las motos de la gendarmería desaparecieron en el horizonte. Löwe movió la cabeza y contempló un cadáver desnudo que yacía en la cuneta.

-Feldwebel Beier -ordena-, coloque a sus hombres a cada lado de la carretera, con la ametralladora pesada un poco adelantada. Suboficial Kalb, ocúpese usted de los bazookas. *Feldwebel* Blom sitúese en la carretera y detenga a esos cerdos. Al que se niegue, líquidelo.

—¡Es el día más feliz de mi vida! — exclamó Porta-. Por fin, vamos a cazar faisanes dorados y zorras.

Vimos al legionario echar un cadáver a los pies del teniente: no cabía duda, era un ciego que había sido atropellado, y su camarada amputado yacía no lejos de allí, con el cráneo abierto.

Chirrido de neumáticos: un «Horsch» gris frena bruscamente delante de *Barcelona*, y su ocupante, un teniente coronel, se apea.

—¿Qué mosca le ha picado? ¿Cómo se atreve a detener mi automóvil? ¿No ve que llevo el gallardete del Estado Mayor?

El teniente Löwe se adelantó, con su metralleta apuntada hacia el pecho del oficial.

—Tengo orden de reforzar mi unidad con todo el personal posible, prescindiendo de su graduación. Hay que llevar estos heridos a la ambulancia. En su automóvil caben diez hombres. Tiraremos el equipaje; las tres señoras continuarán a pie. Me quedo con el chófer como cargador. Supongo que sabrá usted conducir, ¿no? De lo contrario, véngase con nosotros y su chófer conducirá los heridos.

—¿Es que se ha vuelto usted loco?

—¡Vaciad todo eso! — grita Löwe a *Hermanito* y a Porta, que no pueden contener su alegría.

Las tres mujeres se apean, pero el oficial empuña su revólver y lo amartilla.

—¿Está cansado de vivir? — pregunta irónicamente Löwe-. Le recuerdo la situación: según orden del Führer, el comandante de una sección combatiente es dueño absoluto en su sector. Guarde su arma, o ahora mismo lo hago ahorcar de aquel árbol.

Hacemos subir a diez ciegos en el automóvil.

—Mi coronel, ¿desea conducir, o prefiere quedarse a disparar con nosotros?

Sin una palabra, el teniente coronel empuña el volante.

—Para dejarlo todo bien claro -prosigue Löwe-, he de comunicar a mi coronel que he tomado nota de la matrícula del automóvil, y que comprobaré si los heridos han llegado a la ambulancia.

El «Horsch» arrancó bruscamente, mientras un coro de gracias surgía del grupo de los heridos.

—¡Qué suerte que esté usted aquí, mi teniente! — gimió un *Feldwebel* de infantería-. Esos cerdos nos aplastaban sin piedad si no nos apartábamos lo bastante aprisa de la carretera. Un general que llevaba cuatro zorras en su automóvil nos ha llamado basura del frente.

—¡Yo les enseñaré! — gruñó Löwe, cada vez más sombrío.

Nueva columna que se detiene delante de *Barcelona*. Esta vez es un oficial pagador; tiene los puños apretados y vocifera lleno de rabia.

–¡Desalojad los vehículos! – ordena el teniente.

Se hace en menos tiempo del que se emplea para contarlos. En la carretera, se ven tantas botellas como elegante ropa interior femenina; el gordo intendente, fuera de sí, tartamudea, grita órdenes contrarias, pero Löwe hace un ademán a *Hermanito*, que se acerca, con su *nagan* golpeándole un muslo y en el puño el MPI de Kalashnikov. El gigante empuja hacia la nuca su bombín gris y, sin decir palabra, levanta del suelo al intendente como si se hubiese tratado de un chiquillo.

–¿Cómo te atreves a poner la mano sobre un oficial alemán? – ruge el oficial pagador, medio sofocado.

–A cada uno le llega su oportunidad -replica nuestro Hércules, risueño-. ¡Lárguese! De lo contrario, seremos nosotros quienes celebraremos el Consejo de Guerra.

El intendente se aleja con la nariz rota y unos cuantos dientes de menos, pero, por fin, ha comprendido que lo que está en juego es su vida, y no su equipaje.

–¿A quién le toca? – grita *Hermanito*, en el preciso momento en que dos motociclistas se abren paso por entre la columna que ocupa la carretera.

–¡Circulen, circulen! – vocifera un *Feldwebel* de la *Feldgendarmarie*, enarbolando su metralleta.

Las placas bien pulidas de esos perros brillan amenazadoras, lanzando destellos. Les sigue un «Mercedes» con un gran guión de una Kommandantur local. *Barcelona* pega un salto hacia un lado.

–¡Fuego! – grita Löwe.

Disparo. Los proyectiles alcanzan el vehículo, que frena bruscamente. En el asiento de atrás está un mayor general con todas las costuras doradas, una elegante canadiense con galones rojos de seda. ¡Nunca habíamos visto cosa igual! Lenta, imponentemente, se apea del «Mercedes» con ayuda de dos obsequiosos *Feldwebels*. Se ajusta con arrogancia el monóculo en el ojo izquierdo; sus botas espléndidas, hechas a la medida, rivalizan en brillo con el oro de los galones. Con ademán protector, llama a Löwe.

–Acérquese, teniente. Probablemente, no sabe con quién está hablando.

Löwe saluda llevándose dos dedos a su frente vendada.

–Mi general, el jefe de grupo de combate Löwe solicita a mi general que acepte a bordo de su vehículo a unos heridos y que los conduzca hasta la ambulancia más próxima.

–Y yo le ordeno a usted que desaparezca, teniente. No tengo intención de ensuciar mi vehículo con esa basura de las trincheras. El transporte de heridos es asunto del Servicio de Sanidad. Me dirijo a reunirme con mi División y tengo cosas más importantes que hacer que ocuparme de esa gente.

–¿Qué División, mi general?

—¿A usted qué le importa? Déjeme pasar o doy orden de que disparen contra usted.

—Mi general, ¿se lleva a los heridos, sí o no?

El general reflexiona un instante, entorna los ojos y hace un ademán al *Feldwebel*, que prepara su ametralladora ligera. Yo amartillo la mía. En este mismo momento aparece un gran vehículo «todo terreno», y vemos, junto al chófer, a un general de brigada SS alto y delgado, en uniforme ajado, sin ninguna señal distintiva en el cuello. Todo el mundo reconoce al comandante de la 12ª División de tanques, *Panzer Meyer*, el general más joven del Ejército alemán.

—¿Qué sucede?

El *Oberleutnant Löwe* explica rápidamente la situación al recién llegado.

—¿Se niega a llevar a unos heridos?

La mandíbula huesuda y sucia de *Panzer Meyer* se contrae de rabia.

—Sí, el general no quiere ensuciar su automóvil con esa basura de las trincheras.

Hermanito interviene:

—¡Le dan miedo los piojos!

Panzer Meyer mira de reojo al gigante, se fija en el bombín gris no reglamentario y en el gran *nagan* ruso de los comisarios de la NKVD.

—¿Se niega a aceptar unos heridos, mi general?

—Mi División está en primera línea -contesta el otro, que ha palidecido-. Ese estúpido de teniente me ha hecho perder un cuarto de hora.

—¿Qué División?

—La 21ª División Panzer.

—Es curioso. Precisamente vengo de ver al general Beyerling, que manda la 21ª División Panzer. En mi opinión, esto más bien parece huida ante el enemigo.

—¿Está usted loco? — ruge el general-. ¿Se atreve a acusarme de desertión? ¡No sabe quién soy!

Panzer Meyer se encoge de hombros y hace un ademán a *Löwe*.

—¡Lléveselo!

La pesada zarpa de *Hermanito* cae sobre un hombro del general.

—¡Ven, pájaro dorado!

El hombre chilla, se resiste, mientras el gigante lo empuja hacia un poste telegráfico al que lo ata con su cinturón.

—¡Esto es un asesinato! — grita el condenado-. ¡Socorro! ¡Criminales! Escúchenme... ¡Asesinos, asesinos! — grita todavía antes de caer bajo la breve ráfaga de la metralleta rusa.

Buen conocedor del asunto, *Hermanito* no se olvida del tiro de gracia; después, mira a los gendarmes con aire interesado:

—Y a vosotros, ¿os apetece? ¿Y si os bajarais de vuestros jamelgos de acero para

ayudar a los heridos?

Los *feldgendarmes* se precipitan.

Porta se mofa:

—¡Qué buen corazón!

Veinticinco heridos graves son instalados en los vehículos, y cuando el último ha sido cargado, *Panzer Meyer* estrecha la mano de *Löwe*, sube en su vehículo y desaparece en el horizonte.

Pero he aquí otra novedad. Una motocicleta se precipita hacia nosotros, se encabrita... Es el agente de enlace de la compañía, *Werner Krum*.

—¡Orden del regimiento! — recita *Krum* de un tirón-. Se han localizado unos «Churchill». Hay que mantener el control de la carretera hasta el último hombre y el último cartucho. El puesto de mando del regimiento está cerca de *Chaumont*.

El teniente *Löwe* se reajusta el vendaje y rezonga algo incomprensible.

—2.^a Sección, en columna de a uno detrás de mí -ordena *el Viejo*, echándose la metralleta a hombro.

Llegamos a un villorrio de unas pocas casas. Bajo una techumbre de bálago que llega hasta muy cerca del suelo, percibimos una silueta empapada por la lluvia. Un granadero alemán confraterniza con un soldado americano, y ambos se protegen bajo la tela de una tienda.

-Hello boys! -grita el americano-. Os saludo de todo corazón. Os prefiero a los franceses. Les he explicado que pertenecía a los libertadores pero me han vuelto la espalda. El que no habla francés es un enemigo. ¡Habrà que aprender francés antes de que empiece la próxima guerra!

Al otro lado de la carretera yace un alemán muerto. ¿Qué edad tendría? Apenas dieciséis años. El uniforme huele a alemán y las botas son de un cuero incoloro, todavía no han tenido tiempo para teñirlas. Y he aquí de nuevo las remolachas y las coliflores; la tierra es maravillosamente suave. Para cambiar, de nuevo empezamos a abrir una zanja. Dos SS que se han unido a nosotros se afanan junto a una gran cacerola que han conectado a la batería de un vehículo; la cacerola está llena de bayas y la tapadera cierra herméticamente.

—¿Os habéis vuelto locos? — protesta *Heide*, que siempre lo sabe todo-. Si eso estalla, ¡buenas noches!

—¡Pse! — contesta uno de los SS-. ¿Es que no tienes sed? Hace dos días que estamos intentando fabricar jugo, y siempre hemos tenido que salir de estampida. Ayer, todavía éramos ocho. Hoy, ya sólo quedamos nosotros dos.

Sentados, formando círculo, contemplamos con aprensión la cacerola; *Heide* se ha protegido detrás de un camión.

—¿Qué estáis cociendo?

—Saúco y azúcar -contesta el SS, que ha construido personalmente esa marmita de

nuevo estilo.

–¿Y ese termómetro? – pregunta *Hermanito*, curioso.

–Si rebasa la línea roja, hay peligro -explica el SS con indiferencia.

–¡Estás chiflado! ¡Hace mucho que la ha pasado! – grita el gigante, despavorido y agazapándose en el fondo de un cráter.

–Es muy posible, pero esta vez hay que darse prisa; los compañeros no tardarán en comparecer.

La cacerola hierve con fuerza; la lluvia ha cesado. Alargamos nuestras escudillas, y el humor mejora. Dos siluetas extrañamente ataviadas llegan a la carrera por un campo de remolachas.

–¡Caramba! – exclama *Hermanito*, riendo-. ¡Ahí vienen los libertadores! Han olido el jugo.

–Hay que capturarlos -ordena *el Viejo*.

–¡Vaya idea! – dice Porta-. No se trabaja después del toque de queda.

Sin sospechar nada, los dos soldados llegan a nuestra altura, que les esperamos, invisibles, y saltan al interior de nuestra trinchera.

–Bienvenidos al barrio -dijo Porta, sonriente-. Llegáis a tiempo para la cena.

Son dos americanos, un soldado raso y un cabo. Lo menos que puede decirse es que se llevan una sorpresa.

–¿Hay noticias de Nueva York? – pregunta *Hermanito*-. ¿Cómo sigue Mr. Eisenhower?

–¿Qué diantre hacen ustedes aquí? – grita el cabo, atónito.

–Lo menos posible -replica Porta, risueño-. Os juro que os dejamos la tarea de ganar la guerra.

–¡Nos habían dicho que la región estaba libre!

–Nunca hay que creer a los faisanes dorados. Mienten todos como bellacos. Servios -añade Porta, a lo gran señor, indicándole el extraño brebaje.

–Supongo que vuestros amigos estarán lejos de aquí, ¿no? – insinúa prudentemente Heide.

–¡No me hables de esos asquerosos! – grita el cabo-. Nosotros somos de Georgia, y nos han metido con neoyorquinos, todos unos estúpidos. Ven a vernos a Georgia después de la guerra, compañero.

Siguen dos horas de comilona en un ambiente que cada vez se caldea más

–¿Adónde ibais, pues? – pregunta Porta a los americanos.

–Nos hemos extraviado. Habíamos salido de reconocimiento, y al volver a este maldito pueblo la compañía se había largado. Entonces, hemos marchado a campo traviesa y llegado al camino que se parecía como a un hermano al que acabábamos de dejar. Todos los caminos se parecen ente condenado país, y esos setos te enloquecen, imposible orientarse. ¡Válgame Dios, qué canguelo al veros! Nos habían dicho que

no hacíais prisioneros.

–Lo mismo se dice de vosotros -replica *Barcelona*-, y es cierto que a muchos se les descerraja un tiro en la nuca. Un día encontramos un «Churchill» y a un alemán atado a su torreta con alambre de espino. ¡Ya podéis figuraros lo que le ocurrió a la tripulación!

–Sí, es cosa que se contagia -dijo el cabo-, pero muchos inocentes pagan por los culpables.

Alguien se acerca... Es el teniente Löwe. Apresuradamente, Porta empuja los dos prisioneros al fondo de la trinchera. Si Löwe los ve, se los llevara a Información. *El Viejo* se levanta y con aire ingenuo se acerca al teniente:

–Sin novedad.

–Instálense en el pueblo -ordena Löwe-. Basta una ametralladora como avanzada; no creo en un ataque enemigo esta noche. Descansen mientras puedan hacerlo. – De repente, le vemos olfatear-. ¿Qué es lo que apesta de este modo? Ya sabéis que está prohibido preparar comida con alcohol.

El SS se levanta y alarga una escudilla al teniente.

–Es jugo de saúco, mi teniente. ¿Quiere usted probarlo?

Löwe, cada vez más receloso, sigue olfateando.

–¡Pero esto es horrible! ¡Van a reventar si se lo beben! – observa con atención al SS-. ¡Está usted completamente borracho! ¡2.^a Sección, presenten armas! – grita el teniente, furioso.

Salimos del agujero, riendo, y sosteniéndonos mutuamente; Gregor, completamente beodo, no puede mantenerse en pie.

–¡Si os descubre, largaos! – cuchichea Porta a los americanos-. Dispararemos al aire.

–¡Borrachos! – grita el teniente, lleno de rabia-. No se os puede dejar solos ni media hora. Si se presenta el enemigo, ¿qué hubieseis hecho, granujas?

–Disparar -balbucea *Hermanito*.

–¡Basta, Kreutzfeldt! Y aún peor: si hubiese comparecido el comandante Hinka, ¿qué hubierais dicho?

-Skol -replica el gigante con un hipo.

En dos saltos, el teniente está junto a él; intimidado, *Hermanito* abate su fusil.

–¡Al suelo -grita Löwe-, perro impertinente!

Hermanito se deja caer como un saco.

–¡Adelante! ¡Arrástrese! – ordena Löwe, que tiembla de rabia.

Hermanito empieza a arrastrarse, pero se le escapa un pedo colosal.

–¡Este cerdo se ensucia delante de su oficial! – ruge el teniente-. *Feldwebel* Beier, le hago responsable de esta pandilla de granujas. Hágales correr media docena de veces por el campo de remolachas.

Aprovechando el tumulto, Porta se ha eclipsado discretamente, pero en cuanto el oficial, exasperado, ha dado media vuelta, asoma por detrás de una casa enarbolando un banjo y un acordeón.

–¡He encontrado una orquesta!

–¡Cállate! – gruñe *el Viejo*-. Se te oye a kilómetros de distancia. Prefiero advertirte que os esperan tres días de calabozo en cuanto lleguéis a la retaguardia.

–Me importa un comino. Menos días de guerra.

–Son muy severos en vuestro ejército -comenta el cabo americano, mientras pulsa el banjo; entretanto *Barcelona* se apodera del acordeón, Porta coge su flauta y *Hermanito* su armónica.

–Vamos allá, muchachos -ordena Porta-. *Los tres lirios*. Uno... dos... tres...

Drei Lilien, drei Lilien

Die pflanzt'ich auf mein Grab... [\[10\]](#)

A lo lejos contesta una batería de cohetes. Seguimos con la mirada las estelas que, tras describir una parábola, se precipitan sobre Caen. Se perciben los relámpagos de explosiones aterradoras, pero Porta, con la flauta en los labios, danza alrededor de la trinchera como Pan en una noche de verano. Los americanos no pueden contener su alegría, *Barcelona* se mete en un charco nauseabundo. Winther, el SS, queda atrapado dentro de un gallinero y es liberado por el soldado americano, que derrumba todo el tinglado. Juerga. Comparece el teniente, con los ojos desorbitados. Bailamos, la flauta suena, el acordeón gime...

–¡Americanos! – murmura el teniente, atónito, al ver pasar al cabo, que tañe el banjo.

Y, de repente, todo cambia... Cae la noche, surgen fantasmas, las ametralladoras crepitan entre las ruinas. ¡Son los ingleses! El soldado yanqui se desploma, cubierto con su propia sangre, y yo salto por encima de su cuerpo para ir a protegerme tras las tablas del gallinero derruido. Estallan las granadas y brillan las bayonetas. Gritos salvajes; luchamos con las palas, con los cuchillos. Por fin, consigo emplazar la ametralladora, pero Winther tropieza con una granada que estalla, y de él sólo queda la cabeza arrancada. Una bala atraviesa el pecho de *Barcelona*; Gregor le arrastra hasta un lugar protegido.

–¡Dispara! – me grita *Hermanito*.

Mi ametralladora tabletea en dirección a los ingleses, que se creían ya victoriosos. Nos retiramos a lo largo de los setos, esos infames setos que en este momento bendecimos, y nos ocultamos en unas ruinas. *Barcelona* no está bien; hay que llevárselo rápidamente. Le entregamos todo el dinero y los cigarrillos que tenemos. Él llora y se niega a dejarnos.

–No podéis enviarme -gime-. Rudolph sabrá curarme, casi es médico.

El enfermero Rudolph le pone una inyección de morfina, mientras le da unas

palmaditas en un hombro.

–Vamos, *Barcelona*, valor; dentro de tres semanas estarás de regreso. Esto no es grave, si puede evitarse la infección.

–¡Dejad que me quede! – suplica el infeliz.

Löwe mueve la cabeza y le regala su encendedor de oro.

–Con esto irás lejos. Buena suerte, viejo «Blom».

Lo envolvemos con una capa y un impermeable, y colocamos en sus rodillas un fusil ametrallador para que, por lo menos, pueda apretar el gatillo. El sidecar arranca, mientras nosotros hacemos grandes ademanes de despedida.

–Informen sobre las pérdidas -ordena el teniente Löwe.

Los jefes de Sección pasan lista a sus hombres y dan parte al jefe de la compañía. Un hombre es enviado al regimiento.

–¿Qué ha sido del cabo americano?

–Uno de los libertadores lo ha liquidado. Ha corrido hacia campo abierto y he tratado de protegerle con mi ametralladora, pero, por desgracia, ha tropezado con un puerco de insular. Pero a ese inglés me lo he cargado; por lo menos ha dado tres volteretas.

–Eran dos buenos tipos -murmura Gregor-. ¡Ahora ya puedes tirar sus direcciones!

–Es la guerra -dice el legionario, encogiéndose de hombros.

Una nueva andanada. A Porta se le escapan los prismáticos de las manos, y nuestro compañero contempla estupefacto el instrumento partido por la mitad por una bala. Un centímetro más atrás y era él quien se quedaba sin rostro. Ahí llega el enemigo desde dos direcciones distintas... ¡Huyamos! Es lo único que se puede hacer, pero la ametralladora me molesta... Están a mi alcance; una granada rueda a mi lado, le pego un puntapié y estalla entre dos soldados de caqui. Huimos, huimos. Reagrupamiento detrás de una colina, pero el teniente Löwe está fuera de sí: estaba seguro de que dormíamos. Presa de furor, habla de Consejo de Guerra.

–Como le parezca -contesta el legionario, indignado-. ¿Por qué no escribe a Adolf?

–¡Oiga, soldado! – exclama el teniente, estupefacto-. ¡Está usted hablando con un oficial!

El legionario, ajeno a todas las llamadas, da media vuelta. Al amanecer, comparece *Hermanito* cargado con dos cajas llenas de botes de mermelada. Su regreso es muy jaleado.

–¿Por qué habéis huido? – grita desde lejos-. Los libertadores se han largado también. Sólo han conseguido apoderarse de un lanzallamas francés. He tenido toda la cueva para mí solo. ¡Treinta y un dientes de oro! Un sargento llevaba toda la dentadura; brillaba tanto que me dolían los ojos.

–Repartamos -dijo Porta, contemplando con envidia los dos saquitos de tela.

–Anda que te chinchén -dice el gigante, sonriendo, mientras se abrocha con cuidado su chaqueta de camuflaje.

Pero resuena una orden: la 2.^a Sección debe salir de reconocimiento por el bosque de Ceris, hacia el Noroeste. El regimiento quiere saber si el bosque está ocupado. Sudamos bajo el sol, que calienta con fuerza, pero *el Viejo* se niega a autorizar un alto; ante todo, hay que llegar al bosque. Se oyen disparos por el lado de Balleroy. *El Viejo* levanta una mano...

Media docena de hombres de caqui trabajan entre centenares de barriles de gasolina y montones de granadas. Somos descubiertos inmediatamente y acogidos con grandes ademanes amistosos.

–¡Dios mío! – murmura *el Viejo*-. Nos toman por colegas.

Es un villorrio de planchas onduladas. Cuatro grandes camiones con remolque descargan camiones; hemos dado con un almacén gigantesco.

–Me gustaría saber qué hay ahí -murmura Porta, aprensivamente-. Si disparamos, todo saltará por los aires, y hay suministros para varios ejércitos.

–¡Esconde el arma, imbécil! – gruñe *el Viejo*, al ver que *Hermanito* quita el seguro de su *nagan*.

-Hello boys! ¿Tenéis *souvenirs* para vender? ¡Cien dólares por una Cruz de Hierro!

Heide se yergue:

–¿Quieres una Cruz de Caballero? Ciento cincuenta pavos.

–O. K. -dice riendo el americano; se acerca al galope y se detiene bruscamente, aterrado.

¡Ha descubierto quiénes somos! Grito de espanto, pero el legionario se le ha echado ya encima como un tigre y le clava su cuchillo en la espalda. Los demás no han advertido nada. Silenciosos como serpientes, nos arrastramos hacia el grupo; se trata de evitar que den la alarma. Unos saltos de pantera... y los estrangulamos. Aprendimos a hacerlo en Rusia. El resto del comando almuerza alrededor de dos grandes mesas, y los centinelas montan guardia en el exterior. Pero nos hemos puesto las gorras de los cadáveres.

–¡Ven, dulce muerte, ven! -canturrea el legionario.

Una lluvia de granadas... Los hombres se derrumban, con los rostros en las escudillas. De pronto, un grupo que sale de la ducha con una toalla atada a la cintura. También ellos nos toman por compatriotas. La ametralladora de Heide los liquida a todos.

–¡Alto! – grita *el Viejo*-. ¡Si alcanzáis la gasolina, volamos!

–¡Nada de eso, muchachos! – grita ya *Hermanito*-. ¡Se trata de whisky! ¡Centenares de botellas!

–¡Prohibido tocarlas! – grita *el Viejo*-. ¡Si lo hacéis, os acordaréis de mí!

¡Demasiado tarde! Porta se atiborra de alcohol; las bayonetas despanzurran latas de piña y de mermelada. Comemos con las manos.

–¡Champaña! – grita Gregor Martin, loco de alegría.

Saltan los tapones. Todo rezuma de alcohol y de champaña. Una enorme cazuela se llena de lo primero que viene a mano: carne enlatada, albóndigas, patatas, manteca, huevos... Es una comida para Gargantúa.

–¡Estar en un ejército así! – sueña Porta.

El Viejo aúlla de indignación. *Hermanito* se está poniendo un uniforme americano, cuando un tapón de champaña lo alcanza en la nuca.

–¡Estás muerto! ¡Estás muerto! – grita estúpidamente Heide, y empieza a bailar con una botella vacía en la mano.

–¡Venid a jalar! – ordena Porta, quien se ha puesto un enorme gorro de cocinero.

Todo ocurre como en un sueño báquico.

–Declino toda responsabilidad -manifiesta *el Viejo* con amargura-. Saqueo e insubordinación. Os habéis enfrentado con vuestro jefe de Sección con las armas en la mano. – Golpea amenazadoramente su libreta de informes-. Todo está anotado aquí, os lo advierto.

Porta contesta de mal talante:

–A nosotros nos importa un comino. Cambio a Adolf por el señor Eisenhower; después de haber comido le enviaremos a *Hermanito* como parlamentario.

Nada importa ya. Heide acerca, haciéndola rodar, una gran barrica de coñac, y abre en ella un boquete de modo que el licor le caiga directamente en la boca. Después, nos divertimos cometiendo estupideces: trepamos a los árboles, colgándonos luego de las ramas, prendemos fuego a una lata con gasolina y saltamos por encima de las llamas. ¡*Hermanito* se incendia! Nos precipitamos sobre el extintor y en un santiamén queda convertido en un muñeco de nieve. Porta realiza mezclas alucinantes: ron, coñac, whisky, huevos, azúcar. El resultado es inaudito, los gritos de nuestra orgía resuenan en el bosque.

De pronto, se oye una voz harto conocida.

–¡Esta vez se ha colmado la medida! – ruge el teniente, que comparece entre nosotros-. ¡*Feldwebel* Beier, acérquese!

Pero *el Viejo* ya no está en condiciones de levantarse. Está tumbado de espaldas y tiene en cada mano una granada del 105.

–No grites tanto, compañero, molestas a los pajaritos.

–¡Bien venido, jefe! – canturrea *Hermanito*. Y ofrece a su superior un combinado horrendo-. ¿Un sorbito?

–¡Malditos borrachos! – exclama el teniente rechazando la escudilla, cuyo contenido se vierte y salpica a ambos.

–Nunca serás jefe -observa *Hermanito*, con aire preocupado.

Se agarra al teniente para no caerse, y lo único que consigue es que ambos rueden por el suelo.

–¿No te habrás hecho daño en el culo, jefe? – pregunta con expresión apenada.

Löwe es el primero que se levanta y muele a patadas al gigante, que agarra una bota del teniente, de modo que ambos vuelven a caer con gran confusión de brazos y piernas.

–¡Los oficiales confraternizan con la tropa! – farfulla Heide-. Me gustaría saber lo que dirá el Consejo de Guerra.

–¡Lo sabréis muy pronto, hatajo de crápulas! – vocifera Löwe, sacando el revólver, que *Hermanito* le hace caer de las manos mientras lanza una gran risotada.

–¡Jefe, qué diablos! ¡No querrás matar a ese bueno de *Hermanito*! Si no sabes resistir el alcohol, no bebas.

Barricas de ron son agujereadas. Ni un mariscal podría impedirlo. La 3.^a Sección bombardea a la 4.^a con huevos. El teniente, desesperado, examina con miedo la carretera; de un momento a otro puede comparecer el comandante Hinka con el resto del regimiento. ¡Qué efecto! Un jefe de compañía prusiano y su compañía completamente ebria detrás de las líneas enemigas. ¡Un jefe de compañía incapaz de mantener a raya a sus hombres! Sumamente preocupado, Löwe no oye que se le acerca *Hermanito*, quien le palmetea un hombro.

–Estás aquí, jefe; te he buscado por todas partes. Te creía muerto.

El reglamento prohíbe terminantemente levantar la mano ante un superior. Fuera de sí, el teniente descarga un puñetazo en el rostro del gigante.

–¿Me atizas, jefe? Eso está mal. Si se lo digo a Hinka, te enviará a Torgao, lo que no es agradable. Yo estuve allí a ambos lados de la puerta.

El teniente lleva la mano al revólver, pero sabe que es impotente. Porta, encaramado en un *bulldozer*, lo pone en marcha, pierde el control de la dirección y sólo consigue detenerlo cuando ha destruido la mitad de los barracones.

–Esto nos costará la cabeza -gruñe el teniente, quien, en su desesperación, golpea un árbol con ambos puños.

–Nada de eso, nada de eso -balbucea Porta, arrojándole un huevo-. Ante todo, ya no estamos con los tuyos; hemos cambiado de proveedor. – Se retuerce de risa-. Harías bien en escabullirte, especie de prusiano, antes de que te cojamos prisionero. ¡Capitán! – grita a *Hermanito*-. ¡Hay *Krauts* en el almacén!

De pronto, de un barracón vecino surge un surtidor de llamas.

–¡Volamos! – grita una voz.

Desbandada general. La explosión debe de escucharse hasta en Berlín. Veinte minutos de estruendo; los árboles, desarraigados, se derrumban. Porta, cual un nuevo Diógenes, se ha metido en un tonel; sale sonriendo y dice al teniente:

–Eres el mejor *Oberleutnant* de toda la tierra de Adolf. ¡Te quiero! – Löwe le dirige una mirada homicida-. ¿Por qué estás tan enfadado, jefe? – prosigue Porta, palmeteándole amablemente un hombro-. Eres un héroe, has salvado la 5.^a compañía. De no haber llegado tú, todo el mundo se largaba.

Hay que creer que el teniente Löwe no envió su informe, porque, por fortuna, el asunto no tuvo consecuencias.

En el edificio de la Gestapo, situado en la Avenue Foch, el comisario Helmuth Bernhard, de la Sección IV/2 A, interrogaba al periodista Fierre Brossolette. Habían tenido lugar ya varios interrogatorios desde que se detuvo a Brossolette en una playa de Normandía, cuando trataba de llegar a Inglaterra para revelar el plan de insurrección de París.

La Gestapo lo sabía todo, pero se querían los nombres de los conjurados y se trataba de hacer hablar al periodista por cualquier medio.

El comisario Helmuth Bernhard no era partidario del método de los golpes: era un sistema reservado para los estúpidos. Él sabía otros muchos, muchísimo más refinados. Fierre Brossolette no podía ya andar; con las dos piernas rotas, se arrastraba, y su poder de resistencia disminuía. Sabía que, tarde o temprano, acabarían por hacerle hablar. En un momento de descuido de sus verdugos, se lanzó por la ventana, pero, dos pisos más abajo, una terraza lo detuvo. La gente de la Gestapo bajó apresuradamente por la escalera con el tiempo justo de ver al prisionero cuando trasponía la barandilla de la terraza. Todo había ocurrido en un segundo. Ahora, un cadáver yacía en el pavimento de la Avenue Foch. Brossolette no volvería a hablar nunca más.

Aquella noche, fueron fusilados ocho rehenes.

EL GENERAL VON CHOLTITZ VISITA A HIMMLER

El *Reichsführer* de las SS Heinrich Himmler había instalado su Cuartel General en un castillo no lejos de Salzburgo. Unos SS altos y delgados montaban una estrecha guardia alrededor de la mansión; eran soldados de la División especial SS de Himmler: la fanática 3.^a División Panzer de las SS Totenkopf, única División SS que no llevaba las runas en los escudos del cuello, sino una calavera bordada en seda.

Desde hacía diez años que existía esta División, cuatro comandantes habían desaparecido sin dejar huellas. Himmler no los quería. En cuanto a Hitler, odiaba la División, que solamente recibía órdenes del propio Himmler.

Tres grandes y lujosos vehículos con guiones de general esperaban ante la entrada principal del castillo, en tanto que un general de Infantería ascendía lentamente la escalinata. Un *Sturmbannführer* de las SS lo acogió y se apoderó de su cartera.

—Sírvase disculparme, mi general -dijo sonriendo el oficial SS-; son las nuevas instrucciones desde el 20 de julio. El propio mariscal del Reich se ciñe a ellas cuando nos visita.

—¿Quiere también mi revólver? — gruñó el recién llegado.

—¡No es necesario, mi general!

El visitante fue introducido en el espacioso despacho del *Reichsführer*, y los hombres se hicieron el saludo que desde el 20 de julio había sido convertido en reglamentario para todos los ejércitos.

-Reichsführer, el general de Infantería Dietrich von Choltitz se presenta en cumplimiento de las órdenes del comandante en jefe en el Oeste.

Himmler se levantó para estrechar la mano del general.

—Sea bien venido, mi querido Choltitz. ¿Puedo felicitarle por su nombramiento? ¡Una carrera magnífica! De teniente coronel a general de Infantería en tres años; ni siquiera nuestros oficiales SS van a ese ritmo. ¿Cómo están las cosas en París? ¿Consigue dominar a esos franceses?

—Lo consigo -respondió el general.

Con ademán familiar, Himmler lo cogió por un brazo.

—Lo sé. ¿Recuerdo de Rotterdam? — preguntó, señalando la cruz que adornaba el cuello de Von Choltitz.

—En efecto, *Reichsführer*.

—18 de mayo de 1940 -dijo Himmler, riendo.

Su sorprendente memoria era famosa. Señala su despacho, atestado de papeles.

—Desde que me ocupo del Interior, estoy abrumado de trabajo. Estamos rodeados de traidores. ¿Qué le parece esto? — dijo alargando un documento a Von Choltitz, quien lo leyó sin que se moviera un solo músculo de su rostro.

Policía secreta. Dirección de la Policía de Estado. Berlín.

Gestapo IV-2-a-37 44 G.

Al Reichsführer SS.

C. G. Ersatz Heer.

En nombre del pueblo alemán ha sido comprobado lo siguiente:

La señora Elfriede Scholtz, nacida Remarque, ha expresado durante meses opiniones derrotistas. Había que suprimir al Führer, nuestros soldados no eran más que carne de cañón, etcétera. En resumen, una propaganda fanática que la deshonor para siempre. Debe ser castigada con la muerte, la acusadora, propietaria del piso que ella ocupa, añade que la señora Elfriede Scholtz nunca ha creído en la victoria, y que así se lo ha manifestado en varias ocasiones. La señora Scholtz ha sido muy influida por la célebre novela de su hermano, Erich María Remarque, *Sin novedad en el frente*, pero eso no constituye ninguna excusa, y ella misma confiesa que no ha visto a su hermano desde hace trece años. Ha obrado como una traidora consumada, como un agente del derrotismo, y solicitamos para ella la pena de muerte. Además, será condenada al pago de las costas del proceso.

Firmado: *Doctor Freisler, Doctor Schulze-Weckert.*

—La horca es una muerte demasiado buena para esta clase de gente -declaró Himmler.

El general asintió con la cabeza en silencio mientras el *Reichsführer* guardaba cuidadosamente otro documento que se abstuvo de enseñar a su visitante: era la lista ultrasecreta de los relojes, relojes de pulsera, estilográficas y cronómetros recogidos en los campos de exterminio. Prosiguió inmediatamente:

—General, como ya le explicó el Führer en la Wolfsschance^[11], desea que París sea arrasada, Por lo tanto, le he hecho venir para que me diga por qué no ha empezado ya a cumplir esta orden. Mis agentes me dicen que la vida prosigue normalmente en París, aparte de algunos pequeños episodios debidos a la Resistencia.

-Reichsführer, carezco de hombres y de armas. Los morteros pesados no han llegado, nadie sabe dónde están, y como su campo de tiro es muy corto, tengo que instalarlos en el interior de la ciudad. Tampoco he recibido las unidades prometidas.

—Tendrá lo que le hace falta -afirmó Himmler-. Estoy reorganizando dos regimientos DO provistos de baterías de cohetes «Thor» y «Gamma»; están en camino; he dado orden a Model de que le envíe un regimiento de tanques ZBV. Son implacables, se lo aseguro; son capaces de hacer lo que sea. Cuento con usted en un ciento por ciento, Choltitz, y hay pocos oficiales superiores a quienes pueda decir esto. Espero verle muy pronto con uniforme SS de *Obergruppenführer*.

En la cena, Choltitz fue colocado a la derecha de Himmler. El viejo servicio de plata procedía directamente de la Corte de Rumania, pero la comida era espartana. Las patatas hervidas eran mondadas en la misma mesa, y los rostros de los oficiales mostraban a las claras que la comida sólo les complacía a medias. Himmler decidía

qué invitados podían repetir de los platos. Un obeso general de Caballería que sólo tenía derecho a una ración maldecía el día en que lo sacaron de las cazuelas danesas para concederle el honor de sentarlo a la mesa de Himmler. Un comandante sacó del bolsillo un cigarro que olfateó con placer, pero una mirada del amo se lo hizo guardar inmediatamente. A Himmler le horrorizaba el humo del tabaco. El café se tomaba en pie (un sucedáneo de café) en otra habitación; una taza por persona, y sólo los privilegiados tenían derecho a una copa de coñac. El *Reichsführer* llamó con un ademán a dos generales adscritos a la lucha contra los partisanos.

-*Oberführer* Strauch: me informan que ha indultado usted a un grupo de bandidos, y es la segunda vez que da muestras de debilidad desde que ha sido destinado a Yugoslavia.

-¡*Reichsführer*, se trataba de seis mujeres y de dos niños de doce años!

-Mi querido Strauch, no podemos permitirnos esas sensiblerías. Si sospecha que un lactante trabaja contra nosotros, retuérzale el pescuezo. ¿Cuántos prisioneros tiene en Belgrado?

El *Oberführer* SS palideció ante la aviesa sonrisa de su anfitrión.

-Dos mil novecientos ocho, *Reichsführer*.

Himmler movió la cabeza y palmoteó la pechera de su invitado.

-Está usted mal informado de lo que ocurre en su territorio: hay tres mil doscientos dieciocho. Sus tribunales especiales juzgan cincuenta casos por día, lo que es demasiado poco. Si carece de jueces, busque más. No es preciso que sean unos cretinos juristas. ¿No es cierto, Choltitz? Éste se limitó a hacer una breve inclinación.

- Si queremos ganar la guerra, la dureza es indispensable. Está en juego nuestra misma existencia. Los aliados no tendrán piedad, nunca lo han ocultado.

Una vez Himmler y Choltitz hubieron regresado a la gran sala de conferencias, un subalterno extendió en la mesa un plano de París.

-Según los expertos de Ingenieros, la ciudad puede ser totalmente paralizada si se vuelan los puentes -declaró Himmler-. Hemos encontrado un viejo informe en el que se habla de depósitos de explosivos olvidados desde hace mucho tiempo. Hemos encontrado algunos de ellos, lo que nos será muy útil, pero, primero, y ante todo, hay que aplastar la Resistencia. Después de los judíos, el pueblo francés es nuestro peor enemigo; hace siglos de eso. En París, conocemos dos organizaciones de la Resistencia: la una, comunista, está dirigida por un soñador que se adorna con galones falsos, y mis informadores se han encontrado con él muchas veces. Es la organización más peligrosa. La otra está bajo el patrocinio de un grupo de intelectuales que se proclaman partidarios de ese Charles de Gaulle condenado a muerte. Hay que conseguir que esos dos grupos luchen entre sí, lo que nuestros camaradas rojos -Himmler sonrió, sardónico- desean ardientemente. No pueden soportar a los intelectuales. Por lo tanto, utilizaremos a los comunistas durante algún

tiempo, y, después, los ahorcaremos.

–¿Qué unidades me dará usted? – preguntó Von Choltitz, interrumpiendo aquel torrente de palabras.

–La 19 Panzerdivisión SS «Letland», y la 20 Panzerdivisión SS «Estland», que por el momento están en Dinamarca. Además, dispondrá de dos regimientos de *Feldgendarmerie* de Polonia, y la 35 Polizei-Grenadier-Division SS. Mis expertos han calculado que necesitará doce días para minar la ciudad. Dispondrá para eso del 912 Batallón de zapadores y del 27 regimiento Panzer ZBV. ¿Le basta con esto, Choltitz?

–Sí, si las unidades prometidas llegan. De lo contrario, mi tarea será imposible.

–General, por dos veces en el curso de esta guerra ha conseguido usted acciones que parecían imposibles: Rotterdam y Sebastopol. El general en jefe holandés no era un novato, pero usted, Choltitz, entonces un teniente coronel desconocido, le venció. ¡Si no hubiese mantenido la carretera Monster-La Haya, Wotan sabe lo que hubiese, ocurrido!

Von Choltitz se volvió y, disimuladamente, ingirió un calmante. En mayo de 1940, Von Choltitz mandaba en las marismas de Holanda al 16 regimiento de Infantería, 3.^{er} batallón, con sus «Junker» 52, aviones de transporte. Tomó el mando de las diversas unidades de combate de la 2.^a Luftland-Division y empezó la lucha en la región de Woolhaven y de Rotterdam. Las carreteras y los puentes ferroviarios que conducían a Rotterdam fueron ocupados en un golpe de mano. Cada metro costó ríos de sangre: el 67 por ciento de los oficiales cayó. Cuando, tras cinco días terribles, el combate terminó, el 75 por ciento de la División había desaparecido, pero el general holandés Lehmann seguía sin querer oír hablar de rendición. Se le concedieron tres horas para que capitulara sin condiciones, mensaje al que el coronel Scharroo no contestó. No quería que su reina cayese en manos de los alemanes.

Fue entonces cuando se decidió el bombardeo de Rotterdam. Dos mil cuatrocientas bombas explosivas e incendiarias fueron arrojadas sobre la ciudad, lo que costó la vida a treinta mil paisanos. Eran exactamente las 15.05. Con la bayoneta calada, los soldados holandeses salieron de entre las llamas, resistencia inesperada y de un heroísmo inaudito. Un joven teniente de Infantería, gravemente herido, mató al último superviviente del grupo asaltante. Un recluta de dieciocho años se apoderó de un lanzallamas y liquidó a toda una Sección. Los tanques holandeses avanzaban por las calles oscurecidas por la humareda, y los paracaidistas enemigos caían los unos después de los otros. El pánico se apoderó de los alemanes. El ataque se debilitaba. Entonces, se vio al teniente coronel Von Choltitz, cuyos oficiales habían muerto todos, lanzarse a la batalla y obligar a un soldado a instalar una ametralladora. Metro por metro, arrastró a su grupo de combate; en cuanto a él, con un puñado de granadas en la mano, liquidó en un sótano un nido de ametralladoras. Exactamente dos horas

después del bombardeo, el general Lehmann capitulaba «para evitar mayor derramamiento de sangre». A las 17 horas, por radio, el Ejército recibió la orden de cesar el fuego, y exactamente a la misma hora el coronel Scharroo se rendía en la Willemsbrucke al teniente coronel Von Choltitz. Éste se mostró glacial. Después de unos momentos de conversación, el holandés alargó al vencedor una mano que no fue aceptada: un oficial que capitula deja de ser un oficial.

A la cabeza de su grupo de combate, Von Choltitz entró en Rotterdam y recibió la rendición incondicional de la urbe. Fue el primer gobernador alemán de Rotterdam, un gobernador duro y frío. El 18 de mayo de 1940, recibió de manos del propio Hitler la Cruz de Hierro de Caballero.

Otras misiones urgentes esperaban al oficial que acababa de destacar tan brillantemente. En primera línea de la 2.^a División de Infantería, su viejo regimiento de Oldenburg, se lanzó al asalto de Crimea y sólo fue detenido por los formidables cañones de Sebastopol, pero el amo del Gran Reich conocía al hombre que había colocado al frente de sus tropas de asalto. Dio al vencedor de Rotterdam los medios más poderosos del mundo: el mortero de sesenta centímetros «Thor», que pesaba más de ciento veinte toneladas, y el «Gamma», de ciento cuarenta toneladas y cuarenta y tres cañones «Dora», de cincuenta y cinco toneladas y ochenta centímetros.

Incluso antes que el combate hubiese empezado, Hitler, en el gigantesco mapa que decoraba su despacho, desplazó la bandera roja para señalar que Sebastopol, la fortaleza más poderosa del mundo, había sido ya conquistada. Von Choltitz capturó la fortaleza y la ciudad de Sebastopol después de un bombardeo sin paralelo en la historia. El general SS Zepp Dietrich solicitó el honor de la captura de la fortaleza y ordenó el asalto al arma blanca. Su división, la 1.^a Panzerdivisión SS «Lah», le siguió ciegamente y en la empresa murió el 95 por ciento de los hombres. Sebastopol era ya sólo un montón de ruinas humeantes; la fortaleza albergaba gran cantidad de cadáveres, los de los artilleros de la Marina rusa. En dos días, ochocientos mil granadas gigantes habían caído sobre la ciudad.

Von Choltitz recibió el agradecimiento personal del Führer. La radio alemana lanzaba su nombre a los cuatro vientos. Himmler le ofreció un elevado puesto en las SS, pero Von Choltitz era prusiano y prefería el Ejército. Himmler disimuló su rencor. La carrera de Choltitz recordaba el curso de un cometa, e incluso rebasaba la de Rommel.

Himmler seguía olisqueando su coñac. A diferencia de su visitante, no llevaba ningún arma; no había que temer ningún atentado. En una carpeta se mostraba ya el nombramiento del general como *Obergruppenführer* general de las Waffen SS, recompensa que debía seguir a la destrucción de París.

—Choltitz, ¿acaso abriga alguna duda sobre la victoria final? No tema; sólo nos ha retrasado el sabotaje de Noruega. Se trata de resistir otros dos años, y podemos

hacerlo. Entonces, expulsaremos a esos angloamericanos hasta el mar. La invasión de Normandía es su última tentativa, y para realizarla han apurado hasta las últimas reservas. Pero, entretanto, hay que mostrarse duros, Choltitz, no podemos permitirnos ser humanitarios. La destrucción de París será la manifestación de nuestro poderío.

El general Von Choltitz inspiró profundamente.

–Reichsführer, París no es ni Rotterdam ni Sebastopol. Se levantará un clamor de indignación en todo el mundo, y ¡ay de nosotros si perdemos la guerra!

Himmler sonrió diabólicamente.

–Nerón tocaba el arpa mientras Roma ardía. Se sigue hablando de Nerón. Dentro de mil años continuarán hablando de usted y de mí. ¡Sobrepasaremos a Atila y a César! Y si, contra toda lógica, fuésemos vencidos, entonces sería un hermoso final. El mundo se estremecería con sólo pronunciar nuestros nombres.

Von Choltitz se llevó una mano a su alto cuello prusiano e ingirió otro comprimido calmante.

–¿Y si los blindados de Patton llegan a París antes de que haya podido ejecutar estas órdenes?

–Si piensa usted en su familia, general, le garantizo su seguridad. Permanezca en contacto con Model y Hauser. Von Rundstedt está hecho un viejo pencho. En cuanto a Speidel, tiene ya un pie en Gemersheim [\[12\]](#).

–¡Cómo! ¿El general Speidel? – exclamó Von Choltitz con estupefacción.

Himmler rió en voz baja y se restregó las cuidadas manos.

–Mis agentes lo saben todo, pero golpearemos cuando llegue la hora. Conocemos a los traidores, y le juro que serán ahorcados en los ganchos de la carnicería de Plotzensee.

Von Choltitz, con aire pensativo, encendió un nuevo cigarrillo. Fumaba incesantemente, lo que ponía enfermo a su anfitrión, cuya aversión por el tabaco era patológica.

–Puede contar conmigo. La orden será ejecutada en cuanto disponga de las tropas y las armas prometidas, pero en la actualidad no tengo ni con qué defender el «Hotel Meurice» [\[13\]](#). Me anuncia, en efecto, un regimiento de tanques pesados, el 27 ZBV, pero resulta que ni siquiera tiene un tanque por compañía; además, le falta la mitad de sus efectivos. En todo y por todo, dispone de siete tanques «Panther» de los que es mejor no hablar en vista del estado en que se encuentran, y de dos «Tigre» más una reserva de municiones para veinte minutos de combate. Los tripulantes se pasean por el campo y son unos sencillos combatientes. No tengo ningún deseo de ser ahorcado como criminal en Plotzensee, pero sólo garantizo la ejecución de las órdenes si recibo el armamento prometido.

Himmler asintió con la cabeza:

–Tendrá lo que necesita.

Después, los dos hombres se inclinaron sobre el mapa de Estado Mayor y proyectaron la destrucción de la inmensa ciudad.

En todo el Gran Reich repiquetearon los teléfonos. En Jutlandia, donde estaba acantonada la 9.^a Panzer-Grenadier-Division SS «Letland», se dio la orden de reagrupamiento. Centenares de vehículos pesados salieron del campamento militar Boris. En Flensburg y en Neumunster se reúnen seiscientos blindados de todas clases. En una noche, los zapadores construyen las pistas. Los jefes acucian a sus hombres. No hay nada previsto para la marcha de las Divisiones blindadas. Atasco monumental... Jutlandia se convierte en un enorme campamento militar.

En el mismo momento, la 20 Panzer-Grenadier-Division SS «Estland», que precisamente se dirigía a Jutlandia, recibe la orden de dar media vuelta. El comandante, *Obergruppenführer* Wengler, sufre un ataque.

—¿Quién es el cretino que ha dado esta orden? — vocifera en la noche lluviosa. ¿Es que puedo hacer dar media vuelta a una División en unos caminos como éstos?

—Ha sido el *Reichsführer* de las SS —contesta, riendo, el oficial de enlace, cuyo capote de cuero negro y potente motocicleta brillan por la lluvia.

El comandante Wengler escupe asqueado.

—Orden a los comandantes de los regimientos; todo el mundo vuelve en dirección Neumunster. Destino desconocido. Aprisa, caballeros.

Los oficiales salen corriendo en todas direcciones. Wengler vuelve a escupir. Es uno de los comandantes de blindados más duros de Alemania; sólo le gusta el frente y detesta las guarniciones.

Conclusión demencial. Los camiones vuelcan. Los tanques se atascan atravesados en los caminos. «Sabotaje», se proclama a los cuatro vientos. Lentamente, la enorme columna se pone en movimiento hacia el Sur, pero en el cruce Haderslev-Tönder la cosa empieza a ponerse verdaderamente mal. Un *Oberstabszahlmeister*, ajeno a todo aquello, llega precisamente con su columna de municiones destinadas a las pesadas baterías costeras de Jutlandia. De pronto, su camión se ve atrapado entre dos tanques que chirrían y chocan entre sí.

«¡Sabotaje!»

Sin ningún proceso, se sujeta al desdichado *Oberstabszahlmeister* a un árbol, y se le fusila. Seguramente se ha equivocado de dirección. Como consecuencia, la columna de municiones destinadas a las baterías pesadas de la costa es enviada a una División de Infantería de reserva en Fionia. Pero tres semanas más tarde se tiene la sorpresa de no poder introducir las granadas de 21 cm. en los cañones de campaña de 105, en tanto que la artillería de Marina emplazada en los acantilados se divierte de lo lindo cuando palpa granadas del 105 en lugar de las de 21 cm. reclamadas.

—¡Sabotaje! — se grita en todos los Estados Mayores.

—¡Otra vez la Resistencia! — vocifera un coronel apoplético.

Varios infelices rehenes son fusilados. Alguien tiene que pagar. Al amanecer, la cabeza de la 20 División blindada entraba en Neumunster. Aquí, la sorpresa alcanzó el colmo: en las vías de carga sólo había doce viejos vagones de mercancía franceses. En el mismo instante, todos los caminos estaban bloqueados por la 19 División de tanques, y alguien había enviado también desde Jutlandia Oriental la 233 Panzerdivision de reserva. Se había vaciado hasta el campo de prisioneros Snder Omme.

En kilómetros enteros de carretera, todo chirriaba, todo traqueteaba.

«¡Sabotaje!», anunciaban los partes al *Reichsführer* de las SS.

Órdenes escuetas llegaron al *Brigadenführer* Bovensippen, en Copenhague. Se cargaron de rehenes unos camiones. El pequeño *Brigadenführer* sabía con exactitud lo que había que hacer para apaciguar a Berlín. A los Estados Mayores de Jutlandia y de Fionia la camisa no les llegaba al cuerpo; en cuanto a los oficiales responsables de la estación de Neumunster, fueron ejecutados sin demora. En más de la mitad de Europa se buscaban vagones para transportar dos Divisiones blindadas: 14.000 vehículos esperaban, listos para el combate.

9

Desde hacia tres semanas, un chiquillo de doce años condenado a muerte esperaba en la prisión de Fresnes. Había robado el revólver de un soldado alemán en la esquina del bulevar St. Michel y la plaza de la Sorbona.

La madre del niño, desesperada, habla removido tierra y cielo para conseguir que lo indultaran; pudo llegar hasta el oficial de enlace del comandante del Gran París, y el doctor Schwanz presentó personalmente el caso al general Von Choltitz.

-¡Que no me molesten con estas fruslerías! – gritó el general, rechazando el expediente-. Tengo entre manos cosas más importantes. Devuelvan esto al Consejo de Guerra, que se ocupe del asunto.

Al día siguiente, un niño de doce años caía bajo las balas en Vincennes. Ningún general adquiere celebridad por haber salvado de una ejecución a un chiquillo de doce años. Por el contrario, consigue la celebridad si se convence a la posteridad de que se ha salvado de la destrucción a una ciudad.

¿PUEDE SALVARSE PARÍS?

Bien aleccionado, el general Von Choltitz regresó a París. La atmósfera se volvía cada vez más sombría. El número de desertiones aumentaba de manera catastrófica. En una sola tarde se firmaron cuarenta y una condenas a muerte de resistentes; las salvas restallaron en los patios de las cárceles, empezando por los comunistas.

Un amanecer, dos oficiales del frente se presentaron en el Cuartel General del comandante del Gran París: uno de ellos era un Mayor General tuerto con el uniforme negro de los blindados; el otro, un joven capitán de zapadores, experto en la colocación de minas. Ambos son especialistas en la destrucción de ciudades y en los combates callejeros. En la puerta del despacho, un gran letrero: «Entrada rigurosamente prohibida.» Lo que aquí se prepara es la liquidación de París.

En el mismo momento, una conferencia no menos secreta tenía lugar en un apartamento de la Avenue Victor Hugo. El *Hauptmann* Bauer, uno de los oficiales del almirante Canaris, informaba de lo que se estaba tramando a un diplomático apodado *Farin*.

–Señor *Farin* -declaró el oficial con voz opaca-, la ciudad volará por los aires a menos que ocurra algo imprevisto. Es imprescindible que trate de ver al general Von Choltitz.

El diplomático se limpió el sudor que le bañaba la frente y vació uno tras otro dos vasos de coñac.

–¿Quién es ese general de Infantería? Nunca he oído hablar de él.

–¿Cómo? ¿Ha oído hablar de Rotterdam y de Sebastopol? Fue obra de Von Choltitz. Es un especialista en la destrucción de ciudades; pertenece a la misma escuela que el general *Feldmarschall* Model: obediencia ciega. Dele un hacha y pídale que se corte la mano derecha y lo hará.

–Y ¿qué se dice en la Bendlerstrasse? – preguntó con angustia el diplomático.

Los ojos del oficial de la Abwehr brillaron tras sus gafas oscuras.

–Ya no se dice gran cosa, porque la mayoría cuelga de los ganchos de la carnicería de Plotzensee, y si nosotros no somos extremadamente prudentes no tardaremos en estar también allí. Acaba de llegar un regimiento de tanques ZBV, que está acantonado en el cuartel del Príncipe Eugenio y en Versalles. Lo manda un mayor general degradado dos veces, cuya mujer está como rehén en la cárcel de Moabitt. El general tiene derecho a visitarla cada tres meses, y haría papilla a cualquiera a causa de esa pobre infeliz ocupante del calabozo 412.

–¿Serviría de algo ir a verle?

–Sí, si desea ser fusilado en el acto. El general Mercedes le tomará inmediatamente por un provocador de la Gestapo. ¡Hace unos meses estaba dispuesto a detener al Papa! Es la División de tanques más dura del mundo: el 27 Regimiento

Panzer. Observe que tenemos dos regimientos de tanques con el mismo número; el regular es un regimiento gemelo del 2.º Panzer de Paderborn, pero ambos proceden de Sennelager. Si el 27 ZBV llega a Berlín, el almirante Canaris saldrá disparado sin ni siquiera avisar a sus parientes. Nuestros regimientos de tanques están ahora divididos por la mitad, de modo que parecen haberse doblado. ¡Al Führer le gustan los grandes números! El 27 ZBV está compuesto de seis batallones bajo el mando de un mayor general. Cada uno de los hombres que lo componen ha sido indultado de varios años de presidio, y ya puede figurarse de lo que serán capaces si se les deja sueltos por las calles de París.

El diplomático se sirvió otro vaso de coñac.

–Sí, un baño de sangre. ¿No podríamos hacer levantar barricadas por la Policía, junto con la gente de la Resistencia? – Señaló el guardia que paseaba por la acera-. Esos tipos constituyen el núcleo del Cuerpo de suboficiales franceses; serían una buena defensa para la ciudad.

–Me temo que esto sea precisamente lo que anda buscando Hitler -objetó Bauer, pensativo-. Un batallón de la brigada Dirlewanger está en camino hacia París, y creo saber que va a ser utilizado como provocador. Está compuesto exclusivamente por peligrosos presidiarios. En mi opinión, la capital sólo puede ser salvada de dos maneras: una, esperar que Von Choltitz no reciba el armamento que reclama; otra, acelerar al máximo la entrada de los tanques americanos en la ciudad.

–En este momento, preferiría estar en Londres que aquí -dijo *Farin*.

El oficial lanzó una risita seca.

–Lo creo. También en Alemania ocurren cosas horribles. Mi jefe, el almirante Canaris, ha quemado todos sus papeles. ¿Sabe quién ha sido nombrado *Oberhefeshaber* del Oeste? El *generalfeldmarschall* Walter Model, que olfatea la traición a cien kilómetros. Creo que el propio Hitler le tiene miedo. Un día se enteró de que la bodega de Rundstedt contenía sesenta cajas de champaña: cinco minutos después, todas las botellas estaban hechas añicos. Usa el *Mein Kampf* como almohada. Choltitz y él ya no son hombres, sino auténticos autómatas militares.

El diplomático se levantó y cogió su cartera y su sombrero.

–Iré a presentar mis respetos al comandante del Gran París. En todo caso quizá podamos atemorizarle. De un modo u otro, nos convendría obtener algo que resultara peligroso para él si caía en manos de Model.

–¡Buena suerte! Permaneceré en contacto con usted del modo acostumbrado, a menos que me detengan a mí también. Discúlpeme si no salgo al mismo tiempo que usted, pero en estos momentos hasta los faroles tienen ojos.

En el Stalingrado en que se ha convertido Normandía, cincuenta mil hombres han caído prisioneros y cuarenta mil han muerto. Del 27 Regimiento Panzer, el 80 por ciento de los efectivos ha desaparecido; lo que queda es enviado a París por motivo desconocido.

Con un placer apenas disimulado, el Generalfeldmarschall Herr von Rundstedt informa al Gran Cuartel General que han desembarcado ya un millón ochocientos mil anglosajones, que luchan contra doscientos mil alemanes. Cada División blindada ya sólo posee entre cinco y diez tanques; los regimientos se han derretido hasta convertirse en compañías. La situación es desesperada. El viejo Rundstedt, que nunca pierde la calma, enloquece y aprieta el receptor del teléfono hasta destruirlo.

-¡Hay que terminar, y en seguida, malditos cretinos! ¡Es lo único sensato que se puede hacer! ¡Tendríais que estar todos en un manicomio!

Tira el teléfono al suelo, que se hace añicos, y se abrocha con rabia su capote de infantería, virgen de toda condecoración, pese a que es el hombre más condecorado de Alemania, El Generalfeldmarschall Von Rundstedt sólo se ponía sus medallas obedeciendo órdenes. Se encasqueta su alta gorra militar y saluda a sus oficiales.

-Hasta la vista, caballeros. Mañana tendrán ustedes sin duda un nuevo jefe, o no conozco a ese «cabo de Bohemia».

LA SALA DE GUARDIA DEL «HOTEL MEURICE»

Dos paisanos con abrigo de cuero y el sombrero de fieltro echado sobre los ojos hacían compañía al jefe de la guardia en el «Hotel Meurice». Dos hombres insolentes que habían apoyado los pies en la mesa y fotografiaban con su mirada penetrante a todos los que pasaban.

—¡Oye, Heinrich, qué aburrido es esto! — declaró uno de ellos—. Estábamos mejor en Lemberg. En Polonia, las cosas salían más redondas. ¿Te acuerdas cuando detuvimos a Támara en Brest-Litovsk? ¡Vaya mujer! Me dio un no sé qué liquidarla. Una sencilla camarera que mandaba a un batallón de partisanos. ¡Había matado con su propia mano a dos de nuestros generales! Aquello era una mujer y, en mi opinión, fue una estupidez eliminarla. En Moscú son más listos. Esas gentes son enviadas al lavado de cerebro y se las recupera. Si perdemos esta condenada guerra, cambio de cliente; la estrella roja me sentaría bien y, en el fondo, el programa de ellos es idéntico al nuestro. A mí, el instinto nunca me engaña; por eso conservo todavía el pellejo. Estuve con Dirlewanger, ¿sabes?, y también en Katyn.

—A ver si te callas —contestó su colega—. Lo de Katyn lo hicieron los rusos, no nosotros. Ahora, el trabajo está en París. — Se volvió hacia el jefe de la guardia, un *Oberfeldwebel* de Artillería—. Te recuerdo, hermano, que aquí todas las conversaciones son ultrasecretas.

El hombre se encogió de hombros. Hacía mucho tiempo que conocía el proverbio chino: «No ver nada, no oír nada, no decir nada», a lo que él añadía por su cuenta: «no pensar nada». Era la primera condición para sobrevivir en una época como aquella. Un fuego de barrera en terreno llano era mucho menos peligroso que la compañía de dos individuos de la Gestapo, por lo que el *Oberfeldwebel* consultó el reloj de pared. A Dios gracias, el relevo no iba a tardar. ¡Y seguro que dicho relevo no dejaría de sorprender a aquellos dos bandidos!

El *Oberfeldwebel* preparó su informe. ¡Era una lata haber nacido en Alemania a tiempo para la guerra! Dortmund y sus alrededores le sobraban como espacio vital. ¿Cuándo podría regresar a Dortmund? La puerta se abre bruscamente. ¡Ah! Ahí está el relevo. Doce soldados de tanques invaden la sala como una tromba.

—¡Salud a la clientela! — gritó el primero—. *Obergefreiter* Porta.

Pisándole los talones llegó *Hermanito*, quien se sentó en el escritorio sin preocuparse en absoluto de la disciplina.

—Bueno, rey de los emboscados —dijo, riendo—, puedes llamar a tu jefazo y decirle que estamos aquí.

—¡Qué diablo! — gruñó el *Oberfeldwebel*, en posición de firme—. ¡Sois una partida de memos! ¿No veis que estáis en una sala de guardia prusiana?

—Vete a mear en la luna —repuso Porta con despreocupación.

–¡A callar todo el mundo! – gritó una voz imperiosa.

Los recién llegados, sorprendidos por un momento, miraron a los hombres de la Gestapo, pero Porta no tardó en reaccionar.

–¿Quiénes son esos dos? – preguntó al jefe de la sala de guardia.

–No lo sé.

–Entonces, largaos, corderitos. Nada de paisanos en un local militar, a menos que sean como detenidos. ¿O es eso lo que sois?

–¡Obergefreiter, soy *Untersturmführer*! -ladró el llamado Peter.

–¿Y a mí qué me importa eso? Yo soy *Obergefreiter*, y durante veinticuatro horas protejo aquí al jefazo del Gran París. Conque largaos, hermanos.

–Policía secreta – anunció Heinrich, señalando su placa.

–Está bien, está bien -dijo Porta, riendo, sin dignarse lanzar ni una mirada a la aterradora insignia-, pero, por lo que yo sé, el reglamento no ha cambiado. Así, pues, basta de jaleos. La sala de guardia es para la guardia. Y vosotros no sois de los nuestros.

–Es posible que estemos aquí precisamente para meterte en la cárcel -gruñó Heinrich.

–También es posible, pero me sorprendería. – Porta sacó de un bolsillo un brazal blanco señalado con las letras ZBV-. ¿No has oído hablar de nosotros, por casualidad?

Los dos policías se miraron.

–¡Ah! – murmuró Peter-. Esto lo cambia todo. ¿Qué diantre hacéis aquí?

–Si te pica la curiosidad, pregúntaselo a tu jefe.

La puerta volvió a abrirse, dando paso a *Barcelona* Blom, que para la ocasión exhibía su galón plateado de tirador de primera. Se cuadró ante *Oberfeldwebel*.

-Feldwebel Blom, 27 Panzer, 5.^a Compañía. Se presenta para el relevo como jefe de la guardia, con doce hombres, tres suboficiales, dos ametralladoras ligeras, diez pistolas ametralladoras y cien granadas de mano.

El *Oberfeldwebel* correspondió al saludo.

-Oberfeldwebel Steinmacher, 109 Regimiento de Artillería, 2.^a batería, cede la guardia del Cuartel General del Gran París. Municiones guardadas bajo sello: diez mil cartuchos de infantería. Una ametralladora. Sin novedad.

Barcelona se relajó y sonrió torvamente.

–¿Sin novedad? – preguntó con acritud-, ¿Y con qué derecho están aquí esos dos paisanos? ¿Qué es esto? ¿Un urinario público o una sala de guardia prusiana?

Esta vez el *Oberfeldwebel* perdió el aplomo.

–Eres muy libre de pegarles una patada en el culo, camarada, porque yo me largo con mis nueve compañeros. ¡Estoy más que harto de esta barraca!

Se encasquetó el casco y salió con aire exasperado, en tanto que *Barcelona*

limpiaba cuidadosamente el polvo de la silla antes de sentarse en su sitio. De pronto, observamos la mirada inquisitiva que fijaba en el llamado Peter, que, desde hacía unos minutos, parecía cada vez más inquieto.

–Ven, Heinrich, vamos –murmuró Peter, encasquetándose hasta las orejas el sombrero gris y, pese al calor, abrochándose hasta el cuello su abrigo de cuero.

Con el instinto que les caracterizaba, Porta y *Hermanito* se acercaron lentamente a la puerta. *Barcelona* lanzó un silbido entre dientes y exhibió una amplia sonrisa.

–¡No es posible! ¡Pero si es el bueno del señor Gómez! ¡Hacía un siglo que no nos veíamos! Hay que reconocer que tu nueva piel te sienta bien de verdad, camarada.

Cada vez más incómodos, los dos individuos de la Gestapo se dirigieron hacia la puerta, donde les cerraban el paso dos pies gigantescos. Porta echó hacia atrás su casco, se rascó la rojiza pelambrera y señaló a *Barcelona* con el pulgar.

–¿No ves que has vuelto a encontrar a un amigo? Espera un poco, hermano.

–¡Exijo paso libre! – gritó Peter, quien sabía que los berridos eran el arma mejor de todo suboficial.

–No uses este tono con nosotros –dijo Porta, sonriendo-. ¿No estás bien aquí?

–¿Quieres que...? – preguntaba ya *Hermanito*, manoseando su enorme cuchillo.

–El 22 de junio de 1938, en la Rambla de las Flores de Barcelona... –prosiguió *Barcelona*-. Después nos ofreciste una copa en tu hermoso apartamento del «Ritz». Ésas son cosas que no se olvidan, pero en aquel momento se paseaba con chaqueta de tela. ¿Adonde han ido a parar tus estrellas rojas?

–¡Tú estás loco, *Feldwebell*. Soy *Untersturmführer* en la Policía secreta de Estado.

–Seguro, seguro, camarada Gómez, pero no lo eras cuando nos encontramos en las Ramblas de Barcelona. Eras capitán, o comisario. ¡Hombre! Bonito discurso pronunciaste.

Barcelona Blom contempló el techo con expresión soñadora.

–«Camaradas, se trata de resistir, estoy aquí para traeros ayuda. Nunca os abandonaremos. ¡A las barricadas!» Desdichadamente, aquella misma noche te largabas con tus compañeros y tus estrellas rojas, y en el barco cenabas con aquel general ruso que tenía toda una retahíla de nombres... Ya sabes a quién me refiero... Malinovski, o Manolito, si lo prefieres. ¡Vamos, haz un poco de memoria!

–La tuya sí que es terrible –dijo Peter, quitándose el sombrero y dejándose caer en una silla-. Sí, lo recuerdo, y, sobre todo, lo buen tirador que eras. ¿Sigues disparando igual de bien con el revólver?

Hermanito, como una muralla de granito, seguía custodiando la puerta, y nosotros escuchábamos con toda atención. ¿Un individuo de la Gestapo que había sido comisario con los rojos españoles? Muy interesante.

–Válgame Dios, sí, e incluso he progresado. Si arriba no hubiese unos generales con tantos remilgos, te haría una demostración. Puedo afeitarte con una bala.

–Bravo, pero ahora esos españoles no nos importan en absoluto, ¿verdad? Mientras las cosas fueron bien, los dos luchamos esforzadamente, pero, ¿por qué había de arriesgar el pellejo por ellos? ¿Sabes lo que arriesgaba si nos echaban la mano encima?

–Sólo doce balazos, y creo que hay algunos que todavía querrían decirte unas palabras. Pero cuéntame, hay algo que me gustaría saber. ¿Fuiste tú quien le cortó el cuello a Conchita? Paco enloqueció cuando la encontramos en la callejuela detrás de la Ronda de San Pedro.

–Era una ramera -gruñó Peter-, y, además, una espía.

–Entonces, ¿por qué no la llevaste al tribunal de la Vía Layetana? – gritó *Barcelona*, cogiendo al hombre por el cuello. Nunca habíamos visto tan excitado a aquel *Feldwebel*, que se paseaba con una naranja en el bolsillo-. ¡Tú la asesinaste, sí, y Paco me hizo jurar que te mataría si alguna vez volvía a verte! ¿Sabes que lo que hiciste en la Vía Layetana llena hoy tres gruesos legajos? Ve a verlo, si no me crees.

–No hice más que obedecer órdenes.

–Ya sabemos eso. Pero si mataste a Conchita fue porque se negaba a acostarse contigo.

–Basta, Blom. Una memoria demasiado buena puede ser también peligrosa. Soy amigo del *Obergruppenführer* Bergers y he hecho grandes cosas en Polonia y en Ucrania, pero es ultrasecreto, amigo mío. Quizás haya fruslerías que conviene olvidar, pero esto también te habrá ocurrido a ti, camarada. ¡Acuérdate del asunto de Sitges! Estabas en la montaña, detrás de la fábrica de cemento, y se decía que podía oírse gritar a los curas hasta en Castelldefels. Tampoco tú podías terminar tu vida en España. Mira, cambia de cliente y únete a nosotros. El abrigo de cuero y el sombrero de fieltro tampoco te sentarían mal.

Barcelona se echó a reír y se tocó el cinturón.

–Gracias. Por el momento, prefiero la insignia del Ejército a la de la Gestapo.

–¡Firmes! – gritó de repente *Hermanito*, irguiéndose, rígido como un poste.

Compareció un pequeño capitán de zapadores, muy elegante. Los alamares negros de ingeniero hacían resaltar los galones de plata. Todos los tacones se entrechocaron. Del pequeño zapador emanaba más autoridad que de diez generales; el estuche amarillo claro de su revólver estaba abierto, y de su pecho colgaba una cruz de oro. Un rostro anguloso y duro. Con una mano enguantada abrochó los dos botones superiores de la guerrera de *Barcelona*.

–Extraña indumentaria, *Feldwebel*.

La insignia de los lanzallamas aparecía en la manga izquierda; en la guerrera, la gran medalla de los zapadores con dos granadas cruzadas. Un aventurero que se había

desposado con la guerra.

–¡Mi capitán! – gritó Barcelona-, el comandante de guardia *Feldwebel* Blom, del 27 Regimiento de tanques, 5.^a Compañía, ha recibido la orden de cuidar de la seguridad del comandante del Gran París. Un *Feldwebel*, tres suboficiales y doce hombres. Dos paisanos que hay que interrogar están en la sala de guardia.

Los dos de la Gestapo tragaron saliva, pero guardaron silencio. El oficial les impresionaba tanto como a nosotros.

–Sin novedad -prosiguió Barcelona-. Todo está en regla.

El pequeño capitán fotografió la escena con la mirada; esperábamos la orden «¡Descansen!» pero ésta no llegó.

–¿Ha terminado el interrogatorio de los dos paisanos?

–Sí, mi capitán.

–¿Hay que retenerlos?

–No, mi capitán.

–Entonces, ¿qué hacen aquí? ¡Lárguense! – gruñó, volviéndose hacia los dos granujas, que desaparecieron en un santiamén-. *Feldwebel* -añadió el menudo oficial-, que no vuelva a verle nunca más en uniforme no reglamentario. Anúnciame al oficial de órdenes: capitán de zapadores Ebersbach, 914 compañía de minadores.

Unos segundos después, un teniente llegaba a la carrera.

–Mi capitán, el general le espera.

Ambos desaparecieron, con gran alivio por nuestra parte; pero en el mismo momento asomó con precaución una cabeza. Era Peter, seguido de Heinrich.

–¿Se ha largado ese trasto de ingeniero? Heinrich os trae una botella de coñac, regalo de la cocina.

–¿Regalo? ¡Ésta sí que es buena! – dijo Barcelona riendo.

La botella pasó de mano en mano, pero uno de nosotros permanecía de centinela junto a la puerta: nos esperaban cinco años en Torgau si se nos sorprendía en una sala de guardia con una botella de alcohol.

Heinrich se recostó en la silla y colocó los pies sobre el escritorio, como en las películas de gangsters que privaban en América. Los americanos le deslumbraban, y pese a que detestaba el chicle, se pasaba la vida masticándolo, lo que exasperaba grado sumo a su superior de la Gestapo.

–Ese capitán debe de ser un pez gordo -opinó Barcelona.

–¡Sabe Dios para qué nos han metido aquí! – gruñó Porta-. En esta barraca sólo se habla de explosivos.

–Desde luego, es extraño -asintió Peter-. Cuando estuve en Katyn...

–¡Oh, cállate! – gritó Heinrich -. Esto es peor que un dolor de muelas.

–¡Caramba! – exclamó Barcelona, con expresión inocente en su rostro-. ¿Estuviste en Katyn, señor Kahn?

Peter unió las manos bajo el abrigo de cuero, además que puso de manifiesto los revólveres que llevaba bajo el sobaco. Porta se apresuró a apoderarse de uno.

—¿Hacemos un cambio, hermano? Tengo un «Glicenti».

—Tráelo.

La operación era correcta, con la única salvedad de que Peter ignoraba lo difícil que era conseguir balas destinadas a uno de los mejores revólveres del mundo.

—Bueno, ¿qué hay de Katyn? — insistió *Barcelona*.

—Ya está bien -intervino Heinrich-. Ahora, nos largamos.

La puerta volvió a abrirse, y Julius Heide, de veintiún alfileres, hizo una entrada espectacular.

—¿Quién es este fantasma? — preguntó Peter con altivez.

—El reglamento ambulante. Cada mañana hace formar hasta a los pelos de su trasero.

Heide observó los dos abrigos de cuero y no tuvo ninguna duda sobre la identidad de sus propietarios, pero también descubrió la botella de coñac.

-*Barcelona*, creo que esto cuesta un billete de ida a Torgau. El nuevo comandante es amigo mío, estuvimos juntos en Rotterdam, porque todos ignoráis, hatajo de estúpidos, que empecé como cabo paracaidista.

—Lo que tú eres es un latoso y nada más -declaró Porta.

El suboficial Julius Heide miró fijamente a Porta, y en aquel momento ninguno de nosotros dudaba de que llegaría a teniente coronel del Ejército alemán. Aquel Julius sólo había conocido los golpes y la guerra.

-*Obergefreiter* Porta, desde luego somos camaradas, pero esto no significa que algún día no pueda considerar que tengo el deber de enviarte ante un Consejo de Guerra -Se volvió como si sintiera una amenaza a su espalda, y, efectivamente, vio el rostro risueño de *Hermanito* y sus brazos de gorila listos para el combate-. ¿Qué te pasa a ti? ¿Estás cansado de la vida, *Hermanito*? Entonces, levanta la mano sobre un suboficial del Ejército prusiano, piojoso *Obergefreiter*. No olvides lo que eres: ¡porquería! Nosotros sobreviviremos a esta guerra, pero tú seguro que no. El día en que te vea balancearte en el extremo de una buena soga de cáñamo, beberé hasta emborracharme.

La sonrisa de *Hermanito* se ensanchó todavía más. Más rápido que un rayo, el enorme pie del gigante envió por los aires el revólver de Heide, y sus puños de cargador se cerraron sobre el cuello del otro.

—¡Vaya par de amigos! — dijo, riendo. Heinrich.

—¿Qué tienes que decir ahora, alfeñique?

—¡Suéltame! — tartamudeaba Heide-. ¡Me ahogas!

—Deja a esta basura -ordenó Porta-. El día que nos lo carguemos, habrá que hacerlo correctamente.

–¡Vaya par de amigos! – repitió Heinrich.

Protestas ruidosas acogieron el relevo. El pequeño legionario observó, con sequedad, que llegaba con un retraso de quince minutos.

Ensangrentado y sin fuerzas, el paracaidista Robert Piper fue llevado a la feldgendarmerie de la rué Sainí-Amand.

-¡Dispone de doce horas para hablar! – gritó el Oberleutnant Brühner.

¡Doce horas! El Untersturmführer SS Steinbauer, agente de la Gestapo, se echó a reír. En doce horas se podía conseguir que hablara una ciudad entera. Con una sola mirada calibró al paracaidista; este individuo no resistirá ni media hora, se dijo. En tres horas, se conseguía que confesaran hasta los más coriáceos. Normalmente, el primer impacto se dejaba sentir después de veinte minutos; después, se seguía con la bañera llena de hielo. Tras este tratamiento, todas las mujeres se declaraban vencidas; el paciente se convertía en un pedazo de carne insensible, pero, a veces, el cerebro aún permanecía intacto. Entretanto, se podía utilizar el látigo, pero era poco honroso para los que trabajaban; una cañería de agua a gran presión era mucho mejor; también figuraban en el programa los puntapiés en el vientre, pero había peligro: el hombre podía morir.

¡Doce horas! Un juego de niños.

El Untersturmführer cogió por su cuenta al paracaidista, que se derrumbó en veintisiete minutos, contados desde el momento en que fue conducido a la rué des Saussaies. Dio treinta y un nombres y otras tantas direcciones; al cabo de ocho horas, la unidad de caza había detenido a treinta y ocho personas.

El comandante del Gran París firmó treinta y ocho sentencias de muerte.

UNA EVASIÓN EN LA CÁRCEL DE FRESNES

El cuartel del Príncipe Eugenio en París hacía pensar en un nido de avispas: gritos, aullidos, órdenes con voz ronca, todo el mundo parecía girar alocadamente; pero, en realidad, este alboroto aparente correspondía a una orden escrita; por todas partes vigilaban ojos penetrantes, y las ametralladoras que dormitaban al sol estaban siempre preparadas para escupir fuego en cosa de segundos.

Aquel día, bajo el sol de verano, el cuartel parecía muerto. En el asfalto reverberaba el calor. En un rincón alejado, resonaban redobles de tambor, gemían unas trompetas; ensayaba la banda del regimiento. Eran muy pocos los hombres que se atrevían a acudir a la cantina por la mañana, exceptuados Porta, *Hermanito* y Gregor Martin, claro está, quienes tenían el excelente pretexto de jugar a los dados con el *Unterfeldwebel* Brandt, el obeso y sudoroso jefe de la cantina. *Hermanito* se había proporcionado un cesto de municiones deteriorado, que estaba continuamente pendiente de una reparación. Porta había conseguido un aparato óptico, siempre defectuoso, y Gregor Martin dos revólveres envueltos en una tela grasienta. Aquellos viejos zorros ponían en práctica la regla capital de los militares: contestar reglamentariamente a las preguntas indiscretas, con lo que todo salía de maravilla.

En el patio cubierto de arena, una compañía de reclutas hacía la instrucción bajo los salvajes aullidos de un suboficial, en virtud del axioma de que cuanto más se grita mejor parece que salga todo.

El servicio no era duro, exceptuado el pelotón de fusilamiento cada tres días, pero hacía mucho tiempo que nos habíamos acostumbrado a aquello. ¿Qué diferencia hay entre matar a un individuo sujeto a un poste o asarlo dentro de un tanque?

—¡Es la guerra! — repite incansablemente el legionario.

Por la tarde, montamos guardia en el tribunal del Consejo de Guerra, donde se hace cola como para entrar en el cine. De los delincuentes, algunos nos piden cigarrillos, y Porta alarga a un prisionero un paquete medio lleno.

—¡Nada de cigarrillos para ese cerdo! — grita un hombrecillo de las SD-. ¡Se ha cargado a uno de los nuestros!

Sin dar la impresión de que ha oído, Porta da lumbre al otro y sonríe. No es más que un niño.

—Mañana te toca a ti -dice el SD.

El individuo se encoge de hombros con indiferencia.

—Te las das de macho -advierde Gregor Martin-, pero ya veremos cómo te comportas mañana por la mañana.

—¡Vete al cuerno! — rezonga el muchacho.

—¡Nada de eso! — dice Porta, riendo-. Más vale que envíes al cuerno a los compañeros de Moscú. ¿Por qué diantre te has mezclado con esos granujas?

–¡Soy comunista y lucho por la libertad de los trabajadores!

–Claro, claro -replica Porta con calma-. Y mañana estarás muerto, pero tu nombre será grabado en una placa de mármol. De mucho te ha de servir. Y, entretanto, seguirán pegando puntapiés en el trasero de los trabajadores. ¿Crees, acaso, que la suerte del pueblo es mejor en Moscú? Te equivocas, camarada. Es una lástima que no puedas darte una vuelta por allí; cambiarías de idea acerca de la libertad cuando un comisario te atizara unos latigazos en la nuca.

–¿Es mejor con los nazis?

–No he dicho esto, pero es en Francia donde estáis mejor. Podéis criticar a vuestra Policía. ¡Trata de hacerlo en Moscú!

–¡Lucho contra el fascismo!

–Por supuesto. Lo malo es que nada se consigue. Has matado a un individuo que antes de la guerra era un obrero como tú. ¿No te das cuenta de que eso es una estupidez? Nosotros lo hacemos arriesgando el pellejo en el frente; tú vistes de paisano y asesinas por la espalda. Y todo porque te divierte más que otra cosa, nada más. Jugáis a la guerra. No es muy glorioso.

–Es un combatiente por la libertad -interviene el legionario-, pero no sabe que sus esfuerzos están mal dirigidos. A eso os conducen las órdenes de la Radio inglesa.

–Yo lucho por Francia, como es deber de todo francés.

–Es cierto -vuelve a intervenir el legionario-, pero no como francotirador. Los uniformes abundan en estos momentos, no tenías más que escoger. Incluso el de Iván. Mira, los alemanes te llevarían gratis tras las líneas de Iván, como espía, pero sería mucho menos divertido que en París.

–¿De qué se me acusa? – interrumpe un infeliz con uniforme de ferroviario francés-. ¡No he hecho nada!

–Esto es lo peor, compañero -ríe Porta.

–Sobre todo, no les digas esto -advierte Gregor-. En este mundo no hay sitio para los inocentes. Confiesa cualquier cosa; de lo contrario te fusilan. ¿Adonde iríamos a parar si la justicia se equivocara?

–Pero, ¿qué puedo confesar? ¡No he hecho nada!

Fue un guardia de la SD quien dio el mejor consejo.

–Oye, sobre todo, no hables de armas. Si están de mal humor, te cuesta la cabeza. ¡No! Inadvertidamente, has dado con una barra de hierro a un soldado que dormía, y por eso no ha podido presentarse a la lista. De todos modos, si encuentran algo, dales la lata, hazte el tonto, compórtate como un estúpido y saldrás bien parado.

–Mi grupo robó un vagón -interviene otro prisionero-. Si eso puede ayudarte, utilízalo, pero harán comprobaciones. Lo tienen todo demasiado ordenado; es el principal defecto de los alemanes.

–¿Qué cuenta ése? – dijo el hombre de la SD-. Para hacer comprobaciones se

necesitan pruebas, y ¿cómo comprobar si no existen?

El pobre ferroviario recupera el valor; su bonachón rostro de campesino está radiante. Por fin ha encontrado a unos amigos.

–¡Háblales del mercado negro! – grita Porta-. Has sido engañado y ni siquiera te han dejado un jamón enmohecido.

–¡Estaba solo! – le responde ingenuamente el ferroviario.

–¡Pues claro que sí, estúpido! Si dices que estabas con otros, se te quedarán hasta que te pudras. ¡Tendrás que confesar quiénes son tus cómplices!

Diez minutos después, el ferroviario sale, radiante.

–¡Se lo han creído! ¡Tres meses por mercado negro!

El infeliz llora de alegría. En el mismo momento, un enorme agente de la SD toca al comunista en el pecho.

–A ti, hermano rojo, te ahorcaré con mis propias manos. Odio a los rojos. En 1933 asesinaron a mi padre.

–¡Calla! – grita Porta-. Nosotros montamos la guardia, y no tú.

–¡Odio a los rojos! – continúa el SD, pese a los esfuerzos conciliatorios de *el Viejo*-. ¡Y los persigo noche y día!

Ahora, le toca el turno al joven comunista. El SD lo toca en un hombro.

–¿Eres judío, amiguito?

–Sí, lo soy.

–Eso me parecía. Tienes un aire de familia. Te arrancarán los ojos y yo lo presenciare, encantado. Apresúrate -dice, empujándolo hacia la puerta-, hay poco tiempo.

Las deliberaciones duraron media hora. La condena fue a muerte, sin indulto posible.

–Ya lo ves, ahora no hay tantas agallas -dijo Porta al prisionero en el coche celular que regresaba a Fresnes-. ¿Por qué diantre te has metido en todo eso? ¿Crees, por ventura, que la gente como tú conseguirá que la guerra dure media hora menos? ¡Sería una estupidez!

En el momento en que el vehículo atravesaba el puente Saint-Michel, el joven sufrió un desfallecimiento.

–¿Qué edad tienes, muchacho? – preguntó *el Viejo*, compasivamente.

–Mañana cumpliría los dieciocho años.

–Entonces, lo que hubieses tenido que recibir es una azotaina, y después ser enviado a casa de tu madre -declaró Porta.

–¿Somos nosotros quienes estamos mañana de guardia? – preguntó *el Viejo* con aire pensativo

Heide asintió con la cabeza:

–Sí, veinticuatro horas de aburrimiento. – De pronto, comprendió lo que el otro

quería decir-. Oye, *Viejo*, no te metas en eso. Déjate de historias.

El Viejo no contestó; se frotaba la nariz, como hacía siempre que algo le preocupaba. Lentamente, el coche celular entró en la cárcel; el prisionero fue entregado y, para darle ánimos, le pegamos unas palmadas en los hombros.

–¡Nada de confraternización! – gritó el *Hauptfeldwebel*-. ¡Apartad las zarpas, sacos de sebo!

A las seis de la tarde relevamos a la guardia del bloque 4. En una prisión, es el momento en que todo el mundo está más ocupado: hay que llevar a los detenidos a un retrete y servir la cena. El *Hauptfeldwebel* pasó lista y desconectó los timbres de alarma; las llaves dieron vuelta a la cerradura y las puertas se abrieron. ¡Un trabajo loco! Me colgué de la reja que cerraba la gran puerta, en un extremo del pasillo de la cárcel, reja provista de por lo menos diez timbres de alarma, pero eso no me importaba. *Barcelona* jugaba a los naipes en el calabozo de tres condenados a muerte, quienes, para salvar el pellejo, se habían ofrecido voluntarios como hombres-torpedo. Los desdichados creían firmemente en su indulto, pero nosotros estábamos mejor informados. Toda la juventud hitleriana hace cola para ingresar como hombres-torpedo. Mientras los desertores explicaban que, durante esas peligrosas incursiones contra los barcos enemigos, tenían la esperanza de caer prisioneros, *Barcelona* no oyó los cuatro silbatos que anunciaban la llegada de un nuevo furgón. Reprimí un juramento. ¿Es que iban a detener a todos los habitantes de París?

–Puesto 4 -dije, exasperado.

–Calabozo 409. Un nuevo inquilino -rugió el suboficial.

Un hombre en uniforme de oficial subía rápidamente por la empinada escalera. Lo reconocí con sorpresa: era uno de los jueces del Consejo de Guerra más odiado de todo París. *Barcelona*, por fin despierto, asomó la cabeza por la puerta del calabozo y reconoció también al nuevo prisionero. Lanzó un silbido de admiración, se plantó en la alto de la escalera con los pulgares metidos en su correa, y esperó a que el hombre llegara a su altura.

–¡Vuelva a bajar! – ordenó con torva sonrisa.

El suboficial se rió. Era un truco carcelario viejo como el mundo: en cuanto el prisionero llega arriba, se le ordena que baje, después que suba, y eso puede durar indefinidamente y cada vez más aprisa. En todos los puestos, los suboficiales de guardia estaban llenos de agitación, porque la noticia ya había corrido como reguero de pólvora.

Aprovechando la conmoción general, *Hermanito* forzó la puerta del despacho del *Hauptfeldwebel*, y Porta firmó la salida del joven judío para un interrogatorio suplementario a las diecinueve horas. Nadie superaba a aquellos dos como expertos en el desvalijamiento, y, como falsificador, el talento de Porta rayaba en lo genial. El *Hauptfeldwebel* creería que él mismo había firmado personalmente la orden de salida.

Porta se acomodó en el sillón y apoyó los pies en el escritorio encerado.

–Voy a ver si me convierto en *Hauptfeldwebel*. Se está la mar de bien en un despacho como éste.

Barcelona, muy inquieto, oteaba el horizonte y enrojecía de furor al ver que *Hermanito* se tumbaba en el ancho diván.

–¡Verdaderamente, tienes menos nervios que una vaca!

–¡No cuando cumplo con mi deber, *Feldwebel*! Me has dado la orden de abrir este antro y lo he abierto. En esto consiste la obediencia.

–Un día obedecerás a la horca -profetizó *Barcelona* con expresión siniestra-. ¡Vaya idea la de meterse en un asunto como éste! – añadió, mientras archivaba cuidadosamente en su lugar la falsa orden de salida.

Según su excelente costumbre, Porta y *Hermanito* borraron cuidadosamente todas las huellas digitales y, aprovechando una distracción de *Barcelona*, *Hermanito* se guardó un puñado de gruesos cigarros. Con expresión de complicidad, sonrió a Porta, cerró la puerta y aplicó a la cerradura un trocito de cerilla.

–¿Qué estás haciendo? – preguntó *Barcelona*, muy sorprendido.

–¿Y a eso llaman un *Feldwebel*? Has de saber, zoquete, que sólo una vez en mi vida he abierto una puerta sin haber examinado previamente la cerradura. La cosa me costó nueve meses de cárcel. Ese cretino había metido dentro un pedazo de cerilla. ¡Ya puedes figurarte el cuidado que ahora llevo! Ese *Hauptfeldwebel* no me llega ni a la suela de los zapatos. Todavía no conoce al *Obergefreiter* Wolfgang Kreutzfeld, de Hamburgo Altona. Si mañana, al volver a su cubil, no hubiese encontrado su pedacito de cerilla, hubiese habido jaleo, pero ahora puede pegar su grueso trasero en el sillón y dormir tanto como quiera.

–¡Eres estupendo! – exclamó *Barcelona* con admiración.

Entretanto, Porta y yo entrábamos en el calabozo del joven judío, a quien llevábamos un abrigo. El muchacho se incorporó, asustado.

–Calma, calma -dijo Porta.

–¡Me vais a disparar un balazo en la espalda!

–¡Suénate, imbécil! ¿Es que no entiendes que venimos a ayudarte? Si vosotros, resistentes de vía estrecha, no tenéis más caletre, valéis tan poco como los amigos de Adolf. Ahora, trata de comprender. La puerta está abierta; en cuanto hayamos salido, enfila el pasillo, finge que vas al retrete, pero baja la escalera sigilosamente y a toda velocidad. Si por casualidad ves que alguien se acerca, vuelve al retrete y no sabes nada de nada. ¡Entendido? Cuando llegues a la planta baja, sales por la puertecita de la izquierda. Una vez fuera, te escondes en los otros retretes, y en el momento en que se apague el reflector, te espabilas y corres hacia el muro. Dispondrás de dos minutos justos. Si entretanto no se firma la paz, el reflector vuelve a encenderse y salen los centinelas: una ronda doble. Mézclate con ellos y ya se ocuparán de ti. Pero te lo

advierto: si te pescan, te liquidamos. No queremos que nos agujereen la piel por culpa tuya.

Bastante nerviosos, regresamos a la sala de guardia. El muchacho se escabulló por el pasillo; se detuvo un instante junto a la escalera, escuchó, luego descendió sin ruido y abrió cuidadosamente la primera reja, al tiempo que lanzaba una mirada inquieta. La puerta de hierro del patio chirrió ligeramente, lo que hizo palidecer a *Barcelona*.

—¡Señor! ¡Si el oficial llega ahora...!

—Entonces, ya puedes ponerte a rezar -dijo Porta, riendo y rascándose su rojiza pelambrera.

En el puesto de guardia, *el Viejo* hizo un ademán para indicar vía libre; el individuo acababa de salir. Rápidamente, corrimos los cerrojos de las puertas, lo que nos dejaba a salvo, y, de pronto, se apagaron todos los reflectores. Era obra de Gregor Martin, quien, en compañía del suboficial, que no sospechaba nada, había creído oportuno, como casualmente, revisar los fusibles. Claro está, lo hacía tan mal como podía. Bronca del suboficial, con gran satisfacción de Gregor, que tiró los fusibles al suelo. El suboficial gesticulaba lleno de rabia.

—¡Bueno, pues arréglatelas tú solo, cretino! – gritó Gregor.

Y regresó al puesto de guardia. Volvió la luz, pero nadie había descubierto la silueta que se acurrucaba a trescientos metros de allí, contra el muro de seis metros de altura. El muchacho seguía sin entender nada. ¡Era inimaginable! Esperar a ser fusilado al día siguiente y verse de la libertad... Un sueño demasiado hermoso.

Pasos pesados, el tintineo de las armas... El haz luminoso gira, se detiene, asciende por el muro, iluminando una hilera de ventanas situadas mucho más lejos. Ojos atentos acechan detrás de las ametralladoras. Alguien silba por lo bajo en el recinto del patio: es una canción francesa que el muchacho conoce. Y los cascos de acero brillan e la oscuridad, esos odiados cascos alemanes. Incluso un rostro de santo se volvería amenazador bajo ese casco. La guardia doble pasa... El muchacho se desliza entre los hombres. Lentamente, la guardia avanza a lo largo del muro, y el haz luminoso roza la patrulla que conducen el legionario y el *Fahnenjunker* Gunther Soest.

Gunther, nervioso, blasfema, es la segunda vez que hace algo parecido, y ya en la primera había jurado no volver a las andadas. Nunca resultaba hacer favores. Durante ocho años, Gunther Soest había sido conductor de tanques; había visto arder treinta y siete ante sus ojos, y él mismo había estado a punto de asarse en su máquina por lo menos en nueve ocasiones. Pero, a la decena, el destino no le falló: el aceite inflamado transformó su rostro en una máscara de momia. Siete meses en un lecho de agua y se salvó de la muerte, pero ésta se había inscrito para siempre en sus facciones. Manos como garras de pergamino, y una novia que había huido de él,

horrorizada. Y esta noche volvía a arriesgar su vida. ¡Y por un judío! Y, además, comunista, que quizás un día se burlaría de aquel rostro de muerte. Aquel rostro no aparecía nunca en los desfiles, porque los héroes no se vuelven así. Después de la guerra, ¿qué haría Gunther para vivir? ¿Ingresaría tal vez en un circo? En otro tiempo, era guapo y todas las chicas acudían a él, pero, cuando su último permiso, su madre sufrió una depresión nerviosa y sus dos hermanas no habían podido disimular su horror. Gunther sólo permaneció dos días en casa; después, pasó el resto de su permiso en la residencia de convalecientes del Ejército, en Tols. Por lo menos allí había muchos parecidos a él, muchos compañeros que habían sufrido el mismo destino.

Se les prohibía ir a la ciudad, no eran una buena propaganda, pero, ¿por qué habían de ir? Sólo al verles todo el mundo huía. ¿Qué mujer hubiese besado una boca como aquélla? ¿Un agujero rodeado de carne azulada? Gunther sabía que los rostros podían remodelarse, pero era muy caro. Si Alemania ganaba la guerra, quizás el Ejército le regalase un rostro, y por eso seguía luchando, pero si la guerra se perdía...

La patrulla se detuvo en el lugar en que el muro formaba una esquina. Procedente del otro lado del mismo, cayó el extremo de una cuerda.

–Salta el muro en cuanto el reflector haya pasado -dijo el pequeño legionario-. Dispones de treinta segundos. Aquí tienes una tarjeta de identidad, pero será mejor que no la utilices.

Se apretaron contra el muro, ocultando al muchacho al implacable haz luminoso.

–Atraviesa París a escape. Dentro de dos horas amanecerá. Ve a la iglesia del Sacre Coeur, en Montmartre, tercer confesionario, y di que has robado flores en un cementerio. El cura te preguntará qué flores, y contesta que miosotis. Él sabrá lo que debe hacer.

–¡Un cura! – murmuró el joven comunista.

–Si prefieres la Gestapo... -dijo burlonamente el legionario-. Vosotros los judíos lo pasaríais muy mal si hombres como él no os ayudasen. Ya verás lo que ocurrirá después. ¡Vamos, lárgate!

–Gracias, camarada -murmuró el joven.

El haz luminoso pasa...

–¡Trepá! – susurra el legionario, en tanto que Gunther le pega un empujón, pero el muchacho es ágil como una ardilla.

Abajo, Gunther y el legionario arman sus metralletas.

–Si falla, nos lo cargamos -cuchichea el legionario, retirando el seguro.

El haz luminoso vuelve... El legionario se echa la metralleta al hombro: al menor desfallecimiento, envía treinta y dos balas al cuerpo acurrucado en la alto del muro.

–¡Ahora! ¡Voy a disparar! – gruñe Gunther muy nervioso.

Pero en el momento en que la luz pasa por lo alto del muro, ya no hay nadie. El

legionario dejó caer su metralleta, volvió a colocar el seguro y se echó el arma al hombro con ademán de indiferencia. *El Viejo* estará contento. Esta idea estúpida es suya. Gunther permaneció inmóvil un momento y sopesó el arma con expresión decepcionada.

–De todos modos, valía la pena -dijo.

–Ya habrá otras ocasiones -repuso el legionario para consolarle.

La patrulla siguió adelante. Media hora más tarde, la guardia fue relevada. En toda la cárcel se declaró a coro:

–Sin novedad.

El jefe del comando de cazadores 103, coronel Relling, era especialmente afortunado. Uno de sus grandes éxitos fue la detención del jefe de la Resistencia, el coronel Touny, y del oficial del Servicio Secreto inglés en Francia, Yeo-Thomas. La captura de estos dos hombres tuvo como consecuencia un alud de detenciones en toda Francia.

Después del coronel Touny, el general De Jussieu tomó el mando de la Resistencia. Entre el coronel alemán y el general francés se estableció un pugilato de crueldades, de falta de escrúpulos y de brutalidades. Una oleada de terror invadió el país: milicianos apuñalados, ahorcados, estrangulados, centros administrativos alemanes incendiados, columnas de avituallamiento liquidadas, centinelas asesinados, vías férreas destruidas. Unas secciones militares bien disciplinadas, al mando de oficiales franceses, atacaron en pleno día el local de la Gestapo en Gourg-en-Bresse, y liquidaron a los funcionarios de un balazo en la nuca.

A todo esto se añadían los criminales: robos y crímenes abyectos, obra de bandidos perseguidos tanto por los alemanes como por los franceses. Más tarde, se declaró que se trataba por lo general de desertores alemanes, de comunistas españoles, de fugitivos del 5.º Ejército italiano. Cuando esos bandidos eran capturados, se les ejecutaba sin juicio y sus cadáveres eran abandonados en las cunetas.

CON CHAQUETA ROJA EN MONTMARTRE

–Está oculto en Malakoff -explicó *Chaqueta Roja*-. No es difícil pescarlo, pero traerlo hasta aquí... Sólo de pensarlo me dan escalofríos, pero, de todos modos, debe de ser posible.

–Todo es posible -declaró Porta en tono perentorio.

A *Barcelona* se le ocurrió un transporte en camión, con una guía de ruta falsa, pero la idea fue rechazada con desdén.

–En mi opinión -dijo Porta-, solo hay una manera de hacerlo: transporte de Malakoff a Montmartre a pie, como una tropa de combate.

–¡Estás chiflado! – exclamó Heide-. Si los perros de guardia nos echan la zarpa... -Se paso un dedo por la garganta-. Parágrafo especial 114. Demasiado arriesgado.

El Viejo se rascó con la pipa detrás de la oreja.

–Julius tiene razón. Sería una estupidez.

Chaqueta Roja se levantó para acoger a unos clientes; un gran delantal blanco le envolvía las piernas; su cabello (un verdadero haz de heno) formaba conjunto con su barba salvaje. Por encima del jersey de cuello enrollado llevaba puesto un *cardigan* rojo oscuro, y canturreaba *Bajo los puentes de París* con rostro bonachón y redondo reluciente de grasa. Pellizcaba la barbilla de una joven agraciada, entornaba los ojos, se acercaba a otra, bailaba unos compases, la soltaba y la chica iba a aterrizar sobre las rodillas de *Hermanito*.

La tasca, con sus bancos estrechos y sus viejas mesas gastadas, olía a revolución, a mercado negro, a confidente, pero Porta estaba allí en su elemento. Instintivamente (con ese instinto de hijo de una gran ciudad), había encontrado un colega parisiense.

Chaqueta Roja, atraído por el olor a grasa quemada que llegaba de la cocina, regresó junto a nosotros. Dos sirvientas hacían resbalar los platos llenos a lo largo de las mesas; el vino y la cerveza corrían a raudales. La hospitalidad de *Chaqueta Roja* era famosa.

–¡Tantas historias para nada! – exclamó *Hermanito*, nervioso-. Es como la luna. Se le coge, se le deja sin sentido y se le embarca; eso es todo.

–¿Tienen armas? – pregunta Porta.

–Si no las tuviesen, serían unos completos imbéciles -contestó el tabernero.

–Entonces, todo es fácil -prosiguió *Hermanito*, casi en voz alta-. Nos cargamos todo lo que asome.

–¡Cállate de una vez! – gruñó Heide, apoyando una mano en los labios de *Hermanito*-. Pero, ¡qué cretino! Ya hemos tenido bastantes problemas después del asunto de la evasión. Y aún no ha terminado. Me alegro de no haber intervenido. La Gestapo está pasando la ciudad por el tamiz, para saber quiénes son los noctámbulos que han ayudado al prisionero. Un individuo algo listo puede muy bien descubrir lo

que ocurrió.

–¡El *Hauptfeldwebel* todavía no ha vuelto en sí! – dijo Porta, risueño-. De lo contrario, no hubiese revelado sus pensamientos cuando Löwe y él nos interrogaron. El suboficial nos ayudó sin darse cuenta. ¡Y pensar que juró haber visto a ese retoño judío en el transporte de la tarde! Era imposible, pues en aquel momento estaba conmigo en el retrete jugando a los dados. De ahí se deduce, muchachos, que el prisionero no desapareció de la cárcel, sino durante el transporte, o en el antro de la Gestapo. Y tened en cuenta que los que se ocupan del asunto son los perros de guardia, y que éstos detestan a la SD [\[14\]](#).

–Contad lo que queráis -gruñó Heide, sin ocultar su inquietud-, pero a mí esto no me gusta en absoluto. Un individuo desaparece catorce horas antes de su ejecución, el asunto estaba zanjado, de modo que, ¿por qué había de volver al interrogatorio? Seguro que habrá jaleo.

–¿Qué has hecho de él? – dijo Porta, riendo y dirigiéndose a *Chaqueta Roja*.

–Está en la cocina -contestó el tabernero, señalando con el pulgar por encima del hombro.

–¡Aquí! – rugió Heide-. ¡Bueno, sólo faltaba esto! Si lo encuentran mientras estamos aquí, lo liquido. ¡Ya puedes figurarte si sabrán hacerlo hablar! Quizá la horca os atraiga, pero no a mí, y no arriesgaré mi carrera por un judío insignificante.

–¡Calla! – gritó *Hermanito*, agitando su grueso puño.

–¡Jean! – llamó *Chaqueta Roja* desde la puerta de la cocina. El muchacho apareció en el umbral-. Siéntate ahí.

Nos apretamos en el estrecho banco: unas gafas, un gorro de marmitón y un hirsuto mostacho daban un aspecto cómico a nuestro ex prisionero. Un inocente aire pueblerino, acentuado por unos pantalones demasiado cortos. Heide se apartó rezongando:

–¡Os repito que esto saldrá mal!

–¿Adonde diantre han ido los otros? – preguntaba Porta, mirando el reloj-. ¿Y por qué han ido a casa de una chica?

–Cálmate -dijo Barcelona-. El legionario conoce París y Gunther los acompaña. Sólo su rostro es un *Ausweis* [\[15\]](#). Nadie se atrevería a afrontar a Gunther.

Chaqueta Roja se levantó, porque los clientes reclamaban sus canciones. Porta descolgó un violín de la pared y se subió a una mesa; acariciaba el instrumento, le hablaba.

El silencio se generalizó; todo el mundo miraba a aquel soldado pelirrojo cuya boca risueña sólo contenía un diente.

A París quand le jour se lève

A París dans chaque faubourg

*A vingt ans on fais des revés,
Tout est couleur d'amour* [\[16\]](#).

Chaqueta Roja cantaba. Siguió un vals y, después, un tango. Mil voces surgían del viejo violín, un poco de alegría entre dos «Pernod» bien fríos. Se olvidaba la guerra, y también el odio; todo era olvidado por los que escuchaban a Porta. Hasta Janette, la rolliza cocinera negra que siempre lloraba, se había inmovilizado con un plato en la mano. Sabemos que se relaciona con varios grupos de la Resistencia, y que han tratado ya de liquidarla, pero *Salchichón Negro* siempre ha sabido escabullirse. Porta canta, el violín llora y gime; una mujer lo acompaña con un acordeón, ese piano de los pobres, y la mujer de Montmartre humildemente vestida y el soldado anónimo de deslucido uniforme se comprenden.

—¡El muy cerdo! — rezonga *Salchichón Negro*-. ¿Qué ha venido a hacer aquí? ¡Si ahora empezamos a encontrar simpáticos a los *boches*!

La puerta es abierta de un puntapié. Brillan las placas de la *feldgendarmarie* y relucen los correaes; se ven rostros angulosos, implacables, ojos de una frialdad glacial, metralletas cuyo brillo rivaliza con el de los cascos de acero.

En un abrir y cerrar de ojos toda la atmósfera cambia. *Salchichón Negro* desaparece en la cocina cual un alud de grasa blanda, y, ayudada febrilmente por Jean, empieza a manosear sus cacerolas.

El jefe de la patrulla, un *Stabsfeldwebel*, la muerte en persona camuflada con músculos, nos miró fieramente, apretó los labios delgados y apuntó a Porta con un dedo.

—¿Autorización? Cuádrese, *Obergrefreiter*. ¿Es que no sabe reconocer los grados del Ejército alemán? — Rebasaba a Porta en toda una cabeza y era tres veces más voluminoso que él. Le vimos dar vueltas y más vueltas al permiso nocturno que le había entregado el pelirrojo-. ¿Con quién está usted, *Obergrefreiter*?

Porta nos señaló, rígidos y atentos en nuestro rincón. Sin decir palabra, alargamos nuestros papeles. Los estafalarios tocados de Porta y de *Hermanito* se habían volatilizado. Un solo movimiento incorrecto y estamos listos. Son unos perros cuya reputación conocemos bien: el *Stabsfeldwebel* Malowski y su comando de caza 809. Desde hace cuatro años, registran las tascas, los burdeles, los bares de París, y ni una sola noche han regresado sin una presa, como lo atestigua la Cruz de Caballero que cuelga del cuello de su jefe. Son tres gendarmes franceses los que controlan a los paisanos, e incluso una mujer que está en el lavabo debe abrir la puerta para mostrar su documentación. El espectáculo dejó al gendarme totalmente indiferente: diez años en la Legión lo habían acostumbrado a todo.

La cocina. Registran a *Salchichón Negro* y después suben al primer piso. No prestan ninguna atención a Jean. Miran bajo las camas; unos dedos brutales palpan

las sábanas, los edredones, los cañones de las metralletas hurgan entre los vestidos colgados en los armarios. Ni siquiera descuidan el armario para la comida que hay en el patio. Dentro de una hora termina la patrulla. ¿Regresará sin una presa? Es imposible. El *Stabsfeldwebel* ha olfateado algo.

Chaqueta Roja le ofrece un vaso lleno de «Pernod» helado, que el hombre rechaza con desdén. Sus hombres esperan en silencio. Saca de un bolsillo unos papeles provistos de fotografías y de pronto se fija en unos jóvenes que beben en un rincón. En dos zancadas se sitúa junto a un joven con americana de pana gris.

-*Deutsche Feldpolizei. Ausweis, bitte* [\[17\]](#).

Tres hombres examinan los documentos que les alarga el joven.

-¡Falsos! – exclama el *Stabsfeldwebel*-. Hace dos meses que te busco. Esta noche sabrás cómo tratamos a los desertores. ¿Quién te ha ayudado?

-Yo -dice una joven bien vestida, poniéndose en pie.

-¡Debe de estar chiflada! – cuchichea *Hermanito*.

Malowski se vuelve hacia nosotros y nos fulmina con la mirada, mientras *Barcelona* pega un puntapié a *Hermanito*. En este momento, el menor incidente puede tener las peores consecuencias, y es esto precisamente lo que busca el *Stabsfeldwebel*. Mientras ponen las esposas al desertor y a la joven, se reanuda el registro, lo que inquieta mucho a *Chaqueta Roja*. El instinto del *Stabsfeldwebel* le dice que hay algo más que encontrar, y por otra parte, odia a los soldados del frente. Cerdos indisciplinados, carne de cañón. ¿Acaso no hizo detener la semana pasada a un *Oberleutnant* condecorado con la Cruz de Hierro? Mientras tamborilea en su cinturón, da un paso hacia nosotros.

Pero alguien entra en la sala. No tiene rostro. Allí donde estaba la nariz, un cuadrado de tela negra, ojos sin pestañas, carne recocida. Alrededor del cuello, la Cruz de Caballero, y el propio cuello está sostenido por un manguito de cuero. Lo que había sido una boca se abre para hablar.

-¿No saluda usted, *Stabsfeldwebel*?

Malowski palidece. Un soldado con aquel rostro y condecorado con la Cruz de Caballero puede permitírsele todo. Si saca el revólver y te liquida con el pretexto de que ha sido insultado, nadie tendrá la menor duda.

Malowski se cuadra y, con lentitud, se lleva una mano a la frente.

-Mi *Fahnenjunker: Feldgendarmerie*, patrulla 809. Patrulla según orden en el distrito XVIII. Un desertor descubierto con la mujer que lo ha ayudado. Al mando el jefe de la patrulla *Stabsfeldwebel* de la *feldgendarmerie* Malowski.

-Gracias, *Stabsfeldwebel*. Supongo que habrá terminado.

El muerto vivo saluda llevándose dos dedos a la gorra. Las piernas, a partir de las rodillas, son unas prótesis, pero apenas se ve; han sido precisas semanas de energía sobrehumana para aprender a andar otra vez, el brazo izquierdo está formado por

cuatro ganchos de acero. Gunther trata de morir, todo el mundo lo sabe. Le han propuesto hacerle oficial de las Waffen SS, pero no quiere abandonar los húsares negros; el regimiento es su vida, y excepto nosotros, que somos sus mejores camaradas, todo el mundo tiembla en su presencia.

Silencio de tumba en la tasca llena de humo. *Salchichón Negro* palidece de terror. Esta aparición irresistible sólo puede ser un diablo del infierno, y toda la superstición de su raza le hieló la sangre. Gunther se llevó un cigarro a la boca sin labios, pero la estrella roja que adornaba la pitillera de oro no escapó a la mirada de Malowski. Gunther le alargó ostentosamente el objeto; la hoz y el martillo con esmalte rojo destacaban sobre el fondo de oro, debajo de la estrella.

–¡Se ha vuelto loco! – cuchicheó *Barcelona*.

–¿Es esto lo que tanto le interesa, *Stabsfeldwebel*? Un recuerdo de Stalingrado, figúrese. Trescientos mil soldados alemanes cayeron allí. ¿No le dice esto nada? – Malowski traga saliva y no chista-. El *Reichsführer* de las SS conoce bien esta pitillera y tiene grandes deseos de comprármela. – El ojo izquierdo del fantasma parece relampaguear repentinamente-. Si ha terminado, ¡lárguese de aquí!

Salida precipitada de los perros de guardia. *Salchichón Negro*, que no podía apartar la mirada de Gunther, le vio acercarse a ella, y se metió en la cocina, cerrando con llave: la Gestapo, la *feldgendarmarie*, todos esos perros, se sabe lo que son, pero un hombre sin rostro es algo del infierno.

–¡Jesucristo, Virgen Santa, tened compasión de nosotros!

–¿Qué sucede? – preguntó Jean con inquietud.

–Es Satanás en persona quien está ahí, el diablo malo. No tiene nariz... Sólo ojos, unos ojos ardientes. La Policía ha huido con los prisioneros.

–¿Ha disparado contra ellos?

–No. ¡Los ha mirado con ojos de fuego!

–Lo has hecho muy bien, Gunther -decía el pequeño legionario, riendo-. Ese perro se ensuciaba en los calzones, de miedo que tenía.

Gunther se encogió de hombros y el acordeón reanudó una tonadilla:

Parmi la joule un amour se pose

Sur une ame de vingt ans.

Pour elle tout se métamorphose

Tout est couleur de printemps [\[18\]](#).

Las placas en forma de media luna y los cascos mortales quedan olvidados. El diablo está entre nosotros y nos protege. Gunther bebe: se olvida de su rostro cocido en aceite y le quita una chica a Heide, una chica con vestido amarillo que cierra los ojos para no ver la máscara de momia, pero no sabe todavía que, pese a las prótesis, Gunther baila maravillosamente. *Chaqueta Roja* sirve bebidas, todo el mundo confraterniza; *Hermanito* se sube sus largos pantalones de camuflaje, ríe y hace

cosquillas a las mujeres.

–¡Viva Francia! – grita Porta, delirante.

Gunther está embriagado, y la chica ríe en sus brazos. A lo lejos, unos disparos. Nada nuevo; es la guerra. La puerta vuelve a abrirse, pero ahora no es la *feldgendarmerie*: es Jacqueline, la mujer a quien conocí en Normandía en un jardín florido, la que me ofreció café. Desde que estábamos en París, la visitaba secretamente a diario, pero era la primera vez que la he citado aquí, y lo lamento inmediatamente. Porta la ha reconocido en el acto. Sin sospechar nada, Jacqueline se nos acerca con su vestido de muselina verde, que la hace parecer más pálida que de costumbre.

–Caramba, ¿has vuelto a encontrar a tu chica de Normandía? – observó secamente Porta-. Liquidala, está enamorada y las mujeres enamoradas son peligrosas.

–¿A ti qué te importa?

–Si se va de la lengua, nos importa a todos -intervino Heide, cogiéndome por el cuello, con sus ojos malignos contraídos de furor-. Tú y tu fulana francesa id a cobijaros donde queráis, pero no aquí. – Me rechaza y acaricia la culata de su revólver. Porta tiene razón, es peligrosa-. Te lo advierto; si vuelvo a verla, no doy un ochavo por ninguno de los dos.

–¿Qué sucede? – intervino Gunther.

Heide le cuchicheó algo y vi a Gunther examinar a Jacqueline en toda su lozana belleza. Mis compañeros me miraban con recelo; el legionario, con expresión sombría, se limpiaba los dientes con su cuchillo árabe.

–Pero, ¿qué ocurre? – me preguntó Jacqueline-. Estás muy raro.

Me disculpé y le expliqué el error que había cometido. París es peligroso. A la menor sospecha, te espera la muerte, y los espías pululan por doquier. Concertamos una nueva cita, pero es preciso que ella no vuelva a comparecer por aquí.

Jacqueline me comprende muy bien y desaparece furtivamente en la calle sin luz.

La tasca se va vaciando con lentitud, y por fin quedamos solos. Extendemos sobre la mesa un gran plano de la ciudad.

–Evidentemente, no es ahí cerca -comprueba Porta-, ¡y vaya faena! ¿Cómo atravesar el puente? Todos los puentes están custodiados por esos perros, y si damos toda la vuelta quizá la guerra termine antes de que lleguemos aquí.

–¿Y si lo transportásemos en pleno día? – insinúa *Chaqueta Roja*, pensativo-. Es más fácil pasar inadvertido entre la multitud, y a nadie se le ocurriría. Los *boches* siempre andan arrastrando algo.

–No estamos aquí de permiso -replicó *Barcelona*-. Si todo el grupo solicita un permiso de salida, desconfiarán, y Hoffmann es un cerdo integral, más cretino que una ostra, pero, por desdicha, no lo bastante. Permiso para la noche es algo que yo puedo arreglar, pero dejar el cuartel a la hora del servicio es imposible. ¡Menudo

jaleo habría! Ayer llegó un batallón de zapadores SS, y hoy uno de los comandos más terribles de esos perros.

Porta apoya en el plano un dedo mugriento:

–Iremos a buscarlo esta noche. Demasiada previsión es el defecto de los prusianos. Ocho días después del final de la guerra anterior, empezaron a ocuparse de la siguiente, y ya veis el resultado. En cuanto nuestro amigo tenga lo suyo, lo embarcamos, y a toda marcha. He birlado dos sellos auténticos de la Gestapo, unos sellos rojos con la indicación «Ultrasecreto». Esto parará los pies a cualquier perro excesivamente curioso.

–¿Y si empieza el tiroteo? – pregunta *el Viejo* con inquietud-. ¿Y si encontramos una patrulla de SD? Habrá jaleo, os lo aseguro. Esos tipos no se dejan impresionar. Se tratará de ellos o de nosotros. Y si uno solo de ellos escapa, entonces tendremos los blindados pisándonos los talones.

–No hay más que llevarse unos «tubos de chimenea» -insinuó *Hermanito*, siempre belicoso.

–¡Oh, qué listo! – gruñó *el Viejo*-. ¿Te imaginas en París disparando un «tubo de chimenea»? Creerán que son los resistentes comunistas.

El legionario se encogió de hombros.

–Basta, camaradas. Ya veremos lo que ocurre a medida que se presenten los acontecimientos. En todo caso, damos el golpe mañana por la noche.

El primero apareció en la ventana y se balanceó cautelosamente en el vacío. Salió el disparo. El hombre dio un salto peligroso y se aplastó abajo, sobre el asfalto; después, le tocó el turno al segundo: escrutaba la oscuridad y empezó a bajar como un gato por un tubo de desagüe. Resonó otro disparo. El cuerpo cayó como una piedra, sin la elegancia del primero. El tercero saltó por la ventana, con la cabeza por delante, y se le oyó gritar durante la caída, hasta terminar con un ruido sordo en la acera.

El incendio se iba incrementando. De todas las ventanas surgían llamaradas, excepto arriba, de dos aberturas todavía intactas. Varios hombres aparecieron por ellas. Dos saltaron al mismo tiempo, mientras tableteaban las metralletas. Abandonamos nuestro escondrijo sin esperar el final de la incursión, debida naturalmente a la Gestapo: un refugio de miembros de la Resistencia que habían matado a catorce hombres de las SD. Entretanto, el chofer y el guardia del gran vehículo de la Policía alemana yacían degollados en sus asientos. Esta escena tenía lugar en París, una noche de agosto de 1944.

VIAJE NOCTURNO A TRAVÉS DE PARÍS

Reinaba una oscuridad casi total y nos fue difícil encontrar el camino. Todo el mundo discutía sobre el rumbo que había que seguir. Porta, exasperado, pasó delante, lanzándonos los peores epítetos.

La comuna de Malakoff parecía desierta; dos gatos en celo eran, al parecer, los únicos seres vivos; atravesaron la calle con la cola erguida y una dignidad que confundía. Pasaron dos *feldgendarmes* en bicicleta, que nos dirigieron aviesas miradas, lo que provocó un gruñido de *Hermanito*.

–¡Mantente tranquilo! – ordenó *el Viejo*. *Hermanito* lanzó a los gendarmes una mirada homicida.

–Si esos dos cretinos vuelven, me los cargo.

Alcanzamos a Porta en la esquina de la *rué Bérenger* con la *rué du Nord*.

–¿Sabes dónde está, sí o no? – preguntó Gregor de mal humor-. Hemos examinado todas las puertas, y se parecen como gotas de agua. Supongo que sabrás dónde se oculta ese imbécil.

Porta se detuvo y lanzó una mirada circular.

–No está lejos. Hemos venido por aquella calle. Fusilaron allí a un individuo, reconozco la tasca. ¡Ve a ver si no hay huellas de balas la pared! ¡Menuda estupidez tanto oscurecimiento! ¡Como si los americanos no supiesen donde está París! Con el tiempo que lleva aquí este villorrio, resulta difícil esconderlo.

–¡Aquí hay muchas huellas de balas! – gritó Gregor desde el otro lado de la calle.

Porta reflexionó; sacó una vieja tabaquera y como un aristócrata del siglo XVIII, cogió con gravedad un pellizco de tabaco.

–Basta de tonterías -gruñó *el Viejo*-. Empiezo a estar harto.

Porta le miró con su monóculo rajado.

–Milord, nadie os retiene. Por lo que yo sé, no habéis sido invitado.

–¡Idos todos al diablo! – exclamó *el Viejo*, furioso.

Porta desapareció por una puerta baja.

–Estoy muerto de miedo -cuchicheó *Barcelona*-. ¡Ojalá no hubiese venido! Siempre tiene uno que meterse en algún lío estúpido.

Se oyó la pisada de unos tacones altos en la acera. Porta se llevó un dedo a los labios, limpió su monóculo y corrió hacia la calle.

–¡Ahora vuelvo! Una sencilla ojeada a las hembras del lugar.

–Ese cazador de faldas... -rezongó *el Viejo*, mientras Porta regresaba muy satisfecho.

–Me encuentro con ella mañana frente al cine de la place Clichy.

Cerró el puño y levantó su antebrazo, ademán conocido en el mundo entero.

–¿No tiene alguna amiguita? – preguntó *Hermanito* con aire goloso-. Las

parisienses son estupendas.

El Viejo y Heide se habían sentado en una carretilla.

–Bueno, ¿llega? – suspiraron.

–Sí, señores -replicó Porta-. Es lo que decía Moltke antes de una operación de gran alcance. Así, pues, la situación es la siguiente: la vanguardia del grupo de combate Porta está en contacto con el enemigo. Hemos asegurado nuestra retaguardia y nuestros flancos. Yo... -se señaló-, he vencido a la caballería ligera durante un breve reconocimiento, de modo que ¡adelante! ¡La guardia está vencida!

Sacó una linterna del bolsillo, aplastó su nariz contra el cristal de un cobertizo y nos señaló algo.

–¿Verdad que es magnífico? – dijo riendo.

–¡Señor! – suspiró Gregor-. ¿Tan grande puede volverse? Ha debido de tardar siglos. Bueno, vamos. ¿Por dónde se entra?

Hermanito mostró un martillo enorme.

–Yo me ocupo de él. Justo entre los ojos. ¡Seguro que no lo olvida!

–Calma, calma -advirtió *el Viejo*-. Debe de haber gente que vigila.

La puerta del cobertizo chirrió como para despertar a todo Malakoff. Maulló un gato. Escuchamos... Pero no, sólo la noche y el silencio. Todo el mundo desaparece con precaución en el interior del cobertizo, con *Hermanito* en cabeza, siempre empuñando el martillo. De pronto, un ruido endiablado, como si mil cubos de aluminio cayeran por una escalera. Gritos y blasfemias. Se enciende una linterna... Aparece *Hermanito*, cubierto de pies a cabeza por una pasta inmundada.

–¡Si echo la mano encima al cretino que ha puesto ahí ese barreño!

Y pega un furibundo puntapié a un recipiente que sale rodando con un estrépito apocalíptico. El legionario corre hacia la calle, empuñando el revólver... Ruido de botas.

–*Wer da! Wer da!* -grita una voz con acento de Sajonia.

–¡Un sajón! – ruge *Hermanito*-. ¡Llega en buen momento! ¡Espera a ver!

Dos soldados armados de carabina vuelan por la calzada, dejando únicamente como recuerdo de su presencia un casco de acero y un cuello desgarrado. *Hermanito* inundado de una materia pegajosa es algo peligroso. A Porta le da un ataque de risa. El gigante recoge su martillo y echa una ojeada a través del cristal del cobertizo.

–Dejadlo para mí. Pero, ¡miradlo! ¡Duerme! ¡Quizá crea que ha terminado la guerra!

El martillo brilla en la penumbra... ¡Un aullido salvaje! Todo el mundo echa a correr. Yo me acurruco detrás del desván, pero los gritos agudos continúan. *Barcelona* y Heide se precipitan hacia la calle; el legionario se encarama en un muro bajo y se sitúa en posición, con la metralleta amartillada. Los gritos agudos alternan con las blasfemias de *Hermanito*... De pronto, unas botas pesadas llegan a paso de

carga: son dos zapadores y un suboficial.

–¡Ladrones! – grita el suboficial-. ¡Arriba las manos!

Los acontecimientos se precipitan. El suboficial desaparece Dios sabe dónde. Llamadas, gritos de dolor, blasfemias... Uno de los zapadores trata de escabullirse.

–¡Socorro, socorro! ¡Asesinos!

Una carabina sale volando y lo alcanza en la nuca. Cae. El tiro sale para el cielo. Risotada de Porta.

–¡Vaya pandilla de meones! ¡Molestar a la gente pacífica! – gruñe *Hermanito*, que está sentado sobre una marrana gigantesca, que parece muerta. Rasca al animal detrás de una oreja.

–Chica valiente, has luchado bien.

–¡Qué cantidad de puré de patatas con dados de tocino! – sueña Porta, que empieza a hablar de su plato favorito.

Pero el tiempo apremia. Con mil dificultades y mucho alboroto, conseguimos arrastrar el animal hasta la calle.

–Sujeta adecuadamente su pata -me recomienda Porta con aire agresivo.

–¡Mi ex general hubiese tenido que ver esto! – exclama Gregor, que ríe hasta el punto de saltársele las lágrimas-. ¿Os he explicado el día en que yo y el general...?

–Sí, sí, ya lo sabemos y, además, por ahora tenemos cosas más importantes de que ocuparnos. Se trata de transportar este cerdo, muchachos, y pesa mucho.

Entre tres conseguimos levantar la marrana y la izamos sobre nuestros hombros. Iniciamos la marcha con paso lento. Pero un obrero con su macuto al hombro, se cruza con nosotros y nos mira estupefacto. Porta le regala un revólver y un paquete de cigarrillos. El hombre se echa a reír y levanta un puño cerrado.

–¡Frente rojo!

–¡Como quieras, franchute! Yo, Joseph Porta, *Obergefreiter* en el Ejército de Adolf y amigo personal de tu tío-abuelo en Moscú.

Reemprendemos la marcha. La cosa parece no salir mal. Por desgracia, cerca de la Puerta de Vanves, el cerdo vacila, se nos escapa y va dando vueltas hasta las ruedas de un automóvil «Kübel» conducido por un capitán que lleva en la gorra unos galones amarillos de una anchura estremecedora.

El capitán se apea del vehículo:

–¿Qué es esto? – grita, pegando un puntapié al cerdo.

Es Gunther quien salva la situación. Se cuadra.

–Mi oficial, se presenta el suboficial Gunther Soest, del comando de limpieza de calles. Estamos librándonos de esta carroña abandonada por unos franceses para entorpecer la circulación de las patrullas alemanas.

El capitán nunca ha oído hablar de ese comando, pero cada día llueven novedades. Dos días antes se había tropezado con un comando de limpiadores del

Sena, de modo que, ¿por qué no de las calles?

–¡Apartad esto! – ordena-. Tengo prisa.

Nos apresuramos a obedecer y el viaje prosigue. Andamos, andamos y, por fin, llegamos a una espaciosa plaza, de donde arranca el bulevar Saint Michel. Empezamos a sentirnos cansados; todo el mundo está empapado de sudor, discutimos y *el Viejo* manifiesta que quiere marcharse. Dos policías franceses, con sus bicicletas en la mano están apostados cerca de la gran fuente. Uno de ellos se acerca; el estuche del revólver está abierto, y tiene perfecto derecho a interpelar a un soldado alemán. El legionario enciende un cigarrillo y se adelanta, contoneándose.

–Buenas noches, señor guardia.

El policía observa en seguida la Cruz de Guerra francesa que adorna el pecho del pequeño legionario.

–¿Qué es eso? – dice, señalando el animal.

–Mercado negro confiscado.

Su colega se ha quedado algo atrás, pero con el revólver empuñado. Porta y Heide se alejan y desaparecen por la puerta de un hotel, donde el vigilante nocturno, que dormita y bebe «Pernod» detrás del mostrador, apenas se fija en ellos. En una habitación contigua, un negro canta en congolés. El vigilante, con ademán de beodo, rechaza a Heide.

–¡Lárgate, maldito *boche*!

Porta ríe entre dientes, pero el vigilante cae por el suelo, mientras Heide se frota el dorso de la mano y aplasta con el pie el aparato telefónico. ¡La palabra *boche* lo enloquece!

En la calle, los acontecimientos se han precipitado. El legionario ha pedido lumbre. En un santiamén, el policía está en el suelo y su bicicleta corre calle abajo; el otro policía acude con el revólver amartillado. Antes de que sepa lo que le ocurre, se encuentra dentro de un agujero de alcantarilla, protegido por una barrera fluorescente, Porta, risueño, vuelve a colocar la tapadera. Nos precipitamos sobre las dos bicicletas, las sujetamos juntas, atravesamos sobre ellas dos carabinas y tenemos unas estupendas parihuelas para el gigantesco cerdo. ¡Así va mucho mejor! Incluso nos vemos obligados a correr para que el chisme no se nos escape. Frente al Luxemburgo, dos guardias nos lanzan una mirada indiferente; están allí desde hace tres años, ya nada puede sorprenderles, y sobre todo, ¡fuera líos!

Rué des Écoles. Un vehículo todo terreno, lleno de *feldgendarmes* y con el motor en primera, se acerca lentamente.

–¡Ahora sí que nos la cargamos! – murmura *el Viejo*.

Nos disimulamos en la sombra y el vehículo se detiene en la esquina. Una metralleta tabletea a lo lejos; es la guerra nocturna que difunde el terror por París. Culpable o no, la gente es detenida en su cama, los soldados alemanes aparecen

asesinados en oscuras callejuelas, un chiquillo de diez años, atado con alambre espinoso, es muerto de un balazo en la nuca; en su espalda un signo, la hoz y el martillo. Al día siguiente, en el mismo lugar, los cadáveres de dos soldados alemanes; a uno de ellos le han arrancado los ojos. Es el principio del terror que caracteriza la liberación de París: Gestapo, *razias*, lágrimas y disparos. El diablo se divierte, la violencia replica a la violencia. Una forma de guerra horrible, en la que siempre pierden los débiles.

El siniestro vehículo pasó, pero no habíamos recorrido mucho camino cuando apareció otro.

—Andan buscando algo -murmuró Porta-. Mala suerte.

—Hubieseis debido dejarme cortar el cuello de los dos gendarmes -dijo *Hermanito*-; han debido de dar la alarma.

Ocultamos el animal bajo una bóveda y echamos por una calle oblicua para localizar el puente. Dentro de dos horas amanecerá, y esta idea no encanta precisamente a Heide.

—¡Miedoso! — dice Porta-. Estamos libres hasta la una, nos sobra tiempo.

—De todos modos, no pensarás transportar esto en pleno día, ¿eh? En estos momentos, la gente se mata por un huevo. ¡Nos perseguirían hasta con tanques si viesen que se trata de un cerdo!

El puente parece despejado, pero al regresar hacia nuestro botín encontramos a una vieja que contempla el enorme bicho.

—¡Jesús María! — exclama al vernos-. Señor..., señor..., tenga piedad de mí. Mi marido desertó durante la Primera Guerra. Nunca ha disparado contra un alemán. Somos auténticos franceses.

Porta se muestra amenazador, agita un índice vengativo y la mujer palidece. Vocifera, en la creencia de que cuanto más grite mejor comprenderá ella su extraña jerigonza.

—Has de saber, señora, yo jefe. Cerdo amigo mío- ¿Entendido? Si no, muerta en seguida.

Y empieza a girar sobre sí mismo, fingiendo disparar con la metralleta.

El legionario se aprieta los costados:

—¿Dónde has aprendido francés?

—Yo solo -contesta con orgullo Porta-. Las invasiones germánicas no permiten ignorar los idiomas.

La vieja solloza.

—¡Lárgate! — termina Porta-. Pero tú muerta si hablas.

La mujer se disponía a marcharse cuando dos jóvenes salieron bruscamente de las sombras; dos individuos que llevaban las manos en los bolsillos, signo del tiempo. El pulgar de Porta oprimía ya el seguro de su revólver y *Hermanito* cogía un hilo de

acero que nunca se separaba de él.

–Buenas noches, señores -dijo el legionario, sonriendo-. ¿Adonde se dirigen?

–A tomar el fresco. ¿Está prohibido?

–Después del toque de queda, si.

Ruido de botas... Pasos firmes y claveteados. El acero rechina... Cazadores de hombres en las calles desiertas. Nos acurrucamos en el oscuro portal. Si nos encuentran aquí con el botín, no hay opción posible: los perros de guardia y nosotros. El legionario oprime bajo el brazo la culata de su arma y enviará sin vacilar sus treinta y dos balas al vientre del primero que asome.

Ocho hombres. Cascos brillantes, placas siniestras y la metralleta bajo el brazo a punto de disparar. En cabeza, un *Oberfeldwebel*, uno de esos que duermen mal si la ronda nocturna no ha traído por lo menos dos cadáveres. La patrulla pasa, mientras Porta acaricia el cuello del cerdo.

–Andan buscando caza mayor -dice apaciblemente.

El legionario se vuelve hacia los paisanos y observa sus «P38», los revólveres del Ejército alemán.

–¿Vuestras armas? – dice, amenazador-. ¿Las habéis comprado en una tienda de juguetes?

–No las hemos encontrado.

–Desde luego. ¿Estáis seguros de que no os las han traído los reyes magos? ¡Está tan de moda en estos tiempos!

–¡Vete al cuerno! Supongo que no querrás despertar en la Gestapo. Hemos visto vuestras jetas cuando ha pasado la patrulla.

El legionario golpeó al individuo con el dorso de una mano.

–Amigo, si adoptas este tono, durarás poco.

–Ahí voy -gruñe *Hermanito*, agitando su nudo corredizo-. Precisamente estaba empezando a perder práctica.

–¡Cerdo! – exclamó Gunther-. Larguémonos. Ya es suficiente.

El segundo paisano, que había permanecido silencioso, se adelantó a su vez.

–No os enojéis, camaradas; todos luchamos bajo la misma bandera.

Habla alemán, ¡y con acento de Hamburgo!

–Lo que hacéis es peligroso, os puede costar la cabeza; la nuestra tampoco está muy firme sobre los hombros. He desertado, me llamo Cari, él Fernand, y nos hemos encontrado con vosotros por pura casualidad.

–¡Desertor!

El legionario sonríe torcidamente.

–¡Un desertor con un individuo de la Resistencia! – dice Heide, que se adelanta empuñando la metralleta-. ¡Basura! Nuestros cuatro compañeros del otro día fueron liquidados con un «P38». ¡Odio a los desertores! ¡Malditos cobardes!

–Nosotros no hemos disparado contra los vuestros, lo juro. Yo tengo una chica por aquí y estaba hasta la coronilla de gritar «Heil!».

El legionario se encoge de hombros.

–Si dejamos que os larguéis, ¿qué garantía tenemos nosotros de que no vais a llamar a los perros de guardia?

–¿Quieres burlarte? – dijo el individuo-. ¿Arriesgar el pellejo por un cerdo? A mí no me importa, pero cuidado con la vieja; cuando ya no tenga miedo, charlará, y París está lleno de espías. La vida de un hombre no vale un ochavo. Hubieseis debido matarla.

La vieja se escabullía, pegada a la pared.

–¡Espera! – gritó el legionario-. Empiezas a sernos simpática.

–Es la portera; no tiene nada que hacer ahí fuera. Es la chismosa más desvergonzada del barrio. Hace tiempo que pensamos liquidarla.

–¡Jesús María! – vuelve a gemir la vieja, cayendo de rodillas ante los soldados.

–Te lo advierto -dice el legionario-. Si pronuncias una palabra, mañana por la noche habrás muerto. Esos hombres se ocuparán de ello; están decididos.

La mujer llora desgarradoramente. Su madre tenía razón: París no es lugar adecuado para las personas decentes. Volverá al campo.

–¡Basta! – dice el legionario-. Y cuidado con la lengua. Se te vigila.

La vieja regresa aterrada a su garita, y los dos individuos de paisano nos acompañan durante un trecho.

–Nunca lo conseguiréis -dice el francés-, sobre todo con esas bicicletas de la Policía. ¿Cómo diantres vais a atravesar el Sena? No hay un solo puente sin vigilancia.

En efecto, aparece el pequeño puente de Notre Dame, y dos policías armados montan guardia al otro lado.

–¿Y ahora? – murmura *el Viejo*.

A nuestra espalda zumba el motor de un coche «Kübel».

–¡Haced desaparecer ese maldito cerdo! – murmura Gunther.

Con un rápido movimiento, el animal pasa por encima del seto de la plaza de Saint-Julien-lePauvre. ¡Una exclamación! El cerdo ha caído sobre dos vagabundos que huyen gritando por una callejuela. Es la primera vez en sus vidas que son despertados por un maná caído del cielo, y corren a contar el hecho en un tugurio frecuentado por prostitutas y otros vagabundos.

–Habría que avisar a la Gestapo -dice un individuo de aspecto patibulario

–Tienes razón, Maurice -asiente una vieja ramera-. Los *boches* pagan por los servicios prestados y no son avaros como los franceses.

El tipo se abrocha sobre sus andrajos un abrigo azul que ha robado a un marinero alemán muerto, pero ha olvidado este detalle, lo que va a tostarle la vida.

—¿Adonde vas, Maurice? — grita el dueño.

Nadie sabe que ese dueño es un desertor de los cazadores alpinos del año 1917. Hace veinte años que vive con documentación falsa, y no le interesa ver la nariz de ningún policía. De un puñetazo, obliga a Maurice a regresar a su banco, pero el individuo se le escurre entre los dedos y abandona corriendo el tugurio. A dos pasos del «Metro» Saint-Michel, está parado un coche «Kübel». Dos jóvenes en uniforme gris perla con escudos negros se apean del automóvil.

—¿Adonde vas tan tarde, amigo?

El individuo se detiene, mira los cinturones y lee sin entender la terrible divisa: *Meine Ehre heisst Treue* [\[19\]](#). Levanta los ojos, ve otros de color azul claro, unas gorras torcidas sobre la oreja, unas calaveras bordadas bajo un águila arrogante. Se alarga una mano enguantada de negro.

—¿Pase?

El hombre no tiene documentación. La ha vendido por alcohol, que lo hace olvidar todo. Unos dedos hábiles lo registran. Un *Unterscharführer* de dos metros de estatura se apea a su vez del vehículo. Las hombreras negras sobre el uniforme gris hacen pensar en los rusos. Es la muerte en la persona de un hombre de veintiocho años.

El *Unterscharführer* Schramm, desde que fue golpeado por un comunista a los catorce años, colecciona cadáveres. En dos ocasiones ha sido degradado por una detención irregular, pero no le importa. Sabe que la guerra está perdida, pero ¡desgraciado de quien se atreva a decírselo! El hombre era uno de los fanáticos del *Obergruppenführer* Heydrich. Hace unos días que ha llegado de Polonia con su unidad para hacer lo que se espera de él, y quiere recuperar sus galones de *Hauptscharführer*, cuyas huellas se ven todavía en su uniforme. Está seguro de que volverán, porque hacen falta individuos resueltos como él.

Hugo Schramm no era intrínsecamente malo; se parecía a esos legionarios romanos que, con indiferencia total, crucificaron a un partisano judío. Apartó a sus dos camaradas, y su mano enguantada de negro palpó el abrigo azul.

—¿De dónde has sacado esto, hermano?

—De un amigo del «Hotel Meurice».

—¡Caramba! — exclamó Schramm, y con movimiento rápido arrancó el cuello del pesado abrigo; desgarró el forro y descubrió una ficha de yute: «Marine-Zeugamt. Kiel. U-Boot-Kommando 3»-. ¡Desvalijador de cadáveres! ¡Llévao!

Es la sentencia de muerte de un despreciable delator empapado de alcohol.

—Ven, compañero.

Uno de los nombres de la SD cogió al individuo por un brazo. Es difícil encontrar un asesino malo. El *Unterscharführer* vuelve a subir al automóvil, enciende perezosamente un cigarrillo y se abstrae en la lectura de un informe. Ha olvidado ya

al individuo.

En un portal oscuro, uno de los SD obliga al prisionero a agachar un poco la cabeza.

–No sentirás nada -le dice con tono de consuelo, mientras apoya el cañón del «P38» en la nuca.

Una mirada circular a la calle. Un solo disparo, el cuerpo cae al arroyo y la sangre caliente resbala hasta la alcantarilla. La gente de la SD prende una ficha en el cadáver: «Delator», y después continúa la caza del hombre. Ocho días más tarde, Schramm ha recuperado sus galones, y cada noche deambula con su unidad por las calles de París, pero es un hombre muy curioso: totalmente íntegro, detesta el alcohol, nunca prueba la carne, y cuando va a ver una prostituta no es como cliente, sino como funcionario de la «Sicherheits Dienst». Es un autómatas implacable, pero sus instintos no tiene fallos.

Volviendo a lo nuestro, fue *Hermanito* quien salvó la situación. ¿De dónde sacó aquel ataúd que esperaba a su ocupante al pie de una escalera?

–¡Menuda ganga! – exclamó Heide.

Metimos el cerdo en el ataúd, pusimos las metralletas a la funerala y exhibimos un rostro de circunstancias. Desfilamos lentamente por el puente, con el ataúd al hombro, y los *feldgendarmes* respetuosamente, se cuadran y saludan. París empieza a despertarse. Nos acompaña una simpatía general, y Porta la aprovecha para llorar un poco ¡Por fin, Montmartre! *Salchichón Negro* nos esperaba, pero la vista del ataúd la enloqueció de miedo. De pronto, Porta se detuvo.

–Oye -dijo a *el Viejo*-. ¿Cómo se llamaba...? Ya sabes... Aquel cerdo de los dioses del Norte.

El Viejo le miró con expresión atónita.

–¡Es cierto! – asintió Barcelona-. Odín tenía un cerdo. ¿Cómo diantre se llamaba?

La pregunta es estúpida, pero ha dado la vuelta al grupo. ¿Pertenece a Odín, a Freya o a Tor, y cómo se llamaba aquel cerdo de la mitología nórdica? El asunto se caldea en la place du Tertre. ¿Cómo se llamaba el cerdo mitológico?

–Esperad -dijo, riendo, el legionario-, telefonearé a la Prefectura de Policía.

Como respuesta, una sonora blasfemia, y cuelgan, pero el funcionario se vuelve hacia sus colegas.

–Es un cretino que telefona para saber el nombre de un cerdo célebre. ¿Se te ocurre a ti?

–Claro que sí -contesta el otro-. ¡Se llama Adolf!

Heide se apresura a hacer la misma pregunta a la *feldgendarmerie*. Otra blasfemia, seguida de un rosario de amenazas, pero el impulso está dado. ¿Cómo se llamaba el cerdo de Odín? La pregunta recorre las calles. Cuando nos vamos, una patrulla nos detiene en la place Clichy, y por una vez no les interesan nuestros

documentos.

–Camarada -cuchichea uno de aquellos perros-. ¿Por casualidad no sabéis cómo se llamaba el cerdo de Odín?

–Nosotros también estamos tratando de averiguarlo -contesta Heide.

La primera pregunta que se nos hace al llegar al cuartel del Príncipe Eugenio no es la que todos esperábamos: ¿Por qué nos hemos retrasado media hora?

–¿Alguno de vosotros, pandilla de cretinos, sabe el nombre del cerdo de Tor?

No. Nadie lo sabe. Entonces, nos despiden con cajas destempladas y nos amenazan con las peores sanciones. ¿Cómo se llamaba el cerdo de Odín?

En Suresnes, la feldgendarmerie detuvo un día a dos muchachos que tenían en su poder varios revólveres. El más joven tenía trece años, el mayor, quince.

El comandante Schneider no se atrevió a obedecer las órdenes estrictas del Consejo de Guerra a causa de la juventud de los delincuentes, y se puso en contacto directo con el general Von Choltitz.

-¿Por qué me molesta? – contestó el general-. Son lo bastante mayores para leer las instrucciones. Obedezca las órdenes, comandante.

Los dos chiquillos fueron ejecutados en el Mont Valérien.

LA GESTAPO CAPITULA

La noticia se propagó como un incendio en un bosque en el mes de agosto: la Gestapo estaba en el cuartel. Un «Mercedes» negro ocupado por cuatro hombres; después, un coche celular verde, y luego, dos «DKW» asmáticos para la morralla.

Era el momento del almuerzo. *Hermanito* escupió lo que tenía en la boca y desapareció para enterrar tres saquitos de dientes de oro bajo los rosales del *Hauptfeldwebel* Hoffmann. Actividad general y febril. Nadie tiene ya el menor apetito. En las cocinas se trabaja para restablecer la exactitud de las balanzas; tres marmitones franceses se evaporan.

El comandante Hinka desaparece en el Cuartel General del Oeste; su oficial de órdenes sufre un ataque de fiebre y nadie es capaz de encontrar a un médico de Estado Mayor, que estaba allí cinco minutos antes. Nos reúnen. Moloch reclama sacrificios.

Gregor suda de miedo.

—¡Vaya jaleo! ¿Qué querrán de nosotros?

Cuando vemos a *el Viejo* desaparecer en las fauces del monstruo, nos apretujamos detrás él para prestarle apoyo.

—¡Tengo un pánico! En la retaguardia siempre salen líos.

El gran refectorio se convierte en una laboriosa colmena. En un estrado del que siguen colgando coronas multicolores (recuerdo de la fiesta *Fraft Durch Freude*, que había tenido lugar tres días antes), hay ocho paisanos. Decir paisanos quizá sea exagerar: los sombreros de ala caída y los abrigos de cuero oscuro hablan con elocuencia. Es el uniforme de la Gestapo.

En el centro, un hombrecillo rubicundo y panzudo. El emblema del partido, del tamaño de la palma de una mano, resalta en la solapa de su abrigo. Todo el mundo se amontona en el fondo bajo la mirada paciente de los que ocupan el estrado, que no tienen prisa; pero en el centro se ve una fila de sillas más altas y vacías: es allí donde generalmente se instalan los oficiales de Estado Mayor para las sesiones interesantes. Porta se dirige descaradamente hacia esas sillas, seguido por toda la segunda Sección.

El rubicundo enrojece todavía más. En medio del gran silencio bebe, y todo el mundo le oye tragar; después, se presenta.

-Kriminálobersecretar Schluckebier. Gestapo. – Breve pausa-. Estoy aquí para ayudar. La Gestapo es vuestra amiga y sólo ha de temerla quien tenga sucia la conciencia.

Su rostro trata de mostrarse amenazador, y sus ojillos negros examinan la gran sala donde se han apretujado dos compañías de fuerzas de combate. Después, vuelve a ser el bonachón campesino de Westfalia.

—Los que tienen la conciencia limpia no temen nada, y a éstos, camaradas, la

Gestapo los saluda. Constituyen la columna vertebral del Reich. Levantémonos juntos y cantemos nuestro himno nacional.

El hombre lleva el ritmo con la botella de agua y parece estar muy satisfecho. Después, continúa:

–De todos modos, ha ocurrido algo deplorable. Unos saboteadores judíos ensucian vuestro honor, manchan vuestras banderas desplegadas.

Nos miramos con aire de no entender nada. ¿Nuestras banderas? Los ojillos negros lanzan chispas, y el policía saca del bolsillo una libretita.

–Ya sabéis que el mercado negro está castigado según el código criminal. – Levanta la libretita como si fuese la antorcha de la libertad-. Con las penas más severas. – Ademán de la mano sobre la garganta, con un aire de lo más satisfecho-. El mercado negro es el azote de la nueva Europa, cuya causa está en la quinta columna judía, pero la venceremos. Sólo esos cerdos infectos se dedican al mercado negro.

Cerdos infectos... Varsovia, 1939: un hormiguero humano se apretuja alrededor de las mercancías de todo género ofrecidas por los nuevos miserables. Sólo se ven calles despanzurradas, cráteres llenos de agua, barracas cubiertas con lonas, niños que se pelean por un pedazo de pan, soldados de todas las armas. Los primeros oficiales SS habían comparecido con su hermoso uniforme gris perla, cuello gris oscuro, corbata inmaculada y gorra alta con la calavera. Manipulaban la mercancía extendida, y si no les interesaba la tiraban olímpicamente al barro. Se detuvieron junto a una barraca; bajo el techo hundido, una joven cuyos cabellos quedaban ocultos por un chal, había instalado una tabla en equilibrio sobre dos bidones de gasolina, y en este escaparate exhibía una elegante ropa interior femenina.

Uno de los SS cogió expertamente lo mejor que había y sonrió satisfecho. La joven dijo una cifra.

–¿Cómo? – El oficial, estupefacto, enarcó una ceja-. Judía, tendrías que sentirte dichosa de que te tolerásemos en esta plaza. ¿Y aún quieres que se te pague?

Levantó la fusta y golpeó el rostro de la joven que empezó a sangrar. Pero, de pronto, le rodea un muro viviente, un muro de uniformes grises del frente. El SS observa los rostros sombríos los soldados silenciosos, se golpea con la fusta las relucientes botas y se dirige a un *Stabsfeldwebel* en cuyo rostro está pintado el odio.

–¿Desea algo, *Stabsfeldwebel*?

Un silencio amenazador se cierne sobre la plaza del mercado.

–Nada, *Hauptsturmführer*.

–En efecto, no se me ocurría...

Los oficiales SS ríen, apartan a los mirones, prosiguen su lento paseo y pagan lo que les parece a fustazos. Varsovia 1939. Y ahora, París 1944.

El rubicundo nos mira.

–La Gestapo está aquí para ayudarnos contra los tiburones del mercado negro. –

Apura la botella, eructa y reajusta su pistola bajo el abrigo de cuero-. Diez sacos de café han desaparecido -grita-; este café es vendido en el mercado negro por la judería internacional, y la Gestapo lo sabe. Nada se oculta a la Gestapo. ¿Dónde está ese café?

La segunda Sección se siente especialmente observada. Todo el mundo nos mira. *El Viejo* desmenuza su carnet, Heide aplasta un cigarrillo con dedos humedecidos por el miedo, Gunther contempla el techo, *Barcelona* manosea un botón de su uniforme, *Hermanito* mira con viva atención una de sus botas, y Gregor hace chirriar sus dientes. Sólo Porta ríe con impertinencia y mira al rubicundo en un duelo silencioso.

—¡Como queráis! – grita el hombre, apartando la mirada-. Pasemos al segundo punto: hace tres días, un camión lleno de mantas fue desvalijado cuando estaba detenido en el patio de la 2.^a compañía. ¿Dónde están esas mantas? Espero una respuesta.

Todo el mundo espera. Transcurre un cuarto de hora. Silencio mortal.

—¡Granujas! – ruge el policía-. Pero, ¡cuidado! ¡Aquí ya no reina la indisciplina del frente! ¡Nadie se burla de la Gestapo! ¡Reflexionad bien, hatajo de cretinos! ¿Creéis acaso que la Gestapo tiene la menor consideración por dos miserables compañías? ¡Ya veréis lo que haremos de vosotros!

A su espalda, asentimientos de aprobación. El rubicundo espumea, lanza salivazos, golpea la mesa, agita su revólver. De pronto, Porta se levanta.

-Herr kriminálrat. -De un solo golpe, Porta le ha hecho ascender siete grados-. ¿Ha dicho usted que la Gestapo quiere ayudarnos? – Un gruñido incomprensible-. Expongo humildemente -prosigue el pelirrojo con su sonrisa más berlinesa- que deseo formular una queja. Se nos trata muy mal.

Toda la cantina está allí, escuchando. Porta saca de la bota un documento voluminoso. Los que están más cerca pueden ver que es el reglamento de Intendencia.

—Desde hace cuatro meses no hemos recibido nuestra ración de azúcar. Dos gramos y cuarto por hombre.

Porta da golpecitos en su papel.

—¡El furriel!

Dos sombreros de alas caídas se van a buscar al furriel.

—¿Es cierto que los hombres no han recibido su ración de azúcar?

El furriel se encoge de hombros.

—Sí -dice con absoluta indiferencia-. El regimiento no ha recibido azúcar de Intendencia desde hace cuatro meses.

Satisfacción del rubicundo.

—¡Retírese! La queja es rechazada. El azúcar no es indispensable para la guerra y no tiene nada que ver con la victoria final.

-*Herr kriminalrat* -prosigue suavemente Porta-, el *Obergefreiter* Porta desea presentar una nueva queja.

Esta vez, los presentes empiezan a agitarse.

-¡Basta! – grita el policía. Porta se sienta-. ¡No! Usted no, los otros. ¿Alguna cosa más?

-Concedo a *Herr kriminalrat* que paso por lo del azúcar, pero el pan, ¿es importante para la guerra?

-Sí -dice el hombre, secándose la frente el pan es importante.

-Entonces -dice Porta, ojeando su librito-, estamos siendo robados. En nueve meses, la 5.^a compañía ha sido defraudada en 712 kilos y 17 gramos de pan de munición. El hecho ha sido comprobado cuatro veces en una balanza decimal.

-¡Decimal! – murmura el rubicundo, nervioso-. Una balanza es una balanza.

-Nos roban mucho pan -prosigue Porta-. Ocurren muchas cosas feas en este quinto año de guerra, y es preciso que la gente honrada abra bien los ojos.

El rubicundo lanza una mirada fulminante al furriel, que vuelve a encogerse de hombros.

-Las cifras dadas por el *Obergefreiter* Porta son exactas.

Dos sombreros de alas caídas van en busca del *Stabszahlmeister* Rabe. El sargento mayor, bañado en sudor, se disculpa por el robo general organizado. Muestra grandes listas de números, pero el rubicundo detesta los números.

-Para paliar estos robos -explica el sargento mayor, mientras el sudor le brota en forma de gruesas gotas-, los hombres reciben de vez en cuando raciones suplementarias de pan. Una ración así fue distribuida hace tres días.

Mira a Porta y se promete que aquel hombre ha de acordarse de él.

-¿Es cierto esto? – aúlla el rubicundo, mirando a todo el mundo y nadie en particular.

-¡Sí, es cierto! – gruñe el *Hauptfeldwebel* Hoffmann, quien recibe un guiño de agradecimiento del sargento mayor.

Esta noche, los secretarios recibirán una ración suplementaria de pan, y también otros artículos, pero el *Obergefreiter* Porta y sus compañeros no tendrán nada.

-Queja rechazada -grita el rubicundo.

-*Herr kriminalrat* -prosigue tercamente Porta-, pasemos por lo del pan. – Dirige una mirada afectuosa al sargento mayor-. Declaro que desde hace dos años no he recibido el dinero para los zapatos. Me he quejado personalmente en varias ocasiones y la última fui despedido con amenazas. ¿Es que los soldados del Führer han de ser tratados de este modo? Todos los que consiguen botas por sus propios medios tienen derecho al dinero de los zapatos. – Muestra uno de los suyos para que lo examinen-. Éstos me pertenecen. No tienen nada que ver con los almacenes de suministros del Ejército.

El rubicundo observa los zapatos de Porta. Nunca había visto algo igual. Ciertamente, no habían sido confeccionados en el Tercer Reich. Hoffmann sonrió con satisfacción. Esta vez, Porta no saldrá bien librado, ha metido la cabeza en el nudo corredizo. ¡El dinero de los zapatos! ¿Quién ha oído hablar de eso?

—¿De dónde ha sacado que tiene derecho a este dinero?

Porta, con aire de caballo feliz, se hincha y saca del bolsillo otro reglamento.

—Con el debido respeto. Aquí está: hoja de servicio del Ejército 12.365/IV, párrafo a, octava línea. «Todo soldado, suboficial u oficial que se procure el calzado por sí mismo debe recibir doce pfennigs diarios, que le son entregados a condición de que pague el mantenimiento de su calzado al regimiento, por razones de orden.» -El pelirrojo sonríe amablemente-. Esta nota de servicio está firmada por el general pagador en jefe de la sección de uniformes del Ejército.

Los de la Gestapo espumean de rabia. ¡Que el diablo se lleve a ese *Obergefreiter*! Llegan con un asunto claro sobre el café y se ven metidos en aquel embrollo. ¿Cómo evitarlo? Los ojos relampaguean.

—¿Cuánto tiempo hace que se provee de calzado por su cuenta, *Obergefreiter*?

—Mucho -contesta Porta, con satisfacción-. Muchísimo. Se me deben ya diecisiete marcos y veinticuatro pfennigs. — Miró el reloj-. Y dentro de una hora la compañía me deberá doce pfennigs más.

—¡Es lo más grande que he oído nunca! — grita Hoffmann, conteniéndose a duras penas-. Esto incumbe a un Consejo de Guerra; me gustaría saber lo que opinaría el comandante del Gran París.

—Totalmente de acuerdo con el *Hauptfeldwebel* -contesta Porta, asintiendo con la cabeza-, pero, por desgracia, este asunto no compete a ningún tribunal militar. Compete al del Reich, en Berlín.

—¡Porta! — rugió Hoffmann-. ¡*Obergefreiter* Porta! Le ordeno que se calle antes de que haga algo que lamentaríamos todos. ¡Se me ha acabado la paciencia! ¡Y es el Ejército el que habla, no la Gestapo!

El rubicundo bebe agua. ¡Qué anarquía! Un apocalipsis. Al tercer Reich le esperan días difíciles cuando se ven cosas tan inverosímiles. ¡Es el Ejército el que habla! ¡Unas nulidades como aquéllas! Y bebe otro vaso de agua.

—Debe de mear como un caballo -cuchichea *Hermanito*.

Hoffmann se interrumpe un instante para tomar aliento, y Porta prosigue imperturbablemente:

—Según el SDV, *Herr Hauptfeldwebel*, está terminantemente prohibido a un superior proferir amenazas contra su inferior mientras éste expone agravios. Si más tarde, a la luz de las investigaciones, se ve que se trata de una mentira, el demandante puede ser enviado ante un tribunal de guerra. Reglamento, página 41, línea 3.», firmado por el teniente coronel de Estado Mayor General Reibert. Y un teniente

coronel que tiene acceso al Estado Mayor General sabe de lo que habla.

El policía asiente. ¡Estado Mayor General! Ésas son aguas profundas. ¡Abajo las patas! Asuntos de Adolf. Estado Mayor General... Hoffmann adquiere un tono verdoso y manosea su gorra. Una amplia sonrisa ilumina el rostro del teniente Löwe. En momentos como aquél, adora a Porta.

El rubicundo se vuelve notablemente bonachón. Ese *Obergefreiter* de blindados conoce el reglamento, y el mismo Adolf ha dicho: «El derecho es el mismo para los pequeños que para los grandes.» Después de todo, ¿no será ese Hoffmann un agente de la judería? Y en cuanto a ese Porta, no parece nada intimidado ante el Estado Mayor General.

–Porta -pregunta amablemente el hombre de la Gestapo-, ¿ha enviado usted la factura a la Intendencia del regimiento?

–Naturalmente -declara Porta con descaro.

–¡Miente! ¡Miente lo mismo que habla! – vocifera Hoffmann-. Ese cerdo es incapaz de escribir ni siquiera su nombre, y esas botas con las que ese bandido quiere estafar al Estado, son bienes robados. ¡Pero eso se acabará! ¡Hace tres años que vigilo a ese granuja! ¡Ha sido él quien ha robado el café y el camión de las mantas! ¡Es un ladrón inveterado, un enfermo mental, una mancha en el honor de la civilización! ¡Detenedlo! ¡Expulsadlo del Ejército!

El teniente Löwe lanzó una sonora carcajada, a la que hizo eco Gickel, jefe de la 1.^a compañía. Risa desenfrenada general. Porta sonrió y entrechocó por tres veces sus tacones.

-*Herr kriminalrat* , estoy a sus órdenes para rechazar las inverosímiles acusaciones de mi superior. Tenemos gran cantidad de testigos -afirmó el pelirrojo, mostrando la sala con un amplio ademán.

–¡Creutzfeldt! – gritó Hoffmann, lanzándose desesperadamente hacia *Hermanito*, a quien consideraba un solemne botarate-. No me mientas a mí, tu superior. ¿Te atreverías a negar bajo juramento que este demente ha robado esas botas de que tanto se enorgullece? Las cogió de un cadáver americano, y desvalijar a los muertos es una falta grave.

–A sus órdenes, *Herr Hauptfeldwebel*, el *Obergefreiter* Wolfgang Ewald Creutzfeldt no sabe nada de esta historia de cadáveres desvalijados. Porta compró cuatro pares de botas al sargento mayor del 177 Regimiento de Infantería, el día en que incendiaron el almacén.

–¡Mentira! ¡Es un juramento en falso! – gimió Hoffmann.

Con absoluta calma, Porta mostró una factura pagada, en la que había la firma del *Stabszahlmeister* Bauser, del 177 Regimiento de Infantería.

El rubicundo tamborileó sobre la mesa y bebió un vaso de agua.

-*Obergefreitei* Porta, tiene usted diecisiete marcos y veinticuatro pfennigs a su

favor en la 5.^a compañía.

—Dentro de cinco minutos, treinta y seis pfennigs -corrigió Porta-. No soy avaro, pero el derecho es el derecho.

El rubicundo asintió, al tiempo que *lanzaba* una aviesa mirada a Hoffmann,

-*Hauptfeldwebel*, cuide de zanjar esta deuda lo antes posible. Será mejor liquidar este asunto antes de que llegue más lejos.

—¿Puede cobrar en seguida! — gruñó el *Hauptfeldwebel* Hoffmann, furibundo, arrojando el dinero a Porta.

El hombre de la Gestapo empezaba a sentir interés por el pelirrojo. Había cierto estilo Krupp en aquel *Obergefreiter*, y ante esa gente la judería internacional capitula.

—¿No tiene más quejas que formular, *Obergefreiter*?

—Sí, varias, pero no quiero robarle su precioso tiempo a *Herr kriminalrat*, ahora que hemos vuelto a la guerra total.

—¿Ya tendrá su guerra total ese cerdo! — murmuró Hoffmann-. Todavía no me conoce, pero sabrá lo que es la disciplina. Con gente como este *Obergefreiter*, he perdido la fe en la victoria; estamos listos, pero, de todos modos, ya verá.

El hombre de la Gestapo bebe a pequeños sorbos el vaso de agua, en espera de volver a lo del café. ¡Diez sacos de café! ¡Una fortuna! Ni por un momento duda de que Porta haya robado el café, pero es un tipo condenadamente listo, y puede olvidarse el asunto si Porta accede a cederle la mitad del botín. Con cinco sacos de café resulta más tolerable un quinto año de guerra.

—Desgraciadamente, estoy obligado a volver al primer asunto. El café, Porta. Se dice que usted lo ha robado.

Porta mueve tristemente la cabeza:

—¿Se dicen tantas cosas en estos tiempos! El interpelado no sabe nada acerca del café. Por lo demás, nunca lo bebe.

En el mismo momento comparece el *Feldwebel* Winkelmann, jefe de almacén del sargento mayor, y hasta entonces maléfico inspirador de Hoffmann en todos los asuntos turbios.

—Permítame intervenir, *Herr Oberinspektor*. Llego del almacén, donde he encontrado los sacos de café. Su número es rigurosamente exacto.

—¿Quéee? — balbucea el policía.

¡Que el Ejército alemán entero se vaya al cuerno! Winkelmann permanece impasible.

—Informo que he encontrado los diez sacos de café detrás de la cebada yugoslava. Son los hombres del almacén. Desorden y falta de conciencia, pero dos de ellos ya han sido adscritos a una compañía que sale mañana hacia el frente.

—Así, pues, ¿no falta ya nada?

El rubicundo está boquiabierto. ¡Se la pagarán! No debían robarle. Cinco sacos le

pertenecían por derecho. ¡Bandidos!

–¡Mientes, basura! – grita Hoffmann-. ¿Es que no contamos juntos los sacos? ¡Vamos, Winkelmann, no seas cerdo! ¡Eres un viejo camarada!

Dos sombreros de ala caída, el rubicundo, Hoffmann, el sargento mayor y el *Feldwebel* Winkelmann van en comitiva al almacén del regimiento. Diecisiete sacos de café del Brasil, con sello del Ejército, están allí alineados. Se olfatea su contenido: es café. Se vacía un saco cogido al azar: es café. ¿Cómo se las ha arreglado Winkelmann? Diez sacos de café no se encuentran colgando de los árboles. ¿Trabaja con Porta? Pero no, Porta es excesivamente desconfiado. Entonces, ¿qué? Winkelmann se muestra encantado, mientras Hoffmann manosea su revólver.

–Desdichadamente para ti, *Feldwebel* de almacén, tengo tu informe falso. Ya veremos lo que pensará de él el *Generalfeldmarschall* Model.

–¿Informe? – sonrió Winkelmann-. Lo que tú tienes es un pedazo de papel sin firma.

–¡Con tu nombre escrito en él!

–Esto es cierto, Claus, pero escrito por ti. ¿No dijiste que si nos apoyábamos mutuamente acabaríamos por hacer una mala pasada a Porta, que te molestaba?

El sombrero del rubicundo recibe un puñetazo de su propietario.

Informe falso, llamada sin motivo a la Gestapo, falsificación de firma, párrafo 309 del libro de castigos. Es grave.

Uno de los acólitos hace tintinear ya las esposas y, mientras discute ruidosamente, el grupito regresa a la gran sala. Hoffmann, con expresión malévola, guarda silencio; está tramando algo. Nunca hasta entonces se le ha visto capitular. ¡Porta, ese granuja, ese rey del mercado negro! En veintitrés años de servicio, el *Hauptfeldwebel* no recuerda haber odiado tanto a ningún individuo. Era como el perro del capitán Gerke, el bulldog *Tulle*, que siempre levantaba la pata junto a las botas de Hoffmann. Pero, ¿qué puede hacer un *Feldwebel* contra un perro de oficial? Por desgracia para *Tulle*, no conocía al Ejército polaco, y voló despedido por una granada bien dirigida. Desde aquel día, Hoffmann no toleraba que nadie hablase mal de los polacos. En cuanto al capitán Gerke, encontró una muerte heroica en el ghetto de Varsovia; evidentemente, el balazo que recibió en la nuca armó algo de jaleo, era un 9 mm. P. 38, pero los partisanos podían haber robado un arma como aquélla. El oficial de las dos estrellas de oro en la hombrera, iba a ser enterrado gloriosamente, con *Tulle* a su lado, cuando de pronto se descubrió que el capitán poseía un 25 por ciento de sangre judía. ¡Un agente del mal! Los restos del héroe y del perro que se había permitido levantar la pata junto a las botas de un prusiano, fueron a parar a una fosa polaca. Hoffmann escupía aún al recordarlo. Todos aquellos oficiales y sus perros eran unos cerdos. Se puso en pie.

-Obersekretär, el *Hauptfeldwebel* Hoffmann solicita una investigación relativa a

la 5.^a compañía del 27 regimiento de tanques ZBV, en especial la 2.^a Sección, primer grupo. Objetivo: alta traición, sabotaje a las órdenes, faltas al honor militar, derrotismo, complacencia con el enemigo.

Un silencio de muerte reinó de pronto. El hombre de la Gestapo tragó a toda prisa dos vasos de agua, y la sonrisa del teniente Löwe se heló en sus labios. Todo el mundo sabía a qué aludía Hoffmann; un asunto que podía costar muchas cabezas.

Dicho asunto ocurrió en Normandía un hermoso día de sol. Dos «Tigre» se habían parado, averiados, frente a las posiciones enemigas, y un coronel de Estado Mayor, sin pestañear, dio orden de ir a recuperarlos.

El teniente, que sabía los hombres que iba a costar la operación, se negó en redondo. Entre los dos oficiales se originó una violenta disputa, que terminó cuando una granada perdida destruyó al coronel de Estado Mayor. Pero Porta tuvo la indecencia de reírse ante el cadáver del oficial, lo que le valió una bofetada del teniente Löwe. La historia fue comentada y llegó a oídos de Hoffmann, quien sacó de ella una gran satisfacción. Un caso de doble vertiente; un oficial había golpeado a un subalterno, con sabotaje a la orden de un superior.

Esta vez, el *Hauptfeldwebel* triunfa. Hace tres años que esperaba este momento, y hoy el ataque se muestra especialmente preciso. El hombre de la Gestapo, perteneciente a la clase de los suboficiales, no podía sentir ninguna simpatía por los oficiales, sobre todo por los del frente. El rubicundo muestra su satisfacción: se da cuenta de que pisa terreno firme y el ascenso se vislumbra en el horizonte. Evidentemente, no es asunto de su competencia, sino de la policía de campaña, pero ya se arreglará con ellos.

Se yergue y se encasqueta aún más el sombrero.

—Mi teniente, ¿levantó o no levantó la mano contra un subordinado?

El teniente Löwe palidece intensamente; sabe que esta noche la puerta de la cárcel puede cerrarse tras de él.

—¿Golpeó, sí o no?

—Sí -contesta con voz ronca.

El hombre de la Gestapo siente deseos de abrazarlo. El destino está en marcha, y durante veinte minutos surge de su boca un torrente de soeces insultos contra Löwe y los oficiales, junto con concretas amenazas de muerte. De pronto, cesa de gritar. Porta se adelanta.

—*Herr kriminalrat* -dice Porta en tono servil-, todo eso que dice es la expresión misma del sentido común. Los oficiales son unos puercos y deberían ser ahorcados.

El policía se estremece. ¿Habrán ido demasiado lejos? Puede resultar peligroso. Entretanto, Porta golpea teatralmente la hebilla de su cinturón, donde aparece la divisa: *Gott mit uns*.

—Sólo Dios está con la tropa; efectivamente, no existe límite alguno respecto a lo

que los oficiales pueden permitirse con los soldados. Es evidente que el Führer no sabe nada de eso, pero usted, *Herr kriminalrat*, sin duda se lo contará; por lo menos, así lo espero.

El teniente Löwe no daba crédito a lo que oía. Hasta entonces siempre había considerado a Porta, si no un amigo, por lo menos alguien que no era un enemigo. En cuanto a Hoffmann, tampoco acababa de creérselo. ¿Porta un aliado? Imposible. Su experiencia de viejo suboficial le hacía sentirse profundamente escéptico. Porta seguía sonriendo.

—Por lo tanto, he de informar a *Herr kriminalrat*, que, en efecto, he recibido golpes de mis superiores. — Se sonó cuidadosamente—. De todos modos, también debo informar que es preferible que este asunto no siga adelante. Todo se arregló hace ya mucho tiempo. El asunto fue archivado por un amigo que tengo en la Ge. G. d. S. u. A.

—¿Qué dice usted, camarada? — tartamudeó el policía, estupefacto.

—¡Ge. G. d. S. u. A.! — repitió Porta de un tirón.

El rubicundo experimentó un miedo tal, que el sudor empezó a resbalar por su rostro escarlata de campesino westfaliano. Ninguno de nosotros sospechaba el sentido de esas letras cabalísticas que significaban: *Geheimes Gericht der Soldaten und Arbeiten* [\[20\]](#).

Y, sin embargo, a ese tribunal podía apelar cualquier trabajador o soldado raso. En ese organismo se juzgaba con dureza, pero con justicia, y sólo se efectuaba un juicio; después, se cambiaban los jueces. Nada de juristas, sino paisanos escogidos por su sentido común y su equidad, cuyos nombres nadie conocía de antemano. Eran escogidos al azar, a puerta cerrada, y procedían directamente de diversas federaciones laborales y de las filas de los soldados rasos. A ese tribunal lo temía todo el mundo, incluida la Gestapo.

El rubicundo, desconcertado, asintió con la cabeza. Tal vez fuese una fanfarronada, pero si en verdad el caso había sido llevado ante aquel maldito tribunal, mejor era escurrir el bulto; ya había hablado demasiado para su propia seguridad. El hombre miró pensativamente a Porta, se secó la frente y metió sus papeles, todos revueltos, en una cartera donde estaban grabadas las armas del Reich. Se enderezó el sombrero y bebió otro par de vasos de agua.

—Bien -gruñó-. Doy el asunto por terminado. — Dirigió una mirada amenazadora a Hoffmann—. La próxima vez que llame a la Gestapo, reflexione antes, o de lo contrario tendrá que dar un paseíto con nosotros. Pero no se figure que esto ha terminado. La Gestapo lo controla todo, incluido el tribunal de trabajadores.

¡Palabras imprudentes! El hombre hubiera querido cortarse la lengua.

—¡Largo! — gritó-. ¡Idos al cuerno! ¡Fuera todos!

La sala se vació en un abrir y cerrar de ojos. El policía se acercó a Porta.

–¿A quién conoce en el *Geheimes Gericht*, camarada? – preguntó, pasando amistosamente un brazo por encima de los hombros del pelirrojo.

–Alto Secreto -contestó Porta, sonriendo-. Un buen patriota guarda silencio.

–Basta de esos camelos; ahora estamos nosotros solos. Ven a beber cerveza conmigo.

El *Untersfeldwebel* Braun, jefe de la cantina, el pelirrojo y el policía de la Gestapo se sentaron a una mesa.

–Tengo muchos amigos en ese tribunal- dijo el rubicundo con aire misterioso-. Quizá tú los conozcas.

–Entonces, algún día nos encontraremos allí -declaró su interlocutor con tono inocente.

Ronda tras ronda; se confraterniza.

–¿Quieres venirte con nosotros? – propuso el rubicundo-. Esto puedo arreglarlo.

–No puedo -dijo Porta-. Negocios, ¿sabes?

–¿Café? – murmuró amablemente el hombre.

El pelirrojo sonrió.

–¿Por qué no? En estos tiempos está muy solicitado.

–Hablemos claro, camarada. ¿Dónde habías escondido el café? Por aquí tengo clientes que pagan bien.

–No entiendo nada de lo que me dices, pero, por si acaso, ¿quiénes son esos clientes?

–Vamos a medias y hacemos juntos el negocio.

–¡Estás soñando! Un diez por ciento.

–Ni hablar. Un veinte y está arreglado. Son clientes como no tienes ni idea.

–Diecisiete, ni un pedo más.

–¡No seas grosero! Puedo tener el café, y a ti por añadidura.

Sin decir palabra, Porta se abrocha el cinturón y hace ademán de irse.

–¡Vamos, cálmate, camarada, tienes que prender una broma! – gritó el rubicundo.

–La familia Porta es célebre por su sentido del humor. Mi abuelo fue payaso en el circo Kranz, y hacía troncharse a la gente con sus ocurrencias. Llevaba en el trasero un tronco pintado de negro, rojo y blanco. Como ves, muy patriótico.

El policía rió forzosamente. Si no era el mayor insulto a los colores nacionales, entonces, ¿qué era?

–Puedo decirte -cuchicheó con tono misterioso- que el pequeño ordenanza barrigudo del comandante del Gran París anda buscando café, y no para él. Lo ha enviado el jefazo.

–No me creerás lo bastante cretino para ir a casa del general a meterle bajo las narices un saco de café.

–No, desde luego. Ni tú ni yo podemos presentarnos en el «Meurice». Por allí hay

demasiados hijos de mala madre. Agentes de la judería internacional, Ya llegará el momento de liquidarlos. Dureza, dureza de acero Krupp, ésa es mi divisa. Así, pues, de acuerdo con un diecisiete por ciento.

Y salieron cogidos del brazo.

Aquella misma noche, se cerró el trato con el ordenanza del general Von Choltitz, no sin comprobar antes cuidadosamente la autenticidad de los billetes de Banco.

Todo el mundo fue a beber unas copas a la cocina del «Meurice».

–¿Tienes cultura? – preguntó de pronto Porta al hombre de la Gestapo.

–¡Naturalmente! – señaló su insignia con dos estrellas-. ¡No te creas que dan esto sin cultura!

–Entonces, dime, ¿cómo se llamaba el cerdo de Odín?

–¡Qué diablo! ¡Es la cuarta vez que hoy me hacen esta pregunta! Pero, ¿qué diantre le quieren a ese cerdo?

Los policías del campo de clasificación «La Rolande», cerca de Beaune, eran gente que conocía la compasión. Uno de ellos, el Unterscharführer Kurt Reimling, se hacía cargo de la angustia de los prisioneros.

-Matadme con mis hijos -suplicaba una madre judía, a la que se quería separar de sus tres pequeños de corta edad.

Reimling accedió a sus deseos y tuvo la magnanimidad de empezar por los niños. La madre pudo comprobar que no habían padecido. Reimling era un experto del balazo en la nuca.

Los SS afirmaban que sus víctimas les daban las gracias por los miramientos que les tenían. Por lo menos, eso es lo que decía el Oberscharführer Cari Neuborg, en el campo de Drancy. Su bondad llegó hasta autorizar a una familia judía a encender las velas del Sabbat y a celebrar el Kaddish (ceremonia de los muertos) antes de obligarlos a ahorcarse mutuamente hasta el exterminio total. Aquellas velas podían acarrearle perjuicios: por lo menos, tres días de cárcel en la oscuridad y privación de ascensos durante seis meses. ¿No era generoso por su parte?

UN ATARDECER CUALQUIERA DURANTE LA LIBERACIÓN DE PARÍS

El *Hauptfeldwebel* Hoffmann se recostaba con expresión pensativa en una pared del cuartel Príncipe Eugenio, meditando una venganza de gran alcance. ¡Cuánto llegaba a odiar a Porta! Ahora sabía ya cómo habían aparecido los sacos de café; el *Feldwebel* Winkelmann los había pedido prestados al furriel de un regimiento de seguridad. Se hacían préstamos mutuos de este tipo para llegar a las cifras exactas. Pero, ¡que se prepararan! Hoffmann los vigilaría incansablemente y ya se presentaría alguna oportunidad. Entonces, aquella pandilla de granujas tendría su merecido.

Escupió su desprecio y su bilis en dirección un perro que dormía, ¡un asqueroso chuchito durmiendo en medio de un cuartel prusiano! El animal pertenecía a la 3.^a compañía, una compañía de granujas indisciplinados que permitían que un perro haraganeara durante las horas de servicio. No era extraño que la guerra fuese de mal en peor, cuando los chuchos militares se ensuciaban desvergonzadamente en el reglamento.

Hoffmann esbozó unos gestos amistosos hacia el perro, pero éste se escabulló con toda rapidez ¡Conocía el paño!

—¡Perro sarnoso! ¡No obedecer a un *Hauptfeldwebel*! Pero ya le llegará su hora.

Hoffmann pensaba en serio en hacerse trasladar. Según ciertos rumores, hacían falta *Hauptfeldwebels* capacitados en la cárcel de Germersheim [\[21\]](#), que debía de estar llena a rebosar. Esta idea lo puso casi contento. Regresó a su despacho para redactar la petición, y cogió un cordón destinado a medir el margen: tres dedos por la izquierda. En un cuartel prusiano se sabe cómo escribir una petición reglamentaria.

Tres golpes secos resuenan en la puerta. Entra Porta, seguido de *Hermanito*. Entrechocar de tacones, y brazos levantados.

-Herr Hauptfeldwebel, se presentan el *Obergefreiter* Porta y el *Obergefreiter* Creutzfeldt. Han sido designados para un servicio especial. Solicitan una ficha de salida hasta mañana al mediodía.

Hoffmann se yergue cuan alto es.

—¡Es la cuarta vez que me venís con este cuento! Ahora exijo saber en qué consiste este servicio especial. ¡No vayáis a figuraros que soy un cretino, hatajo de crápulas!

—Comunico al *Hauptfeldwebel* que se trata de un alto secreto -contesta Porta, impasible.

—¡Que se vaya al infierno vuestro alto secreto!

—Entendido, Herr Hauptfeldwebel; así se lo comunicaremos al coronel.

—Porta... -Hoffmann está a punto de estallar-. ¿Nunca ha oído hablar de un

cántaro que iba a la fuente?

–Nunca, *Herr Hauptfeldwebel*.

–¡Entonces, pronto lo sabrá! – vocifera-. No iréis a decirme que el coronel ha enviado a dos cretinos de vuestra catadura para pedirme una ficha de salida hasta mañana al mediodía. ¿No os la puede dar el ayudante del regimiento? Supongo que arriba no habrán vendido sus sellos.

–Comunico a mi *Hauptfeldwebel* que en estos momentos todo está en venta.

–¡Precisamente! Pues bien, ¡yo voy a venderos a Torgau, al coronel Remlinger! ¡Y dentro de muy poco! Para vuestra buena salud. ¿Habéis oído hablar del coronel, perros impertinentes?

–Comunico a mi *Hauptfeldwebel* que conozco bien al coronel Remlinger de Torgau.

Aunque loco de rabia, Hoffmann firmó las dos fichas de salida, las tiró al suelo y asestó un puntapié a una silla que voló hasta el otro extremo del despacho para caer en la cabeza del secretario, quien protestó con indignación.

–¡Cállate! – aulló Hoffmann-. Y usted, Porta, téngaselo por dicho. Iré en persona a ver al comandante para desenmascarar sus mentiras. Torgau le espera. – Golpeó una abultada carpeta-. Todo esto se refiere a usted, y ya veremos lo que dirá el Consejo de Guerra. Le vigilo desde hace tiempo, pero ahora la comedia ha terminado. Esa historia del otro día con la Gestapo no quedará tal cual, y usted con su tribunal secreto irá a parar a Torgau. ¡Palabra de Hoffmann!

–Comunico a mi *Hauptfeldwebel* que daré parte de esto a mi amigo del *Geheimes Gericht*.

–¡Salid! – gritó Hoffmann-. ¡Salid inmediatamente si no queréis que ocurra una desgracia!

Porta y *Hermanito* hacen chocar sus tacones y pegan un portazo tal que el yeso cae en forma de fino polvillo sobre el exasperado *Hauptfeldwebel*. Durante diez minutos, los cuatro secretarios se aferran a sus asientos y soportan un alud de injurias, hasta el momento en que el *Hauptfeldwebel*, que ya no puede más, se va a la cantina a ahogar en whisky su rabia. Por desgracia, al lanzar una mirada por la ventana, ve justamente a Porta y a *Hermanito* que salen tan campantes del cuartel, portadores de sendas voluminosas maletas, ¡El teléfono! Hoffmann se precipita sobre el aparato. ¡Hay que registrar las maletas! Pero en verdad no tiene suerte; por cuatro veces le dan un número equivocado, y cuando por último obtiene comunicación con el puesto de guardia, los dos compadres han desaparecido.

Porta nos había citado en casa de *Chaqueta Roja*. El dinero del cerdo representaba una importante suma, pero, por desgracia, la vida en París era cara y no recibíamos ninguna dieta del frente. Por fortuna, se presentaban nuevos negocios que dejaban pingües beneficios: un tráfico de armas. Esto, gracias a un agente doble

llamado *La Rata*, que asistía a los lanzamientos en paracaídas. El almacén radicaba en una fábrica situada detrás de la estación del Norte. Para ir hasta allí nos apretujamos en un viejo taxi francés con gasógeno, y encontramos las armas en su sitio, colocadas en tres estanterías.

–Y todo de buena calidad. Viene directamente de Churchill.

De pronto, se abrió la puerta. Comparecieron tres individuos, de aspecto grave, con una mano en el bolsillo derecho y la mirada fija en las armas.

–¿Lanzadas en paracaídas? – le preguntaron a *La Rata*.

–Apartad las zarpas -advirtió Porta- si tenéis apego a la vida. ¿Entendido?

–¿Amenazas? – dijo uno de los individuos-. Estas armas han sido robadas. ¿Sabéis lo que ocurre cuando se roban armas?

–Puedes tratar de birlar una -replicó amablemente el pelirrojo.

–Sí, probadlo -dijo una voz. Era Gunther, que estaba en la puerta con un MPI ruso en la mano-. ¡Vamos, adelante, imbécil!

El legionario cogió un «Colt» y movió compasivamente la cabeza.

–No es muy convincente; hubieseis tenido que quedaros donde estabais. Unos verdaderos novatos. Bueno, hablemos claro. ¿Queréis comprar esos juguetes? ¿Tenéis la pasta?

El más joven de los tres sacudió la cabeza.

–No llevamos nada encima. Pero uno de los vuestros puede acompañarnos.

–Desde luego. ¿Por qué no todos juntos? Gran recepción y se avisa a la poli, ¿no? ¿Por quién nos tomáis? Que uno de vosotros vaya a buscar la pasta, y a la primera sospecha los dos que se quedan recibe lo suyo. Sin hablar de lo que recibirán vuestros amigos, si es que se presentan.

–¡Pero, bueno, éstas no son vuestras armas!

–¡Ni las tuyas! Basta de tonterías. Aquí es el Ejército alemán, y podemos liquidaros sólo por lo que lleváis en el bolsillo. Porque en cuanto a permiso de armas, será mejor dejarlo correr, ¿eh?

–Bueno, nos hemos confundido. Creíamos que se trataba simplemente de mercado negro. De saber que íbamos a encontrarnos con unos verdaderos tíos, no hubiésemos venido. Hablemos de negocios. ¿Cuánto vale la mercancía?

–Los duros se reblandecen -dijo Porta, riendo-. Mil francos la pieza.

–¿Qué estáis diciendo? – protestó el francés-. A este precio se encuentran en cualquier sitio.

El legionario lo detuvo con un ademán.

–Atadlos a los tres y metedlos en los retretes. Los encontrarán al final de la guerra.

–No tan aprisa, no tan aprisa, camarada. Tenemos el dinero. Diez metralletas, mil granadas cada uno y diez revólveres. ¿Está bien?

–Si tienes la pasta, de acuerdo. La esperamos.

El más joven de los tres se dirigió hacia la puerta, donde tropezó con Gunther, que lo rechazó con su metralleta.

–No, tú no. – Señaló a uno de los otros dos-. ¡Ve tú! ¿Cuánto tardarás en volver si te das prisa?

–Un cuarto de hora.

–Entonces, espabílate. Te esperamos dentro de diez minutos. Solo, naturalmente. ¿Has entendido? Aunque llegases con un Cuerpo de Ejército no tendrías la menor probabilidad.

Porta mostró un P2 y manoseó un lápiz explosivo verde.

–Si aprecias el pellejo, anda con cuidado; de lo contrario...

Entretanto, *Hermanito* pasaba un nudo corredizo de acero alrededor del cuello de los otros dos individuos, a quienes sujetó en sendas sillas en un rincón. Bastaba dar una patada a las sillas para ahorcar a sus ocupantes. Nueve minutos más tarde, el joven estaba de regreso con dos carteras llenas de billetes de Banco que hicieron brillar los ojillos de Porta.

–¡Adoro el *money*!

Liberamos a los rehenes, que se frotaban el cuello. Después, los franceses escogieron expertamente las armas que codiciaban. Eran unos veteranos, no cabía duda. La atmósfera se iba aligerando. Unas cervezas y nueva cita, porque les interesaban otras cosas: granadas de mano, sobre todo granadas de mano. Como medio de transporte, tenían un viejo y chirriante triciclo con la rueda posterior torcida; sobre las armas colocaron un viejo asiento agujereado y un enorme letrero: «Trapero. Se compran botellas viejas.»

Media hora más tarde, nos largábamos con el resto en un desvencijado camión francés que ostentaba las letras WL [\[22\]](#), con las ametralladoras a punto de disparar. Si nos sorprenden, se arma la gran juerga. Un vehículo anfibia tripulado por cuatro perros guardianes nos sigue durante un trecho y nos adelanta con lentitud. Porta atraviesa la plaza de la Ópera y se mete entre dos blindados del regimiento de seguridad, que de este modo parecen escoltarnos hasta la altura de la Prefectura de Policía, pero en el último momento el pelirrojo se da cuenta de que en el puente de Saint-Michel hay una barrera. Por allí pululan los perros de guardia. Nos dan el alto.

–¡Transporte especial! – grita Gregor, que por una vez no miente.

Detrás de Notre-Dame, un puente parece libre, y nos metemos en él sin observar el coche «Rübel» estacionado un poco más arriba, detrás de un carretón.

Nos apeamos del camión. Una mirada circular... Subimos los escalones de cuatro en cuatro. Porta, muy satisfecho, llama a una puerta.

–¿Quién es?

–Adolf y la policía secreta. Abrid o derribamos la puerta.

La puerta se abre con lentitud... Ante nosotros, un *Feldwebel* de la *feldgendarmarie*, cuya terrible placa en forma de media luna brilla siniestramente.

–¡Vaya, vaya! ¿Policía secreta? Bonita sorpresa, ¿eh?

–¡Ya lo creo que sí! – replica Porta, riendo-. ¡Arriba las manos! – Apoya el cañón de su metralleta en el pecho del *Feldwebel*-. Y apresúrate, niño, que está en peligro tu integridad.

El *Feldwebel*, con calma, levanta los brazos y murmura:

–Esto te costará la cabeza, camarada.

–No te preocupes. Bueno, ven.

Invadimos el salón. Porta golpea con fuerza el estómago del hombre, y su víctima gime. El pelirrojo sabe con exactitud dónde hay que dar. En el suelo se ve una caja de municiones y un montón de fusiles tirados de cualquier modo, sobre los que se inclina un hombre, un hombre tocado con un sombrero gris cuya identidad reconocemos en el acto. En el fondo del salón, y con el rostro vuelto hacia la pared, cuatro prisioneros vigilados por un perro de guardia; en el comedor contiguo, otro *Feldwebel* instalado en una silla y con su metralleta al alcance de la mano, bebe tranquilamente cerveza.

¡Un grito de espanto! Ha visto a su compañero con los brazos levantados. El del sombrero gris se vuelve y se queda boquiabierto de estupefacción.

–¡Arriba las manos!

El hombre del sombrero obedece en el acto; el *feldgendarme*, con algo menos de viveza, pero las prisas le entran de golpe al ver que un cuchillo se clava en la pared, muy cerca de su cabeza.

–¡Cambiamos de sitio! – ordenó Porta-. De cara a la pared y ¡ay de vosotros si os volvéis!

Los cuatro prisioneros que habían sido liberados por una especie de milagro no entendían nada en absoluto. La cosa había durado un par de minutos...

–¿Quedan perros de éstos en la calle? – preguntó Porta.

–Es probable.

–Voy a ver -dijo Gregor Martin, muy orgulloso de su misión.

Gunther se apoderó de una silla, quitó el seguro de su revólver y rodeó el cañón con un trapo que hacía de silenciador; esto sólo era posible con un MPI ruso, pero a distancia se apuntaba menos bien. Gunther era un hombre peligroso; desde que había sido herido, mataba por un quítame allá esas pajas, a la menor provocación.

–¿Qué hacéis aquí? – preguntó Porta a los tres policías vueltos contra la pared.

–Han venido a detenernos -contestó, sonriendo, uno de los ex prisioneros. Era un francés bajito y moreno-. Nos esperaban doce balazos, como os podéis figurar.

–¡Se prometen tantas cosas en estos momentos! – contestó Gunther, riendo-. Oye, Gestapo, estás muy orgulloso de tu bonito sombrero, pero, de qué te sirve ahora? Y

además, ¿quién te ha permitido conservarlo?

Hermanito lo hizo caer con la punta del cañón de su metralleta, y aplastó contra la pared la nariz del policía.

–Andrajoso de mierda, ¿sangras? Tienes el hocico un poco partido.

–Os costará caro -gruñó el feldgendarme-. ¡Muy caro! Os lo digo yo.

–Tú también sabes hablar -dijo *Hermanito*-. ¡Valiente matón! Decididamente, París está lleno de esa escoria. ¿Qué hacemos con ellos? – preguntó Porta mientras sacaba del bolsillo su lazo de acero.

–Espérate un poco. Ante todo, hay que saber cómo han descubierto este lugar -dijo el francés moreno-. No ha sido una casualidad; nos esperaban.

–Bueno, ya veremos -dijo Gunther, empujando al tipo de la Gestapo-. ¿Cómo te llamas, tío listo?

–Breuer. Max Breuer. *Kriminalobersekretär*.

Gunther rió diabólicamente:

–Entonces, a ver si hablas, pequeño Max; conocemos los métodos.

Hermanito trajo un cubo lleno de agua, levantó al hombre por los pies como si se tratara de un muñeco, y le metió la cabeza en el agua, levantándolo sólo cuando el otro estaba a punto de asfixiarse.

El policía se ahogaba, se retorció... *Hermanito* lo tiró al suelo.

–La Gestapo está en las nubes.

El hombre volvió en sí, vomitó, se ensució y nos miró con ojos inyectados en sangre. El francés se inclinó sobre él.

–¿Cómo nos has encontrado?

Puntapié en el vientre. La víctima se dobló en dos; la patada había sido demasiado fuerte.

–¡Basta de estupideces! – gruñó el legionario-. No es de este modo. Así lo matáis, y asunto concluido.

Con su sempiterna colilla en la comisura de los labios, roció de agua fría la cabeza del hombre.

–¿Estás mejor? ¿Me oyes?

El policía asintió con la cabeza.

–¿Quién te ha dado el soplo? – continuó el legionario-. Te aconsejo que hables, porque prefiero evitar la brutalidad, pero si insistes en ello conocemos algunos truquitos que incluso a ti te sorprenderán. Repito: ¿Cómo has encontrado este lugar?

Silencio. El legionario acercó lentamente el ascua de su cigarrillo encendido a la nariz del policía, a quien *Hermanito* sostenía por la nuca con puño de hierro. Un aullido. Olor a pelo quemado. El legionario sonrió.

–La próxima vez estará mejor, amigo mío.

–¿Tiene dientes de oro? – preguntó Porta.

Con movimiento hábil y repentino, el legionario rompió un dedo al hombre, que volvió a gritar y se desplomó. *Hermanito* le pisó una mano con su bota claveteada, lentamente, acentuando poco a poco la presión. El hombre seguía chillando. El legionario hizo un gesto y el gigante retiró el pie.

–Y ahora, ¿qué, señor Breuer?

Oímos en un murmullo un nombre y una dirección, no lejos de allí. Un nombre de mujer.

–¿La conocéis? – preguntó el legionario a los franceses.

–Desde luego. Es una amiga de Jacques. ¡Ya te habíamos dicho que desconfiaras de ésa! – gritaron los otros dos al llamado Jacques-. El individuo debe de ser su amigo alemán. Ya sospechábamos que tenía tratos con los alemanes. Teníamos razón. Ahora se comprenden todas esas cosas extrañas.

Uno de los gendarmes se echó a reír.

–¿Te atreves a mofarte? – gruñó *Hermanito*.

Cogió la cabeza por el cabello y golpeó la nuca con el canto de la otra mano.

La cabeza se bamboleó estúpidamente sobre el grueso cuello.

–¡Basta! – ordenó *el Viejo*-. ¡Ya estoy harto! ¡No quiero seguir interviniendo en estas canalladas!

–De todos modos, no podemos dejarles que echen a correr -rugió Porta-. En una hora nos hubiesen pescado. Ya puedes figurarte cómo desearán vengarse.

–No somos asesinos -gritó *el Viejo*, muy irritado.

–Entonces, ¿qué somos? – preguntó Porta, riendo-. ¿Quizás unos santos?

El Viejo se dirigió hacia la puerta, la cerró de golpe y se marchó escalera abajo. A una señal del legionario, nos marchamos en pos de él, dejando solos a los prisioneros con Gunther, el legionario y los ex prisioneros franceses. Apenas estábamos en la calle cuando nos llegó el eco de un estampido ahogado. Volvimos a reunirnos todos en un bar del bulevar Saint-Michel, a fin de cerrar el trato, y Porta se guardó con satisfacción no disimulada un fajo de billetes.

–¿Qué habéis hecho de esos individuos?

Gunther y los franceses se miraron.

–¡Hablad!

Gunther se encogió de hombros:

–Los hemos metido en un armario. Se quedarán allí hasta el final de la guerra. A menos que los descubran antes.

–Yo me retiro -dijo *el Viejo*.

–Y yo también -decidió Heide.

Evidentemente, sus motivos eran muy distintos: *el Viejo* obraba por honradez, Heide por temor: temía por su carrera.

–Como queráis -dijo Porta con indiferencia-. No obligamos a nadie. Cuantos

menos seamos, mayor será nuestra parte. Si hay otros que deseen seguirnos, que lo digan.

Nos despedimos de los tres franceses, a quienes una ráfaga de ametralladora abatía, media hora más tarde, en la esquina de la rué Malard con la de l'Université. Los disparos procedían de un «Mercedes» gris con la matrícula descolorida que llegaba a toda velocidad procedente del Quai d'Orsay. Disparaba contra todo el mundo. Eran los métodos del nuevo comando del terror que entraba en acción. Unas horas más, el *Brigadenführer* de las SD Gunholz caía bajo unas balas anónimas en el bulevar Haussmann.

—Regresemos a ver cómo sigue Hoffmann -declaró Porta con sonrisa glotona-. Si permanecemos fuera demasiado tiempo, va a creer que se ha firmado la paz.

Yo dejo a mis compañeros y me dirijo a la Avenue Kléber, donde me espera Jacqueline, la mujer de Normandía. Está triste.

—¡Qué borrachera de asesinatos! — me dice con melancolía-. Todo el mundo tiembla. La muerte está en todas partes. Nadie respeta ya a nadie.

—Pronto terminará -afirmo para tranquilizarla-. Las tropas alemanas retroceden, y en todas partes, incluso aquí, el gran Estado Mayor hace sus maletas.

Le conté nuestras historias del mercado negro, y la crueldad de Gunther, lo que le hizo mover la cabeza con repugnancia.

—Vendéis armas que van a ser utilizadas contra los vuestros. Asesináis por dinero. ¿Es que todos los hombres han enloquecido?

Calló. Me sirvió whisky. Fue al cuarto de baño a ponerse un kimono japonés y después me trajo en una bandeja una cena fría.

—Tus compatriotas han disparado hoy contra un inválido, en la calle -dijo, mirándome con gesto de cansancio.

¿Qué contestar? Se mata tanto en Europa...

—Tus compañeros no me aprecian -prosiguió-. ¿Crees que serían capaces de matarme también? Me detestan, lo leí en sus ojos en la taberna de *Chaqueta Roja*.

—Pero, ¿por qué habían de matarte?

Jacqueline enarcó una ceja:

—Porque estás enamorado, y la gente enamorada es peligrosa.

Contemplo pensativamente su cuerpo esbelto bajo la seda dorada. Sus ojos están algo velados por una ligera embriaguez; se recuesta en el diván, alarga las piernas y aparta la bandeja.

—¡Emborrachémonos! — dijo, riendo.

Me besa, y yo la aprieto contra mí.

—Te amo, Sven, ¿me oyes? Te amo. Me han amenazado porque venías aquí.

—¿Quién te ha amenazado?

Uno de sus dedos toca mis labios:

–No pensemos en eso esta noche -dice, apretándose aún más contra mí.

Mis manos recorren su cuerpo; aparto el quimono y dejo errar mis labios por su piel ambarina.

Se estremece:

–¡Cariño! ¡Si fueses francés! Detesto a los alemanes. Y tú, ¿detestas a los franceses?

–No odio a nadie.

Cuando nos recobramos, era ya casi de noche. Jacqueline buscó cigarrillos, pero el paquete estaba vacío.

–¿No quedan cigarrillos?

–Voy a buscar, ya encontraré un mercado negro en algún sitio.

–Mientras te espero, prepararé café -dijo ella, gozosa, corriendo desnuda hacia la cocina.

Siempre se podía encontrar un mercado negro. Compré los cigarrillos y regresé a la Avenue Kléber, donde en la puerta tropecé con dos jóvenes que miraron con inquietud mi uniforme negro.

Salieron a todo correr por la avenida desierta, pero no les presté atención, pues estaba deseoso de volver junto a Jacqueline. Subí los escalones de cuatro en cuatro, y cuando me disponía a llamar me di cuenta de que la puerta estaba entornada. Curioso. También Jacqueline debía esperarme con impaciencia. Yo tenía permiso para toda la noche, una noche larga y maravillosa, y mañana, mañana, la guerra habría terminado, o estaría a punto de terminar.

–¡Querida! He comprado cinco paquetes de cigarrillos a un muchacho.

Silencio. Olor a café hervido. En el suelo, un cuerpo extrañamente retorcido.

–¡Jacqueline!

Me inclino sobre ella. Siento en las manos algo pegajoso. Enciendo la luz. De una oreja a la otra, su cuello no es más que una inmensa herida; sus ojos fijos miran la lámpara y sobre el pecho tiene un letrero:

COLABORACIONISTA

Vacíó la botella de alcohol semillena, me aprieto el cinturón que sostiene los pesados revólveres del Ejército y compruebo si están cargados. Que los que han matado a Jacqueline se encomienden a Dios si los encuentro. Cierro con suavidad la puerta; entro en la garita de la portera y cojo a la vieja por el cuello.

–¿Quién ha venido hace un rato?

–Nadie, señor soldado, no ha venido nadie.

La suelto. La mujer se estremece de terror. Todo París tiembla. En la Avenue Kléber desierta se pasea un agente de policía.

En otros puntos, aquella misma noche, empieza la liberación.

Un niño vuelve a su casa. Es tarde, va aprisa, pero la película era tan divertida... Aún ríe mientras corre para que su padre no se inquiete, al que divisa por la ventana, inclinado sobre un libro a la luz de la lámpara. No hay electricidad.

—Papá, perdóname el retraso, pero me he reído tanto...

Y charla como una cotorra mientras su padre prepara la cena y acaricia de vez en cuando la cabeza de su hijo. Dos huevos para el niño, y leche, alimento que escasea mucho.

—Tengo dos pedazos de pan alemán, pan integral y un trocito de pastel. ¿Te bastará?

—¡Claro! Ya no tengo hambre. ¿Recuerdas a mi amigo Jean, cuyo padre está en la Resistencia? Él lo sabe todo. Dice que si se tiene mucha hambre hay que beber mucha agua, y también masticar papel; entonces se siente menos gana.

El padre mira al niño mientras come. Hace dos días que él no ha probado nada. Con tal de que el pequeño tenga lo necesario... La cosa ya no puede durar mucho hasta que lleguen los libertadores. Se afirma que están en camino dos divisiones blindadas.

—¿Tenéis mucho trabajo en la fábrica? ¿Han restablecido el orden después del sabotaje?

—Sí, ¡pero qué jaleo! Y, además, por desgracia, ha habido más de veinte muertos. Acababa de salir del taller de dibujo cuando todo ha volado.

—A ti no te ocurrirá nada; es lo que dice mi otro compañero, Raoul. Su padre ha sobrevivido a cuatro sabotajes, y una vez hubo más de cien muertos. Ayer mataron a un soplón en el Boul-Mich. Dos en bicicleta que se presentaron a toda velocidad. El soplón dio cuatro volteretas y los otros se largaron. Raoul dice que eran chicos como nosotros, pero hoy el maestro ha hecho un discurso. Ha dicho: «Vosotros, pequeños, debéis regresar directamente a vuestras casas y no mezclaros en nada.» Todos los maestros temen a los *boches*, pero tú no. Soy el único de la clase cuyo padre tiene la Cruz de Guerra con tres palmas. ¡Figúrate si estaré orgulloso! ¿Sabes otra cosa? París está ahora lleno de húsares negros; parece que los americanos van a llegar, es lo que dice Raoul. Tienen un miedo tremendo. El domingo voló una taberna y murieron muchos alemanes. Había sangre por todas partes, sangre de *boche*. Papá, mañana cepillaré tu uniforme; los americanos llegarán pronto con miles de tanques.

—Sí, pronto... Pero ha sido largo, hijo mío, muy largo. Ven, vamos a acostarnos.

El calor de este mes de agosto es opresivo. Entre sueños, el niño oye cómo su padre apaga la lámpara y sale. De pronto, una explosión. Un relámpago cegador. El niño es arrojado al suelo. Polvo y llamas... Grita, forcejea bajo los escombros, el cristal hecho añicos. Grita con desesperación. Retiran a su padre: una masa sanguinolenta sobre la que el niño se precipita, golpeando el asfalto con sus manos

enrojecidas por la sangre. Se lo llevan, le ponen una inyección, las monjas cuidarán de él. ¿Qué ha ocurrido? Un auto se ha detenido un instante y alguien ha arrojado un objeto. Otros dicen que eran unos hombres que han salido de las sombras. ¿Qué creer? El niño está solo en el mundo y únicamente tiene doce años.

Los tanques de la victoria han llegado demasiado tarde. Han asesinado a su padre, pero, ¿quién? ¿Los alemanes? ¿Los franceses? ¿Era el hombre un traidor que ha sido muerto sin juicio, o un inocente caído bajo las bombas de los terroristas? Nadie lo sabe. Se trata de un atardecer cualquiera durante la Liberación.

En otro sitio, la misma noche. La puerta del «Bar Simón» es abierta de un puntapié. Comparecen tres hombres, miran a su alrededor y el más joven apunta con su metralleta a una mujer sentada en la barra con un soldado alemán. Ella aún consigue gritar, después se derrumba junto con el alto taburete del bar. El soldado alemán cae junto a ella.

El dueño del bar es alcanzado por una bala y en su caída derriba toda una ringlera de botellas. El olor del «Pernod» se mezcla con el de la sangre caliente. Uno de los asesinos fija un letrero en el pecho de la mujer:

COLABORACIONISTA

Salen retrocediendo, el rostro sombrío, y desaparecen a la carrera.

Llega la Policía. Se discute, se habla, se grita; después, un silencio absoluto. Ha renacido el terror. Dos hombres con abrigo de cuero y sombrero de fieltro se inclinan sobre el soldado muerto, vacían sus bolsillos, recogen su placa de identidad, se apoderan del bolso de la mujer y lo registran expertamente. Pero es en la parte superior de una de sus medias donde están ocultos los fajos de billetes. El letrero sujeto a su pecho arranca a los hombres del sombrero una sonrisa despectiva; después, se vuelven hacia un *Feldwebel* de la *feldgendarmarie*:

–Limpie todo esto y cierre el local. Nada importante que señalar.

En otro punto, la misma noche.

–Es el sexto «Pernod» -gruñe el viejo criado a su joven colega-. Está completamente ebrio. ¡Y yo que esperaba regresar temprano! Dos días por semana, desde la muerte de su mujer, el muy cerdo se pone de este modo.

–Bueno, es nuestro trabajo -replica el joven-. De eso vivimos.

–¡Podría marcharse a la hora! También mi mujer está enferma. Es imposible conseguir medicinas. ¿Sabes lo que me ha dicho el farmacéutico? «Pídaselas a los *boches*. Hace tiempo que no nos quedan; ellos se lo llevan todo.» Evidentemente, eso terminará pronto, pero, ¿de qué me servirá si mi mujer muere antes?

–¡Camarero! – llama el cliente-. Otros dos.

Blasfemando, el viejo sirviente va a buscar otro platillo. El joven, con la

despreocupación propia de su edad, se echa a reír.

–¡Te ha pillado! ¡No está tan borracho como te figuras!

–¡Si por lo menos los otros se lo cargaran por error cuando saliese! He oído decir que trató de matarse cuando murió su mujer. Por desgracia, falló. Ahora quiere conseguirlo con el alcohol. Ahí van los dos -dice al cliente con tono furioso-, y después cerramos. Ha sonado ya el toque de queda.

–No importa, amigo mío, tengo autorización para estar fuera todo el tiempo que quiera, y sé que usted también.

El viejo camarero arroja los «Pernod» a la cabeza de aquel odioso cliente.

–Vete -dice el joven-, ya me las arreglaré. Ahí tengo unas píldoras. Toma, dáselas a tu mujer. Me las regaló un desertor.

–¿No será veneno? ¡De esa endiablada gente puede esperarse todo!

–¡Qué desconfiado eres! – contesta riendo el joven camarero-. Esto es la bilis, amigo. No te preocupes, puede confiarse en los desertores. Sólo nos tienen a nosotros, y su mercancía es siempre buena. ¿Sabías que Alice tiene tres en su casa? Quisiera saber cómo se las arregla. Por lo menos, tiene treinta años más que ellos. ¡Vaya temperamento!

El viejo camarero se puso con lentitud la americana y contempló su paraguas.

–¡Si por lo menos los libertadores se dieran un poco de prisa! Mi paraguas ya no puede más; nunca hubiese pensado que hasta faltarían los paraguas. Y no es posible quedarse sin él. En todo caso, gracias por las píldoras. Ella no está bien, y lo que me preocupa es que hasta ahora nunca había estado enferma.

Salió con paso cansino. ¡Bueno, por fin en su calle! Distraídamente, pasó ante una puerta oscura en la que se disimulaban dos jóvenes. El viejo lanzó un grito ahogado. Había bastado un disparo de revólver.

–¡Bravo! ¡Lo has liquidado! – exclamó uno de los individuos.

Se inclinaron sobre el cuerpo tumbado, la mitad en la acera y la mitad en la calzada, y dieron vuelta al infeliz.

–¡Mierda! ¡No es él!

–¿Qué estás diciendo? ¡Pero si es su ropa y su paraguas! ¡Regresa de este modo todas las noches!

–¡Pues no es él! ¡A éste no le conozco! ¡Nos hemos equivocado! ¡Corramos!

Los dos individuos salen huyendo, pero, de pronto, en pleno rostro, la luz de un reflector... Unas placas en forma de media luna brillan siniestramente. La pareja está ya en el suelo, con los brazos retorcidos, esposados. Resuenan unas risas crueles, y largas botas negras los cubren de golpes. El *Stabscharführer* Brandt, del *Rollcommando* de las SD, los mira sonriente.

–¿Por la calle con revólveres, muchachos? ¡Vamos, largo!

Los arrojan al fondo de una camioneta, y la patrulla sigue adelante.

Es un anochecer cualquiera en París durante la Liberación.

El soldado de Ferrocarriles, Bruno Witt, contaba en París con muchos amigos, pero en aquel día soleado del mes de agosto, ¿dónde estaban esos amigos?

Perseguido por una multitud vociferante, se precipitó por la rué du Faúhourg-du-Temple. La primera de sus perseguidoras era una joven, Ivonne Dubois, resistente desde hacia veinticuatro horas, pero que con anterioridad tenía acceso al Cuartel General de las SD en el «Hotel Mafestic». Hoy, en desquite, era una auténtica patriota.

El soldado de Ferrocarriles Bruno Witt tropezó y cayó. En un instante, el uniforme gris deslucido quedó hecho trizas, y dos valerosas madres de familia se pelearon por la gorra. Ivonne Dubois atravesó con sus tijeras la garganta del soldado vociferante, embadurnándose de sangre las manos. ¿Acaso no era una auténtica resistente?

-¡He matado a un tipo de la Gestapo! – gritó con voz demencial.

En el otro extremo de la calle, una multitud delirante escoltaba a dos mujeres completamente desnudas que llevaban pintadas en el pecho sendas cruces gamadas. Las obligaron a sentarse en unos taburetes y las raparon con gran satisfacción del populacho. Ahora salían a plena luz todos los que escuchaban la radio prohibida, las madres de familia cuyos amantes eran alemanes, los tenderos autores de denuncias en el «Hotel Meurice» sobre clientes atrabiliarios, los porteros biliosos que habían hecho liquidar a tal o cuál inquilino porque salía por las noches... En una carretilla paseaban a un hombre semidesnudo con un cartel colgando del cuello:

COLABORACIONISTA

Una heroica ciudadana vació, desde una ventana, el contenido de su orinal sobre el colaboracionista, pero, por desgracia, falló el blanco y fue a dar a un héroe recién acuñado que llevaba con orgullo un brazal FFI [\[23\]](#).

-¡Libertad! – gritaba la muchedumbre.

Y cada uno trataba de superarse con pinturas y tijeras para demostrar su patriotismo. Todo el mundo ha matado alemanes, millones de alemanes, esos horribles alemanes que han luchado contra los benditos rusos. Resuenan los acordeones, los banjos llevan el ritmo, las tijeras rapan a las mujeres. Todo el mundo está satisfecho. Ha vuelto la democracia.

-Yo he salvado París -afirma el general Von Choltitz al general americano que lo interroga-. He desobedecido la orden del Führer en cuanto he comprendido que se había vuelto loco.

-He salvado tres judíos -dice el oficial de la Gestapo, Will Rochner.

-Conocía a un coronel que participó en el atentado del 20 de julio -dice el oficial NSF-, el teniente Schmaltz, y no lo denuncié a las autoridades alemanas, como era mi deber.

Todo el mundo había obedecido órdenes. La culpa de todo la tenían Hitler y Himmler.

SE DESOBEDECEN LAS ÓRDENES

Es más de medianoche. En el despacho del general Mercedes, los oficiales celebran consejo. Están todos en uniforme de campaña, con la metralleta al hombro. Mercedes se inclina sobre un plano y da órdenes.

El grupo de combate abandona París y se dispone a cruzar la frontera en Estrasburgo, con el 2.º batallón a la cabeza, como unidad de seguridad.

–Hay que contar con los golpes de mano de la Resistencia, caballeros; lleven cuidado. Luchamos por todos los medios y sin cuartel. Hay orden de reagruparse lo más rápidamente posible. Nada debe entretenernos. Nos desplazamos como grupo autónomo y estamos a las órdenes directas del OBW.

Mercedes se reajustó la venda negra sobre un ojo, y en el mismo instante sonó el teléfono. El ayudante de campo descolgó el auricular y lo alargó al general.

–Es el comandante del Gran París, mi general. Parece estar muy agitado.

Mercedes cogió el receptor:

–Mayor general Mercedes, Clara 27 ZBV.

–Aquí, Choltitz. ¿Qué está haciendo, Mercedes? Me dicen que prepara el equipaje. Supongo que se tratará de un rumor absurdo.

–Mi general, dentro de dos horas mi grupo de combate con todo su material tiene que haber salido de París.

–¡Ni se le ocurra, mayor general! Como su superior, le ordeno que permanezca donde está, con todos sus hombres, sin ninguna excepción.

–Lo lamento, mi general, pero ya no estoy a sus órdenes. He recibido del general Model en persona la orden de abandonar París dentro de dos horas junto con todo mi material.

El comandante del Gran París respira con dificultad.

–¿Quiere usted decir con municiones, explosivos y tanques?

–Sí, mi general. Con las municiones y la gasolina. En cuanto a los tanques, sólo me quedan nueve. – Mercedes rió sin alegría-. Sin duda ignora que represento un Cuerpo de blindados sin tanques. Regresamos para reorganizarnos y conseguir cuatrocientos tanques que salen de la fábrica. Dentro de un mes volverá a vernos en París. Sólo dispongo de quince días para readaptar mis hombres a los nuevos blindados. Pero ya conoce usted al *Generatfeldmarschall*. Para él, los hombres se forjan en el terreno y no en los cuarteles.

–General Mercedes, le prohíbo que abandone París hasta nueva orden y asumo toda la responsabilidad. Anulo las órdenes del *Generatfeldmarschall* Model y me pongo inmediatamente en contacto con el gran Cuartel General.

–Mi general, si no recibo una contraorden del general Model en persona, dentro de dos horas me habré ido.

–¡Soy yo quien manda aquí! – gritó Choltitz con desesperación-. Su grupo de blindados me fue enviado especialmente por el *Reichsführer* de las SS. Si desobedece mis órdenes, le haré juzgar por un tribunal de excepción. ¿Lo entiende, Mercedes? Si abandona París, desobedece usted las órdenes del Führer. Sin grupo de combate, no estoy en situación de hacer frente ni veinticuatro horas a esa maldita Resistencia. Matan a mis soldados en pleno día. Esos cerdos incluso han disparado contra uno de mis oficiales de órdenes. Si me entero de que uno solo de sus tanques ha salido del cuartel, envío un informe al Alto Mando, al presidente del Tribunal del Reich, el general Heitz.

Mercedes miró con expresión pensativa a sus oficiales, listos para la marcha.

–Mi general, puede hacer lo que desee, pero pienso obedecer las órdenes del *Generalfeldmarschall* Model.

–¡Si abandona París, contraviene las órdenes del Führer! – aulló Choltitz fuera de sí.

Mercedes apartó el teléfono, colgó y se volvió hacia sus oficiales.

–Caballeros, ¡en marcha! Una vez más, quienquiera que se interponga en nuestro camino tiene que ser vapuleado. ¡Nos vamos en seguida!

En el preciso momento en que salía de su despacho, volvió a sonar el teléfono.

–Mi general -dijo el ayudante de campo-, es el OBW.

–Mayor general, deje sus nueve tanques, pero sin las tripulaciones. No puedo hacer más por el gran comandante del Gran París, y responde con su cabeza de la ejecución de sus órdenes.

Mercedes contempló por un momento el aparato, tomó una resolución rápida y arrancó el hilo de la pared. Palmoteo en un hombro a su ayudante de campo.

–¡Larguémonos antes de recibir nuevas órdenes! Los traseros de esos señores del Gran París parecen estar esperando el puntapié. Entretanto a mí me encantará combatir.

Se abrochó su capote de piel y bajó la escalera, enarbolando su única arma: un bastón.

El cuartel parecía un hormiguero. Los vehículos arrancaban uno por uno, y una compañía de reconocimiento del regimiento de seguridad se puso en marcha para ir a buscar los nueve carros de combate. Porta aprovechó la circunstancia para eclipsarse, seguido de cerca por *Hermanito*, y ambos se presentaron al sargento mayor, quien, al verlos, estuvo a punto de sufrir un ataque.

–¿Qué queréis vosotros?

-Herr Stabsintendant, el *Obergefreiter* Porta y el *Obergefreiter* Creutzfeldt, de la 5.^a compañía se ofrecen como ayudantes para la carga del avituallamiento.

Al sargento mayor se le cayó el grueso cigarro que tenía en la boca -un auténtico habano- porque esa boca ya no conseguía cerrarla. Un torrente de insultos y de

maldiciones fluyó hacia los dos compadres, que se retiraron con porte digno, seguidos por los exabruptos de su exasperado superior. Porta y *Hermanito* se refugiaron junto al amigo de Porta, el enfermero *Obergefreiter* Ludwig, en la sala de aislamiento de la enfermería, y por un agujerito practicado en el cristal pintado de gris, observaron con nostalgia cómo los soldados de intendencia y de sanidad recogían el avituallamiento.

–¡Cuántas cosas hay! – cuchicheó *Hermanito*-. Cajas de carne, de grasa, de chocolate...

–Y café, y coñac -añadió Ludwig-. Fijaos en aquel gordo, allí con la caja al hombro, ¡Quién sabe lo que debe de contener!

–El diablo debe de saberlo. – Porta se rascó el trasero-. Pero seguro que es algo de comer. Vais a ver cómo hay que actuar con esos imbéciles de la grasa.

–Eso puede costar la cabeza -advirtió el enfermero-. La semana pasada fusilaron a dos artilleros por una caja de tabaco.

–No eres más que un cretino -dijo Porta, riendo y levantando un dedo.

Sacó del bolsillo una granada de mano, se deslizó hasta el patio por uno de los respiraderos del sótano y se ocultó tras un montón de cajas. Quitó con los dientes el seguro de la granada y la lanzó hacia unos bidones de gasolina, que volaron instantáneamente con un tremendo estrépito. Los soldados que trabajaban salieron de estampía en todas direcciones; Porta, cual una comadreja, se encaramó en un camión y sustrajo inmediatamente cinco cajas, que sus acólitos transportaron hasta la sala de la enfermería. ¡Pero todo el cuartel estaba en ebullición! Un centinela nervioso disparó contra un infeliz recluta, había grupos que luchaban entre sí, se hablaba de un súbito ataque de las Fuerzas Francesas del Interior... En todo caso, el asunto costó cuatro muertos y dieciséis heridos.

En medio del desorden general, Porta y *Hermanito* pudieron transportar las cajas hasta la 5.ª compañía.

–¡Señor! – exclamó *el Viejo* al verlos llegar-. ¡Os estáis convirtiendo en unos auténticos gangsters! Lanzar una granada en un cuartel para robar, es un acto criminal que merece sobradamente la muerte.

–Eres demasiado honrado -replicó Porta, abriendo con calma una lata de sardinas-. Cuando el Estado nos roba nuestra juventud, bien se le puede robar algo a él. Toma -dijo, alargando una gruesa sardina al viejo *Feldwebel*-, he aquí vitaminas para los héroes fatigados. ¡Sin duda tú lo eres!

En columna cerrada, el regimiento de tanques atravesó París y llegó a la Puerta de Orleáns. La ciudad entera estaba en ebullición. Se disparaba contra los alemanes que se iban. Desde un tragaluz, alguien disparó contra nosotros, hiriendo gravemente a un suboficial. Inmediatamente, algunos de los nuestros invadieron el edificio de donde había partido el disparo y regresaron con dos chiquillos armados con una vieja

carabina alemana. No cabía la menor duda: eran ellos los francotiradores.

Temblorosos de miedo, tuvieron que subir a nuestro camión, en espera de la decisión del general Mercedes, quien se mostró implacable: pese a su edad, y a causa de su crimen, ambos serían fusilados a las puertas de París. El suboficial al que habían herido murió una hora más tarde, ante la mirada aturdida de los chiquillos que no apartaban los ojos de su víctima. Porta les señaló con un pulgar el suboficial muerto.

—¡Quizá os hayáis curado de jugar a la guerra! — les dijo, al tiempo que daba a cada uno de ellos un sonoro bofetón.

Pero por la mañana los dos jovencitos habían desaparecido. El comandante Hinka, lleno de furor, hizo comparecer a aquel de quien sospechaba, es decir, Porta. Durante un alto en un bosque, el pelirrojo había acompañado a los dos prisioneros hasta un poco más lejos, y Heide aseguraba que lo había visto regresar solo. Gunther y Gregor, por el contrario, juraron por lo más sagrado que Porta no se había separado de ellos. Más tarde nos enteramos de que Porta los había hecho huir, no sin administrarles antes la paliza más grande de su vida.

—¡Ahora, escuchad mi caja! — gritó *Barcelona*, que había descubierto un aparato de radio.

Una voz inglesa. ¡Muy interesante! *Barcelona* toma nota de la longitud de onda: ha localizado el puesto de mando de la 3.^a División blindada americana.

—¡Hola, yanquis! — vocifera por el micrófono-. ¿Qué tal va eso? ¿Os tratan bien?

—Buenos días, Fritz, ¿qué es de tu vida? — contesta una voz en excelente alemán.

El operador es un americano de origen alemán.

—¿No sabrías por casualidad cómo se llama el cerdo de Odín? — preguntó *Barcelona*, riendo.

—¡Espera! Tenemos con nosotros a alguien que ha vivido en Noruega; se lo preguntaré. Mantente a la escucha.

Un instante de silencio; después, vuelve a oírse la voz del operador:

—¡Fritz! Tengo el nombre de tu cerdo. Si me juráis capitular en seguida, te lo digo.

—Te doy mi palabra. Precisamente estamos en camino para convencer a Adolf. Dime el nombre del cerdo, camarada.

—*Cepillo de Oro* y no pertenecía a Odín, sino a Freya.

Esta información equivale a una victoria. Llamaremos a todas las unidades.

—¡El cerdo se llamaba *Cepillo de Oro*!

—¡No es cierto! — replicó Wolf, el guardián del parque automovilístico-. Se llamaba *Saerimner*, y era el cerdo de Odín.

Se produce una discusión apasionada. La 3.^a División blindada norteamericana se inclina por *Cepillo de Oro*. Tanto más cuanto que *Saerimner* les parece un nombre de asonancia nazi. Seguimos adelante y atravesamos el Rin bajo una intensa lluvia. Por

todas partes, ruinas humeantes, siniestros pueblos muertos en los que los habitantes viven como ratas; niños hambrientos corren junto a la columna, mendigando pan. Por todo el país se esparce un olor a incendio.

El 25 de agosto, captamos por la radio una emisora prohibida: «La 28 División blindada del general Leclerc ha entrado esta mañana en París. Los alemanes han capitulado. En estos momentos, todas las campanas de la ciudad están tocando; la alegría de la población es delirante. Los alemanes que se ven por las calles son pisoteados; los guardianes de Fresnes han sido liquidados por sus ex prisioneros; las mujeres que han confraternizado con las tropas de ocupación son afeitadas, desprovistas de su ropa y pintadas con esvásticas. El comandante del Gran París, general Von Choltitz, está bajo custodia de las tropas americanas. Toda la ciudad está iluminada, ¡Viva Francia!»

Porta se palmorea los muslos.

—¡Ya lo veis! Choltitz no ha conseguido los explosivos para volar París y ahora va a convertirse en su salvador. ¡Los peces gordos siempre consiguen escurrir el bulto!

NOTAS

[1] Vino peculiar de la región de Normandía (*N. del T.*)

[2] Bebe, es para ti.

[3] ¡Id al infierno, malditos *boches*!

[4] Los rusos.

[5] Campo de deportados en Siberia.

[6] Dios con nosotros.

[7] Portaestandarte.

[8] Lanzador de cohetes antitanque, equivalente al *bazooka* norteamericano. (*N. del T.*)

[9] ¡Largo es el camino al hogar, – largo, muy largo! – Las nubes pasan y vuelven a pasar. – Nos llevan hacia el mar. – El hombre sólo tiene derecho a tener vida, – una sola, y después ha terminado...

[10] Estos tres lirios, estos tres lirios, / los plantaré en mi tumba...

[11] Literalmente, guarida del lobo. Nombre con que se designaba al Cuartel General de Hitler en Prusia Oriental, cerca del frente ruso. (*N. del T.*)

[12] Prisión militar de Coblenza.

[13] Cuartel General del Ejército alemán en París. (*N. Del T.*)

[14] Servicio de Seguridad.

[15] Pasaporte.

[16] En París cuando amanece, En París en cada arrabal, Los veinte años se sueña, Todo tiene color de amor.

[17] Gendarmería alemana. Documentación, por favor.

[18] Entre la multitud un amor se posa – en un alma de veinte años. – Para ella todo se metamorfosea, – todo tiene color de primavera.

[19] Mi honor se llama fidelidad.

[20] Tribunal secreto de los soldados y los trabajadores.

[21] Prisión militar.

[22] Wehrmacht Luftwaffe,

[23] Fuerzas Francesas del Interior.